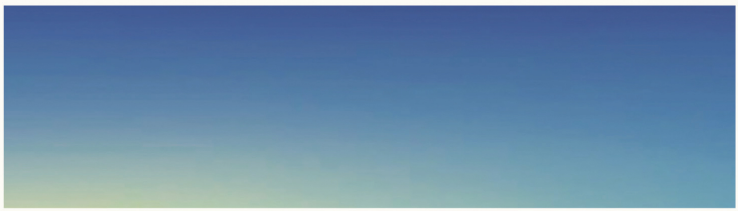

John Carlin

El futuro es lo que era

Folch & Folch

El futuro es lo que era

JOHN CARLIN

El futuro es lo que era

FOLCH & FOLCH

Primera edición:
Noviembre 2022

Publicado en Barcelona por Folch&Folch Editors SL
Folch&Folch es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona

Dirección editorial: Ernest Folch
Edición: Estefanía Martín
Diseño gráfico: Andy Noguerón
Maquetación y corrección: LocTeam, Barcelona
Papel tripa: Oria Ivory
Tipografía: Verdigris MVB Pro
Imagen de cubierta: Andhika Ramadhian
Distribución en España: UDL Libros

eISBN: 978-84-19563-04-0
Depósito legal: B 13359-2022

© John Carlin, 2022
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
Todos los derechos reservados
© de esta edición: Folch&Folch Editors SL, 2022

Folch&Folch apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Folch&Folch, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Folch&Folch a seguir publicando.

ÍNDICE

PRÓLOGO

REFLEXIONES

El museo del exceso
Agosto 2020
Siempre mira el lado brillante de la vida
El muro que divide al mundo en el siglo XXI
Referéndum mundial
Jesús era judío
Messi, arma política
El orgullo español
El fútbol vincit omnia
Convivir con la muerte
Blancura negra
¿Maltratada o malcriada?
¿Qué vale una vida?
¿Los diarios para qué sirven?
El futuro es lo que fue
Los elegidos de Dios
Propósitos fáciles para el 2021
La democracia, ¿para qué?
¿La amistad corrompe más que el dinero?
Un saludo a los covidiotas
Cambiar de opinión es higiene mental

PODER

La suerte de ser europeos
La Dama de Hierro no sabía reír
Si mandase Mandela
La vieja contra la nueva España
¿Ha habido algún líder más ridículo en la historia?
Consuelo de tontos
La salsa de los Sussex
Epitafio para un loco
El hijo de Putin

La serpiente que amenaza al mundo
Diario de un bebé milagro
El mundo es un patio de colegio
El narcisismo que mueve el mundo
Aurora boreal
De políticos y de locos
El dictador y los pigmeos
Declaración de guerra a la estupidez
Nacionalista europeo, independentista inglés
Los políticos son frívolos porque así somos
El salto a la modernidad
La reina del mundo

CRISIS

¿Es una locura la paranoia nuclear?
Las raíces del desastre
Morenitos que disparan a otros morenitos
La larga sombra de Bin Laden
Todos los países tienen su edad
El Brexit y el lío catalán
El pecado universal
Niño en venta por cinco euros
¿Dios bendice las guerras santas?

CULTURA

¿Por qué somos incapaces de olvidar a las Spice Girls?
Twitter o Facebook
El estudiante eunuco
Chernóbil, la sombra de una catástrofe
«Bye bye, Independent»
Gorilas sin causa
El virus más contagioso del mundo
De bilis a balas por la red
La vuelta al mundo
Dinamita en un polvorín
La prostituta del odio
El azar como liberación

Idiotas anónimos
Al infinito y más allá
Nadie es perfecto
Toca eliminar grasa digital
Las pastillas del amor
El primer feminista
Gracias a la vida

ALEGATOS

Viaje al cerebro de la máquina
Todos engañan
Las frustraciones de la perfección
La conquista de la felicidad
«Yihad versus McMundo»
Ali: el rey del mundo
Declaración de fe
Premios de la década
Maradona, el inmortal
La prisión preventiva
Asunto de todos
Barcelona: el sueño europeo
La unión imperfecta
La frivolidad en tiempos de plaga
Viaje por la emigración

Prólogo

Aún hay mucho que mejorar y más que aprender, pero esta colección de artículos pertenece a lo que se podría llamar, aunque me cueste reconocerlo, la «fase madura» de mi trayectoria como periodista. Llevo cuarenta años en esto y casi todas las palabras que se reúnen en este libro se publicaron a lo largo de la última década. Lo que marca la diferencia con todo lo que había hecho antes es que son casi todos artículos de opinión. Pero, si algo de credibilidad tienen, se debe —quiero creer— a las cosas que vi y oí durante los treinta años anteriores, cuando ejercí de reportero cubriendo política, guerra y desastres naturales en más de sesenta países. Algo habrá aportado lo que he escrito sobre deportes, cine o gastronomía y las entrevistas que he hecho a presidentes, actores, novelistas y asesinos.

Ya soy un periodista maduro, pero —espero— todavía fresco. Busco que lo que escribo sorprenda, que sea relevante en los tiempos que corren, que conecte tanto con lectores jóvenes como con mayores y que transmita una pizca de gracia o picardía. Aspiro a dar información, a provocar que la gente piense y a entretener. El tiempo es lo más valioso que tenemos, y, si le voy a pedir cinco minutos de vida a un lector o a una lectora, deseo que, al menos, no me lo recriminen. Y, ante todo, que no se aburran, porque, si no, la próxima vez que vean mi firma en un diario pasarán a la siguiente página. Y, después, los que me pagan por escribir se plantearán despedirme y, si lo hacen, tendré un lío. Yo vivo de la venta de palabras. Si me las dejan de comprar, estoy muerto. Primero, porque dejaré de comer (no he tomado ninguna precaución para poder mantenerme en la vejez) y, segundo —casi, casi igual de importante—, porque no concibo la vida sin escribir.

La necesidad de contar historias fue lo que me llevó al periodismo. Rápidamente entendí que publicar en un diario era también un ejercicio moral: me daba la oportunidad de delatar a los malvados de la tierra. Empecé en Buenos Aires durante la dictadura militar y me di cuenta de que, poco tiempo después, ya estaba condenando desapariciones forzadas de personas. De allí me fui de corresponsal a México y Centroamérica, a Sudáfrica, a Estados Unidos y, más tarde, me enviaron a hacer reportajes a lugares como Israel, Egipto, Turquía, Ruanda, Colombia, Rusia o Bangladés. Con un ojo siempre puesto en la crueldad o en la injusticia, nunca he dejado de hacer periodismo de denuncia. Últimamente, como se ve en esta colección de artículos, estoy especialmente atento a la mezcla de estupidez, mediocridad y cinismo de los políticos y los conflictos tan absurdamente innecesarios que generan.

Pero si vas a tener impacto te tienen que leer. Lo que escribes tiene que fluir de

principio a fin, como una corriente de agua transparente en un río. Hay una frase de un escritor británico del siglo XVIII llamado Samuel Johnson que he tenido entre ceja y ceja desde mi primer día como periodista: «el objetivo de escribir es instruir entreteniendo». Entiendo «entretener» no solo como hacer reír —que muchas veces no toca— sino en un sentido más amplio, como atrapar o cautivar: escribir de tal manera que tus palabras absorban a los lectores.

Por más importante que sea tu mensaje o brillante tu argumento, si no lo sabes transmitir de manera digerible para el amplio público que lee un diario, es mejor callarte. O buscar un medio que no sea la escritura, como un tuit, un pódcast o la televisión. Algunos hablan mejor de lo que escriben. Yo escribo mejor de lo que hablo. Necesito tiempo para ordenar mis pensamientos.

Escribo mis columnas dominicales para *La Vanguardia* los viernes, pero a las 24 horas ya estoy pensando en lo que escribiré la semana siguiente. En todo lo que leo, sean libros o diarios, en inglés o en castellano, en todas las conversaciones que tengo, en las series o películas o programas de noticias que veo, estoy alerta —casi sin darme cuenta— a posibles temas. El lunes por la mañana habrá quizá tres candidatos. Hago otras cosas. Escribo libros, preparo documentales o me piden un artículo inesperado, pero lo que escribiré en la columna del viernes no deja de rondar por mi cabeza. El jueves por la noche, con suerte, tendré claro cuál será el tema, elegido casi siempre en función de su relevancia, es decir, si es algo que ha estado ocupando las portadas a lo largo de la semana. Y me iré a dormir pensando en qué diré, en cómo arrancaré la columna.

El arranque es lo más importante de todo lo que escribo, y lo que más me cuesta descubrir. Es tan importante como la primera nota de una pieza de música. Si das con la tecla, atraparás, primero, la atención del lector y, segundo, es mucho más probable que el resto del artículo fluya. Si no, te meterás en un bosque. Cuesta porque, si se trata de opinión y no de noticias, las opciones son casi siempre infinitas.

Eso no significa que escribir el resto del artículo sea fácil. Pasan los años, habré publicado dos millones de palabras —calculo—, pero la tarea nunca deja de ser ardua. Cada frase, cada coma. Dijo el novelista Joseph Conrad que si aspiras a escribir algo que se aproxime a la condición de arte, por más humilde que sea, cada palabra de cada línea debe tener su justificación. Un artículo se labra. Hay que pensar duro para que se lea fácil.

Y una vez escrito hay que repasarlo, dos, tres o diez veces si fuera necesario. Comprobar datos, buscar verbos más precisos, reducir los adjetivos a los absolutamente imprescindibles y mantener en la justa medida la vena irónica que tanto me cuesta reprimir, consecuencia, seguramente, de haberme educado en Argentina e Inglaterra. Y

cuidar que no me pase de listo, es decir, evitar como la plaga la tentación de escribir para llamar la atención en vez de para comunicar una idea con claridad. Escribo muchas veces en primera persona, pero no lo hago por hablar de mí mismo, sino porque considero que es un vehículo para conectar mejor con los lectores. O eso digo. Negar que hay un punto de vanidad que me motiva sería ridículo. Procuro complacer y no me desagrada recibir aplausos.

Con todo, es de enorme importancia a estas alturas del campeonato no «creértelo», que es lo que me dijo Rafa Nadal que era el secreto de su longevidad en la pista. El día que crea que mi trayectoria es suficiente garantía de victoria será el día en el que todo se acabe. Eres tan bueno como tu última historia. Te tienes que volver a ganar el puesto cada vez que te sientas a escribir un artículo de cero. Nunca hay que dejar de hacer el máximo esfuerzo posible para mantener el nivel. Bajas el pistón y estás muerto.

Mi plan es seguir escribiendo hasta el final de mis días, o mientras mis facultades me lo permitan. El ejemplo que me inspira es el de un inglés llamado Bill Deedes. De joven, en los años treinta del siglo pasado, cubrió una guerra en Abisinia como corresponsal de un diario londinense; combatió y fue condecorado en la Segunda Guerra Mundial; fue ministro de gobierno; regresó al periodismo con 67 años; fue director del *Daily Telegraph* hasta los 79; volvió a ser reportero, escribiendo sobre hambrunas en Sudán, elecciones en Estados Unidos y mucho más durante diez años; se convirtió en columnista —tenía apreciablemente más pedigrí que yo para serlo— y murió en la cama mientras escribía en su ordenador portátil lo que sería la mitad del último artículo de su vida.

Seguir los pasos de Deedes, aunque sea solo en lo referido a su carrera como periodista, es mucho pedir, pero es mi ambición. Como dudo que viva tantos años como él, me conformaré, más que feliz, con que, de aquí a una década, alguien más vuelva a pensar que vale la pena publicar otra colección de mis palabras. Por ahora, para finalizar el prólogo del regalo que es este libro, solo me queda escribir una más: gracias.

JOHN CARLIN

Reflexiones

El museo del exceso

¿Para qué quiere la gente tanto? Digo gente que ya tiene 50 millones y quiere 100, o tiene 100 y desea llegar a 1.000. ¿Para qué gente de este tipo —banqueros de Goldman Sachs, oligarcas rusos, hijos de dictadores africanos, candidatos presidenciales estadounidenses— se desvive por acumular más y más riqueza, comportándose de manera abusiva, exhibiendo un egoísmo vulgar y sin límites?

Será quizá porque habitan un mundo cerrado de superricos en el que se encuentran constantemente en una competición cuyo inalcanzable fin consiste en poseer objetos de lujo más caros que el prójimo, independientemente de su utilidad práctica. Será, por ejemplo, porque aspiran a comprarse una propiedad en La Zagaleta, una vasta urbanización cerrada en los valles y las montañas detrás de Marbella, a 15 minutos del mar.

La casa club del complejo perteneció a Adnan Kashogui, el traficante de armas saudí que en su día llegó a poseer una fortuna de 40.000 millones de dólares. Cayó en desgracia, y en la bancarrota, pero su hogar marbellí ahí sigue, una especie de museo al despilfarro con su par de enormes colmillos de marfil, como arco de bienvenida triunfal, sus suelos de mármol pulidos, sus gigantescas mesas de comedor, sus sillones de terciopelo, su discoteca, todo desempolvado, reluciente, a punto, como si cuando sale la luna comenzaran la fiesta los fantasmas de aquella época dorada de los ochenta en la que Kashogui era el rey, jeque y señor de la *jet set* mediterránea. Se supone que se mantiene tan impecable la despoblada mansión como una especie de anzuelo, o como certificado de ostentosa exclusividad, para convencer a potenciales compradores de que poseer una mansión en este entorno significa ser uno de los elegidos de Dios. Que, en realidad, en términos estrictamente materiales, lo es.

Vi un par de casas en venta. Una que se ofrecía por unos pobres 6 millones de euros, otra por 16. Varias de las propiedades, unidas por 50 kilómetros de carreteras privadas, valen 20 millones. Otra, me dijeron, que podría llegar a los 80 millones, pero solo en caso de que el dueño estadounidense se viese sometido a la humillante necesidad de venderla. Los compradores suelen tener entre 35 y 45 años y son suizos, suecos o liechtensteinianos. No necesitan hipoteca, pero sí piscina exterior e interior, sauna, *jacuzzi*, salón de cine, luces que se encienden solas cuando la gente entra en las habitaciones, techos y ventanales extremadamente altos (quizá por si alguien quisiera decorar el salón con una jirafa embalsamada) y jardines con el césped tan cuidado como si fueran los *greens* del campo de golf de Saint Andrews.

Hay dos campos de golf en La Zagaleta. El segundo no lo usa nadie, pero se cuida

con el mismo mimo que el primero porque se entiende, me explicaron, que agrega valor a la zona. Otra curiosidad es que las casas se suelen vender con los muebles —y los cuadros y las esculturas— ya en su sitio. Se entiende porque solo el 30 % de las doscientas y pico casas se utilizan todo el año. Suelen ser segundas —o quintas— residencias vacías en muchos casos, salvo dos o tres semanas al año. Pero necesitan su servidumbre los 365 días, lo que les cuesta a los dueños —agregando cuentas de luz— unos 200.000 euros al año.

El día después de visitar La Zagaleta, quedé en un bar en Marbella con Carlos de la Torre, un químico jubilado que ahora se dedica a dar de comer a la gente que no tiene. Es el coordinador de un banco de alimentos, gestionado por una organización llamada Bancosol, que atiende a 10.000 personas. Hace un año, el 30 % de los que acudían al banco eran españoles; hoy son la mitad. De la Torre y su gente obtiene la comida gracias a aportaciones importantes de los supermercados («comida en teoría caducada, pero en buenas condiciones»), a eventos benéficos (para ser un poco justos con los ricos fiesteros de Marbella) y a donaciones privadas.

De la Torre me contó el caso de un señor adinerado de la zona que, en vez de regalar juguetes a sus nietos para Reyes, este año se gastó 3.000 euros en comida para los necesitados. Los niños ayudaron a distribuir la comida. «Fue muy bonito el gesto», dijo De la Torre, y un ejemplo para los nietos: dar lo que sobra. Nunca se sabe cómo puede llegar a evolucionar un ser humano, pero es difícil pensar que esos niños, con semejante abuelo, acaben comprándose una casa en La Zagaleta para utilizarla dos semanas al año.

19 de agosto de 2012

Agosto 2020

«A veces, si te acostumbras demasiado a vestir trajes, cambias de ideología».

Joe Slovo, antiguo líder comunista sudafricano

El presidente Donald Trump invade México. Vladímir Putin convoca una reunión urgente de sus aliados europeos: el presidente del Gobierno español, Pablo Iglesias, el primer ministro griego, Yanis Varoufakis, y el primer ministro británico, Jeremy Corbyn, ideólogo de la izquierda chavista vegetariana del Partido Laborista que una vez presidió Tony Blair. La cumbre se lleva a cabo en el peñón de Gibraltar, recién devuelto a la república española por el anticolonialista Corbyn.

El ministro de Defensa español, el camarada Íñigo Errejón, da inicio a la reunión con un informe sobre la situación en el terreno. Tropas estadounidenses han penetrado en territorio mexicano a lo largo de toda la frontera norte. Su objetivo, según el propio Trump, es «recuperar» los estados norteños de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas y colocarlos bajo la soberanía de Washington. El Ejército mexicano se ha replegado y los únicos enfrentamientos registrados han sido entre unidades de boinas verdes y una fuerza de policías municipales liderada por el narcotraficante Joaquín El Chapo Guzmán.

Complicando la cuestión, hay indicios de que un significativo porcentaje de la población de los seis estados está reaccionando a la aparición de los primeros batallones estadounidenses con júbilo. El *hashtag* #bienvenidomrtrump ya es *trending topic* en la ciudad de Monterrey. Otra dificultad: hay señales de división interna en el Gobierno mexicano. Un vídeo en YouTube muestra al presidente de México, el antiguo seleccionador de fútbol Miguel Herrera, dándole un puñetazo a un general.

Errejón concluye su informe y Putin pide propuestas sobre cómo reaccionar a la crisis. El laborista Corbyn, luciendo su habitual gorrita Lenin, dice que jamás en sus 71 años de vida ha traicionado el principio del pacifismo, pero comprende que es necesario tomar represalias a favor del pueblo hermano mexicano. Tiene una idea que, está convencido, será una daga al corazón del imperialismo yanqui: nacionalizar todos los McDonald's de su país y transformarlos en «comedores del pueblo».

Iglesias, que acaba de presentar su programa semanal *Aló, presidente* por Skype desde la habitación de su hotel (dos estrellas), se pone de pie y declama que él no es «ni de izquierdas ni de derechas», que siempre, siempre defenderá los derechos del proletariado contra la oligarquía (Corbyn alza un puño; Putin suprime un bostezo) y que la respuesta española a la agresión yanqui se tendrá que decidir bajo el principio no

negociable de la democracia directa. Con lo cual —alzando la voz, desafiante, las manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros— anuncia que dará la orden de que se lleve a cabo un proceso urgente de «consultas populares digitales» con las bases de su partido. Varoufakis, vistiendo una chaqueta de cuero Prada, visiblemente irritado por la poca convicción marcial de sus dos antiguos compañeros de lucha, se sube a la mesa, grita «¡Esto es Esparta!» y declara que los yanquis solo entienden un lenguaje. Está preparado, proclama, a enviar la fuerza aérea griega «mañana mismo» a Washington a bombardear el Banco Mundial, el FMI y la Casa Blanca.

Los tres líderes europeos miran a Putin, a quien se le escapa una leve sonrisa. «Me interesa la opción tuya, Coletas», dice. «O sea, no hacer nada». Iglesias protesta. «Mire usted, camarada, tiene que entender que tenemos unos problemas internos muy graves, no estamos como para aventuras…». Suena el teléfono móvil de Putin, lo coge, asiente con la cabeza y anuncia: «Perdonen, señores. Tengo una visita. Salgo un momento».

Los tres *juniors* de la alianza putiniana se miran perplejos, pero aceptan su retirada sin protesta. Iglesias sigue hablando.

Por un lado, les cuenta a Corbyn y Varoufakis, se enfrenta a sectores inquietos de las Fuerzas Armadas españolas deseosos de recuperar Catalunya por la fuerza; por otro, como consecuencia de la generosa política de «puertas abiertas» a la inmigración de su Gobierno, decidida en un referéndum nacional vía Twitter, la llegada a España de diez millones de extranjeros —iraquíes, sirios, somalíes y, ante todo, griegos— ha contribuido a incrementar la cifra nacional del desempleo al 70 %. Y, lo que más le ata las manos, hay manifestaciones diarias en todo su país exigiendo la extradición del rechoncho cocinero español José Andrés, encarcelado por la Administración Trump.

Cuando Trump lanzó sus famosos insultos a los mexicanos en la campaña electoral de 2015, denunciándolos como «criminales» y «violadores», Andrés respondió retirándose de un proyecto con el magnate pelirrojo para abrir un restaurante en un hotel neoyorquino. Trump le demandó y el español le contestó «Alégrame el día», convirtiéndose al instante en ídolo de la resistencia antitrumpista. Andrés, no solo el preso político más famoso del mundo sino el más solidario, abandonó una larga huelga de hambre el día de Navidad de 2019 al ver que su salud mejoraba mientras su compañero de celda Sepp Blatter, que se estaba comiendo la comida de los dos, engordaba a extremos alarmantes.

Ahora España tenía que elegir, explica Iglesias, entre tomar represalias por la invasión estadounidense y abandonar Andrés a su destino, o intentar lograr su liberación por la vía diplomática. Ante semejante encrucijada, la única salida responsable era recurrir una vez más a la sabiduría de las masas.

«¡Me cago en las masas!», suelta Putin, que entra por una puerta acompañado por el

presidente Trump, los dos muertos de la risa. Los tres revolucionarios se miran estupefactos. «Mister Trump y yo hemos llegado a un acuerdo que garantizará la paz mundial», anuncia Putin. «Él tendrá vía libre para hacer lo suyo no solo en México sino en toda América Latina y nosotros en Europa. Esperamos un poco de resistencia de la presidenta Marine Le Pen en Francia, pero en poco tiempo lograremos nuestra misión histórica de reconstituir la Unión Oligárquica —digo, Soviética— en todo el continente, solo que ahora… ¡Hasta el Atlántico!».

Putin saca una botella de vodka y cinco copas. «¡Un brindis!», exclama.

Iglesias, Corbyn y Varoufakis no saben si celebrar o llorar.

«Una pregunta», murmura Iglesias. «¿Y José Andrés?». «¡Que se pudra en su gulag!», grita Trump. Putin se parte a carcajadas.

10 de agosto de 2015

Siempre mira el lado brillante de la vida

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos».

Charles Dickens

Compartimos la idea nosotros, la élite cosmopolita que lee diarios como *El País* o que escribe en ellos, de que 2016 ha sido un *annus horribilis*. Mientras la guerra y el terror asolan Oriente Próximo, generando olas de refugiados, el populismo arrasa en dos de las más ancianas y venerables democracias, Estados Unidos y Reino Unido, y amenaza a buena parte del antiguo continente europeo. La idiotez vence a la inteligencia, los payasos a los sensatos, el cinismo a la decencia, las mentiras a los hechos. Nadie encarna mejor la era política en la que vivimos en Occidente que el ignorante, inestable, irresponsable Donald Trump.

Con semejante energúmeno al mando del arsenal militar más potente de la tierra puede pasar cualquier cosa en 2017. Pero no todo es oscuridad. Miremos, como nos encomendaban los Monty Python, el lado brillante de la vida. Si nos distanciamos de las circunstancias que seguimos en las noticias, aquellas que reconfirman nuestra fe en la congénita imbecilidad de la especie, si ampliamos la mirada a las tendencias que marcan el progreso material de la humanidad, detectaremos razones para pensar que lejos de vivir en el peor de los tiempos, vivimos en el mejor.

La desigualdad es uno de nuestros grandes temas de conversación y aunque es verdad que crece *dentro* de los países, también es verdad que la desigualdad *entre* los países disminuye. Los que tenemos la fortuna de haber nacido en los países ricos podemos sentirnos un poco menos culpables que antes. Las cifras de las Naciones Unidas demuestran que desde 1990 la enorme mayoría de los países en desarrollo han avanzado respecto a los desarrollados en cuanto a ingresos, longevidad y acceso a la educación.

El año 2016 no ha sido ninguna excepción: por primera vez, seguramente en la historia humana, el número de habitantes de la tierra que vive en la extrema pobreza ha caído por debajo del 10 %. El hambre en el mundo ha descendido también a su nivel más bajo en un cuarto de siglo.

Las buenas noticias no se limitan a los países pobres. Hay una crisis general de expectativas en los ricos, pero la demagogia catastrofista de, por ejemplo, Donald Trump ignora el hecho de que en Estados Unidos el desempleo descendió del 7,8 % cuanto Obama llegó a la Casa Blanca al 4,6 % hoy. En Reino Unido, donde la percepción de que los inmigrantes europeos se estaban llevando todos los nuevos

empleos contribuyó al voto por el Brexit, el porcentaje de gente con trabajo no ha sido tan alto en más de una década.

España es un país en el que llama la atención la discrepancia entre la propensión de sus habitantes a quejarse y una calidad de vida que es la envidia del mundo. El desempleo sigue siendo alto pero va a la baja y el crecimiento de la economía ha sido el doble del de la media de la Unión Europea en 2016. Un artículo en el *Financial Times* a finales de noviembre se titulaba: «Brilla la historia de la recuperación española».

Volviendo al destino del resto del planeta, queda por ver qué harán los bárbaros de la futura administración Trump, pero el hecho hoy es que por tercer año consecutivo se ha frenado la emisión mundial del dióxido de carbono producido por la quema de combustibles fósiles, la principal causa del cambio climático.

Los habitantes de la tierra, mientras, gozamos de mejor salud que nunca. La expectativa de vida sigue creciendo en todo el mundo y las enfermedades más letales se cobran menos víctimas. Según la Organización Mundial de la Salud, el número de muertes ocasionadas por la malaria ha bajado en más del 50 % desde el año 2000 y las víctimas mortales del VIH-sida se han reducido en similares proporciones. En enero de este año la OMS anunció que la epidemia del ébola en África occidental había sido erradicada. La mortalidad infantil mundial es la mitad de lo que fue en 1990.

En cuanto a las guerras, no son lo que eran. La de Siria es un espanto, pero si apartamos la vista un momento de las imágenes de televisión que nos acosan cada día desde Alepo y abrimos los ojos al panorama global vemos que vivimos en una era de paz sin precedentes. Desde 1946 el número de víctimas de la guerra ha disminuido en proporciones gigantescas; los índices de homicidio en el mundo también bajan. La tendencia general, ejemplificada por el proceso de paz de Colombia, deja claro que el mundo es menos salvaje de lo que fue.

Lo cual quizá ayude a explicar el miedo que nos genera en la por lo demás pacífica Europa —más pacífica que en cualquier momento de su historia— el relativamente inocuo fenómeno del terrorismo del ISIS. Para los familiares de las víctimas de Berlín la semana pasada, y anteriormente de Bruselas, Niza y París, la tragedia es total, por supuesto, y no hay consuelo posible. Pero tampoco lo hay para aquellos cuyos seres queridos mueren en accidentes de tráfico, como nos recordó la semana pasada Robert Neild, profesor de economía de la Universidad de Cambridge. Neild señaló que según las estadísticas de la Unión Europea murieron 151 personas en atentados terroristas en 2015, un mal año, pero en los mismos 12 meses murieron 26.100 en las carreteras. Lo cual demuestra la irracionalidad de que nos asuste más irnos de vacaciones a París que conducir al trabajo cada mañana. El profesor de Cambridge hizo el cálculo: para un europeo, la probabilidad de morir en un coche es 172 veces mayor que la de morir en un

acto de terrorismo.

Todo puede cambiar en 2017. Quizá tengan razón los que temen que estemos, como en los años treinta, en el umbral de una catástrofe. Pero no está mal recordar hoy, con el 2016 llegando a su fin, que la humanidad aún tiene más motivos para darse un pequeño aplauso que para hundirse en la desesperación.

26 de diciembre de 2016

El muro que divide al mundo en el siglo XXI

«Imagina que no hay países, no es difícil hacerlo».

John Lennon, *Imagine*

«Desigualdad», «globalización», «los que se han quedado atrás»: no pasa un día sin que se repita el mantra, sin que nos vuelvan a contar que estas son las fuentes de la corriente populista que condujo al Brexit en Reino Unido, a Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos y que puede desembocar en victorias para Geert Wilders y Marine Le Pen en las inminentes elecciones generales de Holanda y Francia.

El argumento no convence. Sí, la economía siempre va a ser un factor electoral, pero no es la principal explicación del fenómeno político que define nuestra era en Occidente. No se trata en primer lugar de una lucha de clases clásica entre ricos y pobres. Estamos presenciando un nuevo concepto del término en el que la división se define no por el dinero sino por los valores, por dos conceptos opuestos de las que deben ser las prioridades morales de la sociedad.

Eric Kaufmann, un profesor canadiense de política en Birkbeck College (Inglaterra), está escribiendo un libro sobre el tema. «Lo que vemos —ha dicho— es una creciente polarización de valores en las sociedades occidentales. La línea divisoria política era izquierda contra derecha, redistribución económica contra el mercado libre; la nueva polarización emergente es entre lo que podríamos llamar cultura abierta contra cultura cerrada, o el cosmopolitismo contra el nacionalismo».

Kaufmann se apoya en un estudio detallado que ha hecho su universidad de las prioridades del electorado en las elecciones estadounidenses de noviembre. La conclusión más importante es que la inmigración fue un asunto de muchísima mayor preocupación para los devotos de Trump que la desigualdad, una realidad que les dejó casi indiferentes. Lo cual ayuda a explicar su devoción por un presidente magnate que no disimula su enorme riqueza.

Explica también por qué «el Muro» fue no solo el mensaje que más caló en la campaña electoral de Trump sino la metáfora que define el rechazo a la inmigración y al cosmopolitismo en general de sus seguidores estadounidenses y de sus correligionarios europeos. La nueva lucha de clases no es entre los que han prosperado económicamente y los que no, sino entre aquellos que tienen una visión abierta al mundo y los que desean refugiarse en la antigua tribu. O, lo que acaba siendo lo mismo, entre los que navegan cómodamente en las corrientes de la modernidad y los que sueñan con parar el barco y regresar al puerto seguro del pasado.

Por eso el otro mensaje que dejó huella en los votantes de Trump, mucho más que

cualquier reflexión sobre sus planes fiscales, fue el eslogan *Make America great again* (Haz que América vuelva a ser grande). El eslogan apela al sentimiento nacionalista de aquellos que añoran una época dorada en la que la integridad racial de la tribu no se había contaminado por la llegada de personas de culturas extrañas.

Aquella época se suele remontar en el imaginario colectivo a los años cincuenta. Los datos demuestran que, efectivamente, al final de esa década el 90 % de la población de Estados Unidos era blanca; hoy lo es el 63 %. América era grande, según Trump, antes de la revolución cultural que inició la ruptura del antiguo orden en los años sesenta. No es casualidad que Geert Wilders, el populista holandés y favorito para ganar las elecciones de este mes, haya elegido como su principal eslogan electoral «Haz que Holanda vuelva a ser grande».

Tanto Wilders como Le Pen como Nigel Farage (el líder espiritual del *Brexit*) son admiradores declarados de Trump. (También lo son el dictador de Zimbabue, Robert Mugabe; el presidente y asesino en serie de Filipinas Rodrigo Duterte y Vladímir Putin, pero ese es otro tema). Todos insisten en decir que los que simpatizan con ellos son «la gente real» o «el pueblo auténtico». El lema electoral de Le Pen es «En nombre del pueblo». Los demás son una especie de herejes o traidores. Habitan el otro lado del muro, no añoran el pasado y se sienten cómodos viviendo en un mundo sin fronteras.

Yo estoy del lado de lo que supongo que será el de la mayoría de la gente que lee diarios como este o *The New York Times* o *Le Monde*. Podemos tener más o menos dinero, pero pertenecemos, nos guste el término o no, a la llamada élite cosmopolita, típicamente gente que vive en grandes ciudades cuyos valores y hábitos chocan con el sector más rural o conservador que se rinde a los cantos de sirena de los populistas de derechas.

Hagamos una lista de algunos de los valores que a los de mi bando les parecen bien, incluso en algunos casos admirables, y que a la mayoría de los fieles del eje trumpista les parecen de dudoso valor, ridículos o directamente aborrecibles.

En primer lugar está, por supuesto, el internacionalismo, palabra que cubre la inmigración, la bienvenida a los refugiados de guerra, la Unión Europea, lo extranjero en general. Pero a esto se suman, con mayor o menor énfasis según el individuo, los derechos humanos; el feminismo; la homosexualidad; la protección del medio ambiente; los intelectuales.

No es ninguna sorpresa que un reciente estudio del *Financial Times* demostrara que los votantes de Wilders tienden a tener un nivel educativo inferior a los que votan en su contra. Recordemos el grito de Trump durante su campaña electoral, «¡Adoro a los incultos!». O el de los propagandistas del Brexit: «Estamos hartos de los expertos».

Derribar el muro que nos separa será complicado. Si fuese verdad que el problema es

esencialmente económico los hechos se impondrían tarde o temprano a las falsas promesas. Pero como se trata de una lucha de valores estamos en el terreno no de la razón sino de la fe. Trump, Le Pen y Wilders son vistos por su gente como redentores; el Brexit, como el retorno a la gloria terrenal de los días del imperio. El pensamiento religioso se mezcla con el político, el secreto del éxito del evangelio comunista durante buena parte del siglo XX. El populismo es la nueva religión política del XXI en los países ricos de Occidente. Veremos si tarda más tiempo que el comunismo en desaparecer de los corazones de sus fieles.

6 de marzo de 2017

Referéndum mundial

¿Qué hacer el día en el que detectemos que hay vida inteligente en el más allá? ¿Deberíamos tomar contacto con ellos o mirar para otro lado? ¿La decisión la tomarían los políticos o nos pedirían que celebrásemos un referéndum mundial: sí o no al diálogo con los extraterrestres?

No es broma. Hay gente seria que le está dando vueltas a la cuestión, y menos mal. En comparación con la nada descartable posibilidad de tal contacto, todos los demás problemitas que tenemos son bobadas.

Nunca la humanidad se ha empeñado más en ir a la caza de extraterrestres que hoy. La NASA, la Agencia Espacial Europea, supertelescopios en Chile y en Sudáfrica, programas financiados por multimillonarios de Silicon Valley y varios raritos más están al acecho. En septiembre, científicos de una universidad londinense dedujeron que hay agua en un exoplaneta que está a 110 años luz. Cuesta mucho creer que no hay vida, y muy variada, en algún lugar del universo. Habríamos de ser muy prepotentes como especie —que lo somos, claro— para pensar que estamos solos en el infinito.

Entonces, tarde o temprano, nos toparemos con algo. Quizá primero con un alga, o con algo que se parezca a un camarón. Pero sería irresponsable no estar preparados para la aparición de seres extraplanetarios superiores y la ONU, afortunadamente, está en ello. Existe un protocolo, según leí hace unas semanas en el *Financial Times*. El que descubra señales de vida inteligente en el cosmos tiene que llamar primero a la ONU y luego a un organismo llamado la Unión Astronómica Internacional.

Pero entonces, ¿qué hacer? Hay tipos listos pensando en ello. La Universidad de Oxford ha hecho una encuesta a lo largo de este año y los resultados se dieron a conocer en septiembre. La mayoría optó no por hacernos los tontos, sino por tomar contacto. Si ellos nos llaman, contestar.

Yo lo tendría menos claro. Si son capaces de llegar hasta aquí, lo más probable es que sean bastante más brillantes que nosotros. Si tuviesen la mala suerte de compartir el rasgo humano de la vanidad, no es descartable que lleguen en plan conquistador, como Cortés en México. O que, aunque vengan en paz, traigan consigo una plaga exterminadora. O que nos traigan a sus dioses y liquiden, por la fuerza o por la razón, nuestra fe en el islam, o en Jesucristo, o en la democracia, o incluso en el fútbol.

Si hubiese un referéndum mundial, opción favorecida por el 11 % de los que respondieron a la encuesta, haría campaña para no responder a las llamadas de los extraterrestres, para que nos abandonen a nuestra galáctica soledad.

Poniéndonos en la piel (en este caso verde, quizá) del otro, es posible que venir a

vernos no les haga ningún bien tampoco a ellos. Especialmente si resulta que no solo son más inteligentes que nosotros sino más sensibles. Como la extraterrestre en la película *El quinto elemento* de Bruce Willis, que gracias a su extraordinaria velocidad mental digiere en cuestión de segundos la historia de la humanidad en el siglo XX. Stalin, Hitler, bombas atómicas. Se quiere morir. O, al menos, volver rápidamente al lugar de donde vino.

Si los extraterrestres nos visitaran hoy en el siglo XXI y si resultaran ser buena gente, decente y racional, no se horrorizarían tanto, tal vez, pero seguro que se quedarían atónitos ante el grado de estupidez al que hemos llegado. Ya saben: Trump, Torra, Mourinho, Boris Johnson, Jeremy Corbyn, Putin, Vox o los jueces del Tribunal Supremo, por no hablar del Brexit, del suicidio climático, del Estado Islámico, de la desigualdad, de las injusticias de la ley, de las locuras que generan las ideologías y las religiones y las banderas y el orgullo y el ego. Qué vergüenza sentiríamos.

Lo más probable es que se debatirían entre salir corriendo o, mezclando asco y compasión, destruir nuestro planeta antes de que lo hagamos nosotros. Aunque no se puede descartar que posean una vena altruista y que opten por quedarse a civilizarnos. O, lo que es lo mismo, a hacer realidad las promesas de los políticos en época electoral. Prosperidad y salud para todos, adiós a los conflictos, hola a la paz. Si alguno de ellos se leyese *Los viajes de Gulliver*, podría interesarse por la solución que propone su autor, el misántropo irlandés Jonathan Swift: convertir a los caballos, animales nobles y sin maldad, en la especie elegida de la Tierra y a los humanos en sus domados y dóciles esclavos.

Otra solución sería que nos lavasen los cerebros, borrasen nuestras pasiones y prejuicios y que impusieran en la Tierra el imperio de la razón. O sea, que nos convirtiesen a todos en escandinavos. Sin necesariamente saberlo, esto es a lo que aspiramos. Sin decirlo explícitamente, los políticos en campaña electoral hoy en el Reino Unido y en España, y en todos lados siempre, nos dicen que si votamos por ellos nos conducirán a la Utopía, que seremos todos ricos, tolerantes e iguales como en Suecia o como en un mundo mejor desconocido que puede que exista en otra galaxia.

Si existe y si los que ahí viven deciden darse una vuelta por el planeta Tierra y curarnos de nuestros males, se les presentaría la opción de hacer realidad el paraíso que nos han vendido no solo los políticos sino los ideólogos, los profetas y los curas a lo largo de lo que llamamos la civilización. Sería lo peor que nos podría pasar.

El mejor argumento en contra de establecer una vía de comunicación con seres más evolucionados que nosotros no es que nos puedan matar a todos sino que, en caso de que vinieran en pan colonialista redentor, nos acabaríamos muriendo de aburrimiento. Dejaríamos de ser lo que somos, seres conflictivos, y quedaríamos privados de las tres

cosas que nos diferencian de nuestros primos chimpancés, de los caballos, los camarones y demás animales: la conversación, la estupidez y la lucha por una vida o un mundo mejor.

Si no tuviésemos a los Trump, Torra, Mourinho, Putin, Johnson o a los jueces del Tribunal Supremo, tendríamos que inventarlos. Bueno, la verdad es que siempre aparecen por sí solos. Payasos, más o menos crueles, pululan a lo largo de la historia. Antes de Trump tuvimos a Calígula. Antes de Vox a Franco. Antes del Brexit a Monty Python.

Si el mundo no fuera como es, no tendríamos de qué hablar, de qué escribir o para qué luchar. Entre otras tragedias, los columnistas dejaríamos de existir. Twitter también. No, por favor. Que destruyan los telescopios que escanean los cielos en busca de una raza superior. O si no, y si un día de estos detectamos su presencia, miremos a la Luna y no les hagamos caso. O lo mejor de todo, que se queden en casa tranquilos y no nos arruinen la juerga, por más absurda que sea.

3 de noviembre de 2019

JESÚS ERA JUDÍO

Dos judíos ortodoxos, vestidos de negro y con trenzas, caminan por una calle y ven un cartel a la entrada de una iglesia que pone: «Pagamos 100 dólares si se convierte al cristianismo». Se miran y uno le dice al otro: «¿Cómo lo ves? Cien dólares. No está mal». «Ni loco», le contesta su compañero. El primero entra en la iglesia y se bautiza. Un rato después sale y su compañero le dice: «Bueno. ¿Te dieron los 100 dólares?». «¡Hay que ver cómo sois! —le contesta el recién converso—. Siempre pensando en lo mismo…».

Oí el chiste esta semana en un vídeo en el Museo Judío de Londres. Formaba parte de una exposición muy oportuna en Inglaterra, ya que casi cada día se lanzan acusaciones de antisemitismo contra el Partido Laborista, el de los obreros y la igualdad. La exposición se llama «Judíos, mito, dinero» e intenta documentar y refutar lo que es probablemente el prejuicio más antiguo de la humanidad. Hay y ha habido muchos más. Contra los musulmanes, los católicos, los protestantes, los negros, los blancos, los hindúes, los mexicanos, los argentinos, los yanquis, los franceses, los alemanes, los ingleses, los africanos, los chinos, los catalanes, los españoles, los aficionados del Real Madrid y… bueno, no hay espacio en este artículo para mencionarlos todos. Siendo como somos, tan necesitados de objetos de desprecio o de odio, la lista es casi infinita. Pero el prejuicio contra los judíos es el que más resiste el paso del tiempo.

Todo empezó hace dos mil años con los Evangelios cristianos. Según la exposición en el museo, los dos episodios fundacionales, clavados por los siglos de los siglos en la conciencia colectiva de Occidente, son el de Jesús expulsando a los mercaderes del templo y el de Judas vendiendo a Jesús por 30 monedas de plata. Como muchos prejuicios, este se origina en una gran falacia. O, mejor dicho, en una perversa omisión.

Judas se convierte en la personificación de los judíos mientras se olvida, por el amor de Dios, que Jesús era judío también. Como lo fueron Mateo y los demás evangelistas y después Pablo, cuyas epístolas transformaron lo que había sido una secta disidente del judaísmo en una religión universal. Más coherente hubiera sido que se asociara a los judíos no con la avaricia traicionera de Judas sino con el mensaje de amor y generosidad que patentó Jesús.

Pero no. Estigmatizar a los judíos ha resultado útil como arma política desde la edad media hasta la edad nazi y más allá. Como reza el capítulo uno del viejo manual populista, el rey, el presidente, el caudillo o el que aspira al poder identifica un enemigo y, acto seguido, se representa como el líder que defenderá al pueblo contra sus

maldades. Tantas veces el judío ha sido el señalado que el prejuicio ha rebasado la política y se ha consolidado en casi todas las culturas. Hitler lo tuvo fácil. Cuando utilizó a los judíos como amenaza para canalizar resentimientos y unir a los alemanes bajo su manto protector ya tenía la mayor parte de su trabajo propagandístico hecho.

El hecho de que algunos insistan en que el Holocausto nunca ocurrió, y que fue otra invención conspirativa judía, da la obscena medida de cómo la caricatura perdura. La arraigadísima idea de que los judíos son unos avaros obsesionados con el dinero es el emblema y prototipo de aquella propensión tribal del ser humano (se llama nacionalismo) a catalogar a los que pertenecen a un grupo diferente como si cada uno de sus miembros fuese tan homogéneo como una especie de insectos. Lo cual nos lleva a mantener dos ideas absolutamente contradictorias en la cabeza a la vez. Por un lado sabemos que cada miembro de nuestra familia es un mundo, infinitamente variado e insondable. Pero la mamá, el papá, los hijos, los abuelos, los nietos y los sobrinos en una familia de judíos/musulmanes/catalanes/franceses, etcétera, etcétera, etcétera, todos, tienen personalidades idénticas. Como si fueran, como decían los nazis de los judíos, cucarachas.

Nadie se salva de este impulso reductivo, la raíz de los peores males de la humanidad. Podemos apaciguar nuestras conciencias creyendo que no tiene mayor trascendencia declarar en una comida entre amigos que los ciudadanos de cierto país o de cierta religión o color son todos unos prepotentes, o unos ladrones. Estaríamos hablando aquí de prejuicios a fuego lento. El problema llega cuando aparece un político o un partido que para llegar al poder o preservarlo sube la temperatura y de repente las emociones hierven. Aparece el oportunista, nace la crisis, algo se rompe, se dicen barbaridades y la civilización da un paso de vuelta a la jungla. Es el caso de Trump con los mexicanos. O el de los líderes brexiteros con el siempre latente sentimiento antieuropeo de muchos ingleses. O el de ciertos españoles con los catalanes o el de ciertos catalanes con los españoles. Las consecuencias nunca son buenas.

En el caso de los judíos, en los años treinta y cuarenta en Alemania fueron catastróficas. Pese al esfuerzo de muchos, empezando por los propios alemanes, los datos demuestran que hoy la percepción negativa de los judíos crece, en buena parte como daño colateral del tsunami populista que recorre el mundo. Yo soy de los que piensan que los judíos se merecen una atención especial. En parte porque el mundo está en deuda con ellos por el atroz trato que han recibido durante siglos, como constaté en la exposición que vi esta semana. En parte porque hay mucho más veneno en el prejuicio antijudío que en el antifrancés o antiinglés.

Alguien me dirá: «¿Y qué tal Israel?». Bien. Mi opinión es que hay similitudes entre el *apartheid* sudafricano y la política que ejerce el primer ministro Beniamin

Netanyahu. Pero lo que me enfurece es que la gente identifique a todos los judíos con aquel relativamente pequeño sector de la población judía mundial que vota por él. Es la versión contemporánea del antiguo reflejo de identificar a los judíos con Judas o con los mercaderes del templo.

Combatir estos procesos mentales es una noble misión. Triunfar en ello, muy difícil. Somos mezquinos por naturaleza. Pero hay que intentarlo. Aprender de los Evangelios y hacer un esfuerzo para ver a los judíos como gente igual de buena o igual de mala, igual de loca o igual de sana, igual de rácana o igual de generosa que todos los demás sería un buen comienzo. Dos milenios después, ya es hora de acabar con esta mierda.

16 de junio de 2019

MESSI, ARMA POLÍTICA

«¡Qué golpe!», dijo un admirado y sonriente Jürgen Klopp del segundo gol de Messi el miércoles, «la parábola de Dios» que no solo dejó prácticamente eliminado de la Champions League al Liverpool, el equipo que el buen alemán entrena, sino probablemente sin título alguno al final de una magnífica temporada. Vi el partido Barcelona-Liverpool aquí, en Bogotá, tras dos días conversando con gente sesuda de todo el mundo sobre la justicia y la paz en Colombia, el desmadre venezolano, el alivio del resultado electoral en España y la farsa del juicio a los políticos catalanes, la locura que lleva a la gente a votar por individuos como Pablo Casado o Donald Trump y el fenómeno contemporáneo que lo une casi todo, la dichosa polarización.

Ahora, ¿hay polarización más intensa que la que vemos entre dos grandes equipos durante un partido de semifinales en la mejor competición de fútbol del mundo? Vale. Me paso un poco. El fútbol no es la guerra. Pero sí es la guerra sin disparos, como dijo George Orwell. En cuanto al calor de los sentimientos que genera, no hay rivalidad política que se le acerque.

Lo alentador es que tampoco hay nada que una más a la gente que el fútbol. La prueba es que no hubo nada en el planeta Tierra esta semana que despertara más gritos de júbilo que aquella belleza de misil guiado de Messi en el Camp Nou. Hubo cientos de millones, quizá miles de millones, que reaccionaron igual que un par de famosos y supuestamente patriotas comentaristas de la televisión inglesa: con abrazos, risas y chillidos de asombro y estupor. Si el propio Klopp lo acabó aplaudiendo, podemos estar seguros de que lo aplaudieron también los chavistas y los golpistas de Venezuela; los exguerrilleros de las FARC y la derecha colombiana; los jueces, fiscales y (quizá con más fervor) los acusados catalanes en el Tribunal Supremo; los *brexiters* y los *remainers* en Reino Unido; los israelíes y los palestinos; los chiíes y los suníes; republicanos y demócratas en Estados Unidos.

Acepto que debemos excluir de la lista a Donald Trump, cuyo narcisismo le impide extender su interés en el deporte más allá de ganar al golf con trampas. Pero el hijo de 12 años de Trump, Barron, es de los nuestros. Aficionado del Arsenal, Trump júnior nos anima a creer que las futuras generaciones ofrecen la posibilidad de un mundo mejor.

La polarización política se extiende por todos lados pero el fútbol va contracorriente. Y, como el fútbol interesa y apasiona a la gente mucho más que la política, lo que quizá se debería hacer es recurrir al fútbol para resolver los problemas más estúpidos e innecesarios que se crea la humanidad. O sea, utilizar el fútbol como arma política.

Veamos el caso del referéndum que hubo aquí, en Colombia, en 2016.

Increíblemente, una mayoría de colombianos votó en contra del acuerdo de paz que el gobierno de Juan Manuel Santos negoció con las FARC para poner fin a 54 años de guerra. Santos contaba con el apoyo de casi todos los gobiernos del mundo, pero fue derrotado por la colosal vanidad y brillantez demagógica de su rival, el expresidente Álvaro Uribe. Había una solución a semejante locura, una herramienta populista más imbatible que la de Uribe o de cualquier otro político: el fútbol. Si las Naciones Unidas se hubieran puesto de acuerdo con la FIFA para decirles a los colombianos que si votaban no a la paz se excluía a su selección del Mundial por tiempo indefinido, el sí al acuerdo de paz hubiera ganado por goleada.

Funcionó en Sudáfrica. En 1992 hubo un referéndum en el que se preguntó a la minoría dominante blanca si estaban de acuerdo con que su gobierno negociara la transición del *apartheid* a la democracia con Mandela. Más del 68 % votó a favor. El argumento ganador: que si optaban por negociar se acababa el boicot deportivo internacional a su país. Dos años después (el viernes que viene se cumple el 25 aniversario), Mandela llegó a la presidencia.

¿Por qué no usar el deporte como instrumento de cambio en Venezuela? Hoy lo que se vive ahí es una repetición de la película de la guerra fría donde los intereses de Estados Unidos chocan sin solución con los de China, Rusia y Cuba. La torpeza de unos y el cinismo de otros solo han contribuido a empeorar las cosas. Todas las negociaciones y conspiraciones intentadas hasta la fecha han fracasado. La situación solo se va a desatascar cuando la gran mayoría de los venezolanos se levanten por su propia cuenta en contra de un sistema que ha condenado al 80 % de ellos a la pobreza, a cuatro millones al exilio económico y a una inflación anual que supera los 2.000.000 %. Necesitan un empujón más. Ya que, con la excepción de los viejos países comunistas, el mundo está casi tan opuesto al régimen chavista del presidente Nicolás Maduro como lo estuvo en su día al *apartheid*, ¿por qué no intentar lo siguiente? Decirles a los venezolanos que mientras Maduro se aferre al poder se impondrá un boicot a la participación de su selección en el fútbol internacional y un bloqueo a todo acceso por televisión, radio e internet al fútbol de las grandes ligas europeas.

No hay por qué limitar el uso de esta arma motivadora a Venezuela. Las posibilidades son ilimitadas. Variantes del castigo que propongo podrían utilizarse para acabar con las más malévolas dictaduras africanas; para azotar a los países que no se unen al movimiento global contra el cambio climático; para frenar los impulsos más corruptos y autodestructivos de ciertos gobiernos de América Latina; para promover el diálogo entre Israel y Palestina, Arabia Saudí e Irán, India y Pakistán y los dos bandos del Partido Popular español.

Se podría lograr mucho con la simple amenaza de negar a la gente la posibilidad de

ver jugar a Messi en televisión. Y ni hablar del potencial que el *crack* tiene para influir en la política catalana. La fórmula más eficaz para acabar con el independentismo no es ni el diálogo, ni el artículo 155, sino que Messi declare que si Catalunya deja España, él deja el Fútbol Club Barcelona. Quizá para que ni se le pase la idea por la cabeza, los sabios de la Generalitat acaban de anunciar que le van a dar la Creu de Sant Jordi. Bien. Pero visto lo visto contra el Liverpool, se quedan cortos. Como me dijo un amigo argentino, habría que condecorarle también con la Legión de Honor y la Victoria Cross. Yo iría más lejos. Le regalaría la Sagrada Familia.

5 de mayo de 2019

El orgullo español

A la cabeza de mi lista de propósitos para este año nuevo, el más difícil, y el más importante, es reconocer que me puedo equivocar. Es difícil para cualquiera, más para alguien como yo que se encuentra ejerciendo el papel de opinador profesional, y mucho más todavía para los que tenemos sangre española.

Los españoles suelen decir de sí mismos que lo que les define es la envidia. No estoy de acuerdo porque no creo que padezcan esta debilidad en mayor medida que el resto de la especie. Yo creo, y mi mitad madrileña me lo comprueba con alarmante frecuencia, que lo que realmente distingue a los españoles del resto de la humanidad es su desorbitado orgullo. Esto tiene su lado admirable, claro. La fidelidad a los principios, el honor y tal. Pero llevado a extremos puede ser peligroso. Se antepone el orgullo al pragmatismo, se prioriza lo que se percibe como la entereza moral a una solución del problema, y uno acaba pegándose un balazo en los pies. Pierde amigos, o trabajo, o dinero, o elecciones, o prestigio, o un imperio.

Hablamos de un enorme problema intrínseco a la humanidad que, para el bien de uno mismo y para el del prójimo, uno tiene que intentar superar. Pero no es suficiente decir que uno va a reconocer sus errores. Si lo dejamos ahí, el propósito no aguanta ni dos días. Hay que desarrollar nuevos hábitos mentales. Aquí va mi lista de seis para el 2019 y más allá.

Número uno: ser duro con uno mismo, mirarse en el espejo y preguntarse: ¿me aferro contra viento y marea a esta posición o a este partido político o a este líder a partir de los hechos, en primer lugar, o del temor a desnudar mi frágil autoestima? La opinión y el ego están tan indivisiblemente unidos que cuestionar la primera es erosionar el segundo. Entonces, ¿tendré la fortaleza moral de cuestionar la conexión que he forjado entre mi identidad y estar a favor o en contra de un partido político o, peor, de una figura redentora como Donald Trump, o Fidel Castro, o Jair Bolsonaro, o Carles Puigdemont? ¿Seré capaz de ser abogado del diablo conmigo mismo y poner en duda mi rechazo, por ejemplo, a Trump o a su hermanito pequeño Pablo Casado o, ya que estamos, al Brexit o al independentismo catalán? A ver.

Número dos: hacer el esfuerzo tan necesario y tan poco habitual de meterme en la piel de mi enemigo, o rival. Hay pocas cosas contra las que he despotricado más en público y en privado que los estadounidenses que votaron por Trump. Que el hombre sea un absoluto cretino (prejuicio que supongo que también debería cuestionar) no es el problema, según mi mil veces repetido punto de vista, tanto como que haya 60 millones de personas que crean que sea digno de ser presidente de un club de *boy scouts* o,

mucho peor, de la potencia más grande del mundo. Intentar entender por qué lo hicieron, sin quedarme solo con que son unos neandertales de muy mal gusto, sería útil como ejercicio para entender también a Vox y a otros clones del fenómeno trumpista que están brotando por el mundo.

Número tres: simplificar. Es verdad que esto ya lo hago con previsible frecuencia, pero creo que nunca está de más dudar de las explicaciones más sesudas que se ofrecen de determinados acontecimientos políticos. Por ejemplo, la victoria electoral de Trump y la del Brexit y la de los regímenes autoritarios en Europa del Este o Brasil se atribuyen muchas veces a fuerzas históricas supuestamente inexorables como la globalización o la desigualdad o el dolor del hombre blanco. Nada de esto se le habría ocurrido a nadie, al menos en Estados Unidos, si Hillary Clinton hubiese vencido a Trump en las elecciones del 2016 por el mismo escaso margen que Trump la venció a ella. Cabe pensar que quizá un motivo de más peso por el que ganó «el elefante naranja», como le llama una senadora de su país, es sencillamente que Clinton fue una pésima candidata. Infinitamente más preparada ella para ocupar la Casa Blanca, sin duda, pero su personalidad y su trayectoria chirriaban tanto con tanta gente, especialmente para muchos votantes flotantes, que les fue imposible votar por ella. Dudo mucho, por cierto, de que haya perdido por ser mujer. Dudo más de que Sandro Rosell siga en prisión preventiva por razones legítimas o legales, y más todavía cuando veo que los cerdos de La Manada están en libertad. Pero quizá debería cuestionarme todo esto también.

Número cuatro: no caer en la tentación de etiquetar a todo un conjunto de seres humanos como si fueran insectos o, en mi caso, sobre los que votaron por el Brexit, como *hooligans*. La imbecilidad más ofensiva con la que me he topado este último año ha sido la tendencia de ciertos nacionalistas españoles de llamar «nazis» a los independentistas catalanes. Más habitual en más lugares es la tendencia, o el reflejo, a acusar a gente de ser «racista» o «misógino» a partir de muy poca información, o perspectiva. La anodina serie de televisión de los años noventa *Friends* fue acusada por miles de tuiteros a principios del año pasado de ser homófoba y transófoba. ¡Qué ganas tiene la gente de sentirse ofendida!

Número cinco: no meterse en líos innecesarios. Por ejemplo, no opinar, nunca y en ninguna circunstancia (aunque quizá ya metí la patita sin querer en el párrafo anterior), sobre el tema transgénero. No lo entiendo y no me concierne. Aún no, por lo menos. Deseo paz y felicidad a toda la gente del mundo, pero hay un límite en la cantidad de cosas sobre las que tengo tiempo y necesidad de pensar o hablar. Sí pienso, en cambio, sobre el fenómeno #MeToo, pero me propongo no hablar en público, mucho menos escribir en un diario, sobre ello este año. Desde la tormenta que desató Matt Damon

cuando sugirió que existía una diferencia entre una palmadita en el culo y una violación he entendido que como hombre tengo mucho que perder y poco que ganar entrando en el tema.

Número seis: no hacer pronósticos. No pasa un día sin que alguien en algún lugar del mundo me pregunte qué creo que va a pasar con el Brexit. Ni idea. Ni yo ni nadie lo sabe. Pero lo peor de hacer un pronóstico de este tipo no es que uno no tenga nada útil que decir, sino que uno se juega el orgullo. Si aciertas, bien. Pero si te equivocas, quedas en ridículo, lo peor que le puede pasar a alguien con sangre española.

Ah, y un deseo para el 2019: que se lleve a cabo una reforma radical del sistema judicial español. Basta ya, ¿no?

6 de enero de 2019

EL FÚTBOL *VINCIT OMNIA*

No sé quién fue que dijo que el fútbol era el fenómeno social más importante y menos importante que había, pero, aunque durante mucho tiempo creí que acertaba, ya no estoy tan seguro. Temas familiares aparte, empiezo a pensar que quizá el fútbol es lo más importante, y punto. Al menos, en tiempos de paz.

Claro, habrá gente que dirá, visto lo visto con Boca y River, ¿qué paz? Que los dos grandes clubs argentinos tengan que disputar la final de la Copa Libertadores a 10.000 kilómetros de la ciudad que comparten, en Madrid, para evitar actos de violencia no habla muy bien del pasatiempo favorito de la humanidad.

Yo respondería, primero, que dado el cóctel de factores que inciden en tantos partidos en Argentina —la incomparable pasión por el fútbol, las drogas, la corrupción, etcétera—, deberíamos dar gracias que ante una cita tan importante como esta gran final las cosas no han ido a más; que no ha habido muertos, por ejemplo. Segundo, y mucho más importante, el fútbol es más que un pasatiempo, es más que un deporte, es con diferencia la religión que más devotos tiene. Comparemos las víctimas mortales que ha cobrado el fútbol con las de las otras grandes religiones, como el cristianismo, el islam, el comunismo o el fascismo: estamos hablando de cifras infinitesimales.

Su relativa benevolencia aparte, un argumento fuerte a favor de la suprema importancia planetaria del fútbol es que no hay fe que tenga más adeptos o que más emociones despierte. El fútbol no ofrece una explicación de los misterios del cosmos, es verdad, ni tampoco promete paraísos terrenales o vida después de la muerte, pero sí todos los propósitos temporales de toda respetable religión. Nos da comunidad y consuelo; nos da dioses y santos; nos da milagros; nos da momentos de eufórica trascendencia espiritual. Y dudo bastante que el creyente medio viva una misa con más intensidad que un partido.

Por otro lado, no hay tema del que más gente hable con más frecuencia y con más conocimiento que el fútbol. Me dijo una vez Ferran Adrià, que es a la cocina lo que Picasso fue a la pintura, que la gente hablaba más de comida. Bueno, le invito a un debate cuando quiera. Mientras: sí, por supuesto, todos hacemos comentarios en la mesa. Muchas gracias, tía Loli, las lentejas están estupendas. Pero conversar en profundidad sobre la comida, anatomizar los ingredientes y los métodos de cocción, esto es cosa de especialistas. Todos comemos, si tenemos suerte, pero pocos somos gastrónomos.

¿Qué más cosas hay? ¿Arte y literatura? Deportes minoritarios. ¿La música? Sí, une a mucha gente, pero hay tantos diferentes tipos de música como hay diferentes deportes

y, cuando se apaga, salvo una vez más que uno sea un especialista, se olvida. Un partido de fútbol dura 90 minutos, pero se habla de fútbol por todos lados todas las horas del día.

¿Y qué tal las vidas de los famosos como tema de conversación? No, ni de cerca. Con la posible excepción de Trump u Obama, aunque creo que ni siquiera, no hay nadie más famoso que Messi o Cristiano Ronaldo. Messi es mucho más conocido y admirado por más gente que el papa; Brad Pitt o Johnny Depp no se pueden comparar con Cristiano en cuanto a renombre mundial.

Alguien me dirá que la política le hace la competencia al fútbol. Alguien que no se entera. En mi larga carrera periodística he escrito diez veces más sobre política que sobre fútbol, con lo cual podría haber caído en la tentación de engañarme a mí mismo. Pero la evidencia es aplastante: vaya donde vaya por el mundo encuentro que lo que más rompe el hielo con un desconocido es el fútbol. Incluso cuando he hecho entrevistas con políticos he descubierto muchas veces que disfrutarían más hablando de fútbol que del nacionalismo de turno, o de la crisis económica, o de las elecciones pendientes.

Una vez en Sudáfrica logré conseguir una entrevista superexclusiva con un militante clandestino, el hombre más buscado por la policía del *apartheid*. Cada momento juntos corríamos el riesgo de que nos detuvieran. Pero, una vez establecida nuestra pasión compartida, no pudimos evitar pasar la primera media hora hablando de su equipo, el Arsenal, y de la Premier League inglesa.

Algo curioso que me ocurre en España es que otros periodistas, habitualmente jóvenes, me entrevistan y me preguntan si considero que el periodismo deportivo es una rama inferior de la profesión. ¡Por favor! ¡Es mucho más difícil ser un buen periodista deportivo que un buen periodista político! ¡Requiere mucho más rigor! Por la sencilla razón de que muchísima más gente sabe de fútbol. Las *fake news* sobre temas políticos se cuelan por todos los rincones de la Tierra debido a la ignorancia o falta de interés de la gente. En el fútbol se cuelan mucho menos porque aquí la gente está plenamente informada y no se deja engañar.

Un dato más para rematar: cuando hay goles en un Boca-River, los que miden los movimientos sísmicos registran terremotos en Buenos Aires. El mismo fenómeno se ha detectado durante partidos en Barcelona o en otros lugares del mundo. No tengo conciencia de que haya habido ningún terremoto al anunciarse un resultado electoral.

Terremotos metafóricos, eso sí. Un ejemplo sería lo sucedido el fin de semana pasado en el país donde se juega el Boca-River este fin de semana, la conquista de doce escaños parlamentarios en Andalucía por parte de un partido de *hooligans* —o «barras bravas», como los llamarían en Argentina— llamado Vox. Están en contra de los

inmigrantes, los catalanes, los homosexuales, las mujeres, los negros, etcétera, y durante unos días han dado tema a los programas de radio. Pero dudo que lleguen muy lejos. Quiero creer que un porcentaje importante de los 400.000 infelices que votaron por ellos saben bastante menos de su programa político que sobre el plan táctico del Betis, del Sevilla o del Unión Deportiva Almería.

Lo que sé con seguridad es que el resto de la humanidad se interesa mucho menos por lo que pasa en la política española que por lo que pasará en el River-Boca. No olvidemos nunca la deliciosa ironía de que el personaje español más famoso del mundo es el muy catalán Pep Guardiola, seguido por Andrés Iniesta, Xavi Hernández, Sergio Ramos, Gerard Piqué y al menos veinte otros jugadores —más Rafa Nadal, al que le gusta más el fútbol que el tenis—. Con todo el respeto, el actual presidente de Gobierno español no entra ni en los primeros cien.

9 de diciembre de 2018

Convivir con la muerte

Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos, dice Jesucristo, quizá anticipándose a una de las creaciones más curiosas de su Padre, el coronavirus. Hoy todos nos esforzamos por esquivar el contagio de la peste. El día de mañana los que se han contagiado, la enorme mayoría de los cuales estarán vivos y sanos, provocarán envidia.

Los primeros serán los inmunes, los últimos serán los no inmunes. Los primeros serán los que no son contagiosos, los últimos serán los que aún puedan contagiar.

Siempre suponiendo, claro, que haber superado el virus signifique no volver a enfermarse, ni poder transmitirlo al prójimo.

Supongámoslo.

En tal caso no es del todo disparatado imaginar que de aquí a unos meses se darán carnets a aquellos que hayan tenido el virus, permisos para poder salir de casa, ir a los bares, a los restaurantes, a los cines y a los partidos de fútbol. Los que no tengan el carnet tendrían que identificarse con, por ejemplo, un brazalete amarillo. Solo podrán acudir a los lugares de trabajo los que tengan el carnet. Habrá fiestas en las que se invitará solo a los que lo tengan. Se creará una nueva versión del *apartheid*, palabra en afrikáans que significa «separación». Habrá gente de primera y de segunda clase.

Con lo cual llegaremos a una situación polarmente opuesta a la actual. Los que no se han contagiado se querrán contagiar. Organizarán fiestas los que no tienen carnet e invitarán a gente que está manifestando los síntomas del virus. ¿Tienes fiebre? ¿Tienes tos? ¡Bienvenido! Todos te abrazaremos y te pediremos un beso. Serás la persona más querida de la fiesta.

Haber escrito esto hace un par de meses hubiera sido ciencia ficción. Ahora les podrá parecer a algunos un delirio, pero no es inconsecuente con los tiempos locos en los que vivimos, tan locos que todos cargamos con dos ideas absolutamente contradictorias a la vez. Por un lado, nos esforzamos por no contagiarnos; por otro, deseamos fervorosamente que ya nos hayamos contagiado.

Esta mañana (viernes) me di el lujo de salir de casa e ir al mercado. Me encontré ahí con una amiga que no había visto en varios meses. En condiciones normales le hubiera dado un beso. Esta vez nos saludamos sin tocarnos, manteniendo siempre la distancia reglamentaria. En condiciones normales hubiéramos ido a tomar un café. Esta vez nos despedimos después de menos de un minuto. Quizá ella sea una de las leprosas, pensé yo. Quizá él es uno de los leprosos, habrá pensado ella.

Vuelvo a casa, hablo por Skype con un amigo en Londres, y los dos expresamos el

deseo que todos compartimos. Ojalá nos haya tocado la lepra. O sin habernos enterado, ya que parece que el coronavirus puede no producir síntomas; o tras haber sufrido en los últimos dos meses lo que creíamos que había sido una gripe normal, o un resfriado, o simples dolores de cabeza.

¡No, no quiero contagiarme!, decimos. Y a la vez, ¡sí, por favor, quiero haberme contagiado!

Los que critican a los gobernantes, pónganse en su lugar. Los pobres se pasaron años haciendo todos los numeritos que las viejas convenciones electorales exigen para llegar al poder. Y ahora que han llegado resulta que el tema no es subir o bajar los impuestos, o resolver el problema catalán, o consumar el Brexit antes de fin de año. El tema es evitar el *coronaviruscidio* y a la vez evitar la destrucción de la economía. No existen mapas para ninguno de estos dos destinos. Volamos a ciegas.

Hay gente que dice que es inmoral pensar en la economía cuando lo único que importa es salvar vidas. Pero la economía no es una abstracción. La economía son los 22 millones de personas que han perdido sus trabajos en Estados Unidos, el país con el sistema capitalista más despiadado del mundo occidental. La economía es un vídeo que me acaba de mandar una amiga desde el centro de la otrora ciudad próspera de Barcelona. Era de una cola de 200 metros de gente esperando que les regalasen un café y algo sólido de comer. Hoy salvar vidas significa, no una, sino dos cosas: que la gente no se muera del virus y que los que no se mueran tengan motivos para querer seguir viviendo.

Todos los gobernantes de los 50 o más países en cuarentena se tienen que estar preguntando primero, ¿cómo demonios se me ocurrió meterme en la política? y, segundo y bastante más urgente, ¿cuándo y cómo vamos a acabar con el confinamiento? Seguro que a algunos se les habrá ocurrido alguna variante sobre la idea del carnet —licencia para vivir— y la opción marca de Caín, los brazaletes.

La cuestión ahora, y hasta el feliz y aún lejano día en el que llegue la vacuna y esté disponible para todos, es ¿cómo convivir con el coronavirus?

Una opción sería fijarse en el modelo sueco. En Suecia los bares y los restaurantes siguen abiertos, las tiendas también. Se recomienda que los ancianos y los que padecen enfermedades previas se aíslen, y a los demás se les permite salir de casa pero pidiéndoles que observen las distancias con sensatez y que no se reúnan en grupos de más de cincuenta. El precio de mantener lo más parecido que hay en Europa a la antigua normalidad ha sido, hoy en día, que el número de muertes per cápita es apreciablemente más bajo que en Italia o España pero más alto que en Alemania o Dinamarca. Las consignas del Gobierno sueco son «que no cunda el pánico» y «compórtense como adultos».

Ante la creciente impaciencia de mucha gente y el creciente temor a las consecuencias para el día a día de la vida, ante la creciente duda de si el confinamiento total sigue teniendo sentido (o, como algunos se preguntan, «¿estamos haciendo el gilipollas?»), quizá haya llegado la hora en la que todos los gobiernos tengan el coraje de tratar a sus ciudadanos más como adultos y menos como carne electoral. Por ejemplo, cambiando la pregunta de «¿cómo convivir con el coronavirus?», a «¿cómo convivir con la muerte?». La terrible noticia de la que algunos parecen no haberse percatado es que todos nos morimos, y cuanto más mayores seamos más pronto perderemos la vida. Como dijo hace unos días el premio Nobel de Literatura sudafricano, J. M. Coetzee, «la plaga nos ofrece simplemente una percepción más aguda de nuestra mortalidad».

Luchar contra la muerte está biológicamente programado en los humanos, como en todos los demás animales. En eso estamos ahora. Bien. Pero quizá la pregunta más importante, la que todos nos deberíamos hacer para determinar qué pasos dar ahora en adelante, es ¿a qué le debemos tener más miedo, a morir o a vivir mal? Ayudará en la respuesta reconocer que lo primero no lo podemos controlar; lo segundo, hasta cierto punto, sí.

19 de abril de 2020

Blancura negra

Para aquellas que se sienten culpables de haber nacido blancas existe una vía de expiación. Viajen a Estados Unidos y súmense a una de las cenas que organizan una mujer negra y otra de ascendencia indígena norteamericana. Mientras disfrutan de comida casera con vinos chardonnay, las dos someten a sus invitadas (solo mujeres, siempre son ocho) a un ejercicio de flagelación racial. Las obligan a admitir que son racistas y les cuentan que solo si se empeñan en borrar su tóxica «blancura» podrán llegar a ser admitidas en el reino de la decencia y la virtud.

El precio de admisión, dividido entre las ocho pecadoras, es de 5.000 dólares. La jugada les ha salido bien a las anfitrionas. Se están forrando. Hay un libro en camino (*Mujeres blancas: todo lo que ya sabes sobre tu racismo y cómo mejorar*) y también un documental.

A partir de la muerte de George Floyd en mayo del año pasado se ha creado toda una industria alrededor de la idea de que ser blanco es ser racista. No estamos hablando de una industria marginal. Su biblia es un libro llamado *Fragilidad blanca*, que el año pasado llegó al puesto número uno de la lista de *best sellers* de *The New York Times*. Lo escribió una mujer llamada Robin DiAngelo, que ha aprovechado su notoriedad para celebrar talleres «antirracistas» a entre 5.000 y 7.500 dólares la hora. Entre sus clientes, la empresa Coca-Cola. DiAngelo, que acaba de sacar otro libro calcado del primero, tiene la agenda llena. Su credibilidad se basa en que ella misma es blanca y es la primera en reconocer que ella también es, por definición, racista.

La tesis de esta astuta empresaria es que todos los negros son víctimas y todos los blancos nacen con el pecado original del racismo. No importa que uno sea de derechas o de izquierdas. «Negar que uno es racista es la prueba de que uno lo es», proclama DiAngelo. ¿La solución? «Ser menos blanco, que significa ser menos opresivo, menos arrogante, menos seguro, menos defensivo, menos ignorante, más humilde».

La doctrina del «privilegio blanco» ha cruzado el océano y está teniendo especial impacto en el Reino Unido y Francia, donde ha llegado incluso a enseñarse en los colegios. Esta misma semana la rama británica de Oxfam, una oenegé de gran alcance global, publicó un informe con los resultados de una encuesta interna sobre «la blancura», fenómeno que define como «un sistema de poder creado por las naciones blancas para el beneficio de personas blancas».

Una de las preguntas que se hizo en la encuesta a los 1.800 empleados de Oxfam en el Reino Unido, el 88 % blancos, fue si se consideraban «no racistas», «antirracistas» o «ninguna de las dos cosas». Algunos de los encuestados confesaron a *The Times* de

Londres que se sentían ofendidos. Uno denunció que la premisa del estudio fue que «aunque trabajamos para una organización humanitaria somos racistas». Un veterano de Oxfam con el que hablé me dijo que sectores radicales dentro de la organización estaban detrás del informe, que habían ido más lejos de lo que los miembros de la junta directiva hubiesen deseado, pero que no se atrevían a abrir la boca por temor a ser acusados, ellos mismos, de racismo. Es decir, volvemos a la lógica invencible de DiAngelo: si niegas ser racista, lo eres.

Por tanto, evitaré el riesgo de decir que no lo soy. Me limitaré a tres observaciones. Uno, que definir el mundo en términos de un enfrentamiento biológicamente inevitable entre blancos y negros no es muy constructivo ni para Oxfam, ni para nadie. Dos, que el racismo es parte de la condición humana, se puede diluir pero no erradicar, o no hasta que alcancemos un punto de evolución hoy inimaginable. Tres, que el racismo no es propiedad exclusiva de los blancos: categorizar a las personas según su componente genético o cultural, como si fueran insectos, es un impulso universal.

Tengo amigos africanos que han emigrado a Estados Unidos en los últimos veinte años. Todos han sufrido incidentes de desprecio racista, pero todos reconocen que sufrieron igual o peor discriminación en sus países de origen debido a su identidad tribal. Todos entienden que se está haciendo más en Estados Unidos y en otros países occidentales para encarar el problema eterno del racismo que en cualquier otra parte del mundo. Los hechos demuestran que se han logrado avances inconcebibles hace cincuenta años, entre ellos que haya habido un presidente negro en la Casa Blanca o que ya no cause sorpresa que las selecciones de fútbol de Inglaterra, Francia, Holanda o Alemania incluyan jugadores de ascendencia africana.

Pero siempre habrá trabajo por hacer. La lucha contra el racismo es un imperativo moral de la humanidad, igual de necesaria e igual de utópica, por ahora, que la lucha contra la pobreza. El problema es cuando el exceso de celo, o en algunos casos de codicia, conduce a acentuar las diferencias entre las razas a tal punto que parece que a lo que se aspira no es a la concordia sino a la resurrección del sistema de *apartheid* que hubo en Sudáfrica.

La buena noticia es que hay señales de que el péndulo se mueve. Kemi Badenoch, una ministra del Gobierno británico negra, dijo esta semana que el término «privilegio blanco» no debería ser usado en las escuelas porque era «innecesariamente antagónico». «Como alguien que creció en Nigeria, donde hay solo un color de piel pero más de 300 etnias, sé que cuanto más se insiste en la identidad étnica más se debilita la identidad nacional —dijo—. Debemos apoyarnos en lo que tenemos en común, no insistir en nuestras diferencias».

El presidente Emmanuel Macron, de Francia, acaba de decir algo muy similar,

denunciando lo que llamó «una cultura racializante» importada de fuera. En Estados Unidos, el país de origen, también se detecta una reacción en contra, y no solo de la derecha blanca. John McWhorter, un distinguido académico negro, fulminó a Robin DiAngelo en la revista *Atlantic*. Señaló que la doctrina de que «si eres blanco nacerás y morirás racista» no aportaba ninguna solución para nadie. Pero lo peor, según McWhorter, es que al clasificar a todos los negros como una gran masa de víctimas anónimas, la gurú del *mea culpa* blanco demostraba hacia ellos «una deshumanizante condescendencia». Exacto. El *apartheid*.

4 de julio de 2021

¿Maltratada o malcriada?

Aprendí dos nuevas palabras en japonés esta semana. Ya van cuatro. Las que conozco de antes son *arigató* (gracias) y *harakiri*. Las nuevas son *kawaisou* y *wagamama*. *Kawaisou* significa «pobrecito»; *wagamama*, «niñato». O en este caso «pobrecita» o «niñata», porque me enteré del significado de las palabras en el contexto de la polémica generada esta semana alrededor de la tenista Naomi Osaka.

El mundo sigue asfixiado por la covid y sus calamitosas consecuencias económicas, pero bueno, la vida sigue y un sector nada desdeñable de la humanidad tuvo tiempo para entrar en el debate desatado por la negativa de la tenista —23 años, número dos del mundo— a someterse a dar ruedas de prensa en el torneo parisino de Roland Garros. La opinión se divide entre aquellos que creen que Osaka es una joven millonaria maltratada y los que opinan que es una joven millonaria malcriada.

Los que mandan en el tenis le advirtieron que se arriesgaba a sanciones si no cumplía con sus compromisos contractuales. No cumplió, pagó una tontería de multa de 15.000 dólares y, acto seguido, se expulsó a sí misma del Open francés antes de disputar la segunda ronda. Alegó que había caído en una depresión después de ganar el US Open en el 2018 y que sus problemas de salud mental se agudizaban cuando comparecía ante los periodistas.

Le tengo mucho respeto al tema de la salud mental, y más en estos tiempos de confinamiento. Los jóvenes, en especial, han sufrido un montón. Pero algunos más que otros, y debo confesar que mi primera reacción al particular sufrimiento de Osaka tiró más por el lado *wagamama* que *kawaisou*. Participé esta semana en un debate sobre Colombia, donde multitudes de jóvenes manifestantes sin trabajo y nada que perder se enfrentan a las balas de la policía, y la verdad es que no me sobra demasiada simpatía por una jovencita que en el año *horribilis* del 2020 ganó 37 millones de dólares, casi todos gracias a sus acuerdos con marcas como Nike, Nissan y Louis Vuitton.

Sin embargo, no caigamos en la tentación de pensar que en las vidas de los ricos todo es alegría. Vean el caso de Bill Gates: tantos años proyectándose como el padre protector de la humanidad y ahora ahí está, el pobre, su reputación manchada por un divorcio que ha sacado a la luz su amistad con el pederasta Jeffrey Epstein.

Mi reacción inicial a lo que empecé percibiendo como el berrinche de Naomi Osaka se vio alimentada por nada menos que la santa figura de Rafa Nadal. Siempre impecable en las formas y salomónico en sus juicios, el tenista mallorquín comentó el lunes que todas las partes en la contienda debían respetarse, pero —¿qué se le iba a hacer?— los deportistas tenían la obligación contractual de atender a los medios. Dijo: «Sin la prensa

no tendríamos la misma visibilidad». Traducción: «Déjate de jorobar, nena».

También pensé, en este caso sin la ayuda de nadie, que si Osaka se sentía deprimida y frágil, ¿qué carajo estaba haciendo compitiendo en un torneo de máxima exigencia como el Open de Francia? Sabiendo que me meto en líos, agregaría que la frecuencia con la que la gente juega la carta de la salud mental estos días, como la del racismo, arriesga con banalizar un problema terrible, con crear una equivalencia entre casos genuinamente graves y los que no lo son. Hay pocas cosas más espantosas que padecer problemas psiquiátricos, como hay pocas cosas más despreciables en el ser humano que abusar de las personas simplemente por el accidente biológico de haber nacido con cierto color de piel. Pero todo en proporción, por favor, con respeto a los que sufren de verdad.

Acusar a la gente de menospreciar tu salud mental cuando te encuentras en un aprieto es un recurso eficaz, como han demostrado los maestros de la jugada, las víctimas profesionales, el príncipe Enrique y su esposa, la duquesa Meghan Markle. Es un escudo casi infalible. El debate se disipa. El enemigo se retira. El que te critica es un despiadado cruel.

Al avanzar la semana y leer más sobre el caso Osaka he visto que el escudo le funcionó. Las autoridades del tenis han dado marcha atrás, los tenistas que al principio no dijeron nada salieron a defenderla. «¡Qué valiente ha sido!», dijo la veterana Billie Jean King. «¡Ojalá pudiera darle un abrazo!», exclamó Serena Williams.

Ahora, cinco días después del inicio del drama, no sé qué pensar. Siento un poco de culpa, pero quizá el poco original error en el que caí fue emitir un juicio sobre una cuestión cuyas interioridades desconozco. Lo curioso de la fobia que Osaka proclama sentir durante las ruedas de prensa es que tiene la fama de ser la más salada y la más ocurrente de las tenistas profesionales. Incluso se burlaba a veces de sus inquisidores. Una vez le respondió a un crédulo que todas las personas nacidas en la ciudad de Osaka se llamaban Osaka. «¿De verdad?», le respondió el periodista. «No», se rio Osaka, ocasionándole al pobre hombre una humillación de la que quizá no se haya recuperado aún.

De todos modos mi posición actual se ha moderado. Como no puedo contradecir a Osaka, acepto que tener que responder a las impertinencias de los periodistas sacude sus intentos de recuperar la paz mental. Por poco que le sirva, le pido perdón. Y con más sinceridad debido a que el debate que ha abierto me parece legítimo. ¿Realmente son necesarias las ruedas de prensa después de cada partido de tenis? ¿Lo son con los jugadores de fútbol o *rugby* o baloncesto?

Corro el riesgo de enfrentarme a mi propio gremio, pero ¿no es verdad que el 99 % de lo que dicen es repetitivo e insulso y no aporta nada ni a la felicidad de la especie, ni

a la suma del conocimiento humano, ni siquiera al valor de las crónicas deportivas? Además, ¿no está anticuado este ritual en la época de las redes sociales?

No propongo que se acabe con todas las ruedas de prensa. Los políticos y gobernantes cuyos salarios pagamos son los que deberían tener la obligación de someterse, todos los días si fuera necesario, a los interrogatorios de la prensa en representación del público general. Pero los deportistas, no. Que sigan el ejemplo de Naomi Osaka y se comuniquen con el mundo por Twitter, si quieren, aunque debo decir que yo preferiría infinitamente enfrentarme a las preguntas de los periodistas, cuyas caras se pueden ver, que a los insultos que se disparan desde el anonimato en Twitter. Sospecho que no hay nada que haya dañado más la salud mental de la juventud que las presiones que reciben en las redes sociales. Pero si estos son los medios de comunicación que prefiere la *kawaisou* Naomi, allá ella. Buenas noches, buena suerte y *arigató*.

6 de junio de 2021

¿Qué vale una vida?

Hace un par de semanas un lord inglés se metió en un lío. No, no fue lo de siempre. No lo pillaron en su castillo recibiendo azotes de una mujer vestida de colegiala. Su pecado fue menos convencional pero más escandaloso. Lord Sumption, un juez retirado del Tribunal Supremo británico, propuso durante un programa de televisión de la BBC que algunas vidas humanas valían más que otras. La que se armó.

El tema de discusión era la pandemia. Sumption, de 72 años, es de los que opinan que hay que acabar con los confinamientos universales, que los gobiernos deben aislar y ofrecer todos los recursos disponibles a los mayores y a los más vulnerables y dejar que los demás hagan vidas más o menos normales. El imponente lord, alto, de cabello blanco exuberante a lo Beethoven, observó que los jóvenes habían tenido que pagar un precio demasiado alto para proteger a viejos como él.

Decir estas cosas es para algunos razonable, para otros, una herejía. Pero lo que hizo saltar las alarmas fue lo que dijo a continuación: «Todas las vidas no tienen el mismo valor. Cuanto más mayor eres, menos valiosa es la tuya porque menos de ella te queda».

El problema para lord Sumption fue que, acto seguido, apareció en la pantalla una mujer de 39 años, madre de dos hijos, que estaba en medio de una larga batalla contra el cáncer. «¿Quién es usted —le dijo la mujer al lord— para darle un valor a mi vida? En mi opinión la vida es sagrada».

El lord intentó explicarse, pero fue demasiado tarde. A él se le veía sano y fuerte. A ella le habían detectado 17 tumores. Frente a la opinión pública la mujer lo destrozó. Varios días han pasado y lord Sumption sigue lamiéndose las heridas.

Pero ¿estuvo tan mal lo que dijo? No sé si tendría las agallas de decirlo ante aquella pobre mujer, pero tiendo a pensar que lord Sumption no se equivocó. Las pruebas ahí están, a la luz del día, en el mundo real.

Para empezar, no creo que sea ninguna barbaridad opinar que la mayoría de los abuelos y los padres lo tendrían bastante claro en el caso de que tuvieran que elegir entre sus vidas o la de sus nietos o sus hijos. Yo he vivido tres veces más años que mi hijo. Sé cuál de las dos vidas preferiría salvar.

Durante el embarazo de una sobrina mía el año pasado le propuse que si tuviera un niño le llamase Virus, si fuera niña, Pandemia, pero no me hizo caso y le puso Carlota, el nombre de mi madre, su abuela. Carlota I murió en marzo del 2019 a los 94 años. Supongamos que siguiera viva, muy fuera de sí como estuvo a lo largo de su último año y con una enfermedad solo curable con una medicina muy difícil de conseguir. Supongamos que Carlota II, que hoy tiene casi dos meses, tuviera la misma enfermedad.

¿A cuál de las dos Carlotas le daríamos prioridad? Para mí está claro. Algunas vidas valen más que otras.

Pienso en una famosa película, *La decisión de Sophie*. La protagonista, interpretada por Meryl Streep, sí que tuvo un dilema: elegir entre cuál de sus dos hijos entregaría a morir a manos de los nazis. Pero si la elección hubiera sido entre su vida y la de sus hijos, no hubiera habido película. Cualquier madre les pondría un valor superior a las vidas de sus niños. ¿La mujer que se encaró a lord Sumption pensaría lo mismo? Sospecho que sí.

No hay que limitarse al terreno personal para resolver el debate. No sé cuál es la situación hoy, pero recuerdo que al principio de la pandemia del coronavirus, cuando los hospitales se aproximaban al límite de su capacidad, los médicos tenían que tomar decisiones muy tremendas ante la posibilidad de que no hubiera suficientes camas para atender a los enfermos más críticos. Tenían que dar más valor a algunas vidas que otras. Y así fue. Aquí en España, como en otros países, se elaboró una guía ética en la que se recomendó dar prioridad a aquellos con «mayor esperanza de vida con calidad». Por eso los hospitales mandaron a muchos ancianos a las residencias a morir.

Lord Sumption no está tan solo ni es tan bestia como muchos de sus compatriotas quieren pensar. Como individuos, como médicos, como sociedad damos más valor a las vidas de los jóvenes sanos que a las de los viejos enfermos. Es duro pero la experiencia demuestra que es verdad.

Ahora bien, si vamos más allá de la edad o de la salud, el tema se complica y entramos en territorio minado. Veamos lo que ocurre en tiempos de guerra. La ortodoxia es la opuesta a la que rige en tiempos de paz. Aquí las vidas de los jóvenes tienen menos valor que las de los mayores. A los generales se les protege más de la muerte que a los soldados rasos, y a los jefes de gobierno también. Si durante la Segunda Guerra Mundial se hubiera dado la opción a los británicos, o a los ciudadanos de todos los países aliados, de votar o por preservar la vida de Winston Churchill o la de un anónimo cabo inglés de 20 años, bueno, creo que sabemos cuál hubiera sido el veredicto.

¿Y los famosos? ¿Los actores y los futbolistas? ¿Sus vidas valen más? Según algunos, parecería que sí. Hace 21 años Diego Maradona fue internado en un hospital de Buenos Aires con un problema cardiaco grave. Argentina estaba en vilo. Tan en vilo que no faltaron personas que dijeron estar dispuestas a dar su vida por él. Hubo al menos un hombre, recuerdo, que ofreció darle su corazón. El tipo estaba alterado, dirán muchos, pero si hubiera existido la garantía de que la vida de Maradona se salvaba con un trasplante, sospecho que el consenso en la Argentina hubiera sido que adelante, «¡Dale, loco! ¡Morite! ¡Sacrificate para salvar a Dios!». Buena parte del resto del

mundo habría estado de acuerdo en que el intercambio resultaba eminentemente rentable. El sacrificado no hubiera sido el primero en pensar que el martirio es preferible a una vida sin gloria.

Y una última cuestión para lanzar al fuego de la polémica: ¿las vidas de las mujeres valen más que las de los hombres? Durante siglos, llegado el momento de la verdad, se ha dicho que sí. Cuando el barco se está hundiendo los primeros que hay que salvar son, por antigua tradición, las mujeres y los niños. Quizá esto haya cambiado. Quizá el feminismo se sentiría ofendido ante semejante imposición patriarcal. Sería interesante someterlo a prueba. Eso sí: puestos a elegir entre Lady Gaga y Donald Trump, yo lo tendría fácil. Los 74 millones que votaron por el viejo naranja, también.

Lord Sumption tiene razón. Al final la cuestión es relativa; la decisión, personal. El precio de una vida no es un valor absoluto. La vida humana será sagrada, pero, según el punto de vista, algunas vidas son más sagradas que otras.

30 de enero de 2021

¿Los diarios para qué sirven?

A la gente no le gusta matar a la gente, incluso en guerra. La mayoría de los soldados estadounidenses que combatieron contra los japoneses en la Segunda Guerra Mundial nunca dispararon sus rifles. En la batalla de Waterloo menos del 1 % de las heridas fueron a causa de las bayonetas, aunque casi todos los soldados las tenían. Un siglo después, en la batalla del Somme, igual.

Rutger Bregman, un escritor holandés, cita estos ejemplos y decenas más en un libro titulado *Dignos de ser humanos* para apoyar su argumento de que somos más buenos que malos. Su «idea radical» es que, pese al pesimismo imperante en el mundo, «en el fondo la gente es bastante decente». Escribí sobre este libro a finales del año pasado, cuando salió en inglés, y vuelvo a él ahora porque se acaba de publicar en castellano y catalán. Fácil de leer, es un antídoto al desánimo en tiempos de plaga.

Bregman concluye con una serie de recomendaciones para empezar cada día con ilusión. Una de ellas es «evitar las noticias». No ver los telediarios, limitarse a leer un periódico a la semana como mucho. A primera vista, como confesé, la idea me atrajo. Era noviembre del 2020 y llevábamos ocho meses condenados día tras día a leer en grandes titulares las cifras de las muertes que se cobraba la covid.

Pero ahora que volvemos a la vieja normalidad, y la política recupera la visibilidad que la pandemia usurpó, cambio de opinión. Discrepo del predicador holandés. Se equivoca, y un anómalo párrafo en su libro demuestra una de las razones del porqué.

Bregman escribe: «Cuanto más descubrí sobre la psicología del poder, más entendí que el poder es como una droga… "El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente", observó el historiador británico lord Acton. Hay pocas declaraciones con las que los psicólogos, sociólogos e historiadores están de acuerdo de manera más unánime… Veintenas de investigaciones demuestran que elegimos a los individuos más amenos y afables como líderes. Pero una vez llegan arriba, el poder se les sube a la cabeza, y suerte con sacarlos de su trono».

Exacto. Muchos empiezan con las mejores intenciones pero demasiadas veces el aire enrarecido de los cielos les altera el juicio y la salud moral. Lo vemos en las democracias y lo vemos en las dictaduras. Decía George Orwell que Inglaterra era una familia cuyos peores miembros tenían el control. Bregman agregaría que la idea se extiende a toda la humanidad. Estaría de acuerdo también con el premio Nobel Saul Bellow, que escribió: «En cada comunidad hay una categoría de gente profundamente peligrosa para los demás… Me refiero a los líderes. Invariablemente la gente más peligrosa es la que busca el poder».

La mayoría seremos gente decente, pero los menos decentes ejercen una influencia desproporcionada sobre nuestras vidas. Necesitamos el periodismo para vigilarlos, mantenerles a raya dentro de lo posible y tener el criterio para saber si se merecen la reelección. Por eso tantos políticos ven a los periodistas como el enemigo. Por eso los dictadores o los censuran o los encarcelan o los matan. Opina Bregman que mejor mirar para otro lado, que en la ignorancia de la bajeza humana reside la felicidad. Sí, pero cuidado. Porque al ignorante se la meten.

Leer los diarios, habría que agregar, es mucho más que un solemne ejercicio de responsabilidad cívica. Contribuyen a acercarnos a lo que Bregman aspira, la alegría de los pueblos. El holandés se lamenta de que predominan las malas noticias: las fechorías del mundo político, los desastres naturales, las muertes trágicas, los despidos masivos, el Barça. Claro. Es lo que el público exige. Como dice un personaje en una película de David Lean que acabo de descubrir, «la gente lee los diarios para enterarse de las desgracias de los demás». No es mala cosa. Nos hace más felices y mejores personas. Más felices por el alivio de ver que nosotros nos hemos salvado de la mala suerte y mejores porque nos despierta sentimientos de compasión por gente desconocida.

¿Sería yo más feliz si no me enterara de que determinado líder político es un corrupto, que hay una hambruna en Sudán, que una bomba mató a cien personas en Kabul? Quizá. ¿Sería mejor persona? No sé. ¿El mundo sería mejor si los afortunados de la tierra viviésemos en una burbuja dorada? Probablemente no.

De lo que no hay duda es de que los diarios nos nutren la necesidad elemental que nos distingue de los demás animales: la conversación. Si no, ¿de qué vamos a hablar? ¿De los niños, de los matrimonios de los primos, del vecino rompepelotas, de la paella de la abuela? En la esfera personal las posibilidades se agotan pronto. Las noticias, en cambio, nos ofrecen menús para todos los gustos que cambian todos los días. Hay infinitas variaciones sobre temas como política, deportes, economía, ciencia, cultura, tendencias y, en las secciones denominadas Gente, cotilleo sobre los triunfos y (mejor) las desgracias de los famosos.

La delicia del *schadenfreude* es solo uno de los miles de ingredientes que aportan los diarios a una grata conversación. Compasión y altruismo, repito, pero otra cosa también, algo más apreciado por más personas, de valor más universal. Nos ofrecen la oportunidad de regocijarnos en aquello de lo que tanto, tanto disfrutamos: la indignación, sentimiento que combina un saludable desahogo con la absoluta convicción de que tenemos razón y que el objeto de nuestra ira es moralmente inferior a nosotros. Más tonto también.

«¿Te enteraste de lo que dijo ayer la cretina/el cretino de Ayuso/Puigdemont?». «¡Ese columnista payaso que sale los domingos me pone de los nervios con lo que dice

sobre los indepes/el Tribunal Supremo/Donald Trump!». «¿Leíste lo que gana Messi para jugar en esa liga de mierda?». «¿Has visto lo gorda que se ve Britney Spears en bikini?».

Y así, con millones de variantes regionales, nacionales y continentales se lanzan millones de conversaciones que nos permiten ser todas las horas del día lo que más somos, animales sociales. ¿Es poco lo que aportamos los periodistas, señor Bregman? Creo que no. Pero lean su libro. El 99 % de lo que dice es como el buen periodismo: informa, entretiene y da para pensar.

26 de septiembre de 2021

El futuro es lo que fue

En el 2013, el año 7 a.C. (antes de la covid), una joven periodista japonesa llamada Miwa Sado murió repentinamente. Una investigación oficial concluyó que había sido un caso de *karoshi*, fallecimiento por exceso de trabajo. Cuando descubrieron el cadáver tenía un teléfono móvil en la mano, como una mártir agarrada a un crucifijo.

Algunos de mis compañeros se van a tener que cuidar de no sufrir un similar destino, o al menos de no poner en riesgo su salud, tan obsesionados ellos con la pandemia, incluso ahora que se nos va. En los últimos meses se ha desatado un karoshiesco frenesí periodístico alrededor de la cuestión. ¿Cómo será el mundo después de la covid? Decenas de miles de artículos se han publicado y habrá decenas de miles más, cuenten con ello, pronosticando un épico *reset* para *Homo sapiens*.

Que si habrá un brote de solidaridad universal y nos querremos y nos cuidaremos más, o si sentiremos más temor hacia el prójimo que amor; que si viajaremos más, ávidos por huir de la claustrofobia del nido viral, o si nos quedaremos más en casa, incluso para trabajar; que si abandonaremos la ciudad por el campo; que si perderemos el interés por el sexo, o si volveremos al ataque con renovado ardor; que si haremos más ejercicio y comeremos más verduras para vivir más tiempo o si la lección del imprevisible y caprichoso coronavirus será a la mexicana, que cuando te toca te toca y lo que se chingó, se chingó; que si veremos más responsabilidad en la política, más mesura en las relaciones internacionales; que si reenfocaremos nuestras prioridades e intentaremos reducir el estrés en nuestras vidas, haciendo todos yoga, por ejemplo, o si el esfuerzo será en vano porque estaremos más estresados que nunca por falta de trabajo. ¿Seremos más Miwa Sado o más Maharishi Mahesh Yogi, el inventor de la meditación trascendental?

Lo primero que hay que hacer es citar al beisbolista de mediados del siglo pasado Yogi Berra, famoso más por su clarividencia que por su juego. Entre sus joyas: «Es duro hacer predicciones, especialmente sobre el futuro».

Segundo, debemos recordar que estamos hablando de problemas de ricos. Digo *ricos* por aquella afortunada minoría de los habitantes del mundo que tiene las necesidades básicas más que cubiertas. Las preocupaciones de las que hablamos son de interés solo para aquellos que tienen el lujo de poder elegir. Leí una carta en *The Times* de Londres de un lector que resumió su visión de los confinamientos pandémicos de la siguiente manera: «Gente de la clase media escondida mientras gente de la clase obrera les trae cosas».

Dudo que estemos viendo una explosión de dudas existenciales entre la mayoría de

los habitantes de África o América Latina. Teletrabajar, ir al gimnasio, limitarse a comer vegano: no son ni siquiera opciones. Como mucho serán cosas de las que leen, con perplejidad, en sus aparatos móviles. En cuanto a reducir el estrés, cuando la principal cuestión de la vida es si comerás al día siguiente, el estrés está tan internalizado que ni siquiera te das cuenta de que lo tienes. Seguro, eso sí, que el pastor en Chad o el campesino en Ecuador han vivido la pandemia con más ecuanimidad que el banquero en Nueva York o la jefa de ventas en Londres. Los primeros ya sabían que se iban a morir; los segundos se enteraron de que la vida es pasajera, oh desagradable sorpresa, durante los últimos 18 meses.

En cuanto a nosotros los ricos, los que disponemos de tiempo para contemplar el futuro más allá de mañana, dudo mucho que la pandemia de palabras derramadas sobre los posibles cambios poscovid nos aporte mucho valor, más allá de un ligero entretenimiento, de posible materia de conversación cuando se agoten las posibilidades que ofrecen la política y el fútbol, temas que aquí en Barcelona, al menos, solo pueden conducir a la lamentación, a la nostalgia o a reflexiones suicidas.

Uno es parcial, siempre. Uno basa sus juicios en la suerte que todo lo condiciona. Debo reconocer la posibilidad de que me equivoque en mi escepticismo respecto al género periodístico tan en boga hoy. Mi visión del futuro se basa en el sagaz Yogi Berra y en que la pandemia no me ha provocado ninguna epifanía. Confieso que no he cambiado y ni pienso ni deseo cambiar. Pero sospecho que no estoy solo. Leo de gente en lugares distantes que ha abandonado la sedentaria vida urbana por el alpinismo o que ha dejado la contabilidad para estudiar medicina, pero no tengo ningún conocido en ninguna parte del mundo que se esté planteando un cambio drástico de vida.

¿Teletrabajo? Hubiera ocurrido igual, con o sin covid. (Quizá ocurra menos por la cantidad de gente harta de las pantallas y del dichoso distanciamiento personal). ¿Menos viajes? En cuanto podamos, los que podemos, saldremos a ver mundo con las mismas ganas que antes, o más. ¿El estrés? Ahí seguirá, como los pobres, siempre con nosotros. Por una causa o por otra. ¿Una nueva hermandad universal? ¡Por favor! ¿Trabajaremos más o menos? Dependerá de la necesidad, o de las reservas personales de energía. ¿Más o menos sexo? Cada cual según sus oportunidades. El mundo gira y nada nuevo bajo el sol.

¿Y el mundo político y las relaciones entre las grandes potencias? Como vemos, todo sigue igual. Quizá haya un poco más de mala sangre hacia China, ya que nos pasaron el virus, pero el choque con Occidente tiene más que ver con Xi Jinping y sus camaradas que con los pangolines, o quizá con los científicos payasos, de Wuhan. Y en cuanto al tocapelotas de Putin, el sinsentido del Brexit, el perverso objeto de deseo que es Donald Trump, el narcisismo de las pequeñas diferencias que encarna el infantilizado y

(perdonen la redundancia) pueblerino independentismo catalán: nada nuevo que reportar. La estupidez, el postureo, la mentira y la ignorancia ahí siguen, alimentadas todas, tanto en lo personal como en lo político, por la peste más influyente de nuestros tiempos, las redes antisociales. No. No solo no cambiará nada tras la pandemia sino que no aprenderemos nada. Así es, así fue y así siempre será. El secreto es tomarse la comedia humana como tal —no demasiado en serio como Miwa Sado, que cubría política, pobre mujer— y procurar, dentro de lo posible, pasarlo bien.

19 de septiembre de 2021

Los elegidos de Dios

Se celebró el funeral del príncipe, se lo sepultó y se acabó. Felipe, duque de Edimburgo, pasa a la historia de los reyes y las reinas, las banderas inglesas vuelven a volar por lo alto y los súbditos de su viuda majestad siguen con sus vidas, hasta que la muerte los separe.

En la isla de Tanna, en la república de Vanuatu, el luto no se acabó, los rituales apenas empiezan. Ahí, en el Pacífico Sur, a 16.000 kilómetros del castillo de Windsor, las fiestas fúnebres se extenderán durante cien días. Y con razón. En Tanna el príncipe Felipe no fue un mero consorte real, no fue otro aristócrata europeo más. En Tanna el príncipe Felipe fue un dios.

Inmunes al cristianismo, judaísmo, budismo, islam u otras ortodoxias mundanales, los habitantes de la diminuta isla alaban la figura del duque, cuyas fotos adornan las paredes de sus casas como crucifijos en un convento. El duque, entendido como la reencarnación de un antiguo espíritu surgido de un volcán, es la religión de los isleños, gente cuyo estilo de vida apenas ha cambiado en tres mil años, cuya solitaria concesión al pudor es que los hombres lucen un calabacín protector en el pene.

Las conmemoraciones por la muerte del duque incluirán procesiones y bailes acompañados por el consumo masivo de una bebida ceremonial hecha de las raíces de la kava kava, una planta tropical que induce relajación y bienestar. Se sacrificarán manadas de cerdos, cuya suculenta carne es considerada por los devotos como una bendición divina. Por eso fue que cuando el príncipe Felipe se enteró del culto a su persona y les mandó una foto firmada, ellos respondieron enviándole un *nal-nal*, un garrote tradicional para matar, precisamente, a los cerdos.

Ríanse, sí. Ríanse. Pero no tanto. Paren y reflexionen, queridos lectores y lectoras. Paren y reflexionen aquellos que creen, posiblemente con más fervor religioso que los isleños de Tanna, en la divinidad de una persona que murió hace dos mil años, cuya historia se escribió cien años después. Los de Tanna no mantienen que Felipe convirtió agua en vino, que devolvió la vida a un muerto o que se paseará por la tierra durante cuarenta días antes de subir al cielo con su padre.

Tampoco les convencería la alegre noción de que Felipe se pasará la eternidad en un harén repleto de vírgenes; o que una persona con la que Felipe habló se trasladó en una noche de Arabia a Jerusalén en un caballo volador; o que Felipe reaparecerá en la tierra como una mosca o una rana o una vaca. Les parecería especialmente curioso que su dios les negara el consumo de carne de cerdo o de crustáceos. Y en cuanto al infierno, la idea de que, por ejemplo, los polígamos arderán para siempre en las hogueras de un oscuro

submundo, dirían que Felipe es un dios generoso al que jamás se le ocurriría un castigo tan cruel.

Pero quiero pensar que no se reirían, que dirían que las demás religiones se merecen el mismo respeto que la suya, que cada uno es libre de ordenar su vida según las reglas que quiera y de buscar consuelo donde pueda ante el temible misterio de la muerte. Lo más probable es que sentirían más admiración por el papa o por los ayatolás o por los rabinos o por los monjes del Tíbet que por fanáticos antirreligiosos como el zoólogo Richard Dawkins, compatriota del duque.

Nadie debería reírse de ninguna religión, primero porque con tal de que se limite a la esfera personal ¿qué problema hay? Y, segundo, porque quizá una de ellas acierte, porque quizá sea verdad que, por ejemplo, existe un Dios que todo lo ve, todo lo controla y que a todos nos ama y que permite que los niños se mueran de cáncer sabiendo que, tranquilos, les recompensará con la felicidad eterna.

Puestos a comparar, se podría proponer que la religión de la isla de Tanna es más bondadosa que otras ya que no se impone a la fuerza sobre los que no la comparten. En el medio siglo que el culto a Felipe ha existido sus devotos no se han lanzado a cruzadas, o a yihads, o a inquisiciones. Igualmente se podría decir que adorar la figura de Felipe es más digno y honorable que adorar las de Hitler o Stalin, los dioses de las religiones del siglo xx, las ideologías, aquellas que creen que el objetivo de construir el paraíso en la tierra justifica matar a decenas de millones de herejes.

Otra razón para no mofarse de los de Tanna es que no hacen nada que no hagamos todos los demás, incluso los que no comulgamos con ninguna de las religiones o ideologías tradicionales. Adorar, reverenciar, rendir pleitesía es tan humano como comer o beber. Vean los casos de Trump en Estados Unidos, o López Obrador en México, o Maradona en Argentina, o el jamón en España, el único factor de unión en esta bendita tierra ibérica. Yo no me absuelvo. Tengo como ídolo a un petiso llamado Messi. Ríanse de mí antes que de los fieles tannaenses.

No he parado de venerarle pese a que la última vez que estuve con él en carne y hueso me trató con un desdén inconmensurable, mayor que el que recibí cuando entrevisté a otras dos divinidades, el insufrible Michael Jordan y san Bill Gates, el padre protector de los pobres y los enfermos. Pero no. Nada. No me hizo cuestionar mi fe. Entendí que lo correcto y lo apropiado fuera que el dios de mi particular religión, el fútbol, me viera como una forma inferior de vida. Acepto que *La Pulga* me trate como una rata porque entiendo que, ante él, lo soy.

Que ni yo ni nadie, entonces, lance la primera piedra o carcajada contra aquellos que veneran al príncipe Felipe. Analizando a fondo el panorama hay incluso motivos para pensar que, de todos los creyentes, ellos son los que han acertado, que ellos son los

elegidos de la Tierra. Dios les ha librado del coronavirus, de Facebook y Twitter, del nacionalismo, del comunismo, del neoliberalismo, del fascismo, de Franco, de Putin, de Cristiano Ronaldo, de Carles Puigdemont y de José María Aznar. Algo —mucho— parecen haber conseguido con sus pociones alucinógenas y sus oraciones al duque de Edimburgo.

Tampoco son dogmáticos. Uno pensaría que la muerte de Felipe les presentaría un problema teológico de difícil solución. Eso sería verdad si respondieran como el Vaticano ante la cuestión de los homosexuales y su acceso al cielo, o la de las mujeres y su derecho a celebrar el sacramento de la transubstanciación. Pero en Tanna son flexibles. Ha muerto dios. ¡Que viva dios! Ya hay planes para reemplazar al príncipe Felipe con el príncipe Carlos. Aunque también se estudia la posibilidad de nombrar al príncipe Guillermo. Pero no nos preocupemos. Cien días dándole al *nal-nal* y a la kava kava conseguirán que la palabra de dios se haga carne en la isla del Pacífico Sur.

18 de abril de 2021

Propósitos fáciles para el 2021

Que si hacer más ejercicio, que si comer más sano, que si beber menos, que si dejar de fumar, que si ahorrar más, que si por fin ver *Breaking bad* o leer a Marcel Proust… Propósitos de Año Nuevo: ¡qué pereza!

No. No me voy a engañar. Me lo voy a poner fácil en el 2021. Me voy a proponer una lista de lo que no quiero hacer, empezando por cosas en las que no quiero pensar ni, por tanto, opinar. Así mejoraré mi calidad de vida y aportaré mi granito a la paz social. No perderé tanto el tiempo, mi tesoro más valioso, y contribuiré a reducir el griterío que define la era de la desinformación.

Haré una limpieza. En vez de emprender nuevas tareas abandonaré, en algunos casos, viejos intereses. No invertiré energía o indignación en cuestiones que me aburren o de las que carezco de información. No seré, ni en privado ni en público, como aquellos tertulianos de la radio o la televisión que alegremente sientan cátedra sobre temas de los que nada saben.

Sin aventurar ningún juicio, sin desear menospreciar a nadie, aquí va mi lista de cosas a las que me propongo no prestar atención en el año que acaba de comenzar:

1. La epidemiología
2. *The Crown*
3. Meghan Markle, su marido y su bebé
4. Netflix
5. El rey de España, el rey emérito, los Reyes Magos
6. La Copa del Rey
7. Los pesimistas
8. El tema transgénero
9. Las elecciones presidenciales del FC Barcelona
10. Las columnas de Mario Vargas Llosa
11. Las Kardashian
12. Puigdemont
13. El veganismo
14. Los pronósticos económicos
15. Los Oscar
16. El baloncesto
17. Pilates
18. El chavismo
19. Los algoritmos

20. Zidane
21. Maradona
22. El tenis (salvo si juega Nadal)
23. Las apuestas en el fútbol
24. El fútbol (hasta que vuelvan las multitudes o hasta que Messi se vaya a un equipo que valga la pena)
25. TikTok
26. Los concursos televisivos, especialmente los cazatalentos
27. China (demasiado complejo)
28. Australia (demasiado aburrido)
29. Gente resentida, incómoda en su piel
30. 5G
31. La ley Celaá
32. Vox
33. El islam
34. Los fácilmente ofendidos
35. *Mindfulness*
36. La ONU
37. Greta Thunberg
38. Los *influencers*
39. Los Juegos Olímpicos
40. Bill Gates
41. La vida de los famosos/famosas
42. George Clooney
43. El papa
44. La CUP
45. Albert Rivera
46. Las ventajas de vivir confinados
47. La palabra «epicentro» (ya está bien…)
48. Dedicar horas de vida a intentar resolver problemas por teléfono con empresas de servicios (Hola, Bankinter…)
49. El Brexit
50. Tesla/Elon Musk
51. La homeopatía
52. Ivanka y Melania Trump
53. Lejía, como medicamento
54. Películas de superhéroes

55. Hincar la rodilla para que aplaudan tu buenismo
56. Postureo en general
57. Libros que venden lecciones de vida
58. Los consejos
59. Partidos amistosos entre selecciones
60. Todos los partidos de selecciones, eliminatorias para el Mundial de Qatar no excluidas
61. Los gimnasios
62. Hacer más ejercicio
63. Beber menos
64. Comer sano
65. Dejar de fumar
66. Ahorrar
67. Ver *Breaking bad* o leer a Proust

Me reservo el derecho, por supuesto, a renegar de cualquiera de estos propósitos en cuestión de días, incluso de horas. Quizá lo más importante sea procurar no tener demasiadas ideas fijas. Pero, con lo divertido que es, cómo cuesta…

3 de enero de 2021

La democracia, ¿para qué?

Queremos creer que la democracia es el menos malo de los sistemas de gobierno que hemos inventado, pero la lección del siglo XXI es que no siempre es el mejor. Las dudas se agravan ante la creciente percepción de que el modelo occidental pierde credibilidad y tiende hacia el ridículo.

Hace diez años nos emocionamos con el espectáculo de las manifestaciones por la democracia en Egipto. La presencia de decenas de miles de personas clamando en la plaza Tahrir de El Cairo por la caída del dictador nos llevó a soñar que querían ser más como nosotros y que la *Primavera Árabe* daría paso a un eterno verano de libertad. La ilusión evangelizadora duró no mucho más que la vida de una mosca tsé-tsé. Se fue el dictador y vino otro. Las decenas de miles no representaban los anhelos de los cien millones de egipcios, la mayoría de los cuales no estaban dispuestos a dar sus vidas por un modelo político importado.

Tenemos muchos ejemplos más, como Libia o Irak, donde la gente vivía mejor antes de que Estados Unidos y Europa impulsaran la caída de los tiranos. Cuando cayó la Unión Soviética, celebramos la inminente incorporación de Rusia a la modernidad que nosotros creemos representar. Seguimos esperando. China: lamentamos los límites a la libertad individual, pero nada va a cambiar. Mejor, quizá.

Pienso en un país que conozco bien, Ruanda, asediado permanentemente por los misioneros de Amnistía Internacional y otros paternalistas progres. Piden a gritos que caiga la dictadura, pero lo que no se preguntan, como no se lo preguntan los que exigen más democracia en China, es qué pasará el día siguiente. Lo más probable: hambre y caos. Si mañana hubiese una prensa libre y partidos de oposición en Ruanda, los increíbles avances económicos de los últimos años, tipo China en miniatura, correrían el peligro de desplomarse, sin poderse descartar la posibilidad de otro genocidio.

Yo no quisiera vivir en Ruanda, China, Rusia o Egipto, ni hubiera querido vivir en Irak y Libia en tiempos de Husein y Gadafi. Valoro la libertad de expresión casi tanto como el aire que respiro. Pero soy el producto de circunstancias diferentes a los habitantes de aquellos países. Doy por hechas la comida y la paz. Mis prioridades son otras.

El error es no entender que un enorme sector de la humanidad da más importancia a la seguridad vital que a la autonomía personal. Y creer que nuestros principios de gobierno se pueden aplicar en cualquier lugar en cualquier época. La libertad, como dice el filósofo John Gray, no es un ideal exportable, sino una práctica que crece en determinadas circunstancias históricas. Como plantas que prosperan en una geografía

pero no en otra.

Para que florezca la democracia hay que abonar el terreno. En países como Rusia o Ruanda, donde existe cero tradición democrática, no se puede esperar que se implante de un día para otro un sistema que ha ido evolucionando poco a poco en Europa occidental y en algunas de sus excolonias desde el siglo XVIII, o antes. Se requiere un largo proceso de maduración.

Lo grave es que habíamos supuesto que países como Estados Unidos y el Reino Unido habían llegado a su punto máximo de madurez y que, como tales, representaban ejemplos a los que el resto del mundo debería aspirar. Resulta que la democracia sigue verde. Estamos hoy ante la seria posibilidad de que en tres años una mayoría de estadounidenses vuelva a colocar en la Casa Blanca a un expresidente que siente el mismo desdén por las elecciones libres que su amigo Vladímir Putin. Estados Unidos, vemos, no es un país maduro. Es un país irresponsable e infantil.

Esperaríamos más de los británicos, cuya democracia parlamentaria es más antigua. Pero tampoco. Vemos que se han dejado engañar durante cinco años por un payaso de melena rubia que miente casi tanto como Donald Trump y que, por más erudito que sea en comparación, comparte con el dios naranja un deseo de poder alimentado solo y exclusivamente por la vanidad personal. Los británicos votaron por Boris Johnson, como los estadounidenses que votaron por Trump, porque les hacía reír. El humor de Johnson es más fino que el de Trump, rebosa esa virtud desconocida en Estados Unidos, la ironía, pero al final ambos conquistaron la cima de la política por el mismo motivo que los Hermanos Marx o Monty Python llegaron a la cumbre del cine y la televisión.

Las consecuencias han sido tremendas, y su impacto se hará sentir durante años no solo entre los 67 millones de habitantes del Reino Unido, sino entre los 447 millones de la Unión Europea. La presencia de Johnson en el equipo nacionalista inglés fue el factor determinante en el referéndum sobre el Brexit del 2016. Hasta el último momento no tenía claro qué bando iba a apoyar. No lo tenía claro porque le daba igual. El único cálculo fue cuál de las dos opciones mejoraría sus posibilidades de llegar a ser primer ministro.

Tal ha sido el peso de Johnson en la política británica, tal la intimidad de su conexión con aquella mayoría de los votantes que le llaman «Boris», que si hubiera elegido no traicionar a su propio gobierno conservador, si hubiera apoyado la campaña contra el Brexit, hoy el Reino Unido seguiría siendo parte de la Unión Europea.

Demasiado tarde, los ingleses han despertado. Han descubierto que el Papá Noel Boris no existe. Johnson está contra las cuerdas y podría caer en las próximas semanas o meses. La noticia reciente de que hace un año celebraba fiestas en Downing Street mientras exigía que el resto de la sociedad se quedara en casa, que no visitara ni a sus

abuelas, ha delatado al populista por lo que es. Resulta que el payaso no se estaba riendo con su público, se estaba riendo de él. A la gente no le gusta, como dirían en la tampoco tan convincente democracia mexicana, que se les vea la cara de pendejos. Johnson cae en picado en las encuestas y su propio partido se vuelca contra él. Algo es algo. Más madurez, seguro, que en Estados Unidos, donde la invasión del Capitolio que Trump instigó no altera la fe que los devotos tienen en él. Pero la fe más extendida, aquella de que la democracia es lo mejor a lo que podemos aspirar, cuelga de un hilo. Imitadores habrá menos. Dictaduras habrá más. Por ahora este es el panorama. Feliz Navidad.

19 de diciembre de 2021

¿La amistad corrompe más que el dinero?

Tal es la soberbia de los ingleses que se creen de repente campeones de la corrupción. Es a raíz del descubrimiento a principios de mes que un diputado conservador abusó de su poder al haber ayudado a empresas privadas por dinero. El organismo regulador de estándares del Parlamento británico recomendó la suspensión del diputado. Boris Johnson irrumpió en el escenario como un elefante en una cacharrería.

El primer ministro propuso reformar el organismo regulador para poder bloquear el castigo a su correligionario, algo así como si un árbitro pretendiese cambiar las reglas del fuera de juego en pleno partido. La rabia del partido de oposición laborista se extendió al propio entorno conservador y el sistema político británico entró en crisis. Johnson dio marcha atrás. Abandonó la iniciativa de reforma y el diputado acusado, Owen Paterson, renunció, denunciando lo que llamó «el cruel mundo de la política».

Lectores mexicanos o argentinos o rusos o zimbabuenses no se quedarán exactamente boquiabiertos ante semejante «escándalo». Ni siquiera, quizá, muchos españoles. Pero la interpretación que se ha hecho en los medios británicos es que este torpe episodio marca el principio del fin de Johnson como fenómeno estelar de la política electoral. Baja en las encuestas y muchos pronostican el naufragio del buque Boris.

Lo más interesante que he leído sobre el caso fue una columna en *The Times* escrita hace un par de semanas por un feroz crítico de Johnson llamado Matthew Parris. El columnista acabó crucificando a Johnson pero no sin antes señalar sus buenas intenciones. Según Parris, hizo lo que hizo en parte por intereses propios, pero en parte también por amistad y por compasión. Paterson y Johnson se conocen hace tiempo y tienen buenos amigos en común. Johnson tampoco olvida que la mujer de Paterson se suicidó el año pasado.

Pero lo que más se me quedó grabado de la columna de Parris no fue este generoso reconocimiento sino una frase que soltó. «En la política y el periodismo, la amistad corrompe más que el dinero». No voy a hablar sobre los políticos, pero sí sobre los periodistas.

No pasa un día sin que se acuse a uno de los nuestros de haberse vendido a un partido político, o a una empresa, o a un club de fútbol. Lo han dicho sobre mí muchas veces, con cierta frecuencia en los comentarios que se publican al pie de las páginas digitales. Mi actitud es que la vida es demasiado corta como para darles a estos infelices la atención que ansían. Me limitaré a decir que nunca en mi carrera he recibido un duro

de nadie a cambio de favores.

Lo que no puedo hacer es hablar por otros. Bueno, sí puedo hablar de ciertos periodistas mexicanos en los años ochenta, época dorada de la dictadura disfrazada del PRI, que cada mes recibían un sobre lleno de billetes del jefe de prensa del ministerio de gobierno que cubrían. Por lo demás, llámenme ingenuo, pero solo he oído rumores.

La amistad es otra cosa. Tiendo a estar de acuerdo con el columnista de *The Times*. Sospecho que en este campo pocos periodistas estamos sin pecado. Aquí entramos en las tierras escurridizas entre lo personal y lo profesional, entre el supremo valor humano de la lealtad y el supremo valor periodístico de la honradez. (De la quimera de «la objetividad», no me hablen. Hasta que robots poseídos de inteligencia artificial tomen el control de los medios nunca existirá).

El problema surge cuando individuos que empiezan siendo fuentes de información acaban siendo amigos. Si son fuentes de información casi siempre van a ser actores políticos, o personas con poder o influencia en los mundos de la economía, o de la cultura, o de los deportes. He conocido a pocos buenos periodistas que no hayan tenido buenas relaciones con semejantes personajes. Es la condición necesaria de estar bien informado y poder hacer el trabajo bien. Pero tarde o temprano te va a llegar el dilema.

El amigo/fuente hace o dice algo que consideras estúpido, deshonesto o ruin. O te enteras de que ha hecho algo corrupto, como aceptar, u ofrecer, un soborno; o de que ha hecho algo perfectamente ético que quiere mantener en secreto, pero si lo publicas representará para ti como periodista el golazo y la gloria y el honor de una superexclusiva. El dilema entonces es callar o contar, mirar para otro lado o denunciar. El periodista que diga que no entiende de lo que hablo o miente o no sabe dónde está.

Me cuento entre los pecadores. Recuerdo en particular la vez hace muchos años cuando me enteré, debido a la indiscreción de un amigo asociado al brazo político de la guerrilla salvadoreña, de una nueva iniciativa de paz que estaban tramando los británicos en Centroamérica. Portada asegurada precisamente en *The Times*, donde entonces trabajaba. Me callé la historia. Si la hubiera contado, el amigo habría sido expulsado de su organización. Otro amigo, un diplomático, también hubiera perdido su trabajo. Y el embrión del plan de paz se hubiera abortado. ¿Hice bien o mal? No sé, pero lo que es seguro es que falté en la estricta definición de mi misión como periodista.

En mi actual condición de columnista opinador se me presentan situaciones complicadas, aunque menos dramáticas, sin vidas en juego. Es probable que cuando he estado en desacuerdo con algo que ha dicho o hecho un amigo que ocupa el espacio público he medido mis palabras más de lo que haría en similares circunstancias con gente lejana como Donald Trump, José Mourinho o Nicolás Maduro. Aunque también es verdad que, en ocasiones, obligado a elegir entre mantener o perder una amistad, he

respirado hondo, he apelado a mi obligación profesional y he escrito cosas que de golpe han transformado a un amigo en enemigo. Esto también creo que lo conocen muchos periodistas. Por otro lado, si me entero con total seguridad de que un amigo ha cometido un delito grave quiero creer que no dudaría en publicarlo.

Así que sí, pienso que el columnista de *The Times* acierta. La amistad corrompe más que el dinero, lo que no deja de reforzar, puestos a elegir, mi visión obstinadamente optimista de la humanidad, entre la que se encuentra un político por lo demás sin principios como Boris Johnson y, también, para sorpresa de algunos, quizá, la gran mayoría de nosotros, los periodistas.

21 de noviembre de 2021

Un saludo a los covidiotas

Han pasado dos años desde que el virus se escapó de un laboratorio, o saltó de un animal a una persona, y probó carne humana por primera vez. ¿Qué hemos aprendido?

Bueno, hemos expandido nuestro vocabulario. Palabras antes desconocidas o en desuso salen en todas las conversaciones. Por ejemplo, *covid*, *pandemia*, *brote*, *variante*, *antígenos*, *mascarillas*, *teletrabajo*, *Zoom*, *intubar*, *distanciamiento social*, *pangolín*, *Wuhan* y *covidiota*.

Sí, *covidiota* ya ha recibido la bendición de la Real Academia Española. La biblia de la lengua castellana dice que significa una persona «que se niega a cumplir las normas sanitarias dictadas para evitar el contagio de la covid». O sea, covidiotas son los que se niegan a confinarse, vacunarse, enmascararse. Yo me atrevería a decir que se quedan cortos los sabios de la RAE, porque una de las cosas que hemos tenido que aprender es que el virus nos ha visto la cara de idiotas a todos.

Tantos avances humanos, tantas maravillas del arte, de la filosofía, de la ciencia, tanto Sócrates, Einstein, Da Vinci, pero durante dos años este bichito invisible nos ha superado. Nos ha paralizado, aterrado y asesinado. Y se sigue inventando nuevas jugadas para jodernos. Aparece la variante ómicron y las bolsas se desploman, los viajes se cancelan, más tests, más vacunas, más frenesí, más pánico general.

La pandemia vuelve a las portadas, los gobiernos se reúnen de emergencia y seguimos en la ignorancia. No sabemos cuánto peligro representa el (¿o es *la*?) ómicron, si las vacunas que tenemos la podrán frenar o habrá que buscar otras, si entretanto se volverán a llenar los hospitales, si llegarán más confinamientos. Yo soy optimista siempre, covidiota a ratos, y me aferro a las noticias que dicen que el impacto de la nueva variante será leve, especialmente para los vacunados. Quiero creer, como pensábamos hace apenas un par de semanas, que esto se acaba. Pero mi debilidad, como la de muchos, es que quiero creer demasiadas cosas.

Los optimistas nos hemos equivocado tanto como los agoreros del apocalipsis. Yo menosprecié absurdamente la letalidad de la covid cuando todo esto empezó. Me consuelo al ver que no fui el único y que, por otro lado, eminentes científicos pronosticaron cifras de muertes diez veces mayores de las que hemos tenido. Si no hemos aprendido humildad de esta experiencia, no hemos aprendido nada.

Como también deberíamos haber aprendido, los muchos que aparentemente no nos habíamos enterado, que la gente enferma y se muere y que la gente mayor tiene más posibilidad de enfermar y morir que la gente joven.

¿Qué más? Puse la frase en inglés «lessons from covid» (lecciones de la covid) en

Google y me salieron 1.460 millones de respuestas. No las he leído todas, lo siento, pero sí he consumido suficientes artículos y estudios científicos como para poder concluir que hay media docena de temas que predominan. Las virtudes o no de los confinamientos, de las mascarillas, de los protocolos hospitalarios, de los gobiernos autoritarios, de trabajar desde casa, de limitarse para siempre a vivir vidas monjiles o lanzarse a la fiesta, que son dos días.

Llama la atención la ausencia de consenso. El otro virus que nos aflige hoy en día es lo que llamamos *polarización*. Nos hemos vuelto tan adictos a la discordia, tan aferrados a nuestras particulares certidumbres, que incluso el terreno de la ciencia se ha convertido en un campo de batalla. Grandes cerebros no se ponen de acuerdo sobre la utilidad de los confinamientos o de taparse la nariz y la boca en lugares públicos. Peor es que exista una proporción importante de la humanidad que cuestione la efectividad de las vacunas y se niegue a ponérselas, lo que delata una vez más lo locos que nos hemos vuelto. Si los hay que piensan así, ¿cómo no va a haber tantos que votan por Donald Trump?

Los antivacunas nos ofrecen una metáfora de cómo está el mundo. Son el ejemplo perfecto de la maravillosa tendencia del ser humano a optar, muchas veces con fanática convicción, por alternativas que van manifiestamente en contra del bien común. En cuanto a la covid, la gran lección que nos da es que es el espejo de nuestra condición, de lo vulnerables que somos, de lo pasajeras que son nuestras vidas, de que estamos a la merced de fuerzas que luchamos por controlar pero al final no podemos, porque nos morimos. En el caso nada improbable de que un día de estos aparezca otro bicho incluso más letal que este coronavirus, por ejemplo, uno que mate a viejos y niños por igual, la buena o la mala suerte volverá a ser el factor determinante.

Pero no tenemos más remedio que seguir luchando, como dijo no sé quién, «contra nuestra contingencia». Contra enfermedades como la covid, contra la posibilidad de que el sol nos achicharre y contra virus endémicos como la pobreza y la estupidez. La batalla para frenar la pandemia nos ha visto dar repetidos palos de ciego. Hicimos el ridículo, como está bien demostrado, al creer que nos contagiaríamos de restos de virus en las superficies, con lo que se invirtieron enormes cantidades de tiempo y dinero para nada limpiando las bolsas de la compra, las mesas de las oficinas, los asientos de los buses y los trenes con líquidos desinfectantes. Pero acertamos con las vacunas, y seguramente con las mascarillas y los confinamientos, por lo que tenemos alicientes para seguir en la causa contra males que hoy parecen irremediables.

Los covidiotas, los que lo son según la definición de la RAE, tienen su causa también. Se niegan a cumplir las normas que dictan los gobernantes. Confieso que hay un impulso rebelde ahí que no me desagrada. Se niegan a asustarse. «¿El ómicron? Bah,

me río». Conviven con la covid como si nada. Hasta que acaban en el hospital y se arrepienten, claro. Pero algo del espíritu covidiota no nos vendría mal a todos ahora. Si los gobiernos reprimen la tentación de querer seguir coartando nuestras libertades, quizá alcancemos el deseable objetivo de aprender a convivir con el virus, no sin tomar precauciones básicas, pero sí partiendo de la lección de que ojalá hayamos aprendido todos que vivir con miedo es vivir media vida. Quiero creer que de covidiotas y de locos todos tenemos un poco. Y que, pese a todo, somos mejores así.

5 de diciembre de 2021

Cambiar de opinión es higiene mental

«¡Hay que ser muy, pero muy imbécil para creerse una cosa así!». «¿No te da vergüenza decir semejante barbaridad?». «Mantener una opinión como la tuya solo es posible si eres un perfecto ignorante».

Así, en beldades como estas, transcurre muchas veces lo que llamamos una «discusión», fenómeno social que existe, según acabo de leer en un libro, desde que nuestros antepasados vivían en los árboles, época en la que se gestó el instinto tribal. La vehemencia con la que discutimos se ha acelerado en la era de las redes sociales, dando lugar a la invención de palabras o frases como *posverdad* y *fake news* y a los nuevos peligros de la vieja polarización.

El libro que acabo de leer es de un periodista científico estadounidense llamado David McRaney y se titula *How Minds Change* (Cómo cambiar de opinión). Es urgente el objetivo, diría. Sea el tema Trump, o Putin, o el gasto militar, o la monarquía, o la memoria histórica, los bandos rivales cavan trincheras cada día más profundas. No hay diálogo; hay sordera. *Fake news* es lo que creen los otros.

Como yo no me considero inocente de estos defectos (variaciones de las tres frases con las que arranco esta columna salen de mi boca con alarmante regularidad), leí el libro de McRaney en un afán no solo de buscar recetas para mejorar el mundo sino de civilizarme a mí mismo.

Primero, un diagnóstico del problema. McRaney señala que la probabilidad de cambiar de opinión existe en proporción inversa a la fortaleza de nuestra certidumbre, testaruda bestia que proviene más de la emoción que de la lógica. Por eso si a lo que aspiras es a persuadir, un buen consejo sería que el enemigo que vencer no es el intelecto sino los sentimientos.

La persuasión jamás va a funcionar por la vía de la coerción, si consiste, como dice McRaney, en un intento de derrotar a tu rival con hechos o de aplastarle con tu superioridad moral. «Si el otro cree que tú lo ves como un tonto crédulo o como una mala persona, entonces por supuesto que resistirá y los argumentos que presentas serán inútiles». O sea, llamarle *imbécil* quizá te haga bien a ti como desahogo, pero no se acercará a tu punto de vista. Se indignará y se aferrará a su idea con redoblada convicción.

Entonces, ¿cuáles son los pasos que hay que seguir? Primero, dice McRaney, establece una relación de respeto con el que piensa diferente. Asegúrale que tu propósito no es vencerle o avergonzarle. Segundo, pídele que te cuente su versión de la verdad. Tercero, repite su explicación con tus propias palabras, para mostrarle que le has

entendido bien. Cuarto, una vez establecido este consenso inicial, pregúntale cómo llegó a su opinión y hasta qué punto está convencido de su veracidad. ¿Ciento por ciento? ¿Ochenta por ciento?

Si dice que cien, pregúntale por qué y repite su respuesta, otra vez más con tus palabras, para que siga viendo que le escuchas y le tomas en serio. Si dice que menos de cien intenta explorar, pero con cautela, ese punto de duda. En cualquier caso, acaba la conversación (no «el debate») con amabilidad y, como mínimo, habrás logrado bajar la temperatura de tu relación con el otro; habrás reducido la posibilidad de que el desacuerdo pase al odio en este particular caso de polarización. En el mejor de los casos habrás sembrado la posibilidad de que con el tiempo la otra persona modere o cambie su punto de vista.

Como ejemplo, McRaney cuenta cómo transcurrió un acto público en el que conversó con Mark Sargent, un terraplanista que se ha hecho famoso en YouTube. McRaney no le planteó ninguna de las abundantes pruebas de que el mundo es esférico. No le gritó: «¡Habla con un astronauta, idiota!». Más bien cedió el protagonismo a Sargent, le permitió que se extendiera en sus razones para creer que la Tierra es más disco de vinilo que pelota de fútbol. No fue tanto una discusión como un intercambio de ideas.

Finalmente McRaney le preguntó si cambiaría de opinión en el caso de que recibiera pruebas de que se había equivocado y Sargent respondió que sí, «en un segundo». Con lo cual McRaney dio la conversación por concluida, los dos se retiraron del escenario, tomaron un trago y Sargent le comentó que nunca había tenido una conversación tan grata sobre su gran obsesión. La sutil victoria de McRaney fue que Sargent demostró su disponibilidad, en principio, a corregirse.

Comparo esto con cómo exploté en una cena esta semana cuando alguien propuso que Putin quizá tenía excusas razonables para haber invadido Ucrania. Palabras como *imbécil* o *sinvergüenza* se quedan muy cortas. Me ruborizo al recordar el episodio porque siempre he sabido en teoría que uno tiene que hacer el esfuerzo de escuchar el punto de vista del otro con la mente abierta, pero en la práctica me cuesta.

Sin embargo, lo quiero intentar. Y este libro me está ayudando. Leí un artículo en *Financial Times* esta semana que me hizo cuestionar una opinión que había tenido muy clara. Tal es el rechazo que me genera Putin, tan visceralmente detesto la tiranía, la crueldad y la mentira que representa, que la necesidad de aumentar el gasto militar de la OTAN tras la invasión de Ucrania se convirtió rápidamente para mí en un artículo de fe. Me convencí de que aquellos en la izquierda europea que se oponían a gastar en armas lo que se podría gastar en, por ejemplo, educación eran como «los tontos útiles» que apoyaron en su día a Stalin. La democracia está en juego, ¿no lo ven?

Pero el artículo de *Financial Times* me hizo reflexionar. Explicó, entre otras cosas, que ya hoy el gasto militar de los europeos de la OTAN es cinco veces mayor que el de Rusia; que si se suma el gasto de Estados Unidos, es casi dieciocho veces mayor. El artículo agregó que cuantas más armas y más soldados haya, más posibilidad habrá de más guerras estúpidas. No voy a decir que he cambiado totalmente de opinión. Aún necesito escuchar más argumentos. Pero me abro a la posibilidad de que quizá me haya equivocado.

Ahora, tras este pequeño avance en higiene mental, espero poder aplicar un similar rigor a otras de las grandes certezas que laten en mis entrañas. Pruébenlo ustedes, queridos lectores y queridas lectoras. Lo recomiendo. La autocrítica es saludable. La ausencia de la duda conduce a demasiados de los males del mundo.

17 de julio de 2022

Poder

La suerte de ser europeos

El siglo pasado millones emigraron de Europa a Estados Unidos huyendo de la inestabilidad, la violencia y la pobreza. Gracias a ellos, millones hoy pueden volver. Tienen la suerte de poder acceder a un pasaporte español, o italiano, o alemán, o polaco, o irlandés. Uno de los afortunados es mi amigo Lenny, un habitante de Boston con el que cubrí las elecciones presidenciales de Estados Unidos hace un año.

Lenny decía que si ganaba Donald Trump emigraba a Irlanda, el país donde nació su padre. Ahora que el presidente Joseph Biden naufraga en las encuestas, el Partido Demócrata acaba esta misma semana de sufrir durísimos reveses en elecciones estatales y Trump se ha instalado como claro favorito para volver a la Casa Blanca en el 2025, Lenny se está preparando para hacer las maletas.

Estados Unidos no es Argentina, aún no, pero sí es un país políticamente inestable donde existe un creciente riesgo de violencia política y en el que demasiada gente vive en la pobreza. La democracia constitucional de Washington, Jefferson y compañía corre peligro. Porque pierde legitimidad. Un alto porcentaje de la población, todos republicanos, insiste en creer que Biden llegó al poder tras elecciones fraudulentas. Un porcentaje menor, pero no irrelevante, piensa que el asalto al Capitolio del 6 de enero para intentar dar la vuelta al resultado electoral y mantener a Trump como presidente fue una acción justificada.

Lenny no es ningún rojo. Ha sido siempre un patriota y ferviente capitalista que durante una larga carrera ha trabajado para la gran banca y ha sido periodista para venerables publicaciones financieras. «Debo confesar —me escribió en un *e-mail* hace un mes— que oír hablar a norteamericanos *normales* me hace cuestionar nuestra democracia… la escala oceánica de su ignorancia me aturde… me parece que intentar cambiar la situación con palabras, artículos, discursos es como intentar vaciar el Pacífico con una taza de café». Esta semana, tras las victorias electorales del partido que idolatra al dios naranja, me escribió: «Tengo el pasaporte irlandés en mano».

Yo le digo: ¿por qué tardaste tanto? El fenómeno Trump acelera el desencanto en gente pensante como él, pero la verdad es que hace ya tiempo que Europa es un lugar mucho mejor para vivir que Estados Unidos. Si yo fuera un argentino con la posibilidad de elegir entre emigrar a Estados Unidos o, por ejemplo, a España, no me lo pensaría ni un segundo.

Unos números, para empezar. Es verdad que el PIB per cápita de un estadounidense es el doble del de un español. A primera vista el dato es demoledor, pero rasquemos un poco y veremos que la media engaña. El 1 % de la población posee una proporción

groseramente enorme de la riqueza, inimaginable en Europa. Si uno es un triunfador nato, si posee talento y energía en abundancia, Estados Unidos es el lugar, eso sí. Pero para el común de los mortales, o para gente rica con un mínimo de sensibilidad social, no. La desigualdad es brutal; la pobreza, indigna, y el escudo familiar inherente a la cultura latina es un concepto ajeno. Lo que explica la atroz criminalidad. La cifra anual de muertes por armas de fuego en Estados Unidos se mantiene alrededor de las 20.000; en España, como en países europeos de similar población, no suele superar las 40.

Luego está el acceso a la salud. Estados Unidos paga más en gastos médicos por habitante que cualquier otro país, pero —otro índice de la desigualdad— ocupa el puesto número 30 mundial en cuanto a la calidad de su sistema sanitario, según organismos internacionales que se dedican a medir estas cosas. España está en el puesto ocho; seis países europeos están entre los primeros diez. No hay salud pública gratis para todos en Estados Unidos y 26 millones de estadounidenses no poseen un seguro sanitario privado, con lo cual si te rompes un hueso (coste para arreglártelo en el hospital: 10.000 dólares), mejor quedarte en casa.

El factor mala suerte no entra en la ecuación. Estar sin trabajo en Detroit es infinitamente peor que estarlo en Sevilla. Tener un trabajo, también. La calidad de vida de una persona media en Estados Unidos, por más dinero que gane por hora que un español, es triste en comparación. Por la comida que comen y la obesidad que genera, por la escasez de abrigo familiar y por el culto a la ética protestante del trabajo. Los estadounidenses no gozan del derecho legal a vacaciones pagadas. Más de 28 millones no las tienen nunca, y los demás dependen de la generosidad de los que los emplean. La mayoría recibe entre cinco y quince días libres pagados al año. En España, como en casi toda Europa, reciben treinta.

La periodista inglesa Tina Brown, exdirectora de la revista *The New Yorker*, relata en sus memorias lo que le dijo una vez en una comida un inversor italiano. «Es fácil convertir medio millón de dólares en tres millones en Estados Unidos. ¿Pero sabes qué? No quiero. Porque supone violar más de lo que ya han sido violados esos pobres jodidos, el público americano. ¿Sabes cuál es la diferencia entre el campesino europeo y el campesino americano? El campesino americano come mierda, viste mierda, ve mierda en la televisión, mira por la ventana y ve mierda. ¿Cómo podemos seguir violándolos dándoles aún más mierda para comprar?».

El único consuelo es que las vidas de mierda de los estadounidenses se acaban pronto. O antes que las de los europeos. Gracias al sistema sanitario, lo que comen, los homicidios y el estrés de sus vidas laborales, su expectativa de vida es de 77,3 años, por debajo de todos los países europeos. En España es de 82,3.

Vivimos vidas mucho más agradables en Europa. Hasta los *brexiters* lo ven. La

revista conservadora inglesa *The Spectator* propuso una idea para combatir la fiebre trumpista y convertir el electorado a la serena socialdemocracia que propone Biden: dar un pasaporte a la gran mayoría de los estadounidenses que no lo tienen y regalarles cinco semanas de vacaciones en Europa para que vean cómo el europeo medio dispone de su tiempo en la Tierra. Bonita idea. Pero habría un peligro, o una posible bendición, según el punto de vista. Olvídense de la inestabilidad que propicia Trump. El desengaño podría ser tal que cuando volviesen de Europa montarían una revolución.

7 de noviembre de 2021

La Dama de Hierro no sabía reír

«Una persona que entiende el precio de todo y el valor de nada».

Oscar Wilde

En una cena en la Casa Blanca en honor de Margaret Thatcher el presidente George Bush invitó a su marido, Denis, a decir unas palabras. Denis Thatcher siempre ejerció el papel de cónyuge de la primera ministra británica con discreción. Ella llamaba la atención; él se mantenía en la sombra. Ella era la que daba discursos, no él. No pensaba hacer una excepción, ni siquiera para el presidente de Estados Unidos.

Respondiendo a la invitación de su anfitrión, el señor Thatcher se puso de pie y dijo: «Como observó Marco Antonio cuando entró en la habitación de Cleopatra, no he venido aquí a hablar», y se sentó. Los invitados a la cena soltaron carcajadas y aplausos. Todos, podemos suponer, salvo la Dama de Hierro. Matthew Parris, un exparlamentario conservador que trabajó de cerca con ella, escribió esta semana en *The Times*, tras la noticia de su muerte, que Thatcher era incapaz de comprender un chiste. A diferencia de su marido, y de la enorme mayoría de sus compatriotas, carecía por completo de sentido del humor. Lo que define al inglés es la ironía, pero ella, que se envolvía en la bandera con más fervor que ningún mandatario británico desde la Segunda Guerra Mundial, no lo entendía. Le faltaba el chip.

Otra curiosidad, otra cosa que la apartaba del sentimiento popular, era que no tenía ningún *feeling* por el deporte. Directamente no le gustaba; no le veía la broma. Debe haber una conexión entre la falta de sentido del humor de Thatcher y su falta de interés por el fútbol, o por el tenis o, como la reina de Inglaterra, por las carreras de caballos. El deporte es juego y Thatcher no tenía tiempo para juegos. Era una mujer de un pragmatismo feroz, y no veía el valor en correr detrás de una pelota. Para ella todo se reducía a la utilidad y el deporte, en la interpretación más seca de la palabra, no es útil. El deporte es alegría, es vivir por vivir, pero no es un elemento imprescindible en la supervivencia de la especie, en el desarrollo de la economía.

Lo que sí es imprescindible para aquellos que practican o ven deporte es el sentido del humor. Si no, no se aguantaría. Si no, la derrota —la inevitable derrota— se volvería demasiado angustiosa. El que es incapaz de aceptar con cierta dosis de irónica resignación la frustración de ver perder a su equipo se volverá loco, o al menos profundamente infeliz. En tal caso, mejor abandonar la afición por el daño que representa a la salud. La broma es el refugio del perdedor.

Thatcher no era una perdedora [su biógrafo oficial reveló esta semana que ella quería

que sus memorias se titularan *Undefeated* (Invicta).] O le daba miedo someterse a la posibilidad de perder. En el momento en el que uno se entrega a un deporte uno se expone a la vulnerabilidad de la derrota. En tal caso Thatcher no habría sabido qué hacer; no habría contado con el recurso del humor, el arma necesaria para poder amortiguar el dolor al amor propio que la derrota supone.

Se sabe de dos casos en los que pretendió irrumpir en el terreno deportivo, y en ambos casos nada tenía que ver con disfrutar y todo con hacer política. En su primer año como primera ministra intentó convencer a los atletas británicos de que boicotearan, por cuestiones ideológicas, los Juegos de Moscú 80. Dos años más tarde se planteó exigir a las selecciones de Inglaterra, Escocia e Irlanda del Norte que no participaran en el Mundial de fútbol de España. En ese momento se llevaba a cabo la guerra de las Malvinas contra Argentina y Thatcher temía que la selección de Maradona venciera a una de las selecciones británicas, regalándole una victoria propagandística al enemigo.

En ambos casos Thatcher tuvo que dar marcha atrás. Nunca lo pudo entender, pero sus compatriotas le daban más valor a la competencia deportiva que al juego político.

Thatcher fue odiada por una alta proporción de los británicos, pero, incluso entre aquellos que admiraban su férreo liderazgo, muy pocos sentían afecto por ella. Hubo división de opiniones acerca de su proyecto político, pero el consenso casi universal fue que no era una persona querida. La falta del sentido del humor y su incapacidad de disfrutar del deporte fueron dos de las causas de ese distanciamiento afectivo. Mujer emocionalmente limitada, la Thatcher. Ella se lo perdió.

14 de abril de 2013

Si mandase Mandela

¿Qué haría Nelson Mandela en el lugar de Barack Obama en Estados Unidos, de Mariano Rajoy en España o, antes de su caída, de Mohamed Morsi en Egipto, por mencionar solo tres dirigentes que reflejan el descrédito en el que ha caído la clase política mundial? Existe una crisis de poder en el mundo hoy, espectacularmente escenificada en el golpe de Estado egipcio y en las protestas que hemos visto últimamente en Brasil y Turquía, y poco valor tiene hablar de la ejemplar figura de Mandela, ahora que agoniza, si nos limitamos a recordar con nostalgia su trayectoria histórica y no intentamos aplicar sus lecciones al mundo actual. Bill Keller, exdirector del *New York Times,* entró en el tema en una columna publicada en su diario el fin de semana pasado, comparando a Obama con Mandela. Su conclusión: que el primer presidente negro de Estados Unidos no estaba ni remotamente a la altura del primero de Sudáfrica.

Menos aún lo ha estado Mohamed Morsi. Comparemos los cinco años que Mandela estuvo en el poder con los 12 meses que Morsi ejerció de presidente en Egipto. Ambos asumieron el poder en circunstancias similares. Uno tras la Primavera Árabe, el otro tras una primavera africana. Solo que Mandela supo prepararse para el invierno. Mandela entendió que la prioridad, en una época de transición y fragilidad institucional, era construir una nueva nación de arriba abajo y no frotarse las manos y pensar, «ahora les toca a los míos, ahora vamos a imponer nuestro concepto de país y los que no estén de acuerdo que aguanten y callen». Como hemos visto esta semana en las calles de El Cairo, los que no han compartido su visión islamista ni se han aguantado ni se han callado. La lección egipcia es que las consecuencias de promover el divisionismo en un país en transición pueden ser catastróficas.

Mandela entendió cuando llegó a la presidencia que, en condiciones de fragilidad política, la unidad nacional era lo imprescindible, que su misión esencial consistía en lograr que todos se vieran identificados y representados en el primer Gobierno democrático de la historia de su país. Si fracasaba corría el riesgo de desatar una contrarrevolución armada o de provocar un golpe de Estado militar. En la piel de Morsi y sus Hermanos Musulmanes, Mandela se hubiera acercado con calidez y generosidad al sector más secular de la población y a los cristianos —los coptos— y a las mujeres. Se hubiera reunido con ellos y ellas ante las cámaras, dando fe de su deseo de construir una nación en la que todos se sientan incluidos. Hubiera aplacado temores, con gestos simbólicos y acciones prácticas, y hubiera resaltado la prioridad nacional de crear estabilidad, de encontrar puntos de encuentro entre todos los sectores de la sociedad.

Como acaba de explicar el *Financial Times*, el pecado original de Morsi «fue responder a lo que querían los Hermanos, no a lo que querían los ciudadanos de la república».

Consideremos qué hubiera hecho Mandela en el papel de otro presidente que no ha sabido construir puentes en una nación dividida, Mariano Rajoy. Imaginemos, por elegir un ejemplo bastante actual, cómo hubiera respondido Mandela como presidente del Gobierno español al tema catalán. ¿Qué hubiera hecho, concretamente, tras la multitudinaria manifestación en Barcelona del 11 de septiembre del año pasado, expresión y catalizador de un nuevo impulso independentista? Supondremos, para esta hipótesis, que Mandela compartiría con Rajoy el deseo de mantener el país unido.

Lo que Mandela no hubiera hecho era refugiarse en legalismos constitucionales o consentir que uno de sus ministros le faltara el respeto a la lengua catalana. Más bien todo lo contrario. Hubiera viajado de inmediato a Barcelona y hubiera convocado un mitin en un lugar emblemático para los catalanes, como el Palau de la Música, a la que hubiera invitado a representantes de todos los partidos.

Hubiera empezado su discurso con unas palabras en catalán. Un «bona nit a tothom», un «moltes gràcies per la invitació» y alguna pequeña gracia, como por ejemplo pidiendo disculpas por no poder defenderse mejor en un idioma por el que siente gran admiración, pero que no se preocupen, está tomando clases y la próxima vez que venga lo hablará mejor. De ahí Mandela hubiera procedido a reconocer los agravios históricos que Cataluña ha padecido a manos del Gobierno central español, especialmente en la era franquista. Que se hubiera prohibido enseñar a los niños de colegio en su lengua materna fue, hubiera dicho, una barbaridad. Pero otra verdad histórica, Mandela hubiera agregado, era que el resto de España había aportado mucho a Cataluña, y Cataluña había aportado mucho al resto de España. Unidos somos todos más fuertes. Hay mucho más que nos une de lo que nos divide. Los puntos de encuentro cultural son innumerables, empezando, hubiera dicho con una amplia sonrisa, por una selección de fútbol campeona del mundo en la que más de la mitad de los jugadores son del Barça y sin olvidar, por supuesto, el cava y el jamón. Mandela hubiera reconocido que, sin estar él necesariamente de acuerdo, era capaz de entender el punto de vista de aquellos que exigían la secesión o un reparto del pastel económico más favorable a Cataluña. Por eso lo necesario sería dialogar, oír la voz del pueblo catalán, buscar soluciones en las que quizá todos tendrían que ceder un poco, pero, al final, todos saldrían ganando.

Un discurso así, que sin duda es el que hubiera hecho Mandela en tales circunstancias, y el voto independentista catalán caería en picado en la siguiente encuesta. Además seguiría cayendo porque Mandela no se quedaría satisfecho con el triunfo retórico de un día, sino que en todos sus gestos y todas sus acciones a lo largo de su mandato demostraría a los catalanes lo que todos los pueblos y todos los individuos

exigen: respeto.

Bill Keller, en su artículo para el *New York Times*, dijo que sería interesante «imaginar cómo la presidencia de Obama podría ser diferente si hubiera hecho las cosas a la manera de Mandela». Keller resaltó el genio negociador de Mandela y su claridad de principios: poseer el don elemental político de la persuasión y, con los ojos puestos en el objetivo central, entender dónde hay espacio para poder hacer concesiones, y dónde no. Por ejemplo, en las constantes y frustrantes batallas que Obama ha librado con el Congreso no ha podido lograr un acercamiento y una relación de simpatía mutua con los dirigentes republicanos. Mandela hubiera identificado a los republicanos más influyentes, les hubiera invitado a la Casa Blanca, les hubiera servido, con sus propias manos, té o café, hubiera hecho bromas, hubiera destacado los intereses en común y, sutilmente poniéndolos contra la pared, hubiera apelado a su patriotismo y responsabilidad social.

¿Que estamos hablando de entornos nacionales muy diferentes, de culturas políticas distintas? Sí, pero Mandela se metió en el bolsillo a los derechistas blancos de su país, gente racista y temerosa que preparaba una guerra civil para acabar con su proyecto democrático. Comparado con eso, como escribió Keller, «el Tea Party es, bueno, un *tea party*».

El reto de Morsi ha sido mayor. Pero el principio es el mismo. Los grandes estadistas, los que pasan a la historia como Mandela y Abraham Lincoln, son los que aspiran a unificar sus pueblos. Eso es lo que deberían intentar hacer en sus diferentes contextos Obama, Rajoy, Recep Tayyip Erdogan en Turquía, Nicolás Maduro en Venezuela, Cristina Kirchner en Argentina, Enrique Peña Nieto en México, y todos los dirigentes del mundo cuyos países sufren las consecuencias de la ceguera ideológica, la división social o un pasado reciente complicado, con heridas aún por cicatrizar. Para eso hay que desear poner el bien común por delante de cualquier otro interés, ser generoso y no mezquino, visionario y no cortoplacista, pragmático y no partidario. El ejemplo de Mandela, ante todo un ser político y no —como él siempre quiso recordar— un santo, demuestra que sí, se puede.

4 de julio de 2013

La vieja contra la nueva España

Cuatro días, cuatro mítines electorales, dos mil kilómetros recorridos. Muchos castillos, murallas, iglesias, olivos; jamón, morcilla, lechón y vino. España es un antiguo país de antiguas tradiciones —en lo cultural y también en los hábitos políticos—. Se fue Franco y vino la Transición pero la payasesca reverencia ante el poder, el abuso descarado de los que lo controlan y el hábito clientelista de la ciudadanía ahí han seguido, más época medieval que siglo XXI.

La aparición en la contienda electoral de dos partidos jóvenes, Ciudadanos y Podemos, sacude la vieja arquitectura. Los españoles van a votar debatiéndose entre quedarse con su ancestral conservadurismo o dar un salto a lo desconocido.

El lunes estuve en Ávila, con Ciudadanos; martes con el PSOE en Badajoz; miércoles con Podemos en Valladolid; jueves con el PP en Barcelona. En la radio en el coche oí la noticia del puñetazo que le dio un joven de 17 años al presidente del Gobierno y líder del Partido Popular, Mariano Rajoy, metáfora salvaje de la disputa esencial de estas elecciones entre lo joven y lo viejo.

Ciudadanos: Cola durante tres cuartos de hora para entrar en el pequeño teatro de la Caja de Ávila; aforo: unas 500 personas. Un altavoz montado en un coche intenta lavarme el cerebro con consignas grabadas, repetidas una y otra vez: «Se acabaron los privilegios; Gobierno de manos limpias; nuevo proyecto; un país de oportunidades; ilusión; se acabaron los privilegios…». Música de Coldplay y un hombre con aire sereno sube al escenario. Aludiendo sin confesarlo al famoso anuncio de la marca Nike dice que «imposible solo es una opinión»; que su partido propone «reformas para que España por fin entre en la modernidad», que «la ilusión va a vencer el miedo». Pero que nadie se asuste: «El programa electoral es realizable, el cambio será sensato».

El líder Albert Rivera, que lleva zapatos marrones con cordones rojos, profundiza en la idea. «Reforma pero no ruptura; cambio, pero no revolución». Y nos recuerda: «la nueva política vence a la vieja», «llega la segunda transición». Rivera es el primo listo de la familia que todos tenemos y en secreto envidiamos pero su lenguaje corporal no transmite la misma convicción que sus palabras. El público corea «¡Presidente! ¡Presidente!», pero no está claro que él mismo, a sus 36 años, se lo crea.

PSOE: Un recinto ferial del tamaño de medio campo de fútbol, a la entrada una mesa donde dos señoras venden *merchandising*: ositos, paraguas, relojes de color rojo. Adentro, ondean banderas al compás del himno triunfal (pero más anticuado que Coldplay) del partido. El volumen alcanza decibelios que rozan el peligro a la salud. El montaje es más *made for TV* que pensado para los cinco mil y pico presentes, muchos

de los cuales charlan entre sí durante los discursos, como si se tratara tanto de un gran encuentro familiar como de un acto político. Y, efectivamente, alguien les chilla desde el escenario que forman parte de «la familia socialista» cuya cabeza es el telonero en jefe de la noche, el legendario Felipe González, antiguo presidente del Gobierno al que la multitud había venido a ver, más el alma del partido, aún hoy, que su joven y guapo sucesor Pedro Sánchez.

El abuelo González («tengo 50 años de vida política») habla desde el podio como si estuviera ante un grupo de amigos en el salón de su casa. Rebosa la sagacidad de un hombre que permaneció en el poder durante 14 años y la astucia de un viejo zorro curtido en mil batallas políticas. Como tal, ataca sin piedad al peligroso rival del PSOE, Podemos, en su flanco más débil, la asociación de sus líderes con el catastrófico Gobierno chavista de Venezuela, de la que se han querido distanciar. Lo cual le sugiere la desdeñosa frase, «el baile de disfraces de Podemos». El mensaje queda claro: el PSOE es digno de fiar; Podemos, no. El problema para los votantes indecisos que lo ven en televisión es que González no solo no compite en las elecciones, sino que representa a la también desdeñada «casta» de la que Podemos se ríe.

Podemos: Un teatro moderno de madera color claro. Hablan tres antes del líder, Pablo Iglesias, todos con aspecto rebelde veinteañero: pelo largo, o pendiente en la oreja, o minifalda. Cada vez que uno menciona a Felipe González el público (joven, muchos *selfies*) abuchea, como cuando Cristiano Ronaldo toca el balón en el Camp Nou. Gritan «¡remontada! ¡remontada!», lo cual refleja una sorprendente fe en los sondeos, y cantan *A por ellos*, *¡oé!* El profesor Iglesias acabaría con una sesuda y didáctica exposición de su política económica (utilizaría la palabra «ontológico») pero el ambiente que generan sus animadores es ferviente, moral y futbolero. Romántico también, siempre con un trasfondo implícito religioso. Van, como Jesucristo, «contra los poderosos» y a favor de los pobres, los hambrientos y la igualdad. «Esto trasciende la política, es una actitud frente a la vida», anuncia uno; «en la lucha para ser felices somos invencibles», proclama otro.

Partido Popular: A mitad de camino entre el plasma y el mundo real, Rajoy se presenta en un salón estilo Versalles en el Hotel Palace (anteriormente Ritz) de Barcelona. Alfombra espesa y sobria de colores pastel, grandes lámparas de cristal, cortinas gruesas de tres metros de altura y un público acorde con la estética del lugar, la mayoría hombres vestidos con traje oscuro y corbata sentados en mesas con manteles que llegan al suelo. Es el medioambiente natural de Rajoy, que aparece, apenas 16 horas después del puñetazo por el que esta campaña electoral siempre será recordada, fresco como una lechuga, sin daños físicos o anímicos a la vista. Resaltando el éxito de su gestión durante los últimos cuatro años, recitaría una estadística económica tras otra en

un admirable ejercicio de memoria.

El que lo presenta, Jorge Fernández Díaz, nos prepara para la gesta recordando una anécdota personal: durante el Mundial de fútbol de 1982 Rajoy le había sabido decir todos los nombres del once titular de la selección griega. Fernández Díaz, el ministro del Interior, aprovecha el asalto de la tarde anterior para recordar al electorado español ante las cámaras de televisión que Rajoy es un líder clásico. «En un momento como el de ayer, demuestra lo que es, que tiene altura de miras, serenidad y templanza», dice Fernández Díaz. Y agrega: «Ama a su país, España, y tiene una idea de España en la cabeza y en el corazón».

Rajoy representa una idea conservadora de una vieja España; el PSOE, una idea más progresista de la misma. La nueva España que promete Ciudadanos se construiría con reformas pragmáticas, la que pinta Podemos promete una vida feliz basada en un principio moral de igualdad. Muy pronto sabremos con quién van los corazones y las cabezas de los españoles.

19 de diciembre de 2015

¿Ha habido algún líder más ridículo en la historia?

Lo más increíble no es que Donald Trump soltara otra tuitorreada de adolescente trastornado la semana pasada, escupiendo sangre y bilis contra una pareja de presentadores de televisión. Ni que este domingo el comandante en jefe de Estados Unidos recurriera a una ofensiva gorilesca en su guerra santa contra la CNN.

Lo más increíble no es que Trump degrade la dignidad de su cargo, la de su país y la de su lengua cada vez que convierte sus impulsos en palabras.

Lo más increíble no es, como detalló *The New York Times* la semana pasada, que haya dicho cien mentiras en los cinco meses pasados desde su investidura.

Lo más increíble no es que sus extranjeros favoritos sean déspotas rusos, filipinos o saudíes.

Lo más increíble no es que el presidente de Estados Unidos sea el líder más raro del planeta, con la posible excepción del de Corea del Norte.

Lo más increíble no es que la totalidad de sus conocimientos del mundo cabrían cómodamente dentro de una lata de Coca-Cola.

Lo más increíble no es que cuando el hombre más poderoso del planeta se reúna esta semana con los líderes del G20 en Hamburgo él será, de lejos, el más bobo y el más irresponsable de la clase.

Todo esto lo saben perfectamente bien Angela Merkel, Emmanuel Macron, Vladímir Putin y Xi Jinping. Lo saben ustedes, queridos lectores. Lo sabe la gran mayoría de los miembros del Congreso norteamericano, los jueces de la Corte Suprema, los gobernadores de los 50 estados. Lo tienen que saber también los miembros de su Gabinete, obligados todos a tratarle como un niño malcriado, o un perro rabioso, o un loco rey feudal.

Por eso lo que sí es increíble, lo más increíble y lo más aberrante de la época en la que vivimos, es que el Congreso, el Tribunal Supremo, los gobernadores y los miembros del Gabinete presidencial de Estados Unidos aguanten que semejante energúmeno ocupe el cargo más peligroso del planeta, que no le hayan destituido por el bien de su país y el de la humanidad; que no hayan recurrido a la Constitución o al sentido común o a lo que sea para forzar su salida; que no hayan seguido la lógica del senador del partido republicano que dijo la semana pasada, como respuesta a aquel grotesco tuit presidencial contra los dos periodistas: «Pare. Por favor, pare ya».

Si fuese el gerente de un local de McDonald's le hubieran despedido hace tiempo. Pero no. Pasan los días, uno se despierta por la mañana, y ahí sigue Trump.

¿Ha habido alguna vez en la historia algún líder en el que la discrepancia entre el

alcance global de su poder y la ridiculez de su persona haya sido más abismal? Quizá algún emperador romano. Invito a los lectores a que hagan propuestas.

3 de julio de 2017

Consuelo de tontos

De Quito a Santiago o Hong Kong, de Beirut a Barcelona, del Brexit a Buenos Aires: mire donde uno mire, desmadre y desilusión. Propongo un consuelo para los habitantes de aquellos lugares. Podría ser peor. Podrían tener a Donald Trump como presidente.

Hoy lo que haré es rendir un servicio a aquellos que no han acabado de captar lo bufonesco que es este personaje, lo disparatado que es que siga estando al mando de un país que posee más de 6.000 armas nucleares.

Traduciré al castellano una selección nada atípica de extractos de discursos, ruedas de prensa y tuits que ha despachado el comandante en jefe de Estados Unidos a lo largo de los últimos tres meses. En cada caso lo haré con la máxima fidelidad posible a la versión original.

Aquí va. Primero, Trump sobre sus capacidades mentales:

«Soy un genio muy estable. Elijo mis palabras con mucho cuidado».

«Mis conocimientos: los conozco muy bien».

Sobre Próximo Oriente:

«Siria podría tener un poco de ayuda de Rusia y no tengo problema con eso. Tienen mucha arena por allá. Así que tienen mucha arena donde jugar».

«Si Turquía hace algo que yo, con mi gran e inigualable sabiduría, considere que ha cruzado el límite, destruiré y borraré totalmente la economía de Turquía (¡lo he hecho antes!)».

Sobre su *impeachment:*

«No hice nada. No sé si soy la persona más inocente del mundo. Solo digo que soy el presidente más presidenciable con la posible excepción de Abe Lincoln cuando se ponía el sombrero. Eso es difícil de superar. El honesto Abe, cuando se ponía ese sombrero, difícil de superar. Pero yo no puedo. Aquel sombrero no me iría bien. Sí, tengo mejor pelo que él».

Más sobre su pelo:

«Estaba lloviendo duro. Pero el día fue… fue hermoso en cierto modo. Ese día vieron que mi pelo era de verdad porque estaba empapado. Eso fue lo bueno. Corrí y vieron que el pelo era mío. Porque he tenido que soportar tormentas de viento, tormentas de arena. "Vamos para acá. Vamos. Esto, lo otro. Este desierto. Vamos a este océano y salgamos del avión, señor. El viento sopla a 70 millas por hora". Dije, "Chico, tiene que ser… tiene que ser mío". Pero, eh, pero lo hemos visto todo. Lo hemos visto todo».

Sobre sus tuits:

«Tenemos a mucha gente. Muchos, muchos más que cien millones… Ocurren cosas cuando coloco un mensaje ahí, uno bueno que le gusta a la gente, ¿no? Buen tuit. Antes subía 7.000, 7.008, 7.017, 7.024, 7.032, 7.044, ¿no es cierto? Ahora va 7.000, 7.008, 6.998. Entonces van 7.000, 6.074. Y yo dije, ¿qué está pasando? No hacía esto antes. Sube y después lo bajan. ¿Me entienden? Nunca me pasó esto antes. Iba como un cohete cuando ponía uno bueno. Como cuando dije esa vez que me estaban espiando, ¿se acuerdan? Eso fue como un cohete. Me llaman dos minutos más tarde. "¿Dijo usted eso?". "Sí, dije eso". "Bueno, está explotando, está explotando". Y tuve razón. Tuve razón».

Más sobre su brillantez:

«Mi tío fue un gran profesor y científico e ingeniero, el doctor John Trump del MIT. Buenos genes, muy buenos genes, OK. Muy listo. El Wharton School of Finance. Muy bueno. Muy listo. Ya saben, si eres un republicano conservador, si yo fuese un liberal, si, como que, OK, yo me presentase como un demócrata liberal, dirían que yo soy una de las personas más listas del mundo. ¡Es verdad! Pero cuando eres un republicano conservador intentan… ahí te machacan… por eso siempre comienzo: fui a Wharton, fui un buen estudiante, fui ahí, fui allá, me construí una fortuna».

Sobre el acuerdo nuclear con Irán (que él rechaza):

«Ves el acuerdo nuclear, lo que realmente me molesta… hubiera sido tan fácil, y no es tan importante como estas vidas (lo nuclear es potente, mi tío me lo explicó hace muchos, muchos años, la potencia —fue hace 35 años—, me explicaba la potencia de lo que iba a ocurrir y tenía razón, ¿quién lo hubiera pensado?). Pero cuando ves lo que está pasando con los cuatro presos, eran tres y ahora son cuatro, pero cuando eran tres e incluso ahora hubiera dicho que todo tenía que ver con el mensajero; son tíos, y son tíos porque no se han dado cuenta aún de que las mujeres son más inteligentes que los hombres ahora mismo, así que tardarán otros 150 años. Pero los persas son grandes negociadores, los iraníes son grandes negociadores, así que mataron, nos mataron».

Sobre los periodistas:

«Estos animales de la prensa. Son animales realmente. Entre los peores seres humanos que jamás conocerás… Son escoria. Muchos de ellos son escoria».

Para ser justos, esta última cita, producida durante la asamblea general de las Naciones Unidas el mes pasado, goza de la inusual virtud de poseer cierta coherencia gramatical. Incluso habrá muchos que no discrepen de los sentimientos expresados. Por lo demás, la selección nada atípica, repito, que he hecho aquí de la oratoria y tuitorrea de Donald Trump debería producir cierto alivio entre aquellos que no han podido vivir el sueño americano y se lamentan de la podredumbre moral o intelectual de sus

políticos.

Se hablan pestes de los Torra, los Sánchez, los Johnson, los Piñera, los Macri, los Kirchner, los Xi Jinping. Que son corruptos, que son autoritarios, que son ineptos. Pero de pocos de ellos se dice que no son aptos para mantener sus cargos porque están locos, como se ha dicho una y otra vez sobre Trump desde sus primeros días en la Casa Blanca, o antes.

Se volvió a repetir hace unos días en el venerable *The New York Times*. Primero en la columna semanal de una colaboradora del diario titulada «One flew over the cuckoo's nest» (en castellano, *Alguien voló sobre el nido del cuco),* en alusión a la película de Jack Nicholson cuyo escenario es un manicomio. Después, en una carta publicada en el mismo medio firmada por tres eminentes catedráticos de Medicina que han escrito un libro titulado *El peligroso caso de Donald Trump*. La carta dice: «Como profesionales de la salud mental sentimos que es nuestro deber pronunciarnos sobre una crisis de la salud pública: hay una persona no apta mentalmente a cargo de las fuerzas armadas y las armas nucleares más poderosas del mundo».

Así que, repito, no tener a Trump como presidente debe servir de consuelo. Consuelo de tontos, quizá, pero vivimos en tiempos tontos. Y consuelo también para aquellos que sufren para aprender el inglés. Trump ofrece la mejor razón que conozco para no tomarse la molestia. Como dijo un poeta, la ignorancia es, a veces, una bendición.

Dicho esto, esperemos que cuando se muera Trump los estadounidenses no sean tan ignorantes, ni tengan tan mal gusto, como para enterrarle durante 44 años en un valle para los héroes de la patria. Eso no.

27 de octubre de 2019

La salsa de los Sussex

El mundo sigue a lo suyo. Australia arde, la imagen del apocalipsis anunciado. El presidente Trump asesina a un general, Irán lanza misiles y cae un avión con 176 pasajeros a bordo. En España la derecha responde a la investidura de la coalición roja, atea y traidora con los chillidos de una familia de elefantes —papá, mamá y bebé— sorprendida por un ratón.

Todo esto y mucho más nos asuela esta semana, ¿pero cuál fue la noticia que dio la vuelta al mundo más veces y más chismorreo provocó? La declaración unilateral de independencia de los duques de Sussex, el príncipe Enrique y su esposa, Meghan Markle, al anunciar que iban a dar «un paso al lado» y reconstruir sus vidas al margen de la familia real británica.

Procuro no informarme sobre estas cosas porque soy raro y no me interesan, pero no hay manera. El anuncio de la pareja, el estupor de la reina, la furia patriotera (casi *pablocasadesca*) de los tabloides ingleses llenan el aire y me penetran los poros. Una frase me detiene. Enrique y Meghan dicen que piensan ser «financieramente independientes». La noticia, veo, genera cierto escepticismo, entre otras cosas porque seguirán protegidos por guardaespaldas pagados por los contribuyentes británicos y gozando del uso de una mansión en las afueras de Londres cuyo alquiler para personas normales ascendería a 60.000 libras mensuales.

Pero estos son detalles. Los Sussex quieren huir de su jaula dorada y volar en libertad. Él es el sexto en línea a la Corona inglesa y no quiere ser un parásito el resto de sus días. Busca trabajo, y ella también.

A ver si podemos ofrecerles algunas ideas.

Lo primero que viene a la mente es que ella le enseñe a él a actuar para que se puedan interpretar a sí mismos en la serie número 94 de *The Crown*. En caso de firmar un contrato, conseguirían un buen adelanto. Pero eso sería solo el comienzo. Entre tanto tendrían que hacer otras cosas. La buena nueva es que existen muchas posibilidades para gente que cuenta con la suerte de ser famosa por ser famosa. Por ejemplo, colocando cámaras de vídeo en sus habitaciones, baños, piscinas, saunas y coches y documentando la intimidad de sus vidas al estilo de la familia Kardashian para Netflix, o la BBC, o TV3. Imaginen la escena cuando Meghan va a México a visitar a su padre, un pobre muerto de hambre, por primera vez en veinte años. Las lágrimas, los abrazos, las risas, el perdón, la reconciliación. Oro puro en Hollywood. Y encima se les verá criando a un adorable niño, que siempre vende. *Salsa Sussex* marcaría un hito en la historia de los *reality shows*. Arrasaría.

Siguiendo una línea similar, podrían formar parte del juzgado en uno de esos *shows* cazatalentos en los que se premia a la cocinera del mejor pastel o al joven tatuado que mejor imita a Frank Sinatra. Si aún no tuvieran lo suficiente como para poder seguir viajando en aviones privados, de noche Enrique podría ejercer de modelo. Aunque es pelirrojo, es guapo y se mueve bien. ¿Cuánto pagaría Armani por contratarle? Cualquier cosa.

Luego, claro, estaría el libro. Nos contarían los detalles de sus amoríos antes de conocerse, de su primera cena, su primer beso, el primer contacto entre Meghan y la reina Isabel II, los desencuentros con Guillermo y Catalina e incluso, si quieren superar en ventas a Harry Potter, un capítulo relatando la historia verdadera de aquella orgía a la que Enrique (Harry) acudió disfrazado de nazi.

Todo eso Enrique lo ha dejado atrás, por supuesto. Asesorado por Meghan, se presenta como el campeón del #MeToo y del Amazonas, de las luchas contra el cambio climático y el racismo y la pobreza y la enfermedad y los trastornos mentales y las guerras. Libres de las cadenas de la casa de Windsor, los dos poseen todas las condiciones para convertirse en una versión turbo de George y Amal Clooney. Tendrán la posibilidad de vivir como reyes, sin la pesadez de serlo, y con la conciencia tranquila de saber que están utilizando su fama para el bien general.

Otra ventaja de alejarse de la estreñida familia real inglesa será que no se verán nunca más en la obligación de atenerse al código siciliano/windsoriano de la *omertà*. Podrán opinar de lo que quieran. Enrique nos podrá decir lo que realmente piensa sobre el Brexit (en contra, seguro) y, mejor aún, resolver el misterio de lo que piensa su abuela (a favor, segurísimo). En cuanto a Trump, podemos tener la seguridad de que Meghan lo encuentra repelente y que disfrutará del desahogo de contárnoslo.

Dicho lo cual, la opción más interesante que se le presenta a Meghan Markle es entrar en la política y presentarse eventualmente como candidata a la presidencia de Estados Unidos. Si cumple el guion que aquí propongo, poseería los dos atributos que mejor garantía ofrecen para conseguir el apoyo de las mayorías de su país: haber protagonizado un *reality* (Trump) y haber hecho cine (Ronald Reagan).

Existe, claro, una opción radicalmente opuesta: seguir el ejemplo del antecesor de Enrique, el rey Eduardo VIII, que también se casó con una norteamericana (la reina, dicen, lo venía venir) y tuvo que abdicar. Eduardo y su *femme fatale*, Wallis Simpson, pasaron el resto de sus días en Francia en la relativa oscuridad, quedándose callados (en el caso del antiguo rey, escondiendo su admiración por Adolf Hitler) a cambio de un jugoso subsidio libre de impuestos que su familia arrancó del tesoro nacional.

Podemos tener la seguridad de que en este preciso momento la reina Isabel, su hijo Carlos y su nieto Guillermo no desean nada más que se repita la historia. Habrá tensas

reuniones familiares en las que intentarán convencer a Enrique de que se olvide de la chorrada de buscarse la vida él solo y que, si él y su esposa insisten en abandonar sus obligaciones reales, que lo hagan en una casita de madera en un bosque canadiense, lo más cerca posible del círculo polar.

No le convencerán. Meghan y Enrique desean demostrar al mundo que son útiles y autosuficientes y, además, una vez que a uno le coge el gusto por la fama, el dinero y el progresismo exhibicionista, debe de ser difícil renunciar a ello. Lo que quizá no sabe la bella pareja es que los tabloides británicos, cuya persecución constante ha sido el principal motivo para intentar reconducir su destino, no renunciarán a su eterna misión de satisfacer la curiosidad de medio planeta por conocer los pormenores de sus vidas. El hambre de la gente por las telenovelas es insaciable, y si se basan en hechos reales, más todavía. Les guste o no, Meghan y Enrique están condenados a pertenecer al mundo. Seguirán encerrados en su jaula sin salida posible. Jamás. Que les vaya bien.

12 de enero de 2020

EPITAFIO PARA UN LOCO

Al final de *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, el infame general que protagoniza la novela está solo en su palacio enfrentándose a la muerte, como Donald Trump hoy en la Casa Blanca enfrentándose al ocaso de su presidencia.

«… había sido cuando menos lo quiso… se había cebado en la falacia y el crimen, había medrado en la impiedad y el oprobio y se había sobrepuesto a su avaricia febril y al miedo congénito… había sabido desde sus orígenes que lo engañaban para complacerlo… pero aprendió a vivir con esas y con todas las miserias de la gloria a medida que descubría en el transcurso de sus años incontables que la mentira es más cómoda que la duda, más útil que el amor, más perdurable que la verdad…».

Difícil que Trump sea capaz de profundizar sobre la esterilidad de su egomanía con la desgarradora lucidez del tirano ficticio de García Márquez. Si lo fuera, si pudiera verse en el espejo como realmente es, vería la impotencia de sus ladridos contra el resultado electoral, la falsedad y el cinismo de los aduladores que hoy lo abandonan, lo vacías de valores y de principios y de nobleza que han sido su presidencia y su vida.

Estar contra Trump no significa defender una ideología o identificarse vagamente con la izquierda, como algunos trasnochados insisten en creer; ni siquiera requiere ser simpatizante del Partido Demócrata de su sucesor electo, Joseph Biden. Estar contra Trump significa tener un mínimo de humanidad y buen gusto, nada más.

Los senadores republicanos más influyentes de Washington saben perfectamente bien quién es Trump. Lindsey Graham, el presidente de la Comisión de Justicia del Senado, lo definió a principios del 2016 como «un bobo» y «un loco» que no era «digno de ser presidente». Cuando Trump llegó a la presidencia en enero del 2017, los mismos senadores se tragaron el desdén que les provocaba y lo apoyaron, calculando que así consolidaban sus futuros electorales. Acertaron. Hoy los republicanos siguen dominando el Senado. Y ahora que el monstruo herido no les sirve para nada, dejan que chille solo contra la injusticia de su destino.

El presidente saliente nos ha ofrecido un vodevil de payasadas estéticas, morales e intelectuales. Pero más allá de su infantilismo, sus mentiras y su crónica tuitorrea o, más recientemente, de sus histéricas ruedas de prensa de medianoche, aullando a la luna, hay un episodio que retrata con especial nitidez la diferencia cualitativa entre su forma de ser y la de cualquier otro presidente estadounidense del último siglo, quizá de toda la historia.

En agosto del 2018 murió el senador republicano y excandidato a la presidencia John McCain. Trump se había burlado de McCain por haber sido capturado, y luego

torturado en la cárcel, durante la guerra de Vietnam. Hablamos del mismo Trump, recordemos, que en los años sesenta se inventó un problema médico en los huesitos de los talones de los pies para evitar el servicio militar.

McCain fue un tipo genial (lo conocí en los años noventa) que sabía reírse de la vida y de sí mismo, firme en sus principios hasta el punto de votar a veces en el Senado contra su propio partido. Acudieron a su funeral los expresidentes demócratas Bill Clinton y Barack Obama, el expresidente republicano George W. Bush y el célebre halcón republicano Henry Kissinger. Todos hablaron maravillas de McCain. Hubo un notable ausente: Donald Trump. No lo habían invitado, cosa que él seguramente agradeció porque, primero, no hubiera soportado tener que ceder el centro de atención al difunto; segundo, porque si se hubiera atrevido a aparecer la familia de McCain y el resto de la congregación, la flor y nata del *establishment* estadounidense, lo hubieran expulsado del recinto a gritos.

Trump no es un leal republicano, no es realmente ni de izquierdas ni de derechas. Es trumpiano. Es verdad que la única propuesta significativa que convirtió en ley en los últimos cuatro años fue un recorte de los impuestos de los más ricos, pero eso fue un regalo para sí mismo. Dicen que es un racista. Quizá. Más acertado sería decir que es un misántropo. Bueno, tampoco. Decir que odia a la humanidad significaría sugerir que es capaz de sentir emoción alguna por alguien que no sea él. Más bien no toma al resto de la humanidad en cuenta, independientemente del color de su piel.

Eso sí, conectó con su famosa «base». No voy a caer en la estupidez, habitual en la izquierda más frívola, de llamarle un «nazi». Entre otras cosas significaría una lamentable falta de respeto hacia las víctimas de los campos de concentración. Pero algo sí tiene en común con Hitler. Resentidos ambos contra el mundo, Trump canalizó y personalizó el resentimiento de sus seguidores como el *Führer* con los suyos. Como instrumento para conquistar mentes y corazones, el resentimiento es un arma eficaz. El amigo de Kim Jong Un y de Vladímir Putin supo también recurrir a la emoción más potente de todas para sembrar fieles: el miedo. El miedo inventado al «socialismo», principalmente. No me acuerdo de cuántas veces vi pancartas anunciando que Trump era la única defensa contra el socialismo durante un viaje la semana pasada a territorio trumpero en Pensilvania. La realidad es que el infierno se congelará antes de que Estados Unidos, el país más conservador de Occidente, sucumba a la dictadura del proletariado —el mismo proletariado, por cierto, al que engañó y obcecó para que votase por él—.

Como demagogo, Trump ha sido un *crack*. Como persona, repelente. Como presidente, una aberración. La historia verá estos últimos cuatro años como un episodio surreal en la política de Estados Unidos, medio pesadilla, medio comedia. Como un

delirio interminable, una vergüenza para su país y para la humanidad. Ni García Márquez se podría haber inventado semejante personaje en semejante posición de poder. Es un alivio y una alegría para la mitad de Estados Unidos y para la totalidad del mundo pensante que se vaya. Celebrémoslo evocando el sinfónico final de *El otoño del patriarca*, cuando por fin se va el «tirano de burlas que nunca supo dónde estaba el revés y dónde estaba el derecho de esta vida… porque nosotros sabíamos quiénes éramos mientras él se quedó sin saberlo para siempre… ajeno a los clamores de las muchedumbres frenéticas que se echaban a las calles cantando los himnos de júbilo de la noticia jubilosa de su muerte y ajeno para siempre jamás a las músicas de liberación y los cohetes de gozo y las campanas de gloria que anunciaron al mundo la buena nueva de que el tiempo incontable de la eternidad había por fin terminado».

8 de noviembre de 2020

El hijo de Putin

La guerra fría de hoy no es ideológica. La guerra fría es entre Estados democráticos y Estados autoritarios, entre aquellos que valoran la libertad del individuo y aquellos que la desprecian, entre los que creen que el poder se impone por el consentimiento y los que creen que se impone por la fuerza. Del lado autoritario hubo una vez, en algunos casos, una idea noble de fondo, la de la igualdad; hoy el objetivo es dinero para las élites y el placer de mandar.

El secuestro el domingo pasado de un avión de Ryanair retrató el nuevo reto al que se enfrenta el mundo. Fue un acto terrorista perpetrado por un Estado. La orden vino no de un individuo escondido en una cueva sino de un presidente en un trono. El instrumento de persuasión fue no una pistola sino un caza militar. El objetivo en este caso fue un periodista que iba a bordo y hoy está en la cárcel enfrentándose a una condena de quince años, si tiene suerte, o a la pena capital, si no.

El Estado, como ya sabemos, fue Bielorrusia. El presidente, Alexánder Lukashenko, dictador que lleva 27 años en el poder. El caza, un Mig-29 de origen ruso. El periodista, un bielorruso de 26 años llamado Román Protasévich, que luchaba desde el exilio a favor de la democracia en su país.

El caso Protasévich nos señala la principal diferencia entre los Estados democráticos y los autoritarios. Como dijo una vez un periodista de Estados Unidos, «la libertad de prensa *es* la democracia». Lo es porque la libertad de prensa es la libertad de expresión, es la libertad del individuo de pensar y opinar lo que quiera, de criticar al poder sin temor a que lo metan en la cárcel o lo maten.

Hay quienes ven una equivalencia moral entre, por ejemplo, Estados Unidos y China o Rusia. Para pensar así hay que despreciar el valor de la causa por la que millones como Protasévich han luchado o muerto a través de los siglos; hay que creer que su secuestro fue una buena cosa. Ver una equivalencia moral entre los dos bandos es creer que silenciar a la prensa es una causa justa, que la opinión libre es un mal que se debe erradicar.

Hay que definirse. No se puede dar por hecho que la democracia sea eterna. No podemos descartar que un día los historiadores lo vean como un experimento que duró menos que el imperio romano. Los bárbaros están en las puertas y son fuertes, cínicos y crueles.

¿Que hay cinismo en Estados Unidos? Todo lo que quieran. Solo hay que ver al partido de Donald Trump. ¿Que hay injusticias y deficiencias en los sistemas políticos de países como el Reino Unido, España o Francia? Por supuesto que sí. No hay más que

leer los diarios para verlo. Y he aquí, precisamente, el punto. En estos países se pueden leer todas las críticas que uno quiera a la gente en el poder mientras que en China y Rusia y Bielorrusia, por mencionar unos pocos, no.

Es fácil definirse. No hay que ahondar en las aguas de la abstracción, en nociones de izquierda o derecha o en sesuda examinación del significado de la palabra *libertad*. Solo tienes que hacerte una pregunta. Si tuvieras que vivir el resto de tus días en China o en Estados Unidos, en Rusia o en Francia, ¿cuál elegirías?

Si hay algún lector de este diario que dude en su respuesta, deje de leerlo ya. O al menos deje de leerme a mí, por favor. Nunca nos entenderemos.

Como periodista reconozco que tengo un interés particular en esto de la libertad de expresión. Confieso que me siento identificado con Protasévich. No me cuesta mucho imaginarme en su lugar. Me cuesta menos imaginarme en el lugar de mi viejo amigo Carlos Fernando Chamorro, periodista opositor nicaragüense que ganó el premio Ortega y Gasset esta semana, días después de que la oficina en la que trabaja fuera allanada por los secuaces del régimen somocista —digo, sandinista— de Daniel Ortega. (Perdón, me confundí porque el padre de Carlos Fernando, también periodista, fue asesinado por el dictador Anastasio Somoza). Hay una correlación perfecta entre los regímenes ladrones, o asesinos, o dictatoriales, o todo a la vez, y el miedo que les tienen a los periodistas libres.

Lo he visto en Argentina en tiempos de los militares, lo he visto en Cuba en tiempos de Castro, lo he visto en Sudáfrica cuando reinaba el *apartheid*, lo he visto más recientemente en la Venezuela chavista. Igual o peores son países que conozco menos pero de los que he tenido la fortuna de poder informarme como China o Rusia. Las actitudes de los gobiernos hacia la prensa son un fiel barómetro del clima de libertad política en sus respectivos países.

México, donde viví cuatro años, ofrece un caso aleccionador. Ahí la prensa es libre en el sentido de que no es Bielorrusia. El Gobierno no mata o encarcela a periodistas que lo critican. Donde el peligro es grave es en el terreno de los narcotraficantes. Te metes con las mafias y corres el serio riesgo de que te maten.

Aquí va la lección: cuantas más represalias toma un Estado contra la prensa, más mafioso es. Lógico. Operan como las mafias, sin ley. Han arrebatado el dinero y el poder sin consultar la opinión de sus ciudadanos, y su principal instrumento de persuasión es el terror.

Vivir bajo permanente amenaza en caso de que uno alce la voz contra el poder establecido es lo único que han conocido muchos millones de personas. Puede ser que un buen porcentaje de chinos o rusos o coreanos del norte o bielorrusos lo acepten como ley de vida. Pero no es así para los que gozamos del derecho de decir lo que nos da la

gana en los medios sin temor a que nos encarcelen, o en un bar sin temor a que nos delaten a la policía secreta. La libertad no es un lujo para nosotros, los afortunados de la Tierra, es una necesidad vital. Y está en peligro.

La democracia se ve frágil, en declive, y las dictaduras se están imponiendo. ¿Qué hacer? ¿Qué armas utilizar en esta nueva guerra fría? Contra Rusia y China, difícil. Ambas son potencias nucleares y China es una superpotencia económica. Pero se estarán fijando en cómo el mundo libre reacciona al hijo de Putin de Lukashenko. Colocarlo en la lista de terroristas internacionales sería un comienzo. Estrangularlo con todas las sanciones comerciales posibles, como clama la oposición bielorrusa, sería mejor.

Lo importante por ahora es entender lo que hay en juego. Es mucho. Es, como decía *The Financial Times* esta semana: «¿Quién manda en el mundo: gobiernos elegidos por sus ciudadanos y controlados por la ley o personas corruptas que transforman su riqueza en abuso de poder?».

Los monstruos nos acechan. Hay que estar alerta. La democracia es algo que vale la pena defender. Todos somos Román Protasévich.

29 de mayo de 2021

La serpiente que amenaza al mundo

A los diez minutos del inicio de la invasión rusa, Putin explicó en televisión que el propósito era «desnazificar» Ucrania, cuyo presidente, el democráticamente electo Volodímir Zelenski, es judío. Un par de días antes Putin había dicho que Ucrania no tenía «el derecho histórico a existir». Antes de invadir Checoslovaquia en 1938, Hitler dijo a sus generales que aquel país «debería desaparecer del mapa».

Unas horas después de las primeras incursiones militares en Ucrania, tres señoras rusas de mediana edad se presentaron en una plaza de Moscú con cartelitos escritos a mano. «No a la guerra», ponían. Acto seguido: media docena de policías con chaquetas antibalas, armados hasta los dientes, las metieron a la fuerza en una camioneta.

Al día siguiente, el viernes por la tarde, intercambié mensajes de texto con Dimitro, un amigo ucraniano que conocí hace seis años en un pueblo cerca de Chernóbil. No es soldado, pero está preparándose para luchar. «Estamos solos contra Rusia, contra ese puto loco dictador de mierda, peor que Franco», me escribe en español. «Pero saldremos de esta, como siempre lo hemos hecho a lo largo de la historia».

Como en la guerra civil española, como en la Segunda Guerra Mundial, lo que está viviendo Dimitro en Ucrania es una batalla entre el autoritarismo y la democracia, entre la civilización y la ley de la jungla, entre el fascismo y lo que el antiguo campeón mundial de ajedrez ruso Gari Kaspárov llama «el mundo libre». No hablamos de simbolismos. Existe en el mundo una contienda real entre aquellos que valoran la libertad y la vida del individuo y los que no, entre los que defienden el ideal que Abraham Lincoln definió como «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo» y los que entienden el poder como algo que se impone a la fuerza desde arriba por una minoría de brutos que mienten y mienten pero dicen ser dueños de la verdad.

Hoy están ganando los brutos. Los triunfos preliminares de la guerra de Putin consolidan una tendencia que se inició a principios de este siglo. El porcentaje de países gobernados por regímenes autoritarios saca ventaja con cada año que pasa contra aquellos que se atienen a los principios de la libertad de expresión, la justicia para todos y elecciones libres.

Es complejo lo de Ucrania y Rusia, dicen algunos. Sí. Todo es complicable. Que la OTAN lo podría haber hecho mejor, que podría haber reaccionado con más delicadeza a las paranoias rusas que Putin encarna: seguramente. Que después de la Primera Guerra Mundial los aliados victoriosos podrían haber impuesto un tratado menos duro contra los alemanes, que se podrían haber anticipado al resentimiento nacional alemán que encarnaría Hitler: sin duda. ¿Pero por eso disculpamos a Hitler por haber invadido

Checoslovaquia, luego Polonia, casi toda Europa y Rusia? No. No le damos la razón, como no debemos dársela a Putin hoy.

Igual que en España y en el resto de Europa en los años treinta y cuarenta, es hora de definirse. Los que insisten en que hay zonas grises, o una equivalencia moral entre países de la OTAN como Estados Unidos, Francia, Alemania, España, Holanda, Noruega, Islandia o el Reino Unido y la Rusia del zar Vladímir que lo tengan claro: no condenar a Putin es ser su cómplice.

Los acontecimientos de esta semana deben haber esclarecido las cosas para muchos que dudaban, pero curiosamente sigue habiendo gente en los países democráticos que persiste en creer que no está tan claro que Putin sea el malo de la película. Está bien. Que cada uno piense y diga lo que quiera. Para eso los afortunados de la tierra vivimos en democracia. Pero para ayudar a los indecisos a que se definan de una vez aquí les paso algunas citas de representantes de los dos bandos, el autoritario y el democrático.

En el primer bando están, entre otros muchos, el propio Putin, Donald Trump y Nicolás Maduro.

«El objetivo es defender a gente que ha sido víctima de abuso y genocidio del régimen de Kíev. Procuraremos desmilitarizar y desnazificar Ucrania», dijo Putin, la cita del año, tras dar la orden de invasión. «Toda responsabilidad por la sangre que corra recaerá enteramente y completamente en la conciencia del régimen ucraniano».

«Putin es un genio», dijo Trump. Y luego: «Ha conquistado un país por dos dólares en sanciones; todo un país, enorme con muchísima gente. Yo diría que esto es de alguien muy listo».

Y aquí va un tuit de Nicolás Maduro, el presidente de la República Bolivariana de Venezuela. «Venezuela anuncia todo su respaldo al presidente Vladímir Putin en la defensa de la paz de Rusia, en la defensa de la paz de esa región y en la defensa valiente de su pueblo».

Del segundo bando citaremos al presidente Zelenski de Ucrania, al nuevo canciller alemán Olaf Scholz y al ajedrecista Kaspárov, exiliado en Estados Unidos.

«Rusia atacó nuestro Estado de manera traicionera, como la Alemania nazi —declaró Zelenski—. Rusia se ha embarcado en el camino del mal, pero Ucrania se defiende y no abandonará la libertad».

«Está poniendo en peligro las vidas de innumerables personas —dijo Scholz—. No existe ninguna justificación. Esta es la guerra de Putin».

«Putin es la serpiente que el mundo libre anidó en su seno —dijo Kaspárov—. Dejar que Putin aplaste a Ucrania y asesine a miles de inocentes en una guerra de conquista europea redefinirá el orden mundial… Elegimos por acción o inacción en qué mundo queremos vivir».

He aquí la cuestión, ¿en qué mundo queremos vivir, el feudal de Putin o el libre que habita Kaspárov? Pongámoslo más fácil: ¿estamos con mi amigo Dimitro, que sabe que está combatiendo no solo por su país sino por la humanidad, o en contra de él?

«Estamos solos —me dice— pero se luchará hasta el final, hasta el último metro». Dimitro, que tiene 30 años, no se queja. Sabe que «nadie puede hacer nada», que la OTAN no va a intervenir en Ucrania. Putin está al mando de 4.500 misiles nucleares y advierte que está dispuesto a usarlos. En el mismo discurso del jueves en el que anunció la invasión dijo: «A cualquiera que esté considerando interferir desde fuera… si lo hacen se enfrentarán a consecuencias nunca vistas en la historia». Al final Putin nos lo pone fácil. Estar con él es estar con el mal.

27 de febrero de 2022

Diario de un bebé milagro

Día 24 de febrero: Mamá, soy Vladímir. He decidido escribir un diario y dirigírtelo a ti, allá en el cielo. Hoy he ordenado la invasión de Ucrania. En público digo que es una «operación especial militar», pero el propósito es que te sientas orgullosa de mí y recuperemos la Rusia Grande de la que me hablabas con papá en aquel piso que compartíamos con dos familias más en Leningrado. Yo ya soy grande, muy grande: tengo palacios y yates y una mesa de mármol muy, muy larga y miles de millones de rublos; todo el mundo tiembla en mi presencia, soy el hombre más temido de la Tierra. Nunca te lo hubieras imaginado, ¿verdad? Debes de pensar en aquel niño bajito y malnutrido que llegaba a casa llorando tras las palizas que le daban los grandotes, que sacaba las peores notas de la clase, que se vengaba de sus humillaciones matando ratas en los escombros de la ciudad que los nazis destrozaron… pues ya no: hoy soy el padre, el monarca absoluto de la patria. He enviado 200.000 soldados al otro lado de la frontera sur. En tres días tomaremos Kiev, mataremos a su presidente nazi judío y Ucrania será mía, mamá.

2 de marzo: Esto está tardando un poco más de lo previsto, gracias a los imbéciles del FSB. Me aseguraron que los ucranianos nos recibirían con flores. Los míos me mienten. Tengo que ver la prensa extranjera para enterarme de lo que está pasando. Leo que mis tropas se estancan, que mis soldados se rinden y lloran frente a las cámaras. ¡Ya verán cuando vuelvan a casa! Pero no te preocupes. Tengo un plan B: bombardear las ciudades hasta que el judío y su gente pierdan todo deseo de resistir. Nuestros misiles están aniquilando la ciudad de Mariúpol, venganza contra los nazis por lo que te hicieron a ti en el asedio de Leningrado, mamá. El decrépito presidente de Estados Unidos chilla, y él y sus esbirros europeos nos imponen sanciones, pero los cobardes no entran en combate, y no lo harán porque les he dicho que destruiría el mundo. ¿Qué me importa que se vayan los McDonald's y los Pizza Hut? Los rusos lo soportamos todo. Tú comías perros y gatos durante la guerra, mamá. Por mí, por la patria, la gente los volverá a comer, feliz. Fui un bebé milagro, tú siempre lo decías, porque no se entiende cómo no te moriste de hambre durante la guerra, porque nací cuando tenías más de 40 años. Ahora lo vemos: mi destino lo decidió Dios.

11 de marzo: Veo en la BBC que Occidente sueña con que alguien de mi entorno me mate. No te aflijas, mamá. Soy el héroe de la patria, los medios rusos no dejan de repetirlo. Pero hay los que me envidian y por eso no permito que nadie se me acerque. Los pongo a todos al otro extremo de mi supermesa, hasta a mi inútil ministro de Defensa. El té que estoy tomando ahora lo probó antes mi mayordomo. La pena, te diré,

es que mis soldados sean unos cagones. Masacrar a niños y ancianos desde el aire tiene su valor estratégico, claro. Mira los millones de ucranianos que han huido de su país y el problema que les van a causar a los europeos: ¡un bonus inesperado! Pero para ganar hay que tomar las ciudades con la infantería. Por eso he contratado a mercenarios chechenos y sirios. Así ganó la guerra española uno de mis ídolos, Franco. Sus combatientes moros no tenían ni miedo ni piedad. El terror es mi mejor arma, como lo fue para los nazis… digo… perdón, mamá, me confundo… como lo fue para las heroicas tropas rusas cuando tomaron Berlín y violaron a todas sus mujeres en 1945.

18 de marzo: Ucrania es solo el comienzo. Luego Moldavia, Rumanía, Polonia, Estonia y, ¿por qué no?, Alemania, o Alemania del Este, hasta que recreemos el imperio del siglo xx, el glorioso bloque soviético al que serví con tanto honor. Hablé con el patriarca Kiril, el líder de nuestra Iglesia ortodoxa rusa. Fuimos amigos cuando los dos trabajamos para el KGB. Le confesé algo que me sorprende de mí mismo: tengo pesadillas de noche, imágenes de los 135 niños que las Naciones Unidas dice que hemos matado. Él me tranquilizó, mamá, me bendijo, como los obispos a Franco en su día. Me aseguró que iría al cielo, no al infierno. Me recordó que la causa es noble y sagrada. Me repitió lo que había dicho en su sermón del domingo. Que la muerte de los niños era un precio que se había de pagar para acabar con el pecado occidental de la homosexualidad.

25 de marzo: Biden declara que soy un criminal de guerra. Los europeos dicen que me van a juzgar en La Haya. Han hundido uno de mis barcos de guerra, mis mercenarios rodean Kiev pero no avanzan, han muerto 10.000 de mis soldados y cinco de mis generales, y ahora leo en *The New York Times* que varios de los que siguen en combate y otros que están retirados dicen que esta guerra no tiene ningún sentido y que, además, no la podemos ganar. Mi gente del FSB, los que no he metido presos todavía, me dice todo lo contrario. ¿A quién creer? Te confieso, mamá, que confío más en la prensa extranjera. La nuestra no sirve para nada, ya me encargué de eso, porque si los rusos se enteran de lo que se está haciendo en su nombre y pierden su fe en mí y pierden el miedo que me sienten y no aguantan el hambre… ¡Mamá, me hago el duro, pero tengo miedo, mamá! He vuelto a ver esos vídeos del linchamiento de Gadafi que tanto me hipnotizaban hace unos años. Recuerdo como si fuera ayer aquella vez cuando tenía ocho años que una rata arrinconada se me lanzó a la cara… ¡Sí, claro! Eso es lo que me queda. Plan C: la opción nuclear. Esa es mi última línea de defensa y el motivo por el que soy invencible. Entonces, ¿por qué siento miedo? Sé por qué. Porque la historia rusa demuestra que todo puede cambiar de un momento a otro… la caída del zar, la caída del Muro… y porque no confío en nadie. No tengo amigos. Los que me rodean me temen, pero no me quieren. Tengo otra pesadilla, mamá, la más inconfesable, pero te la

cuento a ti, solo a ti. Que doy la orden de disparar los misiles nucleares y los generales no me obedecen. Y ahí se acaba todo. Ahí sí que me linchan. ¿Es una locura pensarlo, mamá? ¿O seré yo el loco? ¿Será todo esto un gigantesco delirio? ¡Ayúdame, mamá! Ya no lo sé…

27 de marzo de 2022

El mundo es un patio de colegio

Hay varias palabras inglesas que hemos incorporado hace tiempo a nuestro vocabulario, como *celebrity*, *feeling*, *cool* y *fair play*. Hay otra, asimilada en la última década, que me interesa más, por los matices que contiene y por lo aplicable que es al principal peligro que el mundo corre hoy. Me refiero a *bullying*.

A la Real Academia Española no le gusta y recomienda usar en su lugar *acoso escolar* o *matonismo*. No se le ha hecho mucho caso. Se sigue usando *bullying* en castellano porque la gente intuye que su significado va más allá de las alternativas que propone la RAE. Tiene su origen en la palabra inglesa *bully*, típicamente el chico grandote que abusa de su fuerza para intimidar a los más débiles, dándoles palizas o robándoles caramelos. Se usa mucho en inglés, más allá del contexto escolar, partiendo de la correcta premisa de que los seres humanos tienden a comportarse toda la vida como niños en el patio de colegio.

Recuerdo un periodista inglés con el que cubría las guerras en Centroamérica de los años ochenta. Refiriéndose al apoyo militar de Washington a la derecha rabiosa de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, mi compañero decía, con razón, que los estadounidenses eran unos *bullies*.

Hoy el *bully* es Putin y su patio de colegio es el mundo. Algunos lo sufren más de cerca que otros, pero, como le gusta recordarnos, nos puede destruir a todos, si quiere. Imaginemos al mundo como un colegio, a los países como si fueran los alumnos.

La Rusia de Putin es el *bully* que todos temen. Ucrania es su víctima favorita, pero no deja de mostrar el puño a los chiquitos de los países bálticos y a lanzar miradas amenazantes a otros que tenía subyugados hasta hace poco, como Polonia. Durante demasiado tiempo los países de Europa Occidental miraban para otro lado. De repente deciden intervenir, sabiendo que ahora cuentan con la ayuda del chico más fuertote del colegio, Estados Unidos. El *bully* ruso se pasó, corre mucha sangre y los nuevos mejores amigos han resuelto que la defensa de uno es la defensa de todos. Con lo cual el pobrecito ucraniano, envalentonado, no solo se defiende, sino que contragolpea.

La cuestión ahora, once semanas después del comienzo de la guerra, es cómo proceder, cómo neutralizar al *bully* y evitar catástrofes mayores. Lo primero que hay que hacer, como en todo conflicto, es conocer al enemigo. Esta semana descubrí un artículo que puede ayudar. Es sobre el *bullying*. Publicado en el 2009 en una revista llamada *Psychology Today*, sorprende por el fiel retrato que ofrece de lo que es Putin hoy.

Los *bullies*, dice, tienen unas características psicológicas bien definidas. «Buscan

víctimas fáciles de someter… Carecen de comportamiento social positivo, no sufren ansiedad y no entienden los sentimientos de otros. Exhiben cierta paranoia: leen mal las intenciones de los otros, muchas veces confundiendo la neutralidad con la hostilidad». Ese es Putin; esa es su relación con Ucrania en particular y Occidente en general. Se convence, en su delirio, de que van a invadir su país; *lee* que el Gobierno de Ucrania es nazi y será fácil de someter; no demuestra ningún sentimiento de humanidad frente al dolor que causa a millones de seres humanos.

«El *bullying* —sigue el artículo— lleva el mensaje implícito de que la agresión y la violencia son soluciones aceptables a problemas cuando no lo son. La cooperación y la resolución pacífica de conflictos favorecen al mundo interconectado de hoy. El *bullying* daña tanto a la víctima como al agresor. Las vidas de la mayoría de los *bullies* acaban cayendo en una espiral negativa». Pues sí. El recurso a la violencia y la conquista no solo pertenece a una época en la que el mundo estaba menos conectado, sino que a Putin le ha salido todo mal. Su operación militar ha sido un fiasco, la economía de su país está en la UCI y hoy tiene más enemigos que nunca. Lo que nos lleva a la noticia de la semana.

«Las investigaciones demuestran —dice *Psychology Today*— que la manera más eficaz de parar a un *bully* es activando a los que antes habían ejercido solo de espectadores… Como casi todos los niños son testigos de casos de *bullying* en algún momento, es esencial enseñarles que tienen un papel importante en frenarlo. Un *bully* puede intentar tomar represalias contra una persona que se le opone, pero es difícil que lo haga contra varias».

La noticia de la semana es que Suecia y Finlandia piensan abandonar una larga tradición de neutralidad —de ser espectadores— e incorporarse a la OTAN, el grupo cuya misión es defenderse del *bully* ruso, liderado por el forzudo norteamericano. La cuestión es si va a funcionar, si Putin se achica o se vuelve más peligroso. Aquí *Psychology Today* no ofrece mucho consuelo.

Dice que algunos *bullies* abandonan sus malos hábitos, pero muchos no. «La agresión es un estilo de interacción muy estable. Muchos que fueron *bullies* de pequeños se convierten en adultos que cometen crímenes, pegan a sus cónyuges, abusan de sus hijos y producen otra generación de *bullies».*

Putin fue un *bully* de niño en Leningrado, es un criminal mafioso, pega a sus compatriotas si no obedecen, abusa de sus *hijos* ucranianos y forma parte de una larga tradición de *bullies*, vía Stalin a los zares. En Rusia el *bullying*, la imposición del poder a través del miedo, es «un estilo de interacción muy estable» hace siglos. Es comprensible, por tanto, que los chicos más limpitos y buenos del colegio, Finlandia y Suecia, opten por dejar el pacifismo y ensuciarse las manos apuntándose a la alianza

protectora de la OTAN. El problema es que el *bully* no da señales de dar marcha atrás. Más bien lo contrario, si uno escucha lo que dice.

El portavoz del Kremlin, Dimitri Peskov, declaró con dureza que la decisión de Finlandia y Suecia «no traerá más seguridad a Europa». Putin y sus cortesanos llevaban tiempo advirtiendo que si los dos países vecinos se apuntaban a la OTAN, Rusia respondería con una escalada nuclear. He aquí el gran dilema de nuestros tiempos; he aquí, también, la diferencia entre Putin y el *bully* del manual de psicología. Él tiene un as en la manga que los demás no tienen. Si todos los alumnos se vuelcan en su contra, posee la capacidad de volar el colegio entero.

15 de mayo de 2022

El narcisismo que mueve el mundo

Una examante de Boris Johnson escribió en *The Times* de Londres esta semana que para él mentir es igual que respirar. Según Petronella Wyatt, una periodista londinense y reputada *femme fatale*, se trata de un tic involuntario, imposible de controlar.

Si lo que dice Wyatt es verdad, y sospecho que lo es, entonces mentir no es una decisión consciente para el recién caído primer ministro británico. No es una elección moral sino un aspecto inerradicable de su personalidad. Con lo cual, no es que Johnson necesariamente sea una mala persona, sino que sufre una especie de locura. Está desconectado de la realidad. O, mejor dicho, es preso de su propia realidad, condición que comparte con la mitad, por lo menos, de los líderes de gobierno del mundo.

A bote pronto uno piensa en Trump, pero también en Putin, en Andrés Manuel López Obrador, en Nicolás Maduro, en Daniel Ortega, en Kim Jong Un. Retrocediendo en el tiempo, vienen a la mente Fidel Castro, Hitler, Stalin, Napoleón, Enrique VIII, Calígula. Lo que comparten no es ni los valores, ni lo que han hecho con el poder. (A los que se están poniendo histéricos, calma. Obviamente, Hitler y Stalin causaron incomparablemente más sufrimiento que Trump o Putin. Maduro y Ortega no son Calígula: hasta la fecha ninguno de los dos ha nombrado un caballo como ministro de gobierno).

Lo que sí tienen todos en común es un colosal narcisismo. Desde su propia imaginación construyen un ecosistema en el que ellos son los dueños de la verdad, en el que lo que piensan o sienten los demás carece de importancia, en el que todo ser sensato debe sucumbir a su visión de un mundo mejor.

Como decía otro de estos posesos, Luis XV de Francia: «Après moi, le déluge». Sin mí el mundo se acaba. Se creen imprescindibles. La vanidad es su motor de arranque, pero una vez encaminados en el poder se convencen de que son imprescindibles. Y de repente aparece un punto de moralidad, por más perverso que sea. Llegan al autoengaño de creer, sinceramente, que están haciendo el bien, que la prosperidad y la felicidad de los ciudadanos dependen de su permanencia en el poder; que si otros les reemplazan, lo que sigue es el diluvio.

El secreto del éxito de estos endiosados consiste en convencer a la gente de que, efectivamente, son dioses; en envolverles en la verdad que ellos mismos se han inventado, convencerles de que la realidad objetiva y su paraíso de las maravillas son la misma cosa. Tiene mucho parecido con la religión. Cuanto más la adhesión al líder se vuelve una cuestión de fe, más anclado estará él en el puesto de mando.

Por la visibilidad y supuesta madurez de la democracia estadounidense, Trump es

hoy el caso más emblemático de este fenómeno. La desnudez de su egocentrismo es absoluta. Empatía, cero. Principios: no sabe lo que la palabra significa. Desdeña las instituciones democráticas, salvo la Casa Blanca cuando él la ocupa. Un caos como gobernante, su único norte es el hambre de grandeza. Todo se reduce a alimentar su frágil personalidad. Y es crónicamente deshonesto. *The Washington Post* contabilizó más de 30.000 mentiras durante sus cuatro años en la presidencia. La palabra clave aquí es la que acabo de usar: *crónicamente*. Como con Boris Johnson, mentir es una enfermedad incurable. Es su naturaleza. Ser Trump es ser un niño mentiroso.

El peligro llega cuando grandes cantidades de personas hacen suyo su autoengaño, cuando creen en él con el mismo fervor que él cree en sí mismo. Esto es lo que ha ocurrido con Trump. Para el 30 % de la población norteamericana ha dejado de ser lo que debe ser un líder político en una democracia —pasajero, intercambiable— y se ha convertido en algo que se asemeja más a un líder religioso, eterno. Trump es un falso profeta, pero sus devotos no lo ven. La fe supera al mundo visible. La razón no entra en juego del mismo modo que no sirve para sembrar dudas en un cristiano literal de que Dios puso a los primeros seres humanos sobre la tierra hace seis mil años, o le entregó a Moisés una tabla con diez mandamientos.

Los seguidores de Trump irán con él hasta el fin del mundo o, al menos, hasta el fin de Estados Unidos como nación democrática, si él lo pide. Ya están en camino. Cambiando de metáfora, del Génesis a los hermanos Grimm, Trump es el flautista de Hamelín que embelesa a las multitudes y las conduce, bailando, al abismo. Y lo hace con la complicidad, con el sublime cinismo, de los senadores y congresistas del Partido Republicano, gente que sabe perfectamente bien quién es, pero lo apoyan única y sencillamente porque ven en él su mejor posibilidad de reelección.

Fue el mismo motivo por el cual los parlamentarios del Partido Conservador británico eligieron a Johnson como líder. El carisma de Boris encandiló a todas las clases sociales inglesas. No hubo en su día un político más popular. Su legado histórico será que vendió al pueblo inglés el Brexit, sin creer en él. Al final, claro, se lo acabó creyendo. Como Trump se ha llegado a creer que le robaron las elecciones presidenciales del 2020. Fieles a su manera de ser, Johnson y Trump se mintieron a sí mismos.

¿Quién sabe cómo va a acabar Estados Unidos mientras Trump siga en el escenario? En el Reino Unido, en cambio, la farsa se acabó. A diferencia del Partido Republicano, el Partido Conservador se rebeló contra su líder. Los ministros y diputados *tories* no lo hicieron, en primer lugar, por una cuestión de principios, por supuesto. Fue una vez más por consideraciones electorales. Las encuestas les dijeron que Johnson había perdido toda credibilidad con el grueso del electorado.

La buena noticia es que los británicos se despertaron de la hipnosis y el sistema democrático se autocorrigió. Como dijo Lincoln, «no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo». Salvo, oh, ironía, si perteneces al partido de Lincoln de hoy, donde no todos pero sí una masa crítica del 70 % aún no ha visto que su emperador es un desquiciado. Lo de Estados Unidos es para tirarse de los pelos, pero, pese al disparate que ha representado Boris Johnson, el Reino Unido acaba ofreciendo una pizca de esperanza al mundo. Nos demuestra que no tiene que durar para siempre la tiranía del narcisismo embelesador.

10 de julio de 2022

AURORA BOREAL

En Reikiavik hay un espléndido edificio de cristal negro, grande y hermoso frente al mar, en un lugar en el que hace tres años no existía más que un solar vacío. Lo sé porque estuve allí hace tres años, en un momento terrible para Islandia, un país arruinado por la excesiva testosterona de sus banqueros, el primero en sucumbir a la recesión, el que sufrió la caída más dura. En aquellos primeros meses de la crisis, la pequeña, rota y desesperada Islandia (población: 320.000) constituyó un anuncio del Apocalipsis para las grandes naciones de Europa occidental. Sin embargo, hoy, ahí está ese edificio nuevo y reluciente, una imagen de opulencia y modernidad tan extraordinaria como el Museo Guggenheim de Bilbao, estrambóticamente fuera de lugar en esta Lilliput nórdica de casitas de Lego pintadas de rojo, amarillo y azul. No podía apartar la vista del edificio, ni de día ni —sobre todo— de noche, cuando su multitud de ventanas asimétricas y marcos irregulares cambiaba continuamente de colores, como en una imitación líquida de la aurora boreal.

¿Qué ocurrió en Islandia? ¿Qué ha ocurrido en estos tres años para que surja, de las cenizas del desastre económico, una construcción tan extravagante? Lo que ha ocurrido es que las mujeres se han hecho cargo del país y lo han arreglado. Y ese edificio, el primer auditorio nacional de conciertos en la historia de Islandia, donde la compañía nacional de ópera representa en estos días, con el aforo completo, *La Bohème* de Puccini, es la encarnación del cambio que se ha vivido. Porque nos dice que Islandia no se hundió, que el país ha vuelto a levantarse; y porque la persona que decidió construirlo o, más bien (y con algo más de polémica), no interrumpir su construcción después del *crash* financiero, fue una mujer.

Quería conocer a esa mujer. No por los motivos habituales que empujan a los periodistas a escribir sobre mujeres poderosas —porque hubiera triunfado en un mundo de hombres—, sino precisamente por todo lo contrario. Porque esa mujer simboliza una tendencia en Islandia, o, más que una tendencia, una revolución, un golpe de Estado. Desde que se produjo la crisis, y como reacción directa y deliberada ante ella, las mujeres se han adueñado de las palancas del poder, y lo han hecho en los ámbitos que más importan, en los que más influencia se ejerce sobre el destino nacional: el Gobierno, la banca y, en creciente medida, la empresa.

Los tres bancos principales de Islandia quebraron en octubre de 2008 y dejaron deudas que ascendían a más de 10 veces el PIB del país. Islandia, que hasta entonces ocupaba el primer puesto en el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas (es decir, el mejor sitio para un ser humano en el planeta Tierra), se encontró mucho más

allá de la bancarrota. Y se echó la culpa a los hombres. Los hombres le echaron la culpa a los hombres. En el partido del Gobierno dominaban los hombres, los banqueros casi sin excepción eran hombres y los temerarios, absurdamente ambiciosos, impulsos que condujeron a una pequeña nación de pescadores a creer que todos se estarían bañando en champán francés por el resto de sus días eran categóricamente, exclusivamente, decididamente masculinos. Así que entonces, como comentó el *Financial Times* en aquel momento, aparecieron las mujeres para arreglar el lío. El primer ministro fue sustituido por la primera mujer en la historia de Islandia en ocupar el cargo, Jóhanna Sigurdardóttir (gay y casada, con dos hijos de un fallido matrimonio anterior con un hombre), que continúa ejerciéndolo hoy. Las mujeres constituyen la mayoría del Gobierno, cinco carteras ministeriales, frente a cuatro hombres. Se despidió a los consejeros delegados (todos varones) de los bancos que habían quebrado, se cambió de nombre a las entidades y se colocó en sus cargos a mujeres. Cada vez más mujeres se hacen empresarias o empiezan a aparecer en los consejos de administración de empresas privadas. Por escoger entre numerosos ejemplos, la consejera delegada de la mayor compañía de seguros de Islandia en la actualidad es una mujer, igual que la responsable para el país de Rio Tinto Alcan, que encabeza el poderoso sector nacional del aluminio.

El tópico, desde Margaret Thatcher, es que las mujeres en puestos de poder son, por necesidad, damas de hierro, que triunfan a base de pensar como hombres. La proposición que me planteé explorar en Islandia fue si el cambio había sido lo suficientemente profundo como para que a los hombres no les haya quedado más remedio ahora que pensar como mujeres.

En Islandia, todo el mundo conoce a todo el mundo. Todos son primos, de una forma u otra. De modo que, cuando pregunté a varias personas si me podían poner en contacto con la mujer de la sala de conciertos, cuyo título exacto es, desde febrero de 2009, ministra de Educación, Ciencia y Cultura, todo el mundo sonrió de inmediato: «¡Ah, Katrin!».

«Se quedará asombrado cuando la vea», me dijeron. «Tiene tres hijos, pero nadie lo diría». «Es muy brillante». «Sí, tremendamente inteligente». «¡Pero parece que tiene 12 años!».

Esto último era una exageración. La persona que se me acercó, con la mano extendida, cuando estaba sentado en una pequeña sala de espera del ministerio tenía aspecto de tener 16 años, por lo menos. Menos mal que me lo habían advertido, pensé; si no, nunca habría creído que era quien decía ser, la ministra Katrin Jakobsdottir, por si fuera poco vicepresidenta del partido socialdemócrata —oficialmente denominado Verdes de Izquierda—, que ocupa el poder. Botas Dr. Martens, vaqueros marrones, pelo lacio, esbelta, menuda: parecía una becaria en su primer día en la oficina, o la hermana

menor, más dulce y menos seca, de la chica del dragón tatuado de Stieg Larsson. En realidad tenía 36 años y acababa de volver de disfrutar de su permiso de maternidad tras el nacimiento de su tercer hijo. Totalmente segura de sí misma (si sentía alguna incomodidad al tener como despacho un imponente salón ministerial, no lo delató) y tan lista como me habían dicho que era, no necesitó que le hiciera ni una pregunta para saber cuál era el primer tema que quería abordar con ella.

«Una de las primeras decisiones que tuve que tomar en este puesto fue si seguir adelante con el auditorio nacional o no», dijo. Cuando asumió el cargo, hace tres años, me explicó, los cimientos estaban construidos, pero no había nada visible sobre tierra. El problema no era solo que la economía nacional estuviera destruida; el multimillonario que había concebido el proyecto, un hombre llamado Bjorgolfur Gudmundsson, que, entre otros excesos, había comprado el equipo de fútbol West Ham United, de Londres, se había quedado sin un céntimo. «Así que me reuní con la gente del Ayuntamiento de Reikiavik para decidir si debíamos seguir adelante con fondos públicos, suspender la construcción hasta que llegaran tiempos mejores o dar por terminado el proyecto. Decidimos seguir adelante».

¿Por qué? «En parte, porque había 600 personas involucradas en la obra, en parte, porque llevábamos 40 años hablando de construir una sala de conciertos para nuestra orquesta sinfónica y pensamos que, si no lo hacíamos ahora, nunca lo haríamos, pero también porque pensamos que no seguir con el proyecto daría a la gente la sensación de que se prolongaba la crisis». ¿Habría sido malo para la moral nacional que se interrumpiera, entonces? ¿Seguir adelante tenía un valor añadido que era superior al coste? «Sí. Exacto. Nos vimos obligados a hacer grandes recortes presupuestarios en todo el sector público, pero decidimos seguir. En su momento hubo mucha controversia, pero creo que ahora está desapareciendo. El auditorio se inauguró en la primavera de 2011 y, desde entonces, han acudido más de 800.000 visitantes. A la gente le encanta. Islandia es un país con una gran vida musical, y también somos un país con mucha determinación y mucha ambición. El edificio ha sido un símbolo y una inspiración para los islandeses».

Un símbolo, entre otras cosas, del regreso a la salud económica. Jakobsdottir reconoció que las cosas podrían estar mejor, que la deuda hipotecaria de la gente corriente sigue siendo elevada, que las inversiones son bajas y que en Islandia, hoy, hay desempleo (justo por debajo del 7 %), mientras que antes, no. El nivel de vida, en otro tiempo el más alto del mundo, ha caído, y la gente trabaja más por menos dinero. Pero, como observó el premio Nobel de economía Paul Krugman tras una visita reciente a Islandia, «las cosas podrían estar mucho peor» y aunque ese «no es el eslogan más estimulante del mundo… cuando todo el mundo preveía un desastre total, equivale a un

triunfo político».

Las cifras apuntan a un grado de solidez casi inimaginable hace tres años. El presupuesto estatal está casi equilibrado, las exportaciones superan a las importaciones, la moneda es estable y, el año pasado, el FMI publicó un informe halagüeño. Por hablar de cosas que se entienden sin que haga falta saber nada de economía, la nueva sala de conciertos no es más que la señal más visible de una larga lista de éxitos. En mi reciente visita, asistí al festival gastronómico anual de Islandia, Food and Fun, que se celebra desde 2002 pero estuvo a punto de ser suspendido, por falta de dinero, en 2009, 2010 y 2011. Este año ha vuelto a florecer, con la participación de 30 cocineros de tres continentes y 25.000 islandeses que pagan 40 euros por cabeza en los restaurantes locales (hay un 50 % más de locales de comida en Reikiavik que hace tres años) para saborear sus platos. Icelandair ha duplicado sus rutas desde 2009 y ha aumentado el número de pasajeros en un 20 % anual. Se ha creado una línea aérea nueva, WOW, y el turismo también está en auge; las plazas hoteleras para julio y agosto de este año están ya prácticamente todas vendidas. Los precios de las viviendas acaban de subir un 10 % y las ventas de Mercedes Benz, según me dijeron fuentes fiables, han aumentado de repente. En cuanto a la sanidad y la educación públicas, tan buenas que ni siquiera los fugaces multimillonarios de la época del *boom* sintieron la necesidad de pasarse a las privadas, no han sufrido en calidad pese a los recortes presupuestarios que ha tenido que hacer el Gobierno. Como prueba de la normalidad que se ha instalado donde antes acechaba el Apocalipsis, el debate fundamental entre los partidos de izquierda y derecha en el Parlamento es hoy la eterna y rutinaria cuestión de si hay que subir o bajar los impuestos. O si, después de haber recurrido con éxito a la devaluación de la moneda como mecanismo para recobrar la salud, ahora convendría incorporarse al euro.

Pero en lo que todos los parlamentarios están de acuerdo es en que la época del capitalismo de enriquecimiento rápido se ha terminado. La palabra clave, hoy, es sostenibilidad, y todos los partidos la repiten en sus declaraciones públicas. Y la sostenibilidad, en opinión de la ministra Jakobsdottir, es un concepto más femenino que masculino. Ella lo explica así: «Mucha gente achacó los excesos de los banqueros que nos causaron tantos problemas a una cultura masculina». «En 2009, todo el mundo decía: "Lo que necesitamos es menos pensamiento de chulería masculina y más mujeres con ideas pragmáticas y estratégicas". Lo que hemos aprendido desde entonces es que si queremos permanecer alejados de la crisis y construir, todos sabemos que hay que pensar no en el futuro inmediato, sino en los próximos 10 o 20 años. Esa no es la forma de pensar de un Gobierno dominado por hombres; esa es una manera de pensar femenina».

Le pedí que me dijera en qué terrenos concretos se podían detectar estos cambios.

«Hay muchos ejemplos. En general la influencia femenina se ve en este énfasis que le damos al desarrollo sostenible, en construir la economía pensando a largo plazo, de manera fiable y segura. Las mujeres piensan en esos términos porque está en su naturaleza. Un ejemplo más específico: cómo estamos encarando los temas de los impuestos y los presupuestos. La idea es analizar los diferentes impactos que el sistema tiene sobre los hombres y las mujeres, y ver cómo podemos ajustarlo para generar más igualdad entre los géneros. También se ve la influencia femenina en la discusión sobre el empleo. Los hombres se centran en cosas como la industria del aluminio. Nosotras hablamos de los sectores creativos. Hemos llegado a la conclusión de que las artes —en especial la música y la literatura— aportan tanto dinero al país como la extracción de aluminio. No creo que a los hombres se les hubiera ocurrido ni pensarlo».

Un dato que asombra en Islandia es que un país de 320.000 habitantes posea tal abundancia de talento artístico, sobre todo en la música, donde, aparte de una ópera nacional y una orquesta sinfónica nacional, existen numerosos grupos contemporáneos que producen todo tipo de cosas, desde la globalmente aclamada Björk hasta el trabajo experimental y esotérico de Kria Brekkan, que ha triunfado en Nueva York y con quien me encontré por casualidad delante del auditorio nacional. Aproveché la oportunidad para preguntarle si ella estaba de acuerdo en que las mujeres habían cambiado Islandia. Ojalá hubiera grabado su respuesta, porque fue de una lucidez cristalina, pero, en resumen, vino a decir que sí, «la fuerza masculina» que había definido el periodo en el que los islandeses habían intentado jugar a los bancos y convertirse en el pueblo más rico del mundo había sido reemplazada por una «fuerza femenina que está en la tierra, que no apunta a las estrellas, y que busca plantar raíces y trabajar para un futuro seguro».

Hablé con muchas otras mujeres, y todas expresaron variaciones de la misma idea. Audur Bjork Gudmundsdottir, directora ejecutiva en una compañía de seguros, dijo que los problemas de Islandia partían de que la gente había estado corriendo demasiado de prisa, lanzándose a grandes aventuras sin pararse a examinar los detalles de lo que estaba haciendo. «Hoy, en los consejos de administración de las empresas, en los que se ve cada vez a más mujeres, se hace hincapié en la responsabilidad, no en correr riesgos ni en intentar hacer mucho dinero muy rápido».

Birna Einarsdottir, una de las consejeras delegadas de bancos nombradas para desplazar a los hombres inmediatamente después de la crisis de 2008, dice que la gran lección que han aprendido los islandeses mientras salían de la recesión y entraban en el crecimiento ha sido: «Atenernos a lo que sabemos; no pasarnos de listos». «¿Quién dijo que los islandeses eran los mejores banqueros del mundo? ¿De dónde salió esa idea? De modo que, ahora, la regla es ser humildes, conocer nuestras limitaciones y aprovechar

nuestras ventajas. Y, en vez de pensar que sabemos todo, hacer preguntas; pedir ayuda». Que es lo que hacen las mujeres; no los hombres.

De lo que de verdad entienden los islandeses, dijo Einarsdottir, es de pesca, que hoy tiene muchos más beneficios que antes de la crisis. Un ejemplo es una mujer de nombre impronunciable, Sjöfn Sigurgisladottir, que dejó en 2009 su puesto de directora ejecutiva de un organismo estatal dedicado a la seguridad alimentaria para crear una empresa de pesquería y piscifactoría con otras dos socias. Calculan que, para 2014, habrán creado 100 puestos de trabajo y estarán vendiendo más de 2.000 toneladas anuales de tilapia nórdica (un pescado de origen africano).

«Estamos entrando en una industria que antes era exclusivamente masculina —me dijo una sonriente Sigurgisladottir—, y eso es sintomático de lo que está ocurriendo en Islandia desde la crisis. Las mujeres están asumiendo un papel mucho más activo en la economía, asumiendo más responsabilidad, y también nos apoyamos mucho más unas a otras, creando clubes de mujeres, aprovechando oportunidades más que nunca».

Ayuda, continuó Sigurgisladottir, el hecho de que la sociedad esté estructurada de tal forma que, en Islandia, las mujeres no tienen que escoger entre el trabajo y la familia. Tanto desde el punto de vista cultural (al parecer, los vikingos se tomaban con bastante relajo que sus mujeres concibieran y se reprodujeran mientras ellos estaban lejos, dedicados a violar y saquear) como desde el de las leyes del Estado sobre custodia de los hijos y permiso de maternidad o paternidad, las mujeres islandesas han avanzado más que nadie. Según el último informe del Fondo Económico Mundial sobre igualdad de género, Islandia ocupa el primer lugar del mundo. («Yo vivo parte del tiempo en Suiza —me dijo Sigurgisladottir—, y la diferencia con el lugar que ocupan allí las mujeres en la sociedad es escandalosa»).

Las mujeres de Islandia habían alcanzado estos logros incluso antes de que la crisis financiera golpeara. Lo que ha ocurrido desde entonces es que han complementado la igualdad en el hogar y en el trabajo con un nuevo grado de influencia y autoridad en el corazón del poder político y económico. Siendo madre de tres niños de menos de ocho años, siendo la ministra responsable de Educación, Ciencia y Cultura y la número dos en el partido de Gobierno (lo cual hace pensar que es una probable futura primera ministra), Katrin Jakobsdottir es la amazona diminutiva que encarna estos grandes cambios.

Fue ella la que me dio la respuesta a la pregunta que me había planteado al llegar a Islandia esta vez. El cambio más grande de los últimos años era que, efectivamente, los hombres sí estaban pensando más como mujeres. «Tener un Gabinete con la mitad hombres y la mitad mujeres, y ahora con más mujeres, ha marcado la diferencia —me explicó—. El centro de atención político cambia cuando hay más mujeres en el

Gobierno; quiero decir que hay una diferencia en lo que se debate. Por eso en estos últimos tres años ha ocurrido algo grande e importante, y en lo que no creo que haya posibilidad de dar marcha atrás. Hemos cambiado la naturaleza de la discusión».

11 de marzo de 2012

De políticos y de locos

Mariano Rajoy está tocado. Angela Merkel es una chiflada. François Hollande perdió el norte. Mario Monti y David Cameron viven en mundos paralelos. Los europeos decimos este tipo de cosas todo el tiempo, síntomas de nuestra impaciencia ante la ausencia de líderes capaces de ofrecernos una salida a la crisis. Es una forma de hablar. No poseemos pruebas médicas de que nuestros dirigentes están locos. La cuestión es, ¿estaríamos mejor si realmente lo fueran?

Según un libro publicado recientemente por un eminente psiquiatra estadounidense la respuesta es que sí.

En su libro *First Rate Madness* (Locura de primera), Nassir Ghaemi investiga las personalidades de Abraham Lincoln, Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y otra media docena de grandes líderes todos los cuales sufrieron trastornos mentales. Su hipótesis: que las depresiones o los ataques maniáticos o los trastornos bipolares que padecieron les dieron la fuerza y la lucidez necesaria para salir adelante en tiempos de crisis. «Los mejores líderes en una crisis o son enfermos mentales o mentalmente anormales; los peores en una crisis son los que gozan de mentes sanas», escribe Ghaemi, profesor de Psiquiatría en la Universidad de Tufts (Boston).

Ghaemi lo explica de la siguiente manera: la depresión hace que los dirigentes sean más realistas y tengan más empatía; la manía les hace más creativos y más resistentes. De los personajes que investiga el psiquiatra estadounidense en su libro ninguno padeció más episodios de depresión severa que Winston Churchill, que a su vez —especialmente durante la Segunda Guerra Mundial— exhibió repetidamente conductas maníacas.

Churchill fue el primer político británico en entender la amenaza que representaba el nazismo, el que alertó de la guerra que se avecinaba mientras la mayoría parlamentaria insistía en creer que la paz era posible. Ghaemi compara a Churchill con su antecesor como primer ministro, Neville Chamberlain. Chamberlain era una persona normal, sin ningún historial psiquiátrico. Como tal, su impulso plenamente cuerdo y racional fue, con el apoyo de la mayoría de los también «normales» ciudadanos británicos, intentar llegar a un acuerdo pacífico, negociado con Alemania. Churchill poseyó las armas mentales para saber cómo responder. La depresión le dotó del realismo y de la empatía necesaria para entender el carácter y las intenciones de Adolf Hitler, otro maniático depresivo; la manía le dio la clarividencia y la ilógica valentía indispensable para convencerse a sí mismo y a sus compatriotas de que la guerra se podía ganar cuando el consenso entre los demás políticos fue, especialmente a mediados del año 1940, que

todo estaba perdido.

«Los desafortunados —explica Ghaemi—, los que sufren reveses o tragedias, o el desafío de la enfermedad mental, parece que se convierten, con frecuencia, en nuestros más grandes dirigentes… Nunca están del todo bien, pero cuando ocurre una calamidad nos pueden levantar a los demás; nos pueden dar el coraje que podríamos haber perdido, la fortaleza que nos da equilibrio. Su debilidad, en resumen, es el secreto de su fuerza».

Roosevelt tuvo dos debilidades. Una física, la polio a la que sucumbió durante la segunda mitad de su vida, y una anormalidad mental definida como «personalidad hipertímica». Poseía una energía y un optimismo inagotables, vivía en un estado de casi permanente exaltación. Antes de aliarse con Churchill en la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt se tuvo que enfrentar a la Gran Depresión. Su respuesta a la crisis económica más grave del siglo XX fue que el Gobierno tenía la obligación de intervenir para generar trabajo y ayudar a los más desafortunados. Un Gobierno «incapaz de cuidar a los ancianos —declaró Roosevelt—, de proveer trabajo para los fuertes y los voluntariosos, que permite que la sombra negra de la inseguridad planee sobre cada hogar no es un Gobierno que debería de perdurar».

De ahí nació el famoso *New deal* de Roosevelt, una inversión pública sin precedentes para fomentar el crecimiento que el economista Nobel Paul Krugman clama al cielo por ver replicado hoy, especialmente en Europa. Los dirigentes europeos no le hacen caso. Estancados en las políticas del recorte y la austeridad, no demuestran el más mínimo interés en el ejemplo de Roosevelt.

Esto nos lleva a dos conclusiones. La primera, ya la sabíamos: que los Rajoy, los Monti y los Merkel no pasarán a la historia como grandes líderes; la otra, más novedosa, es que nuestros políticos hoy en día serán muchas cosas pero, para bien o para mal, locos no están.

9 de noviembre de 2012

El dictador y los pigmeos

«La prueba de la grandeza está en las páginas de la historia».

William Hazlitt, escritor inglés

Donald Trump dice que Fidel Castro fue un «brutal dictador». Bueno, sí, pero lo que el presidente electo de Estados Unidos y la enorme mayoría de sus compatriotas ignoran es que se podría atribuir el mismo adjetivo a Ronald Reagan, su figura política más beatificada desde la llegada de Castro al poder.

La carnicería que el presidente Reagan sancionó, animó o financió en América Latina durante la década de los ochenta superó por varios múltiplos la que el Comandante consideró necesaria para mantener en pie o extender por el hemisferio la revolución comunista cubana. Todo valía en la guerra fría, pero que Trump piense que su país pueda dar lecciones morales al mundo sobre la brutalidad es otro ejemplo más de la incoherencia y frivolidad que lo define. Ahora, si se hubiese ahorrado el adjetivo hubiera habido menos tema de discusión.

En cuanto a la autoridad sin restricciones que ejerció, Castro fue tan dictador como Stalin en la Unión Soviética o Hitler en Alemania. La diferencia residió en los sueños que vendían y en la escala del terror (comparativamente insignificante en el caso de Castro, por supuesto) que desataron. Pero en los países donde mandaban, la voluntad de cada uno de ellos era la ley; cada uno de ellos tenía en sus manos la vida o muerte de sus ciudadanos, muchos de los cuales, demostrando lo primitiva que sigue siendo la humanidad en sus creencias, los idolatraban.

Castro era a sus fieles como el papa a los católicos más devotos; el comunismo, la religión por otros medios que ocupó el lugar del mensaje cristiano que él mismo absorbió cuando era niño. «De Cristo conozco bastante por lo que he leído y me enseñaron en escuelas regidas por jesuitas», escribió en el último texto suyo conocido, publicado en el diario oficial cubano *Granma* en octubre de este año bajo el enigmático título *El destino incierto de la especie humana*.

No vi nada de incertidumbre en los ochenta las dos veces que pasé de cubrir las guerras de Centroamérica a ver de primera mano lo que era la *pax cubana*. Ni en sus épicos discursos, uno de los cuales tuve que soportar bajo el fiero sol de La Habana, ni en los muchos devotos del patriarca que conocí.

Miembros del partido manifiestamente inteligentes, políticamente sofisticados en sus análisis de lo que pasaba fuera de su país, temblaban ante la mera mención del Comandante, temiendo que un irreverente sujeto del imperio anglosajón les pusiera en

aprietos con alguna herejía que cuestionara la omnisciencia de su amo. Todo era discutible menos Castro, cuya palabra y doctrina ni él (el hombre más ensimismado del mundo) ni nadie cuestionaban. Cada discurso era una encíclica. Cuando abría la boca tenía la última palabra sobre todo lo que ocurría bajo el cielo cubano, desde la salud hasta la educación, el deporte, la guerra, la paz y la política agraria.

Cuba era su propiedad, pero ¡qué propiedad! ¡Y cómo la transformó! Antes de que Castro tomara el poder en enero de 1959 Cuba era de poco interés para gente de fuera a no ser que fuesen importadores de tabaco o de azúcar, mafiosos estadounidenses huyendo de la ley o turistas estadounidenses con impulsos libertinos buscando escapar del puritanismo de su país. Después de su triunfo, Castro exportó la revolución armada a media América Latina, inspiró a la izquierda en todos los países donde no gobernaba el comunismo, envió un enorme ejército a luchar en África y, con la ayuda de sus amigos soviéticos, acercó al mundo entero como nunca a la posibilidad del aniquilamiento nuclear.

Todo lo cual me parecía difícil de creer estando en Cuba, viendo los pocos coches que transitaban por las maltrechas calles, lo limitada que era la dieta de los cubanos, lo humildes que eran sus hogares. Pero también vi que a cambio de someterse a la voluntad de su Luis XIV tropical («el Estado soy yo»), y a diferencia de lo que veía en todos los demás países latinoamericanos, nadie pasaba hambre; la salud era gratis y de alta calidad para todos; el sistema de educación era admirable. Recuerdo haber pasado toda una noche caminando por La Habana con media docena de profesores jóvenes. Intimidado por la amplitud de sus conocimientos, se me ocurrió cambiar el tema a la literatura inglesa, lo que había estudiado en la universidad, pero ahí también me tuve que rendir una vez que se pusieron a hablar de la poesía de Ezra Pound.

Eso sí, hablar con ellos de Fidel: *verboten*. Salvo, en todo el tiempo que pasé en Cuba, con un joven de unos 24 años que me citó en un lugar secreto y que luego me dijeron que era hijo del Che Guevara. «Lo que sufro y lo que sé que no quiero —me confesó— es que me impongan límites a la imaginación».

El único cubano que no se los tuvo que imponer fue el propio Castro. Fue un personaje casi de ficción. Piense lo que uno piense de su ideología o de su sistema de gobierno, lo que nadie puede dudar es que fue un coloso en el escenario mundial, heroico en su narcisismo y en su hambre de poder, sin duda, pero también un líder luminoso, un hombre audaz, un genio de la persuasión política que supo en sus entrañas, como Napoleón o las grandes figuras de la mitología griega, que había nacido para la grandeza.

¿Un dictador? Sí. ¿Brutal? Sí. Pero también un líder con una visión generosa de lo que debería ser la humanidad, inspirada en lo mejor de aquella enseñanza cristiana a la

que se refirió en aquel último texto que publicó. Ahí también citó con aprobación una frase de la Declaración Universal de Derechos Humanos: «Todos los hombres nacen libres e iguales en dignidad y derechos». Castro, en realidad, no tuvo igual, por más que predicara la igualdad. Para bien o, según el punto de vista, para mal, todos los líderes políticos de hoy, empezando por el futuro presidente de Estados Unidos, son unos pigmeos.

28 de noviembre de 2016

Declaración de guerra a la estupidez

«Una familia con los miembros erróneos al mando».

George Orwell

Entre la variedad de teorías que se han avanzado para explicar la elección de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos hay una con la que todos están de acuerdo. Fue una patada en el trasero a la corrección política. Bien. Juguemos según las reglas de Trump y sus votantes.

No fue la economía, estúpido, lo que ganó las elecciones para el estúpido. No fue la voz dolorida de los sin voz. No fue un grito de rabia contra la desigualdad o la globalización. No fue el clamor de los desposeídos. No fue una rebelión contra la élite.

¿Hay alguien más élite, más abusivamente élite, en Estados Unidos que Trump, un magnate malvado de caricatura que posee su propio Boeing 757, sus mansiones doradas y sus esposas Barbies que ha sido demandado ante los tribunales en más de mil ocasiones y no ha pagado impuestos en 20 años?

No. Dejemos el tópico del antielitismo. No seamos tan vagos y tan banales.

La victoria de Trump representó una rebelión contra la razón y la decencia. Fue el triunfo del racismo, o de la misoginia, o de la estupidez —o de las tres cosas a la vez—. Fue la expresión del poco juicio y del pésimo gusto de 60 millones de estadounidenses, la enorme mayoría de ellos hombres y mujeres de piel blanca que poseen casas, coches, armas de fuego y comen más que los ciudadanos de cualquier otro país de la tierra.

Ahora que las estadísticas han permitido descifrar quién votó por quién según no solo su raza sino su situación económica o lugar de residencia, sabemos que el ingreso medio de los votantes de Trump fue superior al de los de Hillary Clinton; que la mitad de los que votaron por Trump ganan más de 100.000 dólares al año; que suelen vivir lejos de las grandes ciudades en barrios exclusivamente blancos; y que solo una minoría de ellos ha sufrido las consecuencias económicas de la globalización.

Sabemos que el 80 % de los hombres negros y el 93 % de las mujeres negras no votaron por él, que los hispanos votaron abrumadoramente por Clinton. ¿Acaso los negros y los hispanos viven en condiciones de menos desigualdad respecto a los Trump de este mundo que los blancos? Obviamente no. Votar por Trump no fue cosa de pobres marginados.

Se elimina la economía de la ecuación como motor principal de la victoria de Trump; se colocan lo que los diarios estadounidenses más delicados llaman «cuestiones culturales» en primer lugar. La paranoia racial que Trump agitó fue el factor diferencial.

Ahora, hay racismo y hay racismo. Viene en diferentes tamaños y densidades. En un extremo está el Ku Klux Klan, que apoyó a Trump y celebró su victoria con regocijo. En el otro están los que sencillamente no les gustan los que son de otras razas, etnias o religiones o les temen porque en sus zonas rurales, donde apenas los ven, representan el «otro» desconocido. Los blancos urbanos que votaron por Clinton se cruzan con negros o hispanos en las calles o en el trabajo todos los días.

La otra «cuestión cultural» que unió a los que votaron por Trump fue el repudio a la señora Clinton. Esto se debió en gran parte al horror a la idea de una mujer al mando del país. En parte también a que Clinton produce un rechazo visceral similar al que producen en sus países hombres como Pablo Iglesias, Mariano Rajoy, Juan Manuel Santos o Enrique Peña Nieto. Contra eso, por más injustas o groseras que hayan sido las acusaciones de la campaña de Trump contra la persona de Clinton, no hay mucho que decir.

Sin embargo, aquí es donde se ve con perfecta nitidez la estupidez, frivolidad e irresponsabilidad de los votantes trumpistas. Por más defectos que se perciban en Clinton, son triviales comparados con los de su vencedor electoral, a cuya ignorancia, cero principios y cero experiencia en la gestión de gobierno se unen casi todos los vicios personales que toda persona en su sano juicio en cualquier latitud del mundo encuentra deplorables.

Conozco a la especie que votó por Trump. Me he encontrado con ellos cuando he hecho reportajes en Texas, Montana, Arizona, Oklahoma, Alabama y otros estados típicamente republicanos. Suelen ser amables en el trato, gente religiosa y honesta, decente dentro de su reducida órbita social. Pero tras sentarme a hablar con ellos un rato siempre he reaccionado con la misma perplejidad: ¿cómo es posible que hablen el mismo idioma que yo en casa? Sus palabras me son familiares pero sus circuitos cerebrales operan de otra manera. Son gente de simple fe, ajena a la ironía; gente que elige sus verdades no en función de los hechos sino de sus creencias o prejuicios; gente que vive lejos de los océanos y del resto de planeta Tierra, al que le tiene miedo. Nunca he tenido una sensación similar de desconexión en Europa, África o América Latina. Solo en el interior de Estados Unidos.

Mi perplejidad es la de mis amigos en Nueva York, Washington o Los Ángeles. Con la llegada de Trump a la presidencia no solo han caído en el desconsuelo sino que sienten que han sido invadidos por una especie de cuerpo alienígena, o por un cáncer, o un Kim Yong Il americano. Los devotos de Trump viven, como dice un viejo amigo que los tiene de vecinos en Florida, en un mundo de ciencia ficción.

A él y al resto de los estadounidenses horrorizados por lo que ha pasado les toca ahora estar en primera línea contra el reinado de Donald Trump, un nombre hoy

sinónimo de bufón en todo el mundo. Seamos solidarios con ellos, y especialmente con los marginados de verdad desde el voto del martes pasado: los negros, hispanos y musulmanes que son objeto de desdén del presidente electo. Hay que resistir, dicen en Estados Unidos. Sí, y sin tregua, y sin piedad y, si fuera necesario, sin las vacuas delicadezas de la corrección política. Hay demasiado en juego para no criticar a Trump o mofarse de él y de sus partidarios. No hay que dejar de recordarles la ridiculez en la que han caído, la broma enfermiza que le han gastado al resto de la humanidad.

14 de noviembre de 2016

NACIONALISTA EUROPEO, INDEPENDENTISTA INGLÉS

Lo confieso. Voté dos veces en el referéndum. Nada que ver con los cuatro años que estuve de corresponsal en México observando con interés la oscura ciencia conocida como «alquimia electoral». Fue perfectamente legal. Voté la segunda vez en representación de un amigo británico que vive a 3.400 kilómetros del ruido y la furia que caracterizan a Reino Unido hoy en día, en la relativamente apacible ciudad de Beirut.

Optó, como yo, por *Remain*, por la permanencia en la Unión Europea. Si no, no me hubiera sometido a un viaje de dos horas ida y vuelta en metro desde mi casa al barrio de Londres donde él está registrado. Pero la causa es justa y no dudé ni un segundo.

A fin de cuentas se trata de elegir entre una visión de nuestro país definida por el espíritu mezquino, ignorante, retrógrado, xenófobo y tribal que encarna Nigel Farage, el líder del partido derechista UKIP (UK Independence Party), o por la generosidad, el sentido común y la solidaridad con un proyecto que desde su fundación ha contribuido enormemente a que hayamos gozado en Europa de una época dorada de paz y prosperidad sin precedentes. Que muchos querríamos más, que hoy estemos viviendo una crisis de expectativas es otra cosa. No quita que las dos últimas generaciones de europeos occidentales hemos sido los seres más afortunados en la historia de la humanidad.

Esto no sé si lo entiende un amigo que tengo que votó no dos, sino tres veces en el referéndum. Es el único buen amigo que tengo en el mundo que es plenamente de derechas y, como cabía esperar, votó las tres veces por el *Leave*, por la salida de la Unión Europea.

Cuando me confirmó hace unos días en una comida que iba a votar con entusiasmo a favor del Brexit, perdí los papeles. Sorprendido por la rabia que salió de mí, reflexioné después a solas y entendí de repente que acababa de sucumbir a un impulso al que siempre me había considerado ajeno: el nacionalismo. Soy, he descubierto, un nacionalista europeo. Mi amigo, estando visceralmente a favor del Brexit, es lo opuesto: un independentista inglés.

También lo son las dos personas en cuya representación él votó este jueves. ¿Por qué no podían votar ellos mismos? Ah, me contestó, es que se han ido a pasar unos días al sol en la casa que tienen en el sur de Francia.

23 de junio de 2016

Los políticos son frívolos porque así somos

«Existe en la naturaleza humana una fuerte propensión a despreciar las ventajas y magnificar los males del presente».

Edward Gibbon, historiador del siglo XVIII

Nos reímos de Donald Trump y sus devotos, pero marcan el compás de la política electoral en otras democracias ricas del mundo, como España y Reino Unido. La irresponsabilidad es lo que define la época. Según las encuestas, hay alrededor de 50 millones de personas en Estados Unidos dispuestas a dar el control del arsenal nuclear más letal de la tierra a un personaje que, como decía una columnista de *The New York Times* el viernes, nadie en su sano juicio dejaría a cargo de custodiar un aparcamiento. Encima, los barones del partido republicano de Abraham Lincoln han decidido apoyar su candidatura presidencial.

Reino Unido va por un camino similar. Primero, la manifiestamente absurda decisión del primer ministro David Cameron de anunciar un referéndum sobre la permanencia de su país en la Unión Europea cuando ahora advierte al electorado que la salida significaría el Armagedón para la economía nacional. Segundo, los que hacen campaña para el llamado Brexit hablan como si seguir dentro de la UE significara resignarse a vivir bajo un gobierno tirano de ocupación. Tercero, aunque todos dicen que el voto que se celebrará el 23 de junio será el más trascendental en más de una generación, lo que en el fondo les importa a las principales figuras en el debate no es el bien nacional sino quién asumirá el mando del partido gobernante conservador después.

En cuanto a España, como ya se ha demostrado, y quizá se vuelva a demostrar después de las segundas elecciones que se habrán celebrado en medio año, los políticos se resisten a hacer lo que el electorado les pide, formar un gobierno de coalición. Mientras todos hablan de que el país tiene problemas graves por resolver está igual de claro que en Reino Unido que la prioridad para todos, en mayor o menor grado, es hacer avanzar los intereses de sus propios partidos.

La cuestión, entonces, es: ¿por qué tanta irresponsabilidad? La respuesta es porque no hay tanto en juego. Si uno se tomase en serio la histeria que se desata en las redes sociales y los chillidos de los Trump, los *Brexiters*, los Iglesias y compañía uno debería lamentarse de la mala suerte que nos tocó al haber nacido en tiempos como estos. La verdad es que los políticos se pueden dar el lujo de juguetear con nosotros porque vivimos en tiempos de paz y prosperidad nunca vistos desde que el primer hombre o mujer pisó la tierra. En Oriente Próximo, en Venezuela, y en algunos países más se ha

dado marcha atrás pero en la mayor parte del mundo, África incluida, la tendencia es a mejor.

Baja la desnutrición, baja la mortalidad infantil, baja el analfabetismo, baja la delincuencia, la gente vive más años que nunca (España ocupa el puesto número uno de longevidad en Europa, y número dos en el mundo detrás de Japón). Nuestros padres o abuelos padecieron guerras en las que murieron decenas de millones; dictaduras monstruosas como la soviética y las de los militares en América Latina sometían con el terror a cientos de millones; el mundo entero vivió bajo la amenaza de guerra nuclear durante casi 50 años. Sí, todavía hay trabajo para Amnistía Internacional y Human Rights Watch (y siempre lo habrá, porque así somos) pero bastante menos que al final del siglo pasado.

¿Qué más? Mucho más. Los derechos de las mujeres, los derechos de los homosexuales, los derechos de las minorías raciales, la conciencia medioambiental; en todos los casos ha habido avances sin precedentes en apenas una generación. No hay que bajar la guardia (ni se bajará, porque así somos) pero negar que en muy poco tiempo la humanidad ha ganado enormemente en respeto al prójimo y al planeta Tierra es menospreciar el trabajo de toda esa valiosa gente que ha aportado su energía a la causa.

Volviendo a los países ricos y sus políticos irresponsables, por supuesto que sigue habiendo minorías que viven en la pobreza, aunque una pobreza relativa comparada con la norma para muchos más en el siglo pasado. Y por supuesto que seguimos viviendo bajo peligro, en particular el de los locos asesinos del ISIS, pero no se trata de un peligro existencial. El ISIS, como Al Qaeda en su día y los fanáticos que tomarán el relevo del ISIS cuando este desaparezca, causarán dolor y muerte, quizá mañana en un metro de Londres, quizá en el torneo europeo de fútbol que se inicia en Francia en pocos días, quizá en una playa española este verano. Pero no son Hitler. No acabarán con nuestra forma de vida.

Pero, porque así somos, siempre quedará mucho por hacer. Es lamentable que haya tanta desigualdad entre los muy ricos y los demás, y que haya una apreciable minoría de gente que aunque logre dar de comer a sus familias, lucha por hacerlo o depende de la caridad de los más afortunados. Es lamentable que muchos no tengan acceso a una buena educación o a servicios mejores de salud pública.

Y es precisamente porque queda mucho por hacer aunque mucho se haya logrado que la irresponsabilidad de tantos políticos en países como Estados Unidos, Reino Unido y España es tan reprobable. Predican que quieren mejorar la calidad de vida de los que menos tienen pero actúan con complacencia y frivolidad. La fuerza de los tiempos en los que vivimos genera su propia debilidad. A la hora de poner la retórica

tacticista a un lado y tomar decisiones estratégicas, su comportamiento se basa, sin que quizá ellos lo hayan captado, en que la mayoría votante vive mejor que nunca y lo que hoy se llama crisis no exige una toma de responsabilidad tan seria o urgente. Nada nuevo bajo el sol porque los seres humanos siempre han tendido a exagerar las miserias del tiempo presente. La pena es que, llegado el momento de la verdad, demasiados de nuestros políticos hoy se dan el lujo de anteponer sus riñas internas y sus ansias de poder a su declarada intención de pelear por un mundo aún mejor. Aunque así son, quizá, porque así somos.

9 de junio de 2016

El salto a la modernidad

«Todo el mundo tiene derecho a sus propias opiniones,
pero no a sus propios hechos».
Daniel Patrick Moynihan, exsenador de Estados Unidos

Se aproxima otra campaña electoral en España, la segunda en seis meses, y la sensación entre la mayoría de la población es que lo que les espera es, en el mejor de los casos, una pesadez, en el peor, el lento goteo de una tortura china. No tiene por qué ser así.

España debe modernizarse. Debe aprender de las nuevas corrientes que fluyen por el mundo político, convirtiendo las campañas electorales en jugosos espectáculos de masas. Como esos programas de televisión en los que reúnen en el escenario a la esposa furibunda, al marido, y a la vecina con quien la traicionó.

Donald Trump señaló el camino en Estados Unidos y Boris Johnson, el líder del movimiento Brexit en Reino Unido, lo ha seguido. Cualquiera que hubiese pensado que le aburriría el proceso para elegir el candidato republicano para la presidencia de Estados Unidos, o la campaña para el referéndum sobre la permanencia británica en la Unión Europa, se equivocó. Son hoy dos de los *reality shows* más cautivadores del mundo.

Por eso, pero también para animar a aquel sector de la intelectualidad española que desprecia la cultura de su país y siente envidia por la anglosajona, les ofrecemos aquí una lista de cinco reglas derivadas de las campañas de Trump y Johnson que, si se pusieran en práctica, no solo ayudarían a alegrar las vidas de los votantes españoles sino que serían de indudable utilidad para los partidos políticos que participarán en las elecciones generales del 26 de junio.

Regla uno: mentir, mentir mucho

Según PolitiFact, una publicación digital ganadora del Pulitzer que se dedica a verificar las declaraciones de los políticos estadounidenses, el 61 % de los supuestos datos o hechos que cita Trump son falsos. Como por ejemplo que el día de los atentados del 11S él, personalmente, vio a «miles y miles» de musulmanes celebrando la caída de las Torres Gemelas. Pero funciona: menos analistas cada día se atreven a afirmar hoy que Trump no será el próximo presidente de Estados Unidos. En cuanto a las mentiras de Johnson, la más gorda, porque es el pilar publicitario de la campaña por el Brexit, es que Reino Unido envía 350 millones de libras a la Unión Europea cada semana. Miente

porque Reino Unido recibe más de 100 millones cada semana de vuelta. Pero no importa. También funciona, ya que las encuestas demuestran que el público confía más en Johnson que en David Cameron, primer ministro británico y líder de la campaña para permanecer en Europa. La lección es que si la verdad no conviene lo recomendable es inventar falsedades que sí.

Regla dos: fomentar la paranoia

Trump declara que la paz social y la economía de Estados Unidos se ven amenazadas por los mexicanos y los musulmanes, que hay que construir un muro para impedir que los mexicanos («criminales y violadores») crucen la frontera y prohibir la entrada en Estados Unidos de cualquier musulmán. Johnson intenta despertar similares miedos pero va más lejos. Ha declarado que la Unión Europea tiene los mismos objetivos hegemónicos en el continente que tuvo Hitler.

Regla tres: denunciar a «las élites»

El multimillonario Trump, que declara que «ama a los que tienen un bajo nivel educativo», critica la avaricia de Wall Street e identifica al *establishment* político de Washington como la raíz de todos los males. Cuando el FMI, la OTAN, Barack Obama, ocho exsecretarios de finanzas de Estados Unidos, los primeros ministros de Canadá, Japón y Australia, el Banco de Inglaterra y la principal confederación empresarial de Reino Unido advierten de que el Brexit será malo para los británicos, Johnson y su gente denuncian una siniestra conspiración nacional e internacional orquestada por Cameron.

Regla cuatro: lanzar insultos personales

En general los *Brexiters* han mantenido la cordura en este aspecto hasta ahora, salvo quizá cuando Johnson dijo que Obama era antibritánico porque era de origen keniano, pero queda un mes de campaña y aún hay tiempo para recurrir a todas las armas del triunfante arsenal trumpista. Eligiendo algunos ejemplos entre muchos, Trump dijo de una de sus rivales republicanas: «Mira esa cara. ¿Alguien votaría por eso?». Otro rival, Ted Cruz, era *Lying Ted*, mentiroso Ted. Otro, Chris Christie, «un perrito faldero». Hillary Clinton es *Corrupta Hillary*. Trump también ha tenido la costumbre de llamar a determinadas mujeres «perras» y «cerdas gordas», lo cual parece vender bien entre un importante sector del electorado masculino, y en un tuit comparó la belleza de su esposa, una exmodelo eslovena, con la de la esposa de Cruz, que nunca fue modelo. Lo último de Trump ha sido sugerir en televisión que Bill Clinton es un violador.

Regla cinco: la que las resume a todas

Nunca subestimar la ignorancia del votante. La mentira y la exageración han caracterizado las campañas de Trump y Johnson pero Trump ha llevado su menosprecio por el electorado más lejos, limitándose a utilizar lenguaje infantil en sus discursos, declaraciones y tuiteos. Su palabra favorita es «yo», la cuarta que más utiliza es «Trump», y entre las 13 más utilizadas están «perdedor», «total perdedor», «idiotas», «tontos» y «estúpidos». Un estudio detallado hecho por una universidad de Estados Unidos ha concluido que el vocabulario y la gramática de Trump corresponden a la forma habitual de hablar de niños de once años o menos.

Aquí tienen, entonces, la receta de la nueva política practicada por quizá las dos democracias más avanzadas del planeta, un ejemplo para los políticos españoles, una ocasión para inyectar fuego y vitalidad en una campaña electoral que, hoy por hoy, promete irritación general o apatía. Puede, por otro lado, que ignoren la lección y calculen que lo indicado es seguir por el camino relativamente sobrio y honrado de la otra vez, en las elecciones de diciembre del año pasado, pero habría un precio: sería una oportunidad perdida para que España, que llegó tarde a la democracia, diese otro salto a la modernidad.

23 de mayo de 2016

La reina del mundo

Treinta segundos después de ver el *news flash* en la página web de la BBC anunciando la muerte de la reina de Inglaterra recibí un mensaje de texto de un amigo nigeriano. «Me siento extrañamente triste —escribió desde Lagos—, y eso que me considero republicano».

Los británicos, la enorme mayoría de ellos, se sentirán más tristes todavía. Desde los independentistas escoceses a los *tories* más tories, pasando por algún que otro radical de la izquierda, todos se sentirán un poco —o en algunos casos, muy— huérfanos. La reina Isabel II fue la madre de la nación; luego la abuela, durante setenta años. Desde la distancia produjo un efecto mágico sobre sus súbditos, a los que transmitió, como por rayos invisibles, una sensación de confort emocional y estabilidad familiar que hoy echarán mucho de menos. Y que se valorará más ahora que ya no está.

A mí, que soy mitad británico y mitad español, me está afectando más de lo que me esperaba. La monarquía británica siempre me había parecido una semicómica aberración histórica. «Ni me va ni me viene», siempre había dicho. Pensaba que la observaba nada más que con frialdad antropológica, fascinado por cómo, mucho antes de *The Crown*, se había convertido en la telenovela internacional de más larga duración de la historia. Y la verdad es que el resto de la familia de la reina —con la posible excepción de la futura reina, Camila— me seguirán pareciendo, creo, personajes tiesos, sosos o payasescos (hola, Harry y Meghan). Pero ella ha sido una presencia tan constante desde el día en que nací, tan presente aunque fuera solo en la sombras de mi inconsciente, que su repentina desaparición me deja con un inesperado hueco.

Lo curioso y tremendamente interesante —volviendo al papel más cómodo de observador periodístico— es que creo que esta sensación de pérdida llegará hoy a todos los rincones de la tierra. La reacción de mi amigo nigeriano se compartirá, no solo en las excolonias británicas, de casi todas las cuales Isabel II también fue reina cuando asumió el trono en 1952, sino también en Argentina, en Japón, en Bangladés, quizá en Rusia y seguro que en España, como en el resto de Europa.

Me decía una amiga española esta tarde, nada monárquica ella, que la reina de Inglaterra era la reina del mundo. Una exageración a primera vista, pero me puse a pensar y vi que algo de verdad tenía. Nadie ha monopolizado el papel de reina, nadie ha definido el rol, como ella. En parte tiene que ver con su longevidad como jefa de Estado, sin igual en ningún lado, ni hoy ni nunca. Pero también porque tuvo la sabiduría de callarse, de no revelar su opinión ni sobre política, ni música, ni cine, ni fútbol, ni nada. Mantuvo la mística de la monarquía y dejó que cualquiera pudiese proyectar la

imagen de ella que quisiera. Hasta tal punto que, cuando se hizo el referéndum sobre la independencia de Escocia en el 2014, casi lo único en lo que todos los escoceses estaban de acuerdo es que, pasara lo que pasara, querían que Isabel II siguiese siendo su reina.

¿Que si era laborista o conservadora? Ni idea. ¿Que si apoyaba o no el Brexit? No se supo. ¿Que si le gustaban los Beatles, Elton John o —menos probable— los Rolling Stones? No se sabe. ¿Que si era del Tottenham o del Manchester United? Tampoco. ¿Cuál era su opinión de Donald Trump, de Vladímir Putin, de Margaret Thatcher o de Ronald Reagan? Nunca lo sabremos. Ella estaba por encima de todo eso, o era la impresión que daba.

En esta época reciente, hacia el final de su reinado, en la que parece que todo el mundo, desde los más famosos a los más desconocidos, se desviven por llamar la atención en las redes sociales o donde sea, ella siempre quieta. Y, pese a eso —tal vez debido a ello—, fue de lejos la famosa, la *celebrity*, número uno del mundo. Yo lo suelo explicar de la siguiente manera: Si Beyoncé, Michael Jordan o Brad Pitt la hubiesen invitado a cenar en sus casas hubiera respondido cortésmente que gracias, pero no, gracias. Si ella hubiese invitado a Beyoncé, a Michael Jordan o a Brad Pitt a cenar a su palacio, hubieran cogido el primer avión.

La reina no tuvo ningún poder político, pero sí una gran influencia sobre los corazones y las mentes de millones y millones de personas de todos los continentes y todos los colores. Yo conocí bien a Nelson Mandela. Él la adoraba. Era su reina. Me acuerdo de que, un mes después del momento histórico en que Mandela asumió la presidencia de su país, hubo una ceremonia en la embajada británica de Pretoria para celebrar el cumpleaños de Isabel II. Mandela estaba entre los invitados, pero nadie pensó que tendría tiempo para acudir. Acudió. Oí al embajador decirle que le sorprendía que se hubiera tomado la molestia. Mandela le miró atónito: «¿Qué? ¿No venir a celebrar el cumpleaños de la reina? ¡Por favor! ¿Qué me está diciendo?».

Al final, quizá el recuerdo que más perdure de la reina de Inglaterra es algo que señaló mi amigo nigeriano en un segundo mensaje de texto: «Ante el mundanal ruido, lo que destacó fue su dignidad». Correcto. Nunca lloriqueó; nunca se quejó. Un monarca, si quiere ser tomado o tomada en serio, debe ser una persona digna, exquisitamente digna. Isabel II lo fue.

9 de septiembre de 2022

Crisis

¿Es una locura la paranoia nuclear?

Si vas a matar a alguien, conviene que te conviertas, si no lo eres ya, en un psicópata; que suspendas cualquier sentimiento de humanidad compartida, que olvides que el otro tiene madre y padre como tú. Si estás considerando la posibilidad de matar a muchos, recurriendo, por ejemplo, a un holocausto nuclear, también.

Aprendí la lección en Ruanda conversando con un hutu que había matado, confesó, a más de cien personas a machetazos, casi todas dentro de una iglesia bajo la serena mirada de una estatua de la Virgen María. Leopold huyó a Congo y luego volvió para entregarse al ejército tutsi que había frenado el genocidio de 1994, que se cobró casi un millón de vidas. Al llegar a la frontera algo le asombró, y mucho. «Los soldados tutsis —me dijo— no tenían ni cuernos ni rabo». Leopold esperaba encontrarse no con seres humanos, sino con demonios.

Los nazis que aniquilaron a seis millones de judíos vivieron un delirio similar. Sus víctimas, se decían a sí mismos, pertenecían a otra especie. Más cucarachas que personas. Y ahora vemos el mismo proceso mental en Putin, sus generales y sus soldados. Bombardean residencias y estaciones de tren o asesinan individuos a sangre fría con la conciencia limpia. Esta vez las víctimas, se convencen, son nazis. Representan una amenaza mortal para la patria y no merecen vivir.

Un poco de perspectiva. Lo que están haciendo los rusos no es, como dicen el presidente Biden y otros, un genocidio. Describir la guerra de Putin de tal manera es grotescamente desproporcionado y un insulto a las víctimas de los genocidios de verdad, como el de los tutsis o los judíos. Putin no se ha propuesto exterminar a todos los ucranianos de la faz de la tierra. Aún no.

Lo que no hay que descartar es que llegue el día en el que la palabra *genocidio* no solo sea la apropiada, sino que se quede corta. ¿Porque la guerra en Ucrania consume más atención mediática en Occidente que cualquier otro conflicto desde la Segunda Guerra Mundial? ¿Porque somos racistas? ¿Porque nos conmueven más las vidas y muertes de gente de piel blanca que las de gente de piel oscura? No. Es porque nunca en los 77 años desde Hiroshima y Nagasaki ha existido mayor posibilidad de que una guerra convencional se convierta en una guerra nuclear.

Lo que distingue a esta guerra de todas las demás desde 1945 es que conlleva el riesgo de que se haga realidad la pesadilla que pesaba sobre el mundo durante la guerra fría, aquella que desde entonces hemos preferido olvidar. Como con la muerte, miramos para otro lado; no nos enfrentamos a su inevitabilidad. Lo que no significa decir que la guerra nuclear sea inevitable. Significa decir solo que es más posible que nunca que

cientos o miles de millones de personas acaben incineradas por bombas atómicas.

Se dirá que este es un escenario alarmista, puramente hipotético. Pero existe una verdad innegable: nunca se han oído más amenazas de guerra nuclear que en los últimos dos meses, todas provenientes de Rusia. Cuatro días antes de la invasión, Putin heló la sangre de medio mundo declarando que cualquier otro país que interfiriese en Ucrania «se enfrentaría a consecuencias peores que jamás se han visto en la historia». Una semana después anunció que ponía sus fuerzas nucleares «disuasorias» en estado de alerta.

El 20 de abril Rusia anunció el lanzamiento de prueba de un nuevo misil balístico intercontinental, el Sarmat, capaz de volar 6.000 kilómetros y disparar diez cabezas nucleares. «Hará que se lo piensen dos veces quienes, en medio de una retórica frenéticamente agresiva, intentan amenazar a nuestro país», declaró Putin. Poco después recordó que Rusia «posee herramientas que nadie más tiene» en caso de que reciba «amenazas inaceptables». Su canciller, Serguéi Lavrov, añadió que el riesgo de una guerra nuclear, de una tercera guerra mundial, era «considerable». Luego una de las figuras más conocidas de la televisión estatal rusa, Vladímir Soloviov, celebró el potencial destructivo del flamante misil Sarmat. Considerado el propagandista en jefe de Putin, Soloviov dijo: «Un Sarmat significa menos una Gran Bretaña». No era exactamente una broma. Este monstruo sería capaz de borrar del mapa Inglaterra, Escocia y Gales, población de 60 millones. Los «totalmente bordes» británicos se lo merecerían, aclaró el locutor, revelando la poca diferencia que hay entre su forma de pensar y la de Leopold, el asesino en serie ruandés.

La respuesta de Londres ha sido que todas estas amenazas representan una peligrosa escalada, pero la versión oficial sigue siendo, como en Washington, que una guerra nuclear es «altamente improbable». Seguro, ya que nadie la podría ganar. Todos perderíamos. Y Putin es un asesino, no un suicida. Pero ¿«altamente improbable» qué significa? ¿Que hay un 5 % de probabilidad de que sí ocurra? ¿Y si a Putin le sigue yendo mal la guerra en Ucrania?, y si de repente se siente arrinconado y teme perder lo que más valora, el poder absoluto que ejerce, ¿las probabilidades aumentan? Uno diría que sí.

Un hecho indudable es que Putin es un paranoico. Se imagina peligros inexistentes, el más absurdo de ellos que la Ucrania «nazi» invadiría Rusia. Y tiene que ser un psicópata. Observa la masacre de niños ucranianos, o las muertes de los suyos, sin parpadear. Lo que también es verdad (por una vez Donald Trump acierta) es que ya estamos en vísperas de la tercera guerra mundial, si es que no ha empezado ya debido a la ayuda militar masiva que Ucrania está recibiendo de Occidente. Y cuanto más dure la guerra, más volatilidad, más peligro de que un accidente o un error o un susto

desencadene lo que en tiempos de la guerra fría llamaban la «destrucción masiva asegurada».

¿Pensar así es caer en la misma paranoia que Putin? No. Él mismo nos da motivos, con sus palabras y sus acciones, para temer lo peor. Por ahora solo nos quiere asustar, pero mientras un loco criminal lleno de miedo, resentimiento y odio —un Joker de la vida real— siga al mando de un arsenal nuclear capaz de acabar con el planeta Tierra, bueno… la locura real sería no sentir ningún miedo. Aunque también es verdad, quizá, que mirar para otro lado sea la opción más recomendable para preservar la salud mental.

1 de mayo de 2022

Las raíces del desastre

Nueva York, diez años después del 11S
James Rajotte

A las 8:45, hora de Nueva York, del 11 de septiembre de 2001, Stephen Mulderry, un joven estadounidense repleto de sueños, estaba en el trabajo, como de costumbre, en su despacho de la planta 88 en la torre sur del World Trade Center; Khalid al Mindhar y Nawaf al Hazmi, acólitos saudíes de Osama bin Laden, estaban en sus asientos a bordo del vuelo 77 de American Airlines, un Boeing 757 que había despegado de Washington 25 minutos antes; John O'Neill, recién nombrado jefe de seguridad del World Trade Center, que hasta dos semanas antes había sido jefe de la brigada del FBI especializada en Al Qaeda, se encontraba en su mesa de la planta 34 de la torre norte, donde se estrelló el primer avión a las 8:46.

A las 10:30, todos estarían muertos, junto a otras 2.996 personas. Diez años después, el número de muertes causadas por el acto terrorista más atroz de la historia moderna es incalculablemente mayor. Los cuatro secuestros de aviones y atentados suicidas coordinados que llevaron a cabo Al Mindhar, Al Hazmi y otros 17 combatientes santos aquel desgraciado 11S desencadenaron dos guerras, en Afganistán e Irak, que han costado, calculando por lo bajo, 250.000 vidas. El número de víctimas totales es imposible de saber, pero si se calcula que por cada uno de los seis mil y pico soldados estadounidenses muertos han resultado heridos siete, la cifra debe de ser muy superior al millón. A ello podemos añadir el trauma mental infligido a innumerables soldados y civiles afectados por las dos guerras, el frenesí global desatado por la percepción generalizada —por simplista que fuera— de un choque de civilizaciones entre el islam y Occidente y, en un plano más frívolo pero de gran alcance, los efectos que tienen sobre los viajeros las medidas de seguridad en los aeropuertos, cada vez más estrictas. En cuanto al coste económico, tras una inversión de Al Qaeda que el Gobierno de Estados Unidos calcula de no más de 500.000 dólares, el desembolso que ha tenido que hacer Estados Unidos debido a los acontecimientos del 11 de septiembre es casi igual al dinero que gastó, en términos reales, durante la Segunda Guerra Mundial. Según un estudio reciente de la Universidad de Brown, la cifra total, imposible de imaginar: cuatro billones de dólares.

Todo ello habría podido evitarse. Una torpeza, un fallo de comunicación entre la CIA y el FBI, una pista fundamental que no se pasaron, despejó el camino a los terroristas. En el centro, Khalid al Mindhar y Nawaf al Hazmi, los dos secuestradores

que subieron a su avión en Washington. Si la CIA hubiera transmitido unos datos cruciales que había obtenido a principios de 2000 sobre estos dos hombres a la brigada anti-Al Qaeda de John O'Neill, conocida internamente como I-49, la madre de Stephen Mulderry y todos los demás padres, madres, esposos, esposas, hijos, nietos, familiares y amigos de los miles y miles de personas que han perdido sus vidas como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre quizá no habrían tenido de qué lamentarse.

De acuerdo con tres antiguos miembros de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) que ocuparon puestos importantes en el equipo antiterrorista de 150 personas dirigido por O'Neill, y a los que he entrevistado, existen buenos motivos para creer que si la Agencia Central de Inteligencia, el servicio de espionaje exterior de Estados Unidos, no se hubiera negado a compartir con ellos lo que sabían sobre esta pareja de Al Qaeda, la conspiración del 11 de septiembre se habría desbaratado de raíz. El más vehemente de los tres, pero también el mejor informado sobre los detalles del supuesto error, es Mark Rossini, que fue amigo y hombre de confianza del difunto O'Neill durante los cinco años que este fue el principal perseguidor norteamericano de Al Qaeda. «Iré a la tumba convencido de que habría podido evitarse», dice Rossini. Más comedido se muestra Mark Chidichimo, analista jefe de inteligencia de la unidad sobre Al Qaeda. «Creo que habríamos podido evitar el 11S si nos hubiéramos pasado mejor la información —dice—. Si nos hubieran hablado de esos dos individuos, el FBI no les habría perdido de vista». Pat D'Amuro, que era el segundo en la cadena de mando tras O'Neill y después dirigió la investigación del FBI sobre el 11S, dice que, después de la amplia investigación oficial para saber si habría sido posible evitar los atentados, «lo que más destaca —lo único— es esta información concreta sobre esos dos terroristas que la Agencia no nos transmitió. El pueblo estadounidense —añade D'Amuro— no sabe lo crucial que fue aquello».

Te quiero, hermano

Que el pueblo estadounidense o, en particular, los familiares que aún lloran a sus muertos quieran saberlo, es otra cuestión. Por ejemplo, Anne Mulderry, que durante mucho tiempo se negó a ver cualquier información en los medios sobre lo que sucedió el día en que asesinaron a su hijo, de 33 años, y que cuando se acerca el aniversario siente con más fuerza que nunca su ausencia y sus sensaciones personales de aquella terrible mañana.

Como recuerdan todos los que estaban entonces en Nueva York, el cielo estaba especialmente luminoso y claro aquella mañana, después de que se levantara como por arte de magia la bruma que envuelve la ciudad en verano. Anne, que hoy tiene 75 años, se levantó temprano y salió de casa para ir a clase de yoga, y recuerda sentirse

impresionada por «la maravillosa luz», sin saber que pronto iba a descender sobre su vida la noche más negra. Su hijo Stephen era su alegría. Grande, alto y atlético, fanático jugador de baloncesto, exuberante y optimista, Stephen estaba haciendo realidad el sueño americano, triunfando en la ciudad más dura del mundo. Había empezado a trabajar repartiendo leche, luego había tenido un empleo de vendedor por teléfono y ahora era intermediario financiero y ganaba un sueldo importante en su oficina de las alturas del World Trade Center.

Después del yoga, justo antes de las nueve, Anne fue a Correos, donde la mujer del mostrador le dijo que un avión acababa de estrellarse contra la torre norte del WTC. «Mi rostro demudado le hizo comprender todo —dice Anne— pero… pero… todavía no era más que un avión, y no era la torre sur, en la que trabajaba Stephen». Cuando volvía de Correos a casa, a las 9:03, se estrelló el segundo avión, y esta vez sí fue en la torre sur. Lo que Anne no sabía en ese momento era que el avión se había empotrado en el edificio entre las plantas 77 y 85, lo cual quería decir que su hijo estaba tres pisos por encima del punto de impacto. Llegó a casa y se encontró en el contestador un mensaje de Stephen que mostraba su confusión: «Acaba de chocar un edificio contra mi avión». Pero también decía: «No me va a pasar nada, y a ti tampoco, luego te llamo».

Pero no volvió a llamar. Sí lo hizo Amy, la hija de Anne, y aquello fue un alivio inmenso. La oficina de Amy estaba al lado del World Trade Center. Había conseguido salir y estaba a salvo; cubierta de polvo y ceniza, a trompicones entre cristales rotos y cemento, pero viva e ilesa. Arrastrada por una corriente de personas que iba hacia el norte, alejándose del escenario del holocausto, había estado examinando los rostros grises en busca de su hermano y gritando una y otra vez a los caminantes estupefactos: «¿Hay alguien que venga del World Trade Center?». No había nadie. Amy no le mencionó estos detalles a su madre, que simplemente se alegró de saber que estaba viva. Pero que luego le preguntó si había visto a Stephen. La línea quedó muda por un instante. Amy sabía en qué planta del edificio trabajaba Stephen y sabía que su torre había sido la primera en caer. Le dijo a su madre que no sabía dónde estaba Stephen.

«Entonces lo supe. En ese momento lo supe», dice Anne con lágrimas al recordar el instante más doloroso y desgarrador de su vida. «Amy volvió a quedarse callada y yo solté un grito, un grito horrible, primitivo, gutural. Y seguí gritando y gritando».

Anne, que no se atrevió a encender el televisor ni un momento en todo el día (ni durante las semanas posteriores), se enteró más tarde de que Stephen había conseguido hablar con su otro hijo, Peter. Stephen le dijo que solo funcionaba el móvil de uno de sus colegas y que lo estaban compartiendo entre 18 de los que trabajaban en su piso para hacer sus últimas llamadas, porque no veían forma de salir de allí, de bajar. «No he salido del edificio… La gente está tirándose por la ventana», dijo Stephen. «Tienes que

irte», replicó Peter. «Te quiero, hermano», concluyó Stephen.

Guerreros santos

Khalid al Mindhar y Nawaf al Hazmi, de 25 y 26 años, respectivamente, en el momento de su muerte, también eran como hermanos. Ambos eran saudíes, habían luchado por la causa musulmana en la guerra de Bosnia, se habían entrenado en los campamentos de Al Qaeda en Afganistán (donde se empleaban camellos para perfeccionar las técnicas de degollar) y habían sido escogidos por su venerado líder, Osama bin Laden, para participar en la acción terrorista más ambiciosa de la organización hasta el momento.

Los dos volaron el 5 de enero de 2000 a Kuala Lumpur, la capital de Malasia, donde mantuvieron lo que los servicios de inteligencia estadounidenses denominaron posteriormente una «cumbre de planificación de Al Qaeda». Con la ayuda de los servicios secretos malayos, la CIA siguió sus movimientos. La Agencia de Seguridad Nacional (NSA en inglés), el gigantesco mecanismo estadounidense dedicado a practicar escuchas en todo el mundo, llevaba más de un año vigilando un número de teléfono en Yemen al que, según Mark Rossini, llamaba el propio Bin Laden desde Afganistán. El número pertenecía a Muhammad Ali al Hada, suegro de Al Mindhar y actor fundamental en los atentados simultáneos contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania en 1998, que causaron 224 muertes. Pat D'Amuro dice que Al Hada tenía otros dos yernos que ya se habían suicidado en sendos atentados terroristas. Después de la reunión de Malasia, la NSA descubrió que tanto Al Mindhar como Al Hazmi tenían el visado de entrada estadounidense en sus pasaportes, emitidos en Yeda (Arabia Saudí). Sus agentes informaron a la CIA de este asombroso detalle.

«En cuanto se enteraron de que aquellos dos individuos tenían visado para entrar en Estados Unidos, era absolutamente imprescindible que transmitieran esa información al FBI», dice Mark Rossini, temblando de indignación mientras habla. Porque la CIA, que se mantiene en silencio sobre el caso, deliberadamente no la transmitió al FBI, cuyo terreno de operaciones es Estados Unidos. Rossini, un hombre alto, ágil, con mandíbula de estrella de cine, dirige esa rabia y esa frustración también en parte contra sí mismo. Porque Rossini, que había trabajado en tareas antiterroristas dentro del FBI desde 1996, se había encargado temporalmente de las labores de enlace entre la CIA y el FBI, precisamente en la época de la reunión de Malasia. Aunque había sido un trabajo de enlace con grandes restricciones legales. Había tenido que jurar que no pasaría informaciones de la CIA a sus jefes del FBI salvo que se le diera autorización expresa para hacerlo. Si lo hacía, infringiría la ley.

«Vi las informaciones sobre Malasia y los visados que tenían aquellos individuos y me apresuré a redactar un informe para enviarlo al FBI, a mi amigo y jefe John O'Neill

—cuenta Rossini—. Pero la CIA me impidió que lo transmitiera. Dijeron que no era un caso del FBI. Me quejé a la persona responsable en la CIA, pero la respuesta fue: "Es un asunto de la CIA y no puedes decirle nada al FBI". Me enfurecí, pero no pude hacer nada al respecto».

¿Por qué no infringió las normas? Esa, dice, es una pregunta que le atormentará toda su vida. En su defensa, alega que solo a posteriori se puede ver lo trascendental que era aquella información, en un momento en que los datos y los rumores sobre las actividades de Al Qaeda inundaban las ondas de los servicios de inteligencia. «Pero ya entonces me di cuenta de que aquello era muy, muy importante y que el FBI debía saberlo. La decisión que tomé, y que siempre lamentaré, fue que no era lo suficientemente importante como para arriesgarme a perder el trabajo, infringir la ley e ir a la cárcel».

Un mundo de cenizas y noche

«Salieron a la calle, mirando hacia atrás, ambas torres en llamas, y no tardaron en oír un fuerte estruendo de derrumbe y vieron humo salir de lo alto de una torre, hinchándose y deshinchándose, metódicamente, de piso en piso, y la torre cayendo, la torre sur hundiéndose en el humo, y de nuevo corrieron», escribe Don DeLillo en su novela *El hombre del salto,* que evoca de manera intensamente vívida el 11 de septiembre.

«Ya no era calle, sino un mundo, un tiempo y un espacio de ceniza cayendo y casi noche. Caminaba hacia el norte por los escombros y el barro y pasaban junto a él personas que corrían tapándose la cara con una toalla o cubriéndose la cabeza con la chaqueta… Iban corriendo y se caían, algunos de ellos, confusos y desmañados, con los cascotes derrumbándoseles en torno… El estrépito permanecía en el aire, el fragor del derrumbe. Esto era el mundo ahora. El humo y la ceniza venían rodando por las calles, doblando las esquinas, arremolinándose en las esquinas, sísmicas oleadas de humo… Llevaba traje y maletín. Tenía cristales en el pelo y en el rostro, cápsulas veteadas de sangre y luz…».

El mundo que describe DeLillo es un mundo que Hassan Raza vio avanzar hacia él con toda su oscuridad y sus cenizas y que le envolvió y penetró con una épica venganza en las vidas de sus hermanos musulmanes de Little Pakistan, en Brooklyn, donde vivía, para luego volar sobre los mares y alcanzar a los musulmanes de todo el mundo, pero en especial de Irak y Afganistán, desde donde se contagió al auténtico Pakistán en el que había nacido y del que había salido para ir a Estados Unidos a los 40 años, solo un año antes, después de obtener un visado de trabajo con el sistema de lotería de los servicios de inmigración estadounidenses.

«Estaba en casa preparándome para ir a trabajar cuando vi en televisión el primer

edificio en llamas y pensé: “Esto es una película”. Luego llegó el segundo avión y se estrelló y pensé: “Esto no es una película”», dice Hassan. Pero su puesto de trabajo como administrativo en un hospital de Nueva York era importante para él, así que corrió a coger el metro, que se detuvo justo antes del puente de Brooklyn. Salió y miró a través del East River, hacia la parte sur de Manhattan, y vio una gran nube de humo negro y blanco que se arremolinaba hacia arriba y llenaba el cielo. «¡Dios mío! ¿Dónde está el World Trade Center?». Y vio que sobre el río había otro río que lo cruzaba, una marea de gente que volvía a casa, a Brooklyn, o que sencillamente huía de Manhattan, donde quién sabía en qué lugar iba a ocurrir el siguiente atentado. «Miles y miles de personas cubiertas de polvo y suciedad, sangrando por la nariz, algunos corrían hacia donde estaba yo, algunos se detenían y se abrazaban, algunos lloraban, algunos estaban atontados y estupefactos».

Hassan no pudo ir a trabajar aquel día, pero cuando apareció al día siguiente, y durante las semanas posteriores, ninguno de sus colegas le dirigía la palabra. Al final perdió el empleo, pero tuvo suerte: muchos musulmanes de su barrio perdieron la libertad en los días y meses que siguieron. «Comenzó la caza al musulmán. El organismo de inmigración, la policía y el FBI invadieron Little Pakistan, irrumpieron en las casas a mitad de la noche, se llevaron a cientos de personas esposadas. Algunos trataban de esconderse, muchos dejaron Nueva York y huyeron a Canadá. En muchos casos detenían al padre y dejaban a la madre, que no sabía inglés y no tenía trabajo, obligada a arreglárselas por sí sola».

Hassan volvió al trabajo que tenía antes de salir de Pakistán, asistente social, en este caso con una ONG creada en Nueva York para ayudar a los musulmanes de su comunidad a afrontar la reacción causada por el 11S. De los muchos centenares de personas a las que intentó ayudar, un hombre le llamó la atención especialmente. Abdul Qayyum, que sobrevivía como vendedor de helados callejero, fue detenido en una mezquita dos meses después de los atentados y estuvo preso sin cargos durante siete meses, dos semanas en prisión incomunicado. Un abogado se enteró del caso y la organización de Hassan reunió los 5.000 dólares de fianza para sacarlo. «Salió con la cabeza mal, murmurando cosas sin sentido gran parte del tiempo, rechazando las sugerencias que le hacíamos de que volviera a Pakistán. No tenía familia ni perspectiva de trabajo y vivía en la calle. Nos daba lástima a todos. Estaba siempre sucio, pero engordó gracias a la caridad de la gente y se convirtió en una figura conocida, triste y patética en Coney Island Avenue. Era evidente que no había hecho nada malo porque, si no, le habrían deportado. Murió solo, creemos que por tensión alta y diabetes. Tenía alrededor de 55 años. Así acabó el sueño americano para él».

La pesadilla americana

Al Mindhar y Al Hazmi entraron en Estados Unidos por el aeropuerto de Los Ángeles el 15 de enero de 2000, con tanta facilidad como cualquier otro turista. Según el informe oficial de la comisión del 11S, un exhaustivo documento de 567 páginas que se entregó al presidente y al Congreso, «ni Hazmi ni Mindhar estaban en las listas de pasajeros sospechosos que tenían los inspectores de fronteras. Pero se sabía ya que Mindhar era un agente de Al Qaeda, y los servicios de inteligencia tenían una copia de su pasaporte».

Su objetivo inmediato era aprender inglés y a pilotar aviones. No consiguieron ninguna de las dos cosas, por lo que la tarea que se les había asignado en el plan cambió de pilotar los aviones a encargarse de la fuerza bruta en el secuestro: en concreto, a cortar cuellos empleando, según se descubriría después, cúteres y cuchillos. Al Mindhar regresó a Arabia Saudí en el verano de 2000 y volvió el 4 de julio de 2001, el Día de la Independencia estadounidense, a través del aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, donde tampoco nadie puso en duda su derecho a entrar en el país. Se reunió con Al Hazmi y el resto de los secuestradores en Paterson (Nueva Jersey).

El 11 de septiembre se apoderaron del vuelo 77 de American Airlines y lanzaron el Boeing 757 contra el Pentágono, matando a los 64 pasajeros que iban a bordo y a 125 personas que se encontraban en el edificio. (El cuarto avión no alcanzó su objetivo, que se cree que era la Casa Blanca o el Capitolio de Washington, sino que se estrelló en un campo de Pensilvania, y también causó la muerte de todos los que iban a bordo).

«El informe oficial de la comisión del 11S fue un relato histórico muy bien elaborado y escrito y que recibió muchos elogios —dice Mark Rossini—, pero no abordaba por qué ocurrió ni destacaba suficientemente lo importante que había sido la información que la CIA no dio al FBI sobre la reunión de Malasia, así que no vale una mierda». Pat D'Amuro, menos directo, reconoce que el informe sí mencionaba ese fallo concreto de comunicación, pero solo de pasada. «La comisión no dio a ese error la atención que debería haberle prestado».

¿Qué habría sucedido si el FBI lo hubiera sabido? Mark Chidichimo dice: «Los habríamos vigilado muy de cerca, habríamos conseguido que su hotel nos dijera a quién llamaban y con quién se reunían, les habríamos hecho pasar un doble filtro de seguridad en los aeropuertos y habríamos encontrado los cúteres y los cuchillos. Cuando el FBI centra su atención en algo, es magnífico». Pat D'Amuro no tiene la menor duda de que el FBI habría obtenido enseguida la autorización del Departamento de Justicia para plantar escuchas en los teléfonos de Al Mindhar y Al Hazmi. Rossini, que colaboró estrechamente con varios servicios de inteligencia internacionales, dice que John O'Neill habría enviado de inmediato un equipo a Malasia y habría acosado a los socios en el extranjero del FBI para que le dieran información. «John O'Neill habría peinado el

mundo entero y, por supuesto, habríamos vigilado cada paso que esos individuos dieran dentro de Estados Unidos. ¡Puede imaginarse cuántas alarmas habrían saltado si hubiéramos descubierto que estaban tomando clases de vuelo! Pero a John le ocultaron cosas. Dirigía la lucha contra Al Qaeda y Bin Laden, no había nadie en toda la Administración estadounidense que supiera tanto de ellos ni estuviera tan obsesionado como él por la amenaza que representaban y, sin embargo, lo mantuvieron a ciegas de forma deliberada».

¿Por qué? D'Amuro cree que, en parte, fue una cuestión de costumbre institucional. «La CIA y la NSA nunca quieren que sus informaciones salgan a la luz en una investigación criminal, que es el terreno en el que se mueve el FBI. Y en este caso estaba la coincidencia entre la reunión de Malasia y los atentados contra las embajadas en África oriental que estábamos rastreando y persiguiendo judicialmente en aquel entonces».

En opinión de Rossini, entre los agentes del FBI que fueron a África a investigar las bombas de las embajadas, el problema era totalmente personal. «La CIA odiaba a John O'Neill y al FBI, y sus jefes prefirieron poner sus memeces personales por encima de los intereses nacionales. Les desagradaba John porque era carismático, porque llevaba trajes negros de diseño, porque bebía y le gustaban las mujeres y porque sabían que trabajaba más que nadie y obtenía mejores resultados que todos ellos juntos. Y yo también les caía mal porque era amigo de John y también llevaba trajes de diseño y me gustaba la buena vida. Esa es la razón de que no nos pasaran las informaciones y esa es también la razón de fondo por la que John terminase por dejar el FBI».

Chidichimo y D'Amuro están de acuerdo en que O'Neill era «un personaje desmesurado», con una mente brillante, increíblemente entregado —«obsesionado a todas horas del día y de la noche», dice D'Amuro— a la tarea de perseguir a Al Qaeda. «John comprendió antes que nadie que Al Qaeda era una grave amenaza y que Bin Laden iba a ser un problema inmenso. Era una de las personas más inteligentes que he conocido», dice Chidichimo, a su vez un analista brillante de los servicios de inteligencia del FBI. «John era un tipo difícil para trabajar con él, pero casi siempre tenía razón. Me enseñó antiterrorismo», asegura D'Amuro, que tras el 11S fue el hombre del FBI encargado de informar al presidente y al ministro de Justicia sobre la investigación que había dirigido.

¿Pero cree que pudo haber factores personales en la decisión de no pasarle la información sobre Malasia? «Cuando trataba con otros organismos, era como un elefante en una cacharrería —responde D'Amuro—. Yo se lo decía mucho. Le decía que se relajara. Pero le era imposible. Era su estilo». Entonces ¿es posible que esos

choques de personalidades y que la tendencia de O'Neill a caer mal a la gente influyeran en las relaciones entre la CIA y el FBI y contribuyeran a que no le transmitiesen una información importante? D'Amuro, un hombre más juicioso que su antiguo jefe, más precavido que Mark Rossini en su utilización del lenguaje, hace una pausa antes de contestar. «Sí —dice—, podría ser».

Los muertos desaparecidos

La novela de Don DeLillo muestra a un grupo de niños neoyorquinos que durante varias semanas después de los atentados miran el cielo por la ventana, en busca de aviones y de un hombre al que llaman Bill Lawton, el nombre que dan, por confusión o por eufemismo, a Bin Laden. No hay niños que tuvieran una experiencia más íntima de los sucesos del 11 de septiembre que los 600 escolares de entre 4 y 11 años que estaban en la escuela primaria PS 234, a 250 metros al norte del World Trade Center. Anna Switzer, la directora del centro, aún recuerda con horror aquella mañana y todavía se sobresalta cuando oye un avión o una alarma que suena.

«Hacía un día absolutamente maravilloso y estábamos en el patio. Era el primer día de curso para el jardín de infancia y yo me había quedado hablando con algunos padres cuando oímos un avión que volaba bajo. Pensé: ¿por qué vuela tan bajo? Y entonces lo vimos estrellarse contra la primera torre, entrar como con un corte suave y discreto en el costado del edificio».

Llegó el choque del segundo avión y las dos torres se incendiaron, y mucha gente —al menos 200 personas al final— empezó a saltar por las ventanas. Los niños tuvieron una perspectiva de todo ello más cercana y horrible que lo que cualquiera pudo ver por televisión. Los maestros metieron a los niños en el interior del colegio, siguiendo órdenes que les habían dado por teléfono en pleno pánico las autoridades educativas de la ciudad, y cerraron las persianas de las aulas. Pero Anna Switzer prefirió ignorar la orden y sacar a los niños del colegio. De la mano, acompañados por los profesores, se unieron a la procesión fantasmal que avanzaba hacia el norte, lejos del humo y los olores a materiales de construcción y carne quemada —«Buchenwald con sustancias químicas», lo llamó un neoyorquino— que persistiría en Manhattan durante muchos días.

Los niños se quedaron sin aulas, sin poder regresar a su edificio durante cinco meses, y todos se sometieron después a pruebas psicológicas. «Algunos querían hablar todo el tiempo de lo que había pasado; otros no volvieron a decir una palabra de aquello. Pero afloró a la superficie durante semanas y meses, en sus redacciones y sus dibujos».

En toda la ciudad, agravando el sentimiento de pena y desesperación que los adultos no lograban dejar de transmitir a los niños, aparecieron carteles improvisados con las

fotografías de personas desaparecidas, a medida que sus familiares clamaban y se aferraban a creer lo —en casi todos los casos— increíble: que sus seres amados que habían estado en el World Trade Center entre las 8:46 y 9:02, el momento en el que chocó el segundo avión, podían estar todavía vivos en algún sitio al día siguiente, dos, tres, cuatro días después.

La sensación general era que aquello no era más que el principio, que Estados Unidos estaba «siendo atacado» y «en guerra», como dijeron los dirigentes políticos; que el terrorismo iba a ser el pan de cada día para los neoyorquinos y para todos los estadounidenses. Algunos reaccionaron, como parte de los alumnos de Anna Switzer, refugiándose en una lúgubre introspección; otros se dejaron llevar por el espíritu de «comamos y bebamos, que mañana moriremos». Muchos residentes en la ciudad se dieron a la bebida y la promiscuidad, como si creyeran que el fin del mundo estaba cerca. La herida más profunda y extendida fue la que sufrió la vieja y querida creencia de que dentro de Estados Unidos estaban a salvo de los horrores que acosaban al resto de los habitantes del mundo. Aparte del ataque japonés contra Pearl Harbour (Hawái), en 1941, este era el primer ataque de enemigos extranjeros en el «suelo patrio» estadounidense. La población sufrió un aturdimiento cósmico. Habían derribado los muros de su jardín americano; se sentían perplejos, violados, indignados. Y con un deseo nacional de venganza.

El Gobierno, aprovechando el clima popular, lanzó, en primer lugar, una guerra total en Afganistán, el refugio de Al Qaeda, y luego otra en Irak. «Yo soy una vieja progresista —dice Anna Switzer— y en aquel momento pensé que era una buena idea ir a Afganistán. Ahora, por supuesto, no. En cuanto a Irak, sabíamos que era inevitable, pero también que era una aberración».

John O'Neill

Como en una de esos miles de películas de Hollywood, O'Neill era el clásico héroe policiaco atrevido, brillante y atractivo, frustrado por lo que Rossini llama unos hombres «grises, institucionales, de los que se guían por el manual». O'Neill tuvo choques personales con ellos, pero también les proporcionaba munición con su carácter independiente y descarado. Se saltaba las reglas. En una ocasión, cuando se le estropeó el coche, cogió prestado uno del FBI para llevar a una novia a su casa. Un acto inocuo, pero suficiente para que le dieran una reprimenda y una advertencia. Tuvo varios incidentes de ese tipo, pero el más serio fue uno en el que O'Neill perdió sin darse cuenta, aunque solo de forma temporal y sin que nadie tuviera ocasión de leerlo, un expediente importante del FBI. Estaba en marcha una investigación interna cuando, en julio de 2001, O'Neill y Rossini fueron a España a reunirse con la Guardia Civil y

tomarse unos días de vacaciones.

«Estábamos tomando un café una mañana en un chalet de Marbella propiedad de un amigo cuando vi en mi ordenador una información de *The New York Times* que hacía referencia a John. Alguien, algún enemigo que tenía en alguna parte, había contado la historia del expediente desaparecido al periódico. Imprimí la noticia, John la leyó y le cambió el rostro. Se calló y empezó a decir una y otra vez: "¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué?". Yo no podía creérmelo. El mejor hombre que tenía Estados Unidos en la lucha contra Al Qaeda y le hacen eso. John permaneció callado casi todo el día, reflexionando, y a la mañana siguiente anunció su decisión. "Kiss my ass, man! Kiss my ass!", gritó. [La traducción más fiel al español sería: "¡A tomar por culo, tío!"]. Es lo que decimos en el FBI cuando estamos hartos, cuando ya no podemos más. "Se acabó —dijo—. Estoy libre. No necesito más comentarios de esos mandados sobre mis trajes". Adoraba el FBI. Lo llevaba en la sangre. Le encantaba el poder que le daba para hacer el bien. Y era un agente muy valioso para el país. Pero los peones envidiosos consiguieron echarlo».

Permaneció en su puesto del FBI hasta finales de agosto y asumió su nuevo cargo de jefe de seguridad del World Trade Center el 9 de septiembre. Al día siguiente de su dimisión, en un gesto de esplendidez típico de él, invitó a un viejo amigo de un servicio secreto europeo a cenar en un restaurante pijo de Nueva York al que le gustaba ir. Cuando el dueño se negó a cobrarle la cena, dejó a los camareros una propina de 200 dólares.

Las torres del World Trade Center tardaron segundos en derrumbarse y borrar su huella de la silueta de Nueva York. Sin embargo, Mark Rossini pensó durante un tiempo que O'Neill había sobrevivido. Al enterarse del atentado en la radio del coche cuando iba a trabajar al cuartel general de la CIA en Langley (Virginia), llamó a la oficina neoyorquina del FBI, donde le contaron que O'Neill había llamado para decir que había salido del edificio. «Llamé a los numerosos amigos de John en todo el mundo para asegurarles que estaba bien. Pero luego la noticia cambió. Lo encontraron entre los escombros, decapitado; le identificaron por el traje y por el anillo de graduación de la universidad». A Rossini se le llenan los ojos de lágrimas al recordarlo. «Murió como un héroe. Murió tomando las riendas de la situación, como había hecho siempre. "Yo soy el jefe. Yo soy el que manda". Había una crisis y él tenía que solucionarla. Así que volvió a entrar».

La única suerte que tuvo, a título póstumo, fue que pudieron identificar su cuerpo. A día de hoy, no se han encontrado huellas más que de 1.100 víctimas. Los restos de Stephen Mulderry aparecieron el 9 de noviembre, dos meses después de su muerte. Ocurrió algo parecido con todos los fallecidos que fue posible identificar.

Equipos enteros registraban los escombros en busca de fragmentos humanos que enviaban a un centro médico en el que se realizaban pruebas de ADN. Muchos familiares recibieron una macabra llamada tras otra, durante meses, para decirles que habían encontrado una mano, un dedo, un trozo de músculo, una mecha de cabello. En el caso de Stephen Mulderry, lo primero fue parte de su mandíbula, otro fragmento de hueso y un poco de tejido blando. «En el funeral pusimos sus pequeños restos en un ataúd para bebés y lo enterramos», dice Anne, su madre. Durante los dos años siguientes aparecieron más fragmentos, y al final reunieron un trozo de hueso de cada uno de sus ágiles miembros de baloncestista, los incineraron y esparcieron las cenizas sobre un lago en las montañas del estado de Nueva York.

El entierro de John O'Neill se llevó a cabo el 28 de septiembre de 2001. Fue una ceremonia a la que asistieron más de mil personas, con acompañamiento de gaitas irlandesas y en presencia de los máximos jefes de todos los cuerpos de las fuerzas del orden en el estado de Nueva York, y varios invitados especiales de Washington.

En el funeral se leyó una carta que había escrito a su nieto, nacido dos meses antes, en la que le decía que recordase siempre que había nacido en el mejor país del mundo y que debía siempre ser un patriota. Junto a su tumba lloraban cuatro mujeres —una de ellas, la esposa de la que estaba separado— que hasta ese momento no habían sabido que las otras existían ni cuál había sido su respectiva importancia en la vida de O'Neill. Quizá nunca se habrían enterado, John O'Neill nunca habría dejado el FBI, el World Trade Center estaría todavía en pie, el mundo sería distinto, si no hubiera sido por los eternos defectos humanos de la envidia, el orgullo, la mezquindad y la vanidad de las que tantas veces derivan los grandes errores y las tragedias de la humanidad. Y que, junto con la inercia burocrática, indicada en el informe oficial de la comisión del 11S, fueron la razón fundamental de que no se impidiera la catástrofe.

«Me arrepiento cada día de no haber infringido las reglas y haber dicho a John o a cualquier persona del FBI lo de la reunión en Malasia. No hay vuelta de hoja —dice Mark Rossini—. La cabeza no deja de darme vueltas preguntándose "¿por qué?" y "¿qué habría pasado si…?", sabiendo que John habría volcado las fuerzas del FBI en descubrir todo sobre la reunión de Malasia. Se habrían evitado los atentados del 11S. Estoy convencido». Hoy las reglas han cambiado. La Patriot Act (Ley Patriótica) aprobada por el Congreso tras el 11S hace que sea imposible que una información de tanta importancia nacional permanezca dentro de la jurisdicción de un solo organismo. Hoy no habría podido quedarse en manos de la CIA; la habrían tenido que compartir.

«Lo más difícil de aceptar es que, si se hubieran aplicado entonces esas normas, si en enero de 2000 hubieran informado al FBI, todos los servicios de inteligencia, colaborando, habríamos podido enterarnos de muchas cosas de los secuestradores y sus

jefes —dice Rossini—. El simple y deliberado hecho de decir "no" por los prejuicios personales y los delirios de autoridad y jurisdicción de unas personas concretas causó el atentado terrorista más catastrófico jamás cometido en territorio estadounidense».

4 de septiembre de 2011

Morenitos que disparan a otros morenitos

La mañana del 16 de noviembre de 1983 caminaba con otros cinco periodistas por un sendero montañoso en la provincia de Chalatenango, en El Salvador. Al final del camino, tras pasar de lado una sucesión de tumbas frescas, vimos una casa de piedra con el tejado de madera destruido; al lado, una fosa recién excavada. Cubriéndome la nariz, porque el olor era terrible, me acerqué a lo que había sido la puerta de la casa. Salieron volando, espantados, 30 buitres. (Los conté después, sentados en un árbol observándonos, impacientes para que nos fuéramos). Dentro de la casa había una alfombra blanquiza, roja y negra de restos humanos. En total, 20 calaveras.

Aquilino, un superviviente de 10 años, me contó lo que había pasado. «Los soldados nos metieron a los niños con nuestras mamás en la casa y abrieron fuego. Mi mamá cayó encima de mí y su cuerpo me protegió de las balas. Me hice el muerto hasta que los soldados se fueron». Unos campesinos nos dijeron que la matanza se había extendido por los alrededores de la casa. Nos dieron los nombres de 119 muertos. Las tropas responsables pertenecían al Batallón Atlacatl, unidad élite del ejército salvadoreño creada, entrenada y dirigida por militares de Estados Unidos con el fin de frenar el expansionismo «comunista» en el istmo centroamericano.

Este episodio fue mi bautismo de fuego en El Salvador. Volví muchas veces durante los siguientes cinco años a cubrir la guerra civil, una de las muchas entre ejércitos de derecha y guerrillas de izquierda en aquellos tiempos (precaída del Muro de Berlín), y viví durante un tiempo en la capital, San Salvador. Hace unas semanas regresé por primera vez en casi un cuarto de siglo. Se acababa de celebrar el 20.º aniversario de los acuerdos de paz que pusieron fin a aquella guerra, en la que murieron 75.000 personas, 30.000 de ellas a manos de escuadrones de la muerte vinculados a las fuerzas armadas. El presidente Mauricio Funes conmemoró el aniversario en el Mozote, otro lugar montañoso donde el Batallón Atlacatl llevó a cabo una masacre, en este caso de 936 personas —450 de ellos niños de menos de 12 años— en diciembre de 1981.

Revivir aquellos tiempos me recuerda por qué siempre cargo en algún lugar de mi ser una cuota de rencor hacia Estados Unidos; ver cómo está El Salvador hoy me consolida el sentimiento.

El Salvador sigue en guerra. No una guerra política (hoy en día las elecciones se celebran en paz), sino una guerra criminal protagonizada por las pandillas, o *maras*. No hay reglas de juego y el clima de miedo que vive la población es el mismo, o peor, que en los tiempos de guerra declarada. El Salvador es uno de los tres países con el peor índice de homicidios per cápita del mundo. (Los otros dos son los vecinos Guatemala y

Honduras). La creciente penetración en Centroamérica de los carteles de narcotráfico mexicanos alimenta la delincuencia cada día más. La corrupción carcome las instituciones estatales y la violencia se cobra tantas víctimas como cuando el régimen y la guerrilla se enfrentaban en los años ochenta. Si antes el temor de algunos era que el país se convirtiera en Cuba, hoy el miedo de todos es que se convierta en Somalia, punto de anarquía al que ya casi han llegado Guatemala y Honduras. Pero Estados Unidos, que tiene su cuota de responsabilidad en la traumática cultura de violencia que El Salvador ha heredado, y debería de vislumbrar algún interés propio a mediano o largo plazo en el destino de un país de su famoso «patio trasero», mira a otro lado y no hace nada.

No. No vamos a atribuir todos los males de Latinoamérica al «imperialismo yanqui», que es como atribuir todos los males de África al colonialismo europeo. Pensar así muestra una falta de respeto hacia las gentes de estos continentes, como si fueran irremediablemente infantiles, incapaces de salir adelante sin agarrarse a las manos de los papás del norte. Pero parte de responsabilidad por algunos de los males sí tiene Estados Unidos, como la tiene en tantos otros en los que ha intervenido con egoísmo cortoplacista e irresponsabilidad criminal. Cuando surge lo que Washington percibe como una emergencia, irrumpe como un elefante en una cacharrería —a lo grande, a lo bestia y con limitado criterio moral—; cuando la emergencia pasa y sus aparentes necesidades (entre ellas las electorales en los mismos Estados Unidos) han sido cubiertas, desaparece del escenario, dejando que los nativos se encarguen de los platos rotos. Como estamos viendo en Irak hoy; como pronto será el caso en Afganistán.

Durante la guerra civil salvadoreña de los años ochenta el gobierno de Estados Unidos invirtió 5.000 millones de dólares en el Salvador, 4.000 millones de ellos (sin incluir lo que gastaba la CIA) destinados directa o indirectamente al conflicto militar. El resultado fue que entre 1980 y 1992 el tamaño de las fuerzas armadas salvadoreñas se cuadriplicó —de 15.000 a 60.000 efectivos— para enfrentarse a una guerrilla de 6.000. Washington pagaba los salarios de la tropa y los oficiales y, a cambio, 55 asesores militares estadounidenses con base en El Salvador, frustrados veteranos de la fallida guerra de Vietnam, les decían lo que tenían que hacer. Acabada la guerra, enterrada la supuesta amenaza comunista, los estadounidenses se fueron.

Hoy, El Salvador cuenta con una fuerza policial de 18.000 efectivos, de los cuales 10.000 operan en las calles. La desproporción entre la magnitud del problema y la capacidad de respuesta estatal es trágica. La desproporción entre lo que Estados Unidos gastó en ayuda militar durante la guerra civil y lo que ha aportado en ayuda policial desde entonces (aproximadamente 50 veces menos) también lo es. Washington podría ayudar hoy a crear un necesario ejército de la paz, como antes creó un ejército de

destrucción, pero no lo va a hacer. Ni se le va a ocurrir.

Hablé hace unos días con un amigo diplomático que me contó una conversación que tuvo a principios de año con un alto mando de la CIA, encargado de América Latina. Mi amigo le dijo: «¿Se dan cuenta que con gastar en El Salvador en un año lo que han gastado en Irak en un día podrían solucionar buena parte de los problemas del país?». (Estados Unidos gastó 400 millones de dólares al día en la guerra de Irak). El de la CIA respondió que le entendía, y que no estaba en desacuerdo, pero, le dijo a mi amigo: «Tú sabes igual que yo que no hay la más remota posibilidad de que eso ocurra».

Podemos estar tan seguro de ello hoy como podíamos estar seguros cuando yo trabajaba en El Salvador de que el gobierno de Ronald Reagan no tenía como remota prioridad evitar el sufrimiento de los salvadoreños. Durante mi visita el mes pasado hablé con un viejo contacto político mío, un hombre brillante y sagaz que gozaba del respeto —y los oídos— tanto de la guerrilla como del ejército. Me contó que en una conversación reciente con un general retirado le había preguntado por qué habían matado a tantos niños a sangre fría, por qué tantas masacres. «Porque hacíamos lo que nos pedían los gringos», le contestó el exgeneral.

Me lo creo porque confío en mi viejo contacto (ni de lejos un «comunista»); me lo creo porque un excomandante guerrillero me contó que otro general le había confiado exactamente lo mismo durante las negociaciones de paz; me lo creo porque cuando yo trabajaba en El Salvador el jefe de los asesores militares estadounidenses, un coronel, se reunía con nosotros los periodistas una vez a la semana, en sesiones generalmente *off the record*. La idea, como en todos los contactos que teníamos con personal de la embajada de Estados Unidos, era convencernos de una colosal mentira: que la prioridad de Washington era traer la democracia y la paz a El Salvador.

Una vez un periodista le preguntó al coronel qué opinaba de la práctica del ejército salvadoreño de lanzar a la muerte desde sus helicópteros a guerrilleros tomados presos. El excombatiente de Vietnam se quedó un tanto perplejo ante la pregunta; a tal punto de que se olvidó de su guion. «Bueno —contestó—, solo se trata de morenitos (*little brown men*) disparando a otros morenitos».

Que los salvadoreños se sigan disparando y matando hoy no interesa a los políticos estadounidenses, ni a los medios, ni al grueso de la población. El presidente Reagan, corresponsable de aquella masacre de niños morenitos de la que fue testigo en 1983, es un héroe nacional celebrado por ambos grandes partidos y la noción de que algo de culpa tengan los Estados Unidos por lo que está pasando hoy en El Salvador, de que alguna cuota de responsabilidad podrían asumir, de que incluso les podría ser útil evitar que Centroamérica se transformara en Somalia, les es absolutamente ajena.

7 de marzo de 2012

La larga sombra de Bin Laden

Mataron a Osama bin Laden, pero, si acertó y existe el paraíso yihadí, le sobran motivos para seguir festejando el ataque terrorista que orquestó contra Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001. Doce años después el impacto sobre los infieles de Occidente, tanto sobre los Gobiernos como sobre los ciudadanos de a pie, no se diluye, se expande, influyendo de manera determinante en la política interior y exterior de Estados Unidos y Europa, restringiendo las libertades, socavando valores democráticos, pisoteando los derechos humanos, generando nuevos miedos y dilemas en Oriente Próximo —especialmente hoy en Siria— y causando molestias antes desconocidas a todo aquel que se sube a un avión comercial.

El horror vivido en Nueva York y Washington se repitió después en Londres y Madrid, pero ahora solo basta con que los secuaces de Osama muevan un dedo, nada más, para sembrar la confusión y el pánico. Hacer una llamada telefónica ya es suficiente. La interceptación por los servicios de inteligencia el mes pasado de mensajes entre líderes de Al Qaeda hizo que se cerraran más de 20 embajadas de Estados Unidos en tierras árabes. Fue un ejemplo nada novedoso de cómo el fantasma de Bin Laden sigue sobrevolando la conciencia colectiva de Occidente, sustituyendo el temor a la guerra nuclear durante la guerra fría con el temor al terrorismo como el factor determinante de la política internacional.

Solo que en los años cincuenta, sesenta, setenta y ochenta, hasta la caída del muro de Berlín y más allá, el miedo incidía en el ciudadano común y corriente de manera menos tangible. Había quien se construía un búnker antinuclear en el jardín, pero el que quisiera dejar la gestión de la paranoia en manos de la CIA o MI6 no tenía por qué ver su vida cotidiana afectada en lo más mínimo. Uno entraba en un edificio público o el de una gran empresa como entraba en su casa, sin verse sometido a medidas de seguridad. Hoy, si uno se olvida de que no puede llevar un tubo de pasta de dientes o una botella de agua a bordo de un avión, le revisan el bolso y le manosean de arriba abajo como si fuese un criminal.

Durante los seis años que cubrí las guerras de Centroamérica en los ochenta volaba de manera constante entre El Salvador, Guatemala y Nicaragua sin que nadie me examinara nunca en ningún aeropuerto para ver si llevaba encima una pistola, una granada o explosivos plásticos, mucho menos un temible cargamento de Colgate. Hoy todos somos terroristas en potencia, y más en Estados Unidos, especialmente en el caso de que seamos ciudadanos de otro país.

Aunque tampoco se salvan los nativos de la nación occidental más paranoica del

mundo, como ha demostrado Edward Snowden, el filtrador de la CIA hoy perversamente refugiado en Rusia, con sus revelaciones de que los servicios de seguridad estatales han almacenado información digital privada de millones de estadounidenses. El hecho de que esta versión electrónica, más sutil de los métodos invasivos empleados por la Stasi, no cause consternación general y apenas debate entre la mayoría de los ciudadanos de un país que insiste en verse como el estandarte de la libertad individual es atribuible directamente a Bin Laden. Como decía el escritor John Le Carré en una entrevista publicada el sábado en el *Financial Times*, «parece no haber límite a las violaciones de sus libertades, tan arduamente conquistadas, que los estadounidenses están dispuestos a soportar en nombre del contraterrorismo».

A tal punto lo soportan que solo es una minoría en Estados Unidos la que expresa su desconcierto ante la evidencia de que su Gobierno recurre a métodos antidemocráticos e incluso terroristas para combatir a los herederos de Bin Laden. Por un lado están los presos encarcelados en la base militar estadounidense de Guantánamo sin proceso o, siquiera, sin cargos judiciales, algunos de los cuales han sido sometidos a torturas; por otro está la política de *drones* del Gobierno de Barack Obama, iniciada por George W. Bush.

Existen diferencias de opinión sobre la cantidad de civiles que han muerto como consecuencia de los misiles lanzados contra objetivos enemigos por pequeños aviones teledirigidos de la CIA y el Pentágono. El Gobierno norteamericano ha reconocido oficialmente la muerte de 50 «no combatientes». Otros dicen que son centenares los inocentes que han muerto, lo que parece ser más probable, ya que un informe confidencial de los servicios de inteligencia de Pakistán difundido recientemente por el London Bureau of Investigative Journalism colocó la cifra de las víctimas mortales inocentes de los *drones* entre 2006 y 2009 en 147, de los cuales 94 dice el informe que fueron niños. La frecuencia de tales ataques se ha incrementado desde que Obama asumió el poder en 2009, con lo cual cabe suponer que los niños han seguido muriendo.

Las consecuencias más inmediatas y catastróficas del 11 de septiembre fuera de Estados Unidos se han visto en las guerras de Afganistán e Irak. Fueron guerras «opcionales», especialmente la de Irak, cuyo dictador Sadam Husein nada tenía que ver con Bin Laden, más bien todo lo contrario. Pero el estado anímico revanchista de la población estadounidense después de los ataques en Nueva York y Washington, sumado a la presencia en el poder de George W. Bush y su beligerante eminencia gris Dick Cheney, hicieron prácticamente inevitables dos guerras a las que algunos Gobiernos europeos también optaron por apuntarse.

El tema en este preciso momento es Siria: lanzar misiles o no lanzar misiles como respuesta a la matanza de niños inocentes con proyectiles cargados no de explosivos

sino de gas. La credibilidad de Estados Unidos y las demás democracias occidentales está en juego, dice el presidente Obama. Pero una vez más el difunto Osama planea en las sombras. ¿Vale la pena asumir el papel de conciencia moral del mundo árabe si se corre el riesgo de agitar una vez más el avispero del terrorismo islamista?, se preguntan los estadounidenses y europeos en contra de semejante intervención. Y, además, ¿no estaríamos beneficiando al sector de los rebeldes sirios que se identifica abiertamente con Al Qaeda?

Hoy es Siria. Mañana podría ser Irán, Pakistán, Egipto, Arabia Saudí. Y aunque Occidente se limpiara las manos absolutamente de los conflictos en tierras musulmanas, el impacto que ha tenido el 11S lo seguimos viendo en nuestras vidas, a través de la gradual y aparentemente inexorable invasión a nuestras libertades, todos los días. Osama bin Laden, desde la tumba, se ríe. Y se seguirá riendo durante muchos años más.

11 de septiembre de 2013

TODOS LOS PAÍSES TIENEN SU EDAD

«Un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma».

WINSTON CHURCHILL

Si hay un lugar del mundo en el que existe el potencial para que las fuerzas armadas de Occidente se involucren en una nueva guerra —y donde para muchos de sus habitantes la guerra ya es una atroz realidad— ese lugar es Oriente Próximo. Ofrecemos hoy una guía para intentar ayudar a interpretar el caos que aflige a esta región.

1. No se equivocaron los que pronosticaron que los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington cambiarían el mundo. Pese a que 15 de los 19 integrantes de Al Qaeda aquel día procedían de Arabia Saudí, y que el extremismo religioso que profesaban también tiene su raíz en Arabia Saudí, el presidente George W. Bush se fue a la guerra contra Irak y derrocó a su dictador, Sadam Husein, que no tuvo ningún vínculo con aquellos atentados en Estados Unidos.

2. La caída de Sadam quebró el equilibrio de poder en Irak entre los musulmanes chiíes y suníes, cuya enemistad evoca la de los católicos y protestantes en las guerras religiosas europeas de los siglos XVI y XVII. Hoy un desordenado y brutal conflicto entre chiíes y suníes se extiende por toda la región, con Estado Islámico en su sangriento epicentro.

3. La buena noticia parecía ser que de la confusión general surgió la Primavera Árabe. Cayeron tiranos y la democracia iba a llegar por fin a la región. En Occidente muchos lo celebraron. Lo que no entendieron fue que todos los países tienen su edad; que para que florezca la democracia se requiere cierto grado de madurez histórica y cultural. En Egipto, en Irak y en Libia la mayoría vivía mejor y con mayor tranquilidad cuando Sadam, Mubarak y Gadafi —todos en su día apoyados por Occidente— estaban en el poder.

4. Se arrepentirán también algunos de los que se alzaron contra Bachar el Asad en Siria, hoy el foco de un convulso conflicto que cada día suma más tintes geopolíticos. Algunos de los países involucrados directa o indirectamente en la guerra siria son: Turquía, Irak, Irán, Arabia Saudí, Rusia, Estados Unidos y, bajo el paraguas de la OTAN, las principales potencias militares europeas.

5. Estados Unidos y la OTAN se han aliado contra Estado Islámico, cuyas bases en Irak han bombardeado desde el aire, no sin matar también a muchos civiles. Pero a partir de ahí todo se vuelve confuso. Al atacar al Estado Islámico, están apoyando implícitamente a El Asad, al que desean ver derrocado. O eso dicen. Si le dijeran a

Barack Obama o a los jefes de Gobierno de la Unión Europea que se podría retrasar el reloj y volver a la época cuando El Assad gobernaba con mano de hierro pero con estabilidad ¿qué contestarían?

6. Estados Unidos y la OTAN tienen como aliado a Arabia Saudí, que (recordemos) durante décadas financió la expansión del islamismo fundamentalista wahabi que incidió en la creación de los dos monstruos, Al Qaeda y el Estado Islámico. Arabia Saudí ha instalado institucionalmente en su reinado la decapitación y la crucifixión, castigos que Estado Islámico impone de manera más anárquica en el territorio que ha conquistado, el llamado califato.

7. Irán, nación chií, es el enemigo más temido y odiado de Arabia Saudí y, desde la llegada al poder del ayatolá Jomeini en 1979, es enemigo también de Estados Unidos. Irán apoya a El Asad en Siria pero, como Arabia Saudí, se opone al Estado Islámico.

8. Turquía, miembro de la OTAN, mantiene antiguos lazos de amistad con Irán pero se opone a El Asad, con lo cual se ha sumado al bombardeo del Estado Islámico, aprovechando la ocasión para atacar a los kurdos, sus enemigos internos. Los kurdos, que reciben apoyo de Estados Unidos (aliados de Turquía en la OTAN), representan el único grupo autóctono en Siria o en Irak capaz de montar una oposición militar eficaz frente al Estado Islámico.

9. Rusia, aliado de Siria y de Irán, se sumó con especial violencia al bombardeo del territorio en conflicto hace 10 días, concentrando su fuego en grupos conocidos en Occidente como «moderados» opositores de El Asad, algunos de los cuales han recibido entrenamiento militar de Estados Unidos.

10. La cuestión ahora es si la política de bombardeos tanto de los rusos como de los de la OTAN va a contribuir a la destrucción del Estado Islámico o, al generar terror entre civiles previamente indecisos o apolíticos o mansos en su compromiso religioso, va a conducir al reclutamiento de más efectivos yihadistas, fortaleciendo al Estado Islámico.

11. Un nuevo factor en la complicada ecuación es el papel beligerante que ha asumido Rusia. El aventurerismo militar de Vladímir Putin tiene como objetivo acabar la guerra de Siria y afianzar a su aliado El Asad en el poder. Pero puede que resulte en una escalada de ataques yihadistas en territorio ruso y puede también propiciar un enfrentamiento peligroso con la OTAN, que ya alertó la semana pasada de la violación del espacio aéreo turco por aviones militares rusos.

12. Simplificando, y para resumir, en un lado del conflicto están Estados Unidos, Europa, Turquía, Arabia Saudí; en el otro, Rusia, Irán, Siria. Irak, un Estado fallido, ocupa un lugar entre los dos. Pero todos tienen intereses propios, muchas veces discrepantes, y lo único que une a ambos bandos es el enemigo común que representa el

Estado Islámico.

13. La única forma de vencer al Estado Islámico militarmente sería ocupando el amplio territorio que hoy controla. Durante años. Pero eso ya se probó en Irak y en Afganistán y no funcionó. No es una opción realista ya que el precio en sangre no lo querrán pagar ni los habitantes de Estados Unidos, ni de Europa Occidental, ni —seguramente— de Rusia.

14. La única solución imaginable sería una negociación entre todas las partes, el Estado Islámico incluido. Curiosamente, son expertos militares, no políticos, los que proponen esta eventual salida. Hoy parece imposible. Lo único que queda claro es que reina la muerte, el terror y el caos —con el peligro de que todo vaya a peor—.

13 de octubre de 2015

El Brexit y el lío catalán

«No hay nadie tan ciego como el que no quiere ver».

Antiguo Proverbio

¿Qué tienen en común el Brexit y el lío catalán? Una lista preliminar incluiría el deseo nacionalista de «recuperar el control»; el rechazo al percibido subsidio económico de los vecinos, por los que algunos sienten desdén; y que al mando hay periodistas convertidos en políticos: en el caso del Brexit, Boris Johnson; en el del independentismo catalán, Carles Puigdemont.

«Poder sin responsabilidad» fue la definición del periodismo que hizo hace un siglo un primer ministro británico. Responsabilidad hubo poca en la campaña a favor del Brexit, del *independence day*, que Johnson lideró el año pasado. Cada día que pasa queda más claro que hace mucho frío fuera de la Unión Europea.

Puigdemont comparte con Johnson un exuberante corte de pelo pero no sé lo suficiente sobre el presidente de la Generalitat para opinar si es igual de frívolo en sus motivaciones políticas que el excolumnista inglés, hoy ministro de Exteriores. Lo que sí sé es que no me gustan los impulsos nacionalistas que ambos comparten.

La idea de la independencia catalana, como la de la independencia inglesa, me parece primitiva, caprichosa, en el fondo mezquina, y, sospecho, económicamente catastrófica. No voy ni siquiera a disimular que soy objetivo. Mis opiniones son, como las del todo el mundo, fruto de mis circunstancias. Pero creo que lo que no es debatible si uno busca similitudes entre el Brexit y el lío catalán es lo siguiente: lo innecesario que ha resultado ser el tremendo problema en el que España/Catalunya y Reino Unido/Inglaterra se han metido.

Los ingleses (no los escoceses) se han cavado su propia tumba pero hay motivos para pensar que tanto los independentistas catalanes como el *establishment* político de Madrid comparten la culpa del choque de trenes que se avecina.

Cuando me mudé a Barcelona en 1998 el movimiento independentista apenas daba señales de vida. Catorce años después, en la fiesta nacional del 11 de septiembre de 2012, logró convocar a alrededor de un millón de personas en el centro de la ciudad. Los resultados de las encuestas desde entonces son muy discutidas pero nadie puede negar que en muy poco tiempo ha habido un crecimiento espectacular del sentimiento separatista.

¿Se debe todo a la habilidad política de los Puigdemont de este mundo y a sus aliados radicales de la CUP? No son tan brillantes. Ni los catalanes son tan fácilmente manipulables. Desde Cataluña, donde viví 15 años y donde vuelvo con mucha

frecuencia, cualquiera ve que los independentistas no hubieran conseguido ni la mitad de sus objetivos sin la ayuda del partido gobernante español y sus correligionarios en los medios. Acusan a los independentistas de ser unos niños irresponsables y gritones sin ver que ellos, creyéndose los adultos, se comportan igual.

Acabo de leer un libro titulado *The Struggle for Catalonia* (La lucha por Cataluña) del corresponsal del *New York Times* en España, el admirablemente equilibrado Raphael Minder. Una de las frases más lúcidas que Minder cita en su libro es de un catedrático español experto en nacionalismos llamado Ramón Máiz Suárez. «Si preguntas a los catalanes cuál es la principal razón por la que luchan por la independencia —el catedrático cuenta— dicen "el maltrato". El factor realmente potente es emocional; la idea de que España nos odia».

He visto una y otra vez cómo catalanes que se habían sentido serenamente españoles se han convertido en los últimos años en nacionalistas resentidos. Más allá de consideraciones económicas (no, no son todos unos tacaños), lo que ha echado más leña al fuego independentista que cualquier otra cosa ha sido la percepción generalizada de que el resto de España, empezando por el gobierno del Partido Popular, les falta el respeto. Oigo estas tres palabras casi siempre que hablo con amigos catalanes, incluso con aquellos que verían la independencia como una calamidad. Hasta las oí hace un par de meses en una cena en Bangladés. Había un catalán y una catalana en la mesa. La catalana había vivido toda su vida adulta en el extranjero. Ambos dijeron que se habían convertido recientemente al independentismo. ¿Por qué? les pregunté. Respondieron al unísono: «falta de respeto».

Lo oyen, lo ven, lo huelen los catalanes en las palabras y en las actitudes del Gobierno español y en lo que muchos consideran ser la tendenciosa presentación de las noticias de los medios de Madrid. En el caso del PP hay obviamente una dosis importante de cinismo electoral ya que saben que los catalanes tienen razón en sentirse odiados. Yo no soy catalán, ni me siento catalán, ni (vergonzosamente) hablo catalán. Hay pocas cosas que deseo más hoy que obtener la nacionalidad española. Pero cada vez que viajo fuera de Cataluña por España me irrita profundamente constatar lo extendido que está el prejuicio anticatalanista.

Hay más razones pero aunque fuera por esta sola los catalanes se merecen el derecho a celebrar un referéndum aceptado por el resto de los españoles. Lo mismo dicen muchos observadores extranjeros, por ejemplo los editorialistas de periódicos importantes como *The New York Times* o el *Financial Times*. Siempre el embajador español de turno les escribe, indignado, que no entienden nada, que hay que obedecer la Constitución. Siempre lo mismo: la Constitución, la Constitución. Como si la Constitución fuera la palabra final de Dios y no un texto terrenal, inevitablemente

mejorable, para servir a la gente. Las constituciones están para fomentar la coexistencia pacífica entre los siempre complicados, básicos y tribales seres humanos. Poco hay más tribal que el sentimiento independentista. Por más que a muchos no nos guste, ahí está. Como el invierno. No tiene sentido decir que no debería existir. Hay que tomar medidas para soportarlo, en este caso cambiando algunas palabras de la Constitución.

Si el referéndum sobre el Brexit fue absurdamente opcional, un referéndum legal en Cataluña es necesario, entre otras cosas por una cuestión de respeto básico a la clara mayoría de catalanes que lo desea. Los que no lo ven o no lo admiten tendrán que aceptar su cuota de culpabilidad histórica, especialmente en el probable caso de que el lío catalán se vuelva más feo de lo que ya es.

11 de septiembre de 2017

El pecado universal

Hay una tendencia en ciertos círculos a pensar que el racismo es monopolio de los blancos. Si los que piensan así hubiesen estado conmigo en Sudáfrica a principios de septiembre se habrían llevado una sorpresa.

El racismo más cruel en ese país ya no es el de otros tiempos. Hoy negros insultan, odian y matan a negros. Durante la semana que estuve ahí la noticia dominante fue que hordas de negros sudafricanos habían asesinado a doce negros extranjeros en Johannesburgo, además de asaltar a muchos más y en algunos casos de incendiar sus tiendas. Hubo furia por todo el resto del continente y algunas represalias. La embajada de Nigeria retiró a su embajador. La selección de Zambia no viajó a jugar un partido de fútbol. El presidente de Ruanda canceló una visita oficial.

El fenómeno no es nuevo. Yo estuve en Johannesburgo cubriendo esta misma historia, pero con bastantes más muertos, hace una década. La experiencia me ha dado un poco de perspectiva. Ser un inmigrante africano en Sudáfrica significa para muchos convivir con el terror. Serlo en Europa es demasiadas veces duro, pero no tanto. Un mozambiqueño quizá no gane más en Londres o en Lisboa que en Johannesburgo o en Ciudad del Cabo, pero vivirá en relativa paz.

De Sudáfrica viajé a Cádiz, donde hablé con un empresario de India que me dijo que el racismo en su país era mucho peor que el que su gente sufría en Europa.

Durante la conversación recordé que hace unos años estuve en la vecina Bangladés entrevistando a refugiados rohinyás, la etnia musulmana perseguida por las autoridades de Birmania como los cristianos en su día por los romanos, solo que con más rigor. Recordé el intento del poder hutu de exterminar a todos los integrantes de la tribu tutsi en Ruanda en 1994, genocidio que dejó un millón de muertos. Recordé también las matanzas de indígenas en Guatemala durante los años ochenta, y más recientemente las de los coptos cristianos por fanáticos musulmanes en Egipto.

No hay un monopolio del racismo. Estamos hablando de un pecado universal. Con la importante diferencia, quizá, de que hoy en los países que llamamos *occidentales* son más conscientes del mal, se flagelan más y están haciendo más para combatirlo. En Europa y Norteamérica se ha llegado al sano extremo de que lo peor que te pueden decir es que eres un racista.

Pero a veces, por ignorancia y por miedo, se pasan y se cae justo en lo que se pretende evitar, en una grave injusticia. Tal es el caso del jugador portugués del Manchester City Bernardo Silva, acusado de racismo por un mensajito con fotos que envió a través de Twitter hace unos días. Los señores que mandan en la Football

Association (FA) han metido sus narices en el asunto y si Silva no les convence de su inocencia en los próximos días le pueden dar una sanción de seis partidos. Según los medios ingleses, también podrían castigar a su entrenador, Pep Guardiola, por haberle defendido.

El supuesto delito de Silva fue enviar un tuit con una foto de su compañero y buen amigo Benjamin Mendy cuando era niño al lado de un dibujo de un niño negro gordito, la imagen de una marca de chocolates llamada Conguitos. La supuesta broma de Silva era que los dos —Mendy es negro— se parecían. No era para morirse de la risa, diría yo, pero Mendy no se ofendió, como él ha sido el primero en reconocer.

En cambio, los señores de la FA, diversos periodistas ingleses y al menos una oenegé sí que eligieron ofenderse y ahora el inteligente y políglota Silva, el jugador más querido en el vestuario multinacional del City, se enfrenta a una sanción y, mucho peor, a cargar el estigma del racismo por el resto de sus días. Lo curioso es que la FA ha seguido adelante pese a que el propio Mendy ha salido en defensa de Silva y el inglés Raheem Sterling, otro jugador negro del City, también. Sterling es conocido por sus campañas contra el racismo de verdad. Pero ni él, ni Mendy, ni Guardiola pudieron evitar que la FA perdiese la oportunidad de demostrar al mundo su exquisita y superior sensibilidad racial.

¿De dónde viene todo esto? La raíz, creo, es una mezcla de culpa y moralismo santurrón que procede, al menos en parte, de la percepción de que el racismo solo es algo que los blancos hacen a los negros. De ahí viene la presión para estar en permanente alerta ante la posibilidad de que cualquier blanco, especialmente si es un personaje público, haya cruzado la línea y cometido una transgresión imaginaria o real contra un negro, siempre una víctima en potencia, según esta visión del mundo, siempre inocente, siempre vulnerable, infantil.

Lo que no entienden los verdugos morales de Silva es que demuestran un profundo paternalismo: si Mendy no siente que es una víctima, si no se le ocurrió que la broma de Silva fue de mal gusto, es que es demasiado limitadito para verlo, pobre.

Lo que tampoco entienden es que la sanción que proponen para el jugador portugués esconde una oscura ironía. Son ellos los racistas en el fondo si creen que asociar a una persona negra con un dibujito cómico de un chico negro es en sí mismo ofensivo. ¿Qué? ¿Es feo tener rasgos africanos, por definición? Es como si un amigo negro enviara a Twitter una foto mía al lado de un dibujo de, por ejemplo, el iracundo capitán Haddock de los cuentos de Tintín, y escribiese que los dos nos parecemos. Yo no me iba a ofender, y mucho menos se me pasaría por la cabeza la noción de que mi amigo estaba siendo racista. O sea, mi reacción sería la misma que Mendy tuvo con Silva.

Mendy también quizá esté de acuerdo conmigo en que al gritar «¡racismo!» por

semejante pequeñez lo que se hace es abaratar y restar peso al racismo de verdad. Una vez más, la desproporción, el generar problemas innecesarios, el inventar dramas donde no hay necesidad define los tiempos de hoy en los países ricos del mundo. No hay matices, no hay sentido del humor. Reina la estupidez, el peor tipo de estupidez, la solemne estupidez.

Lo bueno ahora, lo realmente bueno, sería que la FA sancionara a Guardiola por defender a su jugador. Porque entonces no tendrían más remedio que sancionar a Mendy y a Sterling por haber hecho lo mismo. Y ahí se delataría la doble moral, la falta de juicio y la insularidad de estos defensores de la FA que, al esforzarse por exhibir su virtud frente al mundo, no hacen más que caer en ridículas contradicciones. Si yo fuera Silva, me iría de Inglaterra ya. Si fuera Guardiola, me lo pensaría.

6 de octubre de 2019

Niño en venta por cinco euros

Los rohinyás, ¿les suena? A mí tampoco si no hubiera sido por la casualidad de que hace doce años me sumergí en sus vidas, las más desdichadas de la tierra. Ahora se les va a conocer en el mundo entero. Hace cinco días esta pequeña etnia musulmana demandó a Facebook por 150.000 millones de dólares, acusándoles de complicidad en genocidio.

Desdicha, digo. Si quieren saber lo que es la desdicha, oigan la historia de una joven mujer que conocí en octubre del 2009 en un sórdido campamento de refugiados en Bangladés llamado Kutupalong. Nur Ayesha, de 23 años, había huido de su país, Birmania, y estaba instalada en el campamento junto a otros 30.000 rohinyás. El régimen militar, en el control del país hace 60 años, estaba iniciando una campaña de exterminio contra su gente, como si el *apartheid* feroz que sufrían hacía décadas no fuese condena suficiente.

La discriminación contra los rohinyás se basa tanto en la religión como en el racismo. Son una minoría musulmana en un país budista; suelen tener la piel más oscura que el resto de la población. El *apartheid,* mucho más duro que el que sufrían los negros en Sudáfrica, incluye y sigue incluyendo la obligación de trabajar como esclavos y la prohibición a ejercer su religión libremente o a casarse o tener hijos sin permiso.

Nur huyó al vecino y musulmán Bangladés porque ni ella ni el hombre al que amaba tenían dinero para pagar la cantidad que les exigía el ejército birmano para permitirles casarse. Se instalaron en Kutupalong y, después de un año de atroz miseria, su marido se fue rumbo a Malasia en barco a buscar trabajo. Habían pasado tres años más desde que su marido se fue cuando conocí a Nur. De rostro fino pero amargado, vivía en una chabola oscura y sofocante. Me dijo que creía que, como muchos otros rohinyás que intentaban la peligrosa travesía a Malasia, a 1.500 kilómetros de distancia, su marido había muerto. La había dejado con un recién nacido que no podía alimentar.

«Me contaron que había gente que compraba niños», me dijo Nur. «Vendí a mi hijo de tres años a unos que dijeron que venían de la ciudad». Nur se decía a sí misma que quienes compraron al niño lo criarían bien. Trabajadores de oenegé en Kutupalong me aseguraron que no, que el niño estaba condenado a una vida de esclavo, quizá, incluso, de esclavo sexual. Le pregunté a Nur por cuánto había vendido a su hijo. Respondió sin indicar ni horror ni sensación de injusticia, como si el precio hubiera sido justo, que lo había vendido por 500 taka: 5 euros.

Me espanta pensar cuántos habrán sufrido un destino similar al de Nur y su nene. Eran 30.000 los habitantes de Kutupalong en el 2009; hoy, en lo que se ha convertido en

el campamento de refugiados más grande del mundo, son 1,1 millones, todos rohinyás. El éxodo a Bangladés creció espectacularmente en el 2017 cuando el régimen birmano se puso manos a la obra como nunca para borrar de la faz de la tierra a una raza que públicamente definen como «marrones oscuros… tan feos como ogros». Diez mil es la cifra más conservadora de los que han asesinado.

Facebook, como explicaba un artículo en *The Times* de Londres esta semana, es sinónimo de internet en Birmania. La empresa de Mark Zuckerberg se apresuró a incorporar la escritura birmana a su red y en enero de este año había 28.780.000 usuarios de Facebook en el país, más de la mitad de la población. Para muchos de ellos la red social es la única fuente de noticias. Los abogados que representan a los rohinyás en su demanda multimillonaria contra Facebook argumentan que sus algoritmos amplificaron la campaña contra sus clientes, que la empresa se enriqueció a cambio de ayudar a crear las condiciones para el genocidio.

La demanda, formalizada en California, cita numerosas barbaridades colgadas en Facebook, entre ellas: «Debemos luchar contra ellos como Hitler contra los judíos» y «Lancen gasolina y prendan fuego para que puedan encontrarse más rápido con Alá».

Si el caso llega a juicio, existe un documento interno de Facebook que los abogados de los rohinyás harían bien en presentar. El documento dice: «Una minoría de usuarios intenta usar Facebook como plataforma para subvertir la democracia e incitar a la violencia, incluyendo crímenes graves bajo la ley internacional». Eso fue escrito en el 2018. Un rastreo hoy por Facebook en su versión birmana revelará un sinfín de mensajes llenos de inquina contra los rohinyás. Un posible testigo en el posible juicio sería el supervisor de derechos humanos de las Naciones Unidas en Birmania, que hace tres años declaró: «Lamento decir que Facebook se ha convertido en un monstruo». Otro testigo útil para la causa rohinyá sería un exempleado de Facebook citado en *The Times*. «Lo que hemos visto en los últimos cinco años es casi todo un país entrando en internet por primera vez y el alfabetismo digital es muy bajo», dijo. «No poseen los anticuerpos para combatir la desinformación digital».

El error, quizá, es pensar que solo gente nueva al mundo digital o de bajo nivel educativo es susceptible al odio y las mentiras que fluyen por las redes sociales. Solo hay que ver los alarmantes niveles de discordia en el país donde Facebook se inventó, Estados Unidos. Zuckerberg ha tenido que comparecer ante el Congreso de su país para defenderse de acusaciones de que suma millones a su insondable tesoro personal incentivando la división y debilitando la democracia. Zuckerberg respondió, como siempre cuando le proponen que representa una fuerza para el mal, con una mezcla de desdén y penitencia. «Hay que hacerlo mejor, lo reconozco», dice. «Estamos en ello».

Y después no pasa nada. Bueno, salvo que acaba de cambiar el nombre de su

empresa de Facebook a Meta, tomando a sus conciudadanos por idiotas, igual de incapaces que el birmano más digitalmente analfabeto de distinguir entre la verdad y la apariencia.

No estoy capacitado para saber si la demanda de los rohinyás llegará, a diferencia del marido de Nur, a buen puerto. En el caso de que sí prosperase y Facebook tuviese que desembolsar miles de millones, se abriría el camino para que medio mundo hiciera lo mismo. Y para que Nur recibiese la cuota de dinero que le corresponda, una cantidad tal vez superior a los 5 euros que recibió por su hijo.

12 de diciembre de 2021

¿Dios bendice las guerras santas?

Hoy, por si los hay que no se enteran, es un día enorme, el domingo de la resurrección de Jesucristo, milagro sin el cual no existiría la religión que ha tocado los corazones de la tercera parte de la humanidad. Sin la promesa de vida eterna que la victoria de Cristo sobre la muerte representa, su mensaje se hubiera quedado en una anécdota, el de otro profeta más. Lo dijo san Pablo, el gran propagandista cristiano. «Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, y vana es también vuestra fe».

¿Cuál fue el mensaje? Amar al prójimo; amar la paz. «Bienaventurados los que procuran la paz —dijo Cristo en el Sermón del Monte— pues ellos serán llamados hijos de Dios». Gran idea, lejos de hacerse realidad veinte siglos después. Lo que está ocurriendo hoy en Ucrania, otra guerra santa para añadir a las crónicas, deja en evidencia una vez más el camino que queda por recorrer para llegar a la tierra prometida.

Partamos de que lo que cuentan los Evangelios es verdad, que Cristo es el hijo de Dios y que nos observa desde el cielo. ¿Qué estará pensando? Bueno. OK. Difícil para un ser terrenal adivinar los insondables pensamientos de la divinidad. Pero si mantuviera algún recuerdo de los procesos mentales que asimiló antes de volver al lado de su Padre, se tendría que estar preguntando, al menos de vez en cuando, todo ese esfuerzo, ¿para qué? Predicar la paz y el amor, morir de manera tan atroz para redimir los pecados de la humanidad y luego… el odio detrás de las guerras salvajes que se han llevado a cabo en su nombre —en su nombre— desde las cruzadas de la edad media, o antes… ¿cómo entenderlo?

La respuesta de un creyente sería, supongo, que la triste debilidad humana no le resta valor a la doctrina celestial, o que se trata de otro de los misterios de Dios y que no hay que perder la fe. Bien. Aquí no me meto. La religión ofrece, para los que lo necesitan, consuelo, esperanza y orden en el caos. Cada uno que organice su vida según pueda. Lo que a mí me intriga es cómo tantos fieles han sido capaces a lo largo de la historia de vivir con la contradicción de creer que irán al cielo como recompensa por practicar la fe cristiana y, a la vez, actuar de tal manera que su lugar en el infierno está asegurado.

Vladímir Putin es el ejemplo más cercano que tenemos. Se proclama defensor de la Iglesia ortodoxa rusa, tan cristiana ella en sus creencias como la católica. Fue bautizado por su madre, se le ha visto con una cruz colgada al cuello, ha animado a los jóvenes rusos a ir a misa. Dijo en una entrevista con la revista *Time* en el 2007 que gobernar se basa en principios morales, «y no es posible hoy separar la moralidad de los valores

religiosos». El papa de la Iglesia rusa, el patriarca Kiril, no solo es un viejo amigo y aliado de Putin, ha dicho de él que es «un milagro de Dios».

Lo que queda más claro cada día es que Putin y Kiril conciben la guerra en Ucrania como una cruzada. Kiril rezó el mes pasado por la victoria en lo que llamó «la guerra santa». En otra ceremonia reciente le dio al jefe de la guardia nacional rusa una medalla de la Virgen María. Putin habla de su guerra como ejercicio de «purificación», lo que para él significa acabar con la creciente occidentalización de Ucrania. El odio a Occidente, está claro, es su fuerza motivadora. Él cree, como Kiril, que Occidente ha caído en la decadencia moral (véase feminismo, homosexuales y transgéneros), que ha abandonado a Dios, que él actúa en defensa de la única y verdadera fe. Un célebre intelectual ruso al que algunos llaman «el cerebro de Putin», Alexánder Duguin, afirma que Occidente es «el Anticristo».

¿Que hay otros factores en juego en Ucrania? Sí. El mundo es complicado. Los intelectuales de izquierda de siempre, tan materialistas ellos, lo reducen a «intereses económicos». La escuela «realista», de moda últimamente, lo entiende en términos de ajedrez: que Estados Unidos y sus aliados se equivocaron en la jugada cuando accedieron a la solicitud de antiguos miembros del bloque soviético de incorporarse a la OTAN. Algo de esto habrá.

El problema de limitarse a explicaciones racionales es que no ofrecen respuesta a por qué se aniquilan ciudades, se masacran niños, se viola a mujeres, se asesina a civiles a sangre fría. Tampoco la ofrecen a la tremenda desproporción entre, por un lado, la dimensión de la operación militar rusa y, por otro, el valor económico que tiene Ucrania o la amenaza que supuestamente representaba. Para entender el motor detrás de una invasión tan bárbara, tan innecesaria y tan espectacularmente mal planeada hay que entrar en el terreno de la irracionalidad, aquel en el que se encuentra la religión. La fe, en este caso, como escudo para esconder y dignificar los resentimientos y miserias que Putin carga en su persona y que comparte buena parte de la población rusa. Y la fe, también, para la absolución de los pecados.

Matar a los infieles, identificados también como «nazis», es una obligación cristiana, según la visión medieval de Putin. El Dios cristiano no solo perdona las matanzas, las bendice, igual que bendecía las masacres de hombres, mujeres y niños musulmanes en los tiempos de las cruzadas.

Cómo se llega del Sermón del Monte a Bucha y a Mariúpol es otro misterio, es la contradicción más grande de todas, pero se llega, se hace y se ha estado haciendo en nombre de Cristo el guerrero por todos los continentes desde hace mil años. Putin declaró esta semana que las negociaciones con Ucrania habían llegado a un punto muerto. La verdad es que estaban muertas desde el comienzo. No se negocia con el

diablo. Se le engaña. Se acuerda que se van a abrir corredores seguros para que los civiles puedan huir de las ciudades bombardeadas y después, una vez en camino, los matan. Como tiene que ser en el mundo de Putin. Todos los medios se justifican si el fin es sagrado.

El día de la Resurrección se celebra no hoy sino el domingo que viene en la Iglesia ortodoxa rusa. Gran día en la catedral para el patriarca Kiril, que dará gracias por la misericordia de Dios y por la ofrenda de su Hijo para salvar los pecados del mundo. Vladímir el Milagroso, rodeado de guardaespaldas por si Dios le falla, se santiguará, inclinará la cabeza y dirá «amén».

17 de abril de 2022

CULTURA

¿Por qué somos incapaces de olvidar a las Spice Girls?

Lo fácil, lo obvio, lo barato, lo previsible es decir que no tienen talento, que no saben ni cantar ni apenas bailar, que son un producto artificial confeccionado con astucia mercantil para alimentar el cutre infantilismo de las masas. Bien. Hemos marcado la diferencia —por si alguien dudase de nuestro refinado criterio artístico e intelectual— entre nosotros y la turba.

Y ahora ¿qué? ¿No hay nada más que decir sobre las Spice Girls? Tiene que haberlo; el fenómeno social que representan estas cinco inglesas algo nos tiene que contar sobre los tiempos en los que vivimos. Si no, ¿cómo explicar que ahí siguen, 15 años y medio después de su primer exitazo y más de 11 desde que grabaron su último álbum, como parte vibrante del panorama mediático universal? No solo en Twitter o en Facebook. Apenas transcurre un día sin que una de ellas salga en un telediario o en un tabloide o en una revista del corazón en algún lugar del mundo. Pero hay más. En diciembre, Victoria Beckham (antes conocida como *Posh Spice*, la pija) dio una entrevista a *The Financial Times* (¡a *The Financial Times!)*, y en agosto del año recién pasado la menos célebre Mel Chisholm, *Sporty Spice*, dio otra, publicada sobre dos páginas, al *Times* de Londres, que por más que pertenezca a Rupert Murdoch no ha abandonado del todo sus antiguas pretensiones a la respetabilidad. Este mismo año se espera el estreno londinense de un musical sobre la historia de las Spice Girls. Se llamará *Viva forever*. En los medios británicos, además, no para de especularse sobre el posible regreso de la banda. En los Juegos Olímpicos de Londres 2012, en Eurovisión o en el concierto del jubileo de diamante de la reina Isabel II. Rumores que ellas mismas han ido alentando y posteriormente desmintiendo. El obstáculo, aparentemente, es Victoria, que prefiere centrarse en su carrera en la moda.

En todo caso, parece que las chicas Spice vivirán para siempre. A día de hoy, al menos, la fascinación que ejercen no tiene fecha de caducidad.

Las cinco chicas recién salidas del colegio no se hubieran imaginado ni en sus más alocados sueños el futuro que les esperaba cuando, un día de febrero de 1993, respondieron al siguiente anuncio en la revista londinense *The Stage*:

«Se solicita: ¿Tienes de 18 a 23 años y sabes cantar/bailar? ¿Eres avispada, extravertida, ambiciosa y trabajadora? Heart Management, SL, es un triunfador consorcio de la industria musical en vías de crear un conjunto femenino de música pop. Audición abierta».

Se presentaron Victoria Adams, Melanie Chisholm, Melanie Brown, Geri Halliwell y Emma Bunton; ganaron, imponiéndose a 400 rivales; grabaron en 1996 una canción,

Wannabe, que fue número uno en Reino Unido (el primero de muchos) y en 29 países más; ganaron premios de reconocimiento mundial, hicieron una película y batieron un récord tras otro. Su primer álbum, *Spice*, tuvo ventas de 23 millones y en total han vendido más de 75 millones de discos, más que cualquier otro grupo musical femenino de la historia, sin excluir a las Supremes de Diana Ross. Otro hito: cuando se reunieron a finales de 2007 para una última gira internacional, las 20.000 entradas para el primer recital, en Londres, se agotaron en 38 segundos. También se llenaron los recintos para sus conciertos en Las Vegas, Los Ángeles y Toronto.

Hay dos preguntas: ¿cómo es que lograron tanto éxito teniendo tan poco talento? (Ni ellas lo niegan. Victoria Beckham, preguntada una vez en televisión cuál era su gran sueño incumplido, contestó: «Cantar como Mariah Carey»). Y la segunda: ¿cómo es que han logrado perdurar en el pasajero mundo de la celebridad?

La clave a la primera pregunta la da el notable hecho de que no fue su música la que las hizo memorables *(Wannabe* no era, ni cuando salió, cantable en la ducha) ni la calidad de sus actuaciones sobre el escenario, sino que fueron ellas mismas, casi independientemente de lo que hacían, las que quedaron grabadas en el imaginario colectivo de buena parte de la humanidad. Como conjunto, su sello de identidad fue corresponder a la imagen prototípica de las chicas de al lado, pero cada una de ellas proyectaba también una imagen claramente definida, cubriendo la gama de posibilidades para mujeres de su edad en la sociedad occidental. Victoria era *Posh*, la princesita elegante, algo altiva (David Beckham no debe de ser el único joven que vislumbró un reto cuando la vio en televisión y pensó: «quiero que esta sea mía»); Melanie Chisholm era *Sporty*, femenina pero atleta, la que se incorporaría confiada a un partido de fútbol con los chicos; Melanie Brown era *Scary* (temible), con un aire de malvada, pero a la vez exuberantemente *sexy* (y además, negra, para apelar a ese sector de la población); Geri Halliwell era *Ginger* (jengibre), la flaca desfachatada, y Emma Bunton, *Baby*, representaba al gremio de las gorditas simpáticas, la que transmitía el feliz mensaje «no hay que sentir el más mínimo complejo por llevar dos o tres kilos de más».

La ideología (bueno, la consigna, digamos) que las unía era el *girl power*, el poder de las chicas. No fueron ni Marx, ni Jesucristo, ni siquiera Margaret Thatcher, pero sí contribuyeron a redefinir algo importante para la sociedad, a dejar huella. Del mismo modo que David Beckham (como los futbolistas en general) se volvió un icono para infinidad de hombres jóvenes, las Spice Girls se convirtieron en un ejemplo a seguir para millones de chicas, muchas de ellas preadolescentes, que llenaban buena parte de los auditorios en sus recitales. Lo que redefinieron fue el concepto del feminismo: no para las intelectuales, o las que pretendían hacer una carrera universitaria, sino para la

abrumadora mayoría de jóvenes mujeres que jamás se sentarían a leer un libro de Gloria Steinem o Germaine Greer.

El mensaje liberador del *girl power* fue que era posible reconciliar el fenómeno nuevo de la independencia de la mujer con el concepto tradicional de la feminidad; que una podía buscarse la vida sin apoyarse en un hombre y sin renunciar a salir a la calle arreglada como una quiera, vestida para seducir o para llamar la atención o para que otras mujeres las admiraran. Porque otro aspecto del *girl power* fue la idea de que más prioritario incluso que atraer al sexo opuesto era la amistad entre las mujeres, la solidaria hermandad. O sea, no un feminismo cuyo fin era ser o actuar como hombres, sino uno en el que las mujeres se podían sentir cómodas y naturales, sin verse forzadas a abandonar el legado genético —y cultural— de millones de años de evolución.

Las Spice Girls no fueron, evidentemente, las únicas en promulgar una visión del rol de la mujer que hoy es la ortodoxia dominante tras los experimentos fallidos de los años setenta, cuando lo correcto en ciertos círculos era intentar vestirse —y en Inglaterra, al menos, beber pintas de cerveza— como hombres. Más allá de las sesudas columnas y los debates en los diarios más serios, también había figuras como Madonna (la cantante, no la Virgen). Pero Madonna tenía un singular talento y era imposible de imitar mientras que las Spice Girls eran, repetimos, reconociblemente las chicas de al lado, las que se levantaban a cantar un numerito en la fiesta colegial, o en la reunión familiar, y aunque no lo hacían muy bien, tenían gracia y ganas y descaro, y las que las veían actuar pensaban: «Podemos ser como ellas. Tan lejos no estamos».

Girl power se ha transformado hoy —y aquí va la respuesta a la segunda pregunta: ¿por qué perdura la fama de las Spice Girls?— en *mamá power*. Todas son treintañeras, todas son madres. Cada vez que aparece una imagen de ellas en los medios transmiten un nuevo mensaje para aquellas fans que sucumbieron a sus encantos en los años noventa. Es posible tener hijos y no perder el *glamour;* no hay ninguna necesidad, como solía ser el caso en generaciones anteriores, de renunciar al optimismo juvenil y a la independencia, e incluso al *sex appeal*, porque una ha entrado en cierta edad; no debe una dejarse aplastar como persona por las exigencias cotidianas de la domesticidad.

Claro, es todo más fácil si una tiene dinero (en el caso de los Beckham, una fortuna estimada en 140 millones de euros), pero, por más *posh* que una sea, tener cuatro hijos exige tiempo y dedicación. Todo indica que Victoria Beckham le da prioridad absoluta en su vida al papel de madre. Y las demás Spice también, como quisieron demostrar al final de varios de los conciertos que dieron en su gira final hace cuatro años: salieron los hijos de todas ellas al escenario a saludar al público y a recibir besos y abrazos de sus mamás. No solo fue *show*. Lo sienten en la vida real. Pusieron fin a esa misma gira antes de lo esperado, cancelando conciertos en varios países, precisamente, como

explicaron, porque sus obligaciones familiares se lo pedían. El hecho de ya haber acumulado ingresos de 100 millones de euros también habría representado un poderoso argumento para dejar de montar un espectáculo que nunca se les dio demasiado bien, pero en el caso de Victoria, en particular, también existía la necesidad de acudir a su nuevo puesto de trabajo como diseñadora de moda.

Tan bobas no son. Victoria, en especial, siempre ha demostrado en las entrevistas que es más lista y más pícara que su marido, en su día (o incluso todavía hoy) el ser humano más famoso de la Tierra. Por este preciso motivo, su decisión de asumir el apellido Beckham no fue tanto un acto de tradicional sumisión como una decisión calculadamente comercial. A mediados de 2008 lanzó una marca de ropa, gafas y accesorios y la llamó Victoria Beckham. Ha tenido un éxito descomunal. Los ingresos han crecido a un ritmo del 120 % tres años seguidos y sus productos se venden en 107 tiendas en todo el mundo. Más sorprendente aún —devastador para aquellos que la calificaban como descerebrada muñequita pop— fue el premio que ganó en noviembre en los British Fashion Awards, los Oscar del mundo de la moda británica. Se llevó la estatuilla para Marca de Diseño del año. Los tres finalistas a los que venció fueron la marca Burberry, Stella McCartney y el excerebro de Gucci Tom Ford.

Las otras cuatro ex-Spice Girls tampoco se han quedado cortas. Ha resultado que Mel Chisholm, por ejemplo, sí posee talento musical. Además de vender casi 10 millones de discos ella sola, compone sus propias canciones. Melanie Brown, el primero de cuyos tres hijos lo tuvo con el actor Eddie Murphy, vive en Los Ángeles, donde ha hecho DVD de *fitness* y tiene su propio *reality show*, transmitido en todo el mundo. Emma Bunton se ha forjado una triunfante carrera en Inglaterra como presentadora de radio y televisión. Y Geri Halliwell, la más erudita de las cinco, no solo ha escrito una serie de libros para niños que han tenido un notable éxito en Reino Unido (número uno en ventas en 2008), sino que ha ejercido de embajadora de la ONU especializada en VIH/sida, en cuyo papel tuvo una reunión hace tres años con el primer ministro de Nepal.

Lo llamativo de la historia de las Spice Girls es que la consigna *girl power* no resultó ser al final tan vacía de contenido como uno podría legítimamente haberse imaginado en aquellos tiempos cuando la canción *Wannabe* las lanzó a la fama. Fue una brillante apuesta comercial, pero eso no impidió que las cinco lograsen ser fieles al mensaje y labrarse cada una de ellas vidas llenas, audaces e independientes. Y, quién sabe, es posible que su ejemplo haya dado a muchas jóvenes de dudoso gusto musical la confianza necesaria para que acabasen haciendo de sus vidas bastante más de lo que sus madres habrían soñado.

18 de febrero de 2012

Twitter o Facebook

Para aquellos que se sienten enajenados, solos, raritos por su distancia del cada día más omnívoro mundo virtual y están contemplando empezar el año nuevo apuntándose a Facebook o a Twitter, o incluso para los que están pensando abandonar lo que para muchos se ha vuelto una especie de adicción, una guía.

¿Facebook (mil millones registrados en todo el mundo) o Twitter (500 millones)? Depende de si uno tiende más al exhibicionismo o al narcisismo. Facebook, la mejor opción para los exhibicionistas, ofrece, con su muro —el nombre del espacio donde se deposita la información—, un espléndido escaparate para aquellos que sienten necesidad de compartir con el mundo los detalles íntimos de sus vidas, desde el primer beso con la nueva novia (clic, la foto; clic, enviado a los amigos de Facebook), al aquí estoy yo con mi nuevo vestido/bikini/zapatillas Nike, al delicioso café y cruasán del desayuno, al intento autoanalítico de cómo me siento tras el disgusto con mamá.

Twitter, por el contrario, se acomoda más al narcisista, a aquel que tiene que demostrar al máximo número de gente posible (el gran indicador de esta red es el número de *followers* o seguidores, personas que voluntariamente buscan el perfil de uno y se apuntan para recibir lo que el elegido quiera decir) lo listo o gracioso o ingenioso que es, o lo informado que está sobre los acontecimientos mundiales. Twitter, que solo admite 140 caracteres por entrada, es más cerebral; Facebook, donde se publican 750 millones de fotos cada fin de semana, más corporal.

Si, como ha dicho Santiago Segurola, Twitter es «un bar de borrachos», Facebook es un burdel. O, quizá, para ser un poco más justos, Twitter es un bar cualquiera en el que algunos se emborrachan y se dicen de todo y Facebook es un club de copas en el que existe la opción de ligar.

Sin duda, si el propósito es navegar por las redes sociales para conocer gente con fines románticos y/o sexuales, Facebook es la opción para ti —descontando las específicas con este fin, claro—. Twitter, en cambio, es más útil para aquellos a los que les da lo mismo generar admiradores o enemigos, con tal de que se cumpla el requisito primario de que se les preste atención. Twitter es más irónico, esconde más; Facebook es más emocional y más revelador.

¿Es bueno esto para la salud mental? Buena pregunta, ya que se han hecho montones de estudios sobre el tema. Tras un repaso por la web parece existir un sesudo consenso. Del mismo modo que la avalancha de información en Internet logra que la gente sepa menos sobre más cosas, que posea muchos datos pero profundice poco en ellos, los

contactos personales a través de las redes sociales ofrecen más cantidad que calidad.

Un amigo, pillado hace poco jugueteando con su *smartphone* mientras esperaba a alguien en un restaurante, sonrió y dijo: «Lo maravilloso de estos aparatitos es que nunca más tienes que sentirte solo». Pues según los estudiosos en el tema, es al revés. En Estados Unidos, donde no hay faceta de la vida humana que no se someta a las estadísticas, todo indica que Twitter y Facebook han hecho que sus usuarios sientan más soledad que nunca.

Mucho ruido y pocas nueces o, como dirían los académicos norteamericanos, *the Internet paradox*, la paradoja de Internet. La contradicción consiste, dicen, en que cuanto más conectados estamos, más solitarios nos sentimos.

Un artículo en la revista *Atlantic* el año pasado lo resumió así: «Nuestras omnipresentes nuevas tecnologías nos llevan a hacer conexiones más y más superficiales». O sea, el diálogo es constante y extraordinariamente extenso, atravesando fronteras y continentes enteros, pero la calidad de la comunicación es limitada. Al no poder ver al otro, al no mirarle los ojos y detectar sus momentos de duda o rabia o vulnerabilidad, uno es incapaz de forjar una conexión humanamente completa, de construir un enlace empático. Uno pretende mostrar su mejor cara o su agilidad mental pero no deja de proyectar una visión idealizada de uno mismo, sin dejar entrever los puntos débiles que uno tiene, como ocurre cuando uno está con alguien en persona.

En el mundo físico y táctil, uno, tarde o temprano, se delata, por más que pretenda vender una imagen de potente autosuficiencia. Es a través de estos matices, de estas rendijas de la de personalidad como se forjan relaciones de auténtica amistad y eso es precisamente los que Facebook y Twitter tienden a ocultar. Con lo cual las relaciones en las redes sociales llenan los ojos y ocupan las mentes, pero vacían el corazón. Este, al menos, es el argumento de los que dicen que esto no es bueno para la salud mental.

¿Los que utilizamos Facebook y/o Twitter somos patéticos? Si la respuesta es afirmativa, patéticos somos muchos. La cuestión es si utilizar estos mecanismos de comunicación acentúa nuestra soledad o si lo que hacen es atraer a personas a las que les cuesta relacionarse con los demás. Según un estudio que se hizo en Australia hace un par de años y que tuvo mucha repercusión, sí existe una correlación entre las horas que la gente dedica a Facebook y el grado de soledad que sienten, o que sentían antes de que Facebook apareciera en sus vidas.

Bien, pero esto no significa que todos o la mayoría de personas que navegan por las redes sociales sean unos tristes ineptos en el cara a cara. Seguramente se podrá decir que cuantas más horas uno pase frente a la pantalla del ordenador o de la tableta o del móvil mayor posibilidad hay de que sufra un trastorno depresivo o antisocial. Pero, ¿es más

patético estar cotorreando por Facebook o Twitter que estar en casa solo viendo la televisión o en el autobús o en el tren mirando por la ventana?

La dimensión nueva que aportan las redes sociales es poder ver la telenovela o el partido y al mismo tiempo compartir por el telefonito comentarios, críticas, gracias sobre lo que estás viendo. Siempre y cuando uno tenga también una vida fuera del terreno informático las redes sociales ofrecen la posibilidad de hacer algo mucho menos complicado o ambicioso que forjar relaciones nuevas o sondear en las profundidades de nuestro ser: nos permite pasar un rato divertido. Y eso, dentro de las opciones que nuestra breve estancia en la tierra ofrece, no es nada desdeñable.

¿Es peligroso todo esto? Para los niños, especialmente, Facebook, sí. Para evitar el riesgo de caer en manos de degenerados es altamente recomendable que los padres tengan acceso a las cuentas de sus hijos pequeños y que las vigilen continuamente. Para los mayores, Twitter podría llegar a representar otro tipo de amenaza. Concretamente, crear complicados problemas legales en el caso de que más países decidan seguir el ejemplo del Reino Unido. Allá se considera que los tuiteros están sujetos a las mismas leyes de difamación que los periódicos. Se dio el caso en noviembre de un señor que fue acusado en Twitter de ser un pederasta. La acusación fue falsa y ahora no solo la persona que publicó el tuit original sino que todos los que le retuitearon —más de mil personas— viven bajo la amenaza, hecha por el señor implicado, de que les va a demandar. Ya hubo un caso anterior en Londres de alguien que tuvo que pagar 90.000 libras, o 110.000 euros, por haber hecho una acusación falsa en Twitter.

Los británicos parece que se han pasado. Una cosa es lo que se escribe en un periódico —ponderado por el escritor (aunque a veces no lo parezca) y revisado, se supone, por editores— y otra es lo que uno lanza a la webesfera en un momento de irresponsabilidad o juerga desaforada desde el teléfono móvil.

Uno que trabaja en este negocio quiere pensar que existe una diferencia radical entre un bar de borrachos y un periódico; que cuando uno es periodista es periodista y cuando uno es tuitero es tuitero. Por otro lado, que se extiendan las leyes de difamación británicas a todo el mundo podría tener sus compensaciones para la sufrida profesión periodística. Podría suponer una nueva fuente de ingresos. Por ejemplo, en el caso de que algunos de los que trabajamos en este diario demandásemos a aquellos que cuestionan nuestra reputación insistiendo, hasta el aburrimiento, que si no compartimos su noción de que José Mourinho combina las virtudes de El Cid, Nelson Mandela y la Madre Teresa de Calcuta tiene que ser porque a cambio recibimos una paga extra de nuestra empresa, o que se reduce nuestra posibilidad de ser despedidos. Tiene su encanto la idea.

Pero mejor no. Mejor que olvidemos el mojigato ejemplo británico e insistamos en que lo que se diga dentro del bar quede dentro del bar, lejos del alcance de las leyes humanas y divinas.

Finalmente, ¿yo con quién voy? ¿Twitter o Facebook? He probado las dos cosas y decididamente me decanto por Twitter. A muchos periodistas les gusta decir que se han metido en esta profesión para cambiar el mundo, para defender los derechos humanos, incluso —¡por el amor de Dios!— para contar la verdad. Bien. Algo de eso —bastante de eso— hay, sin duda. Pero negar que, como todos los escritores, lo hacemos también por vanidad, para ser admirados, recibir aplausos y llegar a muchos lectores es caer en la mentira o en el autoengaño. Twitter canaliza y alimenta el narcisismo y no es ninguna casualidad que muchísimos periodistas seamos tuiteros.

¿Facebook? No, gracias. Uno ya hace más que suficientemente el ridículo en la vida real.

6 de enero de 2013

El estudiante eunuco

«No comparto lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo».

Voltaire

Hace unos días hubo un debate en la BBC entre el presidente del consejo de estudiantes de una universidad británica y un señor mayor que escribe columnas para *The Times* de Londres. El tema era la libertad de expresión. ¿Quién estaba en contra? ¿El columnista del *Times*, cuyo dueño es el reaccionario Rupert Murdoch? No. El líder estudiantil.

Algo raro está ocurriendo en las universidades de Reino Unido, y en las de Estados Unidos también. El estudiante que hablaba en la BBC es síntoma de una tendencia represiva en un sector de la sociedad donde uno suponía que se daba un alto valor al principio del pensamiento libre.

El motivo del debate entre el joven y el periodista, que por edad podría haber sido su abuelo, había sido una petición firmada por 3.000 estudiantes de la Universidad de Cardiff exigiendo que a Germaine Greer, antiguo icono de la revolución feminista, se le prohibiese dar una conferencia en su campus. Greer, como algunos o algunas recordarán, es la autora del influyente y provocador libro *La mujer eunuco*, publicado en 1970. El libro, tan irreverente como iconoclasta, exhortaba a las mujeres a desencadenarse de los estereotipos represivos de antaño.

El problema de los estudiantes de Cardiff con Greer, que hoy tiene 76 años, es que la consideran una «misógina». Lo cual, a primera vista, es como llamar a Martin Luther King racista. ¿Cómo se explica? De la siguiente manera. Greer escribió un texto en 2009 en el que argumentó que a las transexuales no se les podía considerar mujeres. Tal afirmación fue considerada lo suficientemente ofensiva como para declararla *persona non grata* en el campus. Greer se rindió, pero no sin antes declarar en la radio: «Solo porque te cortas la polla y te pones un vestido no significa que te conviertas en mujer».

El tema aquí no es si Greer tiene razón o no. El tema es que la censura de personas cuyas ideas no confluyen con las nuevas percepciones de lo que es o no aceptable se está extendiendo por las universidades anglosajonas. Algunos ejemplos.

La semana pasada un profesor de la universidad de Yale, en Estados Unidos, fue rodeado por un grupo de estudiantes que le gritaron, entre otros improperios, «¡cállate la puta boca!». Su pecado: haber aconsejado a sus alumnos que si veían a alguien vistiendo un disfraz de Halloween «ofensivo» que no les hicieran ningún caso.

A finales de septiembre, la Universidad de Warwick, en Inglaterra, canceló una conferencia de una mujer nacida en Irán llamada Maryam Namazie. Esta es una marxista conocida por su virulento desprecio por la religión, empezando por la suya de nacimiento, el islam. La universidad explicó que su comparecencia en el campus incitaría «el odio».

Y un ejemplo más entre miles: una profesora de Derecho en la Universidad de Harvard escribió un artículo el año pasado lamentando la presión que recibía del cuerpo estudiantil para que no diera clases sobre cómo la ley responde a casos de violación. La profesora, Jeannie Suk, comparó esta actitud con intentar enseñar cirugía a un estudiante de medicina sin exponerle a la angustia de ver sangre.

Según Suk, los organismos estudiantiles estaban en contra de clases sobre la ley y la violencia sexual porque temían que la experiencia podría resultar «traumática». Y aquí, aparentemente, está el grano de la cuestión. Explicaba el líder universitario que habló en la BBC que el objetivo de la censura era siempre dar prioridad a «la seguridad» de los universitarios. Un reciente artículo escrito por dos académicos en la revista estadounidense *The Atlantic* profundizó en el tema. Explicó que para los que se apuntan a esta nueva corriente la meta final era proteger «el bienestar emocional» de los estudiantes, convirtiendo los campus en «lugares seguros» donde «jóvenes adultos están protegidos contra palabras e ideas que les hagan sentirse incómodos». «Se está creando una cultura —agregaba el artículo— en la que todo el mundo debe pensar dos veces antes de abrir la boca».

Alguien que ha optado por no abrir la boca nunca más en foros estudiantiles es el famoso cómico estadounidense Chris Rock, que ha construido una brillante carrera a base de ridiculizar tabúes raciales, sexuales y políticos. Rock, que es negro, dijo en una entrevista reciente que ya no comparece en las universidades porque son «demasiado conservadoras». Su principal preocupación, estimó, es «no ofender nunca a nadie».

¿A qué se debe tanta susceptibilidad entre los estudiantes del mundo anglosajón? En parte tendrá que ver con la presión conformista ejercida por la policía religiosa de las redes sociales, el miedo a la crucifixión verbal que padecerá cualquiera que discrepe de la ortodoxia de la manada. Pero, como también sugiere el artículo de la revista *The Atlantic*, la juventud de hoy, especialmente la que ha tenido la suerte de ir a la universidad, pertenece a una generación mimada. Es verdad que hoy los jóvenes lo tienen difícil para conseguir trabajo pero, al menos en los países ricos de Occidente, sus padres tuvieron la mejor y más pacífica calidad de vida que ha conocido la especie humana. Estos afortunados padres se han esforzado de una manera nunca vista para no herir los sentimientos de sus hijos, para protegerles de lo feo, lo duro y lo difícil de la vida.

La consecuencia ha sido la aparición de una generación de adolescentes y veinteañeros psicológicamente delicados que detectan ofensas donde sus padres —y más aún los padres de los padres, que vivieron guerras— no se las hubieran imaginado. Antes, cuando el columnista del *Times* era joven, los estudiantes censuraban a los que llamaban fascistas. Para bien o para mal, lo hacían a partir de un proceso de razonamiento político. Los militantes universitarios anglosajones de hoy censuran sobre la base de lo que sienten. Practicantes de una especie de fascismo *lite*, ellos son los que mandarán dentro de no mucho tiempo. Si la cosa no cambia, uno tiembla por la democracia.

9 de noviembre de 2015

CHERNÓBIL, LA SOMBRA DE UNA CATÁSTROFE

Eran los últimos días de abril de 1986, había llegado la primavera y Víktor Kibenok no podía ser más feliz. Su esposa, Tatiana, y él tenían 23 años, estaban enamorados y esperaban su primer hijo, conscientes de la suerte que tenían de vivir en un moderno piso de dos dormitorios en la ciudad más nueva y glamurosa de Ucrania, tal vez de toda la Unión Soviética.

Prípiat, con 43.000 habitantes, era un monumento al sueño socialista. La avenida Lenin, la principal vía de la ciudad, era amplia y arbolada, flanqueada por relucientes bloques de viviendas de color blanco. Las señales de neón con la hoz y el martillo colocadas en las farolas iluminaban las calles de noche. De día, los rosales en flor alegraban los parques.

Había un teatro en la misma calle en la que vivían los Kibenok, en el que se representaban obras que conmemoraban la revolución de 1917, la victoria sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y los logros obtenidos por el Partido Comunista desde entonces; tenía la comodidad de contar con un colegio excelente cerca, así como un polideportivo con una piscina olímpica, un restaurante que los fines de semana se llenaba de jóvenes familias, un estadio de fútbol, un hotel de lujo en el que se alojaban las figuras del partido y los científicos destacados que llegaban desde Moscú a inspeccionar la fuente de orgullo, satisfacción y empleo para la ciudad, la central nuclear de Chernóbil, a solo 3 kilómetros. Lo que más ilusión hacía a la joven pareja era que se acababa de terminar la construcción de un parque de atracciones cuya esperada inauguración oficial estaba prevista para el 1 de Mayo, la gran fiesta nacional. Tatiana y Víktor aguardaban con impaciencia el día en el que pudieran llevar a su pequeño a montar en la noria y los coches de choque.

Las cosas les iban bien y prometían ir mejor, pero Tatiana tenía un motivo especial para estar contenta de haberse ido con Víktor de su ciudad natal, Ivankiv, a 50 kilómetros al sur. La novia anterior de Víktor había sido la mejor amiga de Tatiana. En su círculo social, todos habían tachado a Tatiana de traidora y ladrona. Nadie parecía echar la culpa a Víktor, a quien sus viejos amigos recordaban como el chico más popular de la clase. Ahora era bombero, y a todo el mundo le gustan los bomberos, pero además era divertido, lleno de energía, afable y listo, dado a soltar ilusionantes consignas filosóficas del estilo: «Disfruta de la vida. No tienes más que una».

La noche del 26 de abril, justo antes de la 1:30, sonó el teléfono. Se había producido un accidente en la central nuclear. Necesitaban que Víktor fuera inmediatamente. Y aquello fue el fin de Prípiat y del sueño de los jóvenes enamorados.

Al frente de un equipo de siete bomberos que recibieron la orden de entrar en el reactor nuclear número cuatro, cuyo tejado de mil toneladas había saltado en pedazos por una explosión, Víktor cumplió con su deber, plenamente consciente de que podía costarle la vida. A trompicones entre los escombros, casi sin ver por las nubes de polvo nuclear de un color gris lechoso, él y sus hombres lucharon para apagar las llamas y se expusieron a una radiación un 50 % superior al extremo letal que puede soportar un ser humano. El rostro juvenil de Víktor enrojeció en 15 minutos como si hubiera estado todo un día expuesto a un sol feroz, y empezó a caérsele la piel. Pero mucho peores fueron las lesiones invisibles. La radiación empezó a matar en silencio sus células sanguíneas y a atacar sus órganos vitales. Aquejados por náuseas y temblores, deseando creer que se debía al espeso humo, Víktor y sus hombres fueron trasladados en plena noche a un hospital en Kiev, a dos horas de distancia; un par de días después lo llevaron de allá en avión a Moscú.

Tatiana llegó a la cabecera de su cama y le dijo que en su pueblo estaban calificándole de héroe, que habían llegado otros equipos de bomberos de todas partes y las llamas que rodeaban el núcleo ardiente del reactor se habían apagado finalmente al amanecer, con lo que se había conseguido el objetivo crítico de evitar que se extendieran al reactor número tres, que estaba justo al lado. Pero las consecuencias del desastre habían sido mucho mayores de lo que pensaron en un principio: el mundo entero estaba conmocionado. El viento había arrastrado partículas radiactivas hacia el norte, a la vecina Bielorrusia; se había detectado un aumento de la radiactividad hasta en Dinamarca. Tatiana le dijo a Víktor que temía que no podrían volver a casa. Habían evacuado Prípiat al día siguiente de la explosión, se habían llevado a todos los habitantes en una flota de 1.200 autobuses, y todas sus posesiones habían quedado atrás.

Víktor y su equipo de bomberos permanecieron en una sala aislada, cada vez más débiles y con más dolores a medida que pasaban los días, mientras los médicos debatían, perplejos, cómo salvarlos. Siempre optimista, Víktor instaba a sus camaradas a mantener el ánimo. «¡Aferraos a la vida!», les decía. El 11 de mayo, no pudo seguir aferrándose más. Murió y los médicos le dijeron a Tatiana que el hijo que esperaba, que pensaban que debía de estar contaminado por el contacto de ella con el padre, debía morir también. Ella siguió su consejo y abortó.

Treinta años después, en un mundo al que aún le sobrecoge la palabra Chernóbil, visito la que fue la ciudad modelo soviética en la que vivían Víktor y Tatiana. Prípiat, versión siglo XXI de las antiguas ruinas mayas, es el lugar más tenebroso en el que he estado en mi vida. Cuando los habitantes, un tercio de los cuales eran niños, recibieron la orden de la policía y el Ejército de subir a los autobuses, el 27 de abril de 1986, lo hicieron creyendo que pronto iban a regresar. Les dijeron que solo se llevaran los

documentos de identidad, algo de dinero y la ropa que llevaban puesta. Desde entonces ha sido una ciudad fantasma.

En la carretera casi desierta que va a Prípiat desde la ciudad natal de Víktor y Tatiana, Ivankiv, donde yo había pasado mi primera noche en la zona, atravesé dos controles militares, el primero en el límite de la zona de exclusión de Chernóbil, con un radio de 30 kilómetros, y el segundo, con una vigilancia más estricta, en el límite de los 10 kilómetros. En este Estado radiactivo dentro de un Estado, los bosques son altos y densos, las granjas están en ruinas, y la tierra es llana y está manchada de una contaminación invisible, como permanecerá durante los próximos 100.000 años o más.

El camino para llegar al centro de la ciudad es la otrora espléndida avenida Lenin, que hoy tiene cráteres más que baches, y en la que el paseo que sirve de mediana está repleto de maleza. Los edificios de ocho plantas a cada lado han pasado del blanco al gris, tienen las ventanas rotas y resultan pequeños al lado de unos árboles inmensos que en otro tiempo quizá se podaban pero que nunca más se podarán. La noria del parque jamás inaugurado al que va a parar la avenida se alza oxidada e inmóvil. También están oxidadas las estatuas de la Segunda Guerra Mundial, cuyo recuerdo los ucranios tienen siempre fresco en sus mentes. Puertas destrozadas, paredes desconchadas, sillas y pupitres rotos son lo que queda de las aulas y los pasillos del mayor colegio de Prípiat, donde, en medio de los escombros y los cristales rajados, se ven montones de máscaras de gas sin usar, muñecas de plástico rotas, mapas polvorientos del viejo imperio soviético y libros de texto en cuyas cubiertas medio desgarradas figuran fotografías de Vladímir Lenin con abrigo, corbata y gorra.

Subo a la azotea del edificio más alto de Prípiat, de 16 plantas, encaramándome con recelo por escaleras de piedra agrietadas, sorteando con dificultad masas de hierro retorcido, deteniéndome aquí y allí para mirar en los apartamentos destruidos, todos idénticos —dos dormitorios, un pequeño salón, un cuarto de baño y una cocina más pequeños aún— y todos vacíos salvo por algún somier roto o alguna estufa roñosa. No se ve ninguna nevera, ni colchón, ni zapato. Ni un cuchillo o tenedor. Los residentes no volvieron nunca a recuperar sus pertenencias. Todo fue saqueado, dicen, por miembros del Ejército en complicidad con el crimen organizado.

Al mirar desde la azotea sobre esta metrópolis posapocalíptica y, más allá, al paisaje plano como el mar hasta el horizonte, la idea obvia me viene a la mente: si alguien buscara una metáfora de la decadencia, la corrupción y la caída de la Unión Soviética, aquí está. Aquel experimento de ingeniería humana fracasó, igual que el experimento nuclear de Chernóbil. Hoy, bajo un sistema capitalista que aún no ha producido dividendos para la mayoría de los habitantes de Ucrania, la humanidad está intentando recomponerlo.

El lugar exacto en el que sucedió la catástrofe, a solo cinco minutos en coche de Prípiat, es un gigantesco solar en construcción, tan dinámico y pululando de vida como muerta está la ciudad. Más de 2.500 trabajadores, empleados por un consorcio internacional que encabeza una empresa francesa llamada Novarka, se empeñan en una hazaña faraónica cuyo propósito es asegurar el reactor nuclear destruido contra las filtraciones radiactivas, al menos durante los cien próximos años. Un antiguo oficial del Ejército soviético, Nikolái Yakovishin, es uno de los ingenieros responsables de la operación. Si antes tenía órdenes de hacer que el mundo fuera más peligroso, hoy dirige una misión para hacerlo más seguro.

Nikolái, de 59 años, es ingeniero de formación y graduado de élite de la academia militar soviética en Moscú. Su último trabajo como soldado fue ser jefe de gabinete en una base de armamento nuclear secreta en el sur de Ucrania, donde esperaba instrucciones para lanzar misiles balísticos intercontinentales en dirección a Londres, Washington o Nueva York. Por fortuna para el mundo, las instrucciones no llegaron nunca; por desgracia para él, un acuerdo firmado entre Bill Clinton y Boris Yeltsin en 1996 cerró su base y le dejó sin empleo. Nikolái, un hombre delgado y enjuto de rostro curtido, me dice que lloró el día que colgó el uniforme por última vez.

Pero entonces el antiguo enemigo acudió al rescate. Una empresa estadounidense le dio trabajo, la tarea de reparar y mantener la maquinaria pesada de las bases militares de ese país en varias partes del mundo. Aprendió inglés y después del 11S se encontró ayudando a los norteamericanos a prepararse para la guerra en Afganistán; en 2005 pasó a Irak, donde confraternizó y bebió con los soldados estadounidenses en el Campamento Victoria de Bagdad. «Un día, un oficial americano me dijo: "Si te hubiera visto hace 15 años, te habría matado". Yo me reí —recuerda Nikolái— y le dije: "¡No, yo te habría matado a ti!».

Desde 2012, año en el que dejó la empresa estadounidense y fue reclutado por Novarka, su misión trata de evitar la pérdida de vidas; y hoy lo hace al frente de un equipo que hace un ataúd gigante. Por lo menos, así es como he visualizado una construcción que lleva cuatro años en marcha y a la que los trabajadores de la zona denominan «el Arco»; su nombre oficial es «el nuevo contenedor seguro» o «el nuevo refugio». Otra imagen que me sugiere es la de un enorme hangar, un edificio abovedado de acero que tiene 110 metros de alto, 160 metros de largo y 260 metros de ancho, que es más alto que la Estatua de la Libertad y más pesado que la Torre Eiffel. En su interior podría caber un estadio de fútbol de 50.000 espectadores.

¿Cuál es su propósito? Cerrar herméticamente el reactor que explotó en 1986, para impedir que las 200 toneladas de combustible nuclear fundido, radiactivo y volátil en su núcleo sigan constituyendo un peligro para el planeta Tierra. O, como explica Nikolái:

«Conocemos la teoría, la base científica, pero no estamos seguros al cien por cien de la práctica. No sabemos con exactitud qué sucede dentro, cómo está reaccionando el material nuclear o cómo puede hacerlo en el futuro. Lo que sí sabemos es que debemos encerrarlo».

Eso no significa que el infame cóctel haya estado alegremente expuesto a los elementos estos 30 años. Los soviéticos completaron la construcción de su propio edificio de contención —lo llamaron «el sarcófago»— seis meses después de la explosión. Pero fue un trabajo apresurado y en 2011 el edificio perdió eficacia y fiabilidad, de modo que desde entonces la gente de Novarka ha estado parcheando cuanto ha podido. Algunos de los 2.500 trabajadores involucrados en el proyecto se dedican a asegurar el viejo reactor, una tarea que puede ser peligrosa y que les exige llevar máscara, gafas y trajes blancos como de astronautas; otros se centran en la construcción del Arco, una labor menos insegura, pero más compleja.

Menos insegura porque se construye a 200 metros del reactor y porque antes de empezar a edificarla pasaron dos años y medio limpiando los restos de radiactividad. La pregunta que me hice cuando estaba en el interior de la inmensa bóveda fue cómo van a colocarla sobre el reactor dañado cuando se termine, supuestamente a finales de este año. Nikolái me lo explicó con un lenguaje que no comprendí del todo, pero que incluía un sistema hidráulico de deslizamiento «con una tracción de 130.000 caballos». Tendrán que ser unos caballos que se muevan con gran suavidad, porque no se permite la menor trepidación, ni ningún falso movimiento que pueda variar incluso un milímetro el ángulo del Arco mientras recorre su camino a una velocidad prevista de 10 metros por hora.

«Estamos trabajando —dice Nikolái— en la frontera de la física y la ingeniería técnica». Me lo creo. El proyecto, que cuesta a la Unión Europea, Estados Unidos, Japón y Ucrania 2.200 millones de dólares, es una maravilla del genio humano. Y una belleza, una fusión de arte e ingeniería que combina ecos arquitectónicos del Museo Guggenheim de Bilbao con las dimensiones de un superpetrolero. Por un lado está el tamaño brutal del Arco y las grúas necesarias para construirlo; por otro, es una obra con 2,4 millones de tornillos que deben encajar en sus respectivos agujeros con exactitud milimétrica, una precisión de relojero suizo.

En cuanto a la seguridad, ni Nikolái ni la docena de trabajadores con los que hablé parecían especialmente preocupados. Nikolái, gran fumador, dice que el tabaco le matará antes que la radiación. Eso es algo que él y los demás tienen que agradecer a un equipo dirigido por un inglés llamado David Driscoll, que ha establecido un riguroso sistema de normas según las cuales todos los trabajadores deben llevar el traje de protección todo el tiempo, someterse a exámenes de radiación constantes cuando pasan

de zonas *limpias* a zonas *sucias* o llevar siempre encima dos pequeños dosímetros que miden los niveles de radiación de manera instantánea y registran la exposición diaria de cada persona en una base de datos informática. Ningún trabajador ha resultado dañado por la contaminación desde que comenzaron las obras, en 2008. Yo pasé dos días en el sitio y el *número dos* de Driscoll, un francés llamado Patrick Chabrier, me dijo que estaría expuesto a la misma dosis de radiación, o más, en un vuelo de Londres a Nueva York. Dicho esto, me alegré de marcharme de ese lugar. La extrema seriedad con la que se aplican las normas de seguridad y el consenso global sobre la necesidad de construir un arca tan vasta a un precio tan alto dan la medida de las incógnitas científicas a las que aludía Nikolái a propósito de la estabilidad de la enigmática basura nuclear que aún se agita en el núcleo del reactor destruido.

Un estudio de Naciones Unidas calcula que las muertes directamente relacionadas con la catástrofe de Chernóbil fueron 49, una cifra que incluye al bombero Víktor Kibenok. En cuanto a las muertes prematuras vinculadas con la radiación liberada, el estudio ofrece una estimación de 4.000, por el aumento de los casos de cáncer en las proximidades de la vieja central. Sin embargo, en la ciudad de Ivankiv, donde regreso después de visitar las obras, no están conformes con esos datos.

La responsable del hospital local, Oksana Kadun, dice que existen motivos para seguir alarmados sobre la posible repercusión en los hijos de los habitantes locales y los hijos de esos hijos. Hablamos en una sala de consultas en la que hay niños y niñas en cola para sentarse delante de un aparato que comprueba sus niveles de radiación. Las pruebas se hacen periódicamente y son obligatorias para todos los menores de 18 años. Delante de un gran mapa de la zona de Chernóbil en el que los distintos niveles de radiación están señalados con diferentes colores, la doctora Kadun dice que casi todos los alimentos consumidos en la región —leche, fruta, hortalizas, carne— tienen niveles más altos de los normales. En teoría, la gente podría comprar productos de zonas más seguras, pero la mayoría es demasiado pobre para poder permitírselo, explica. «Antes de la catástrofe no había más que dos casos documentados de cáncer de tiroides en Ivankiv, y eran unas mujeres mayores de 70 años. Desde entonces hemos tenido 84 casos, cuatro de ellos, niños».

La mayor preocupación de la doctora Kadun, una mujer de aspecto severo e imponente, es qué va a suceder a partir de ahora: «Las perspectivas genéticas no están nada claras. Es cierto que los niveles de radiación que encontramos en los niños no son letales, pero cualquier nivel puede ser peligroso. No existen datos científicos para saber qué mutaciones genéticas pueden estar produciéndose en sus cuerpos. No sabemos qué consecuencias sufrirá la próxima generación nacida aquí. Convivimos con una sensación de riesgo».

Y cierta sensación de aprensión también, a la que contribuyen los planes del Gobierno central de Kiev para crear un cementerio de residuos nucleares dentro de la zona vecina de exclusión. La mayor parte de la población local rechaza la idea. Por eso dimitió Anatoly Sviridenko, un hombre grande y fuerte que hasta hace poco era alcalde de Ivankiv. «Están planeando enterrar aquí unos contenedores llenos de residuos nucleares sin tener en cuenta ni en lo más mínimo la salud de los habitantes», me dice, justo después de una tormentosa reunión sobre este tema en el Ayuntamiento con contratistas privados y representantes del Gobierno central. «Tienen previsto comenzar los trabajos a finales de 2017», continúa Sviridenko, y esa fecha es, casualmente, cuando está programado que el Arco quede definitivamente instalado en la vieja central, lo que permitirá emprender la siguiente fase de la limpieza, la tarea inmensamente delicada —que se prevé que harán robots— de sacar las 200 toneladas de basura nuclear del reactor. «Lo que tienen pensado aquí es no solo enterrar nuestros residuos nucleares, sino convertirlo en vertedero para residuos nucleares de todo el mundo —explica Sviridenko—. Pero vamos a luchar hasta el final. Si vienen, levantaremos barricadas».

Son gente dura en esta zona, reflexiono al acercarse el final de mi estancia de cinco días en la región de Chernóbil. Todos son más pobres que los más pobres de nuestras mimadas democracias occidentales. Pocos ganan más de 50 euros mensuales. Sviridenko puede ser un personaje importante en Ivankiv, pero el único aseo de su casa está fuera, en un cobertizo, lo cual no es ninguna broma en los inclementes inviernos ucranios. En cuanto a los ancianos y los desempleados, he conocido a unos cuantos y he acabado pensando que una cosa es ser pobre en Mozambique o Ruanda, donde brilla el sol, y otra serlo en un lugar como este, en el que nieva la mitad del año. Tampoco hay que olvidar, hablando de ataúdes y cementerios, la historia de Ucrania en el siglo XX.

En mi última tarde conozco a una persona que sufrió los horrores de toda esta historia en carne propia. Vive en otra ciudad fantasma de la zona de exclusión de Chernóbil, menos conocida que Prípiat, llamada Poliske. Antes de la catástrofe vivían aquí 20.000 personas. Hubo que esperar a que Ucrania obtuviera su independencia de la Unión Soviética, en 1991, después de un referéndum en el que votó a favor el 92,3 % de la población, para que al Gobierno se le ocurriera que también había que evacuar Poliske. Se fueron todos menos 20, de los cuales han muerto 17, en su mayoría de viejos. Una de los tres que quedan es Alla Ivanivna, que tiene 87 años.

Me recibe en la puerta de su casita, en realidad poco más que una cabaña desvencijada, donde vive en la más profunda, húmeda y helada soledad. Tiene demasiado amor propio para dejarnos entrar al fotógrafo y a mí; dentro está todo hecho un lío, dice. Lleva un abrigo de lana sintética cerrado en la cintura con un trozo de cuerda, un gorro de piel y botas, pero no calcetines. La tierra está cubierta de nieve, pero

bajo el abrigo puedo verle las espinillas, moradas y venosas.

¿Por qué no se fue con los demás? «Porque esta es mi casa», responde, pero no enfadada, ni desafiante, ni amargada. «Aquí nací yo y aquí nacieron mis padres, mis abuelos y mis bisabuelos. Intentaron echarme los soldados a punta de pistola, pero les dije que antes tendrían que matarme». Sonríe al decirlo y empieza a parlotear, sin dejar de sonreír e incluso soltar risitas. Es la anciana más dulce que se pueda imaginar, y se alegra de tener a alguien con quien hablar; se alegra también de que, como esperábamos encontrarla, le hemos traído comida para varios días. Casi no puede andar sin apoyarse en la pared, pero se las arregla para encender un fuego en el que cocinar; la luz se la da un generador, y una persona le lleva una vez al mes comida con el dinero de su pensión, de 40 euros.

Alla lo ha vivido todo. Con cuatro años sobrevivió a la hambruna de 1932 y 1933 que provocaron los soviéticos y que mató a 3,5 millones de ucranios; aguantó la ocupación de Poliske por los nazis («hicieron cosas terribles», dice) entre 1941 y 1943; su marido falleció en un accidente de coche en 1949, cuando ella tenía 20 años; trabajó de contable y soportó los años de estalinismo; después llegó Chernóbil, y aquí está ahora, una presencia que me recuerda un verso de T. S. Eliot, «una cosa infinitamente tierna, sufriendo infinitamente». Esa es Alla Ivanivna, en carne y hueso.

Tierna pero, como el viejo soldado Nikolái Yakovishin, resistente; desafiante, como Anatoly Sviridenko y Oksana Kadun; superviviente, como toda la gente nacida en esta parte del mundo. Y es valiente también, como lo era uno que no sobrevivió, Víktor Kibenok, que tiene un monumento en su honor en un parque de Ivankiv, junto a otros que recuerdan a los que murieron durante la gran hambruna y a los héroes caídos de la Segunda Guerra Mundial. Aquí no les preocupan ni el colesterol, ni los peligros del tabaco, ni la necesidad de comer huevos de gallina campera o judías de cultivo orgánico. Les preocupa sobrevivir, tanto a los viejos como a los jóvenes, acosados por los recuerdos de los horrores históricos, rodeados de ciudades fantasma, siempre bajo la sombra de la catástrofe. La que sacudió al mundo en Chernóbil no es más que la última de tantas, una cuya amenaza seguirá estando presente aquí, y solo aquí, durante los próximos 100.000 años.

24 de marzo de 2016

«Bye bye, independent»

La noticia de que el periódico británico *The Independent* liquidará su versión en papel el mes que viene me provoca pena y agridulce nostalgia pero no una enorme sorpresa.

Formé parte del equipo que fundó el diario en octubre de 1986, procedente del *Times* de Rupert Murdoch con otros 60 desertores más, y ahí permanecí como corresponsal sucesivamente en México y Centroamérica, Sudáfrica y, finalmente, Estados Unidos hasta que empecé a escribir para *El País* en 1998. Me enorgullece poder decir que pasé buena parte de mi carrera en *The Independent*, pero, superada la primera década de su existencia, no fui el único en intuir que las cosas empezaban a ir mal. Lo que más me sorprende, realmente, es que *The Independent* lograse sobrevivir tanto tiempo más.

Pero esos primeros 10 años no me los quita nadie. Cuando me tocó cubrir la liberación de Nelson Mandela en 1990 ya superábamos al *Times* en ventas y, casi, casi alcanzamos al *Guardian*. El éxito del *Independent* se basaba en la prioridad que se le daba a la calidad de la escritura y en cómo cubríamos el mundo. Me acuerdo de que el jefe de internacional nos decía que, una vez constatada la veracidad de los hechos, la clave consistía en producir una buena lectura —*a good read*— y en explicar al lector porqué le pedíamos que dedicara a nuestros textos tres, cuatro, cinco minutos de su precioso tiempo.

Yo hacía lo que podía como periodista relativamente júnior, pero no estaba a la altura de nuestros grandes *cracks*. En Oriente Próximo teníamos al legendario Robert Fisk; cubriendo de manera magistral la caída de la Unión Soviética desde Moscú, a Rupert Cornwell, hermano del novelista John Le Carré; en el sudeste asiático a James Fenton, veterano periodista de la guerra de Vietnam que acabaría siendo nombrado profesor de Poesía en la Universidad de Oxford. Teníamos más corresponsales extranjeros que cualquiera de nuestros rivales y en poco tiempo nos convertimos en el periódico de referencia de los diplomáticos de la Foreign Office.

En cuanto a la independencia del *Independent*, no éramos revolucionarios —se suponía un apoyo implícito a la democracia liberal de mercado—, pero dentro de esa limitación teníamos un amplio margen de maniobra. No había ningún magnate ni gran empresa en la sombra; los principales accionistas eran los tres periodistas que tuvieron la idea de fundar el periódico y que al principio ocuparon los primeros tres puestos editoriales: director, subdirector y jefe de internacional. Los tres procedían del netamente derechista *Daily Telegraph*, pero jamás nos impusieron una agenda conservadora, mucho menos de apoyo a la entonces primera ministra Margaret

Thatcher.

Un ejemplo de la libertad mental que se autoimpuso aquella troika fundadora fue la decisión de no cubrir nunca historias de cotilleo —bodas, nacimientos, divorcios, adulterios— sobre la familia real británica. Otro, entre muchos más de mayor relevancia, fue el mero hecho de que me ficharan a mí para cubrir países como El Salvador y Nicaragua sabiendo muy bien que simpatizaba con la izquierda de ambos países y abominaba de las intervenciones «imperialistas» del presidente Ronald Reagan en el istmo centroamericano. El jefe que decidió enviarme después como corresponsal a Sudáfrica era, en la intimidad, un tipo profundamente conservador pero también sabía perfectamente que yo no iba a cubrir el final del *apartheid* como un drama para los blancos (lo que hacía el *Telegraph*) sino como el sueño más deseado de la mayoría negra.

Nunca ni a mí ni, que yo sepa, a nadie se nos impuso en ningún momento una línea política editorial. (Tampoco en mi caso, dicho sea de paso, durante los años que llevo escribiendo para *El País*).

El principio del largo adiós fue a mediados de los noventa cuando Murdoch se lanzó a la guerra contra *The Independent*, rebajando drásticamente los precios del *Times* sabiendo que su multinacional, News Corporation, podía amortiguar las pérdidas y nosotros no. Cuando llegué a Washington en 1995 empezaron los recortes y la sección internacional, llena de expertos regionales en Londres además de una veintena de corresponsales en plantilla, no se libró de la masacre.

En aquellos tiempos, la prensa en general prosperaba, así que los compañeros que fueron despedidos no solo salieron con un buen paquete de dinero en los bolsillos sino que encontraron nuevos trabajos rápidamente. Nunca olvidaré la reacción de un compañero a los pocos minutos de recibir la noticia de que lo echaban a la calle. Citando al autor escocés Robert Louis Stevenson, me murmuró, «Los que mueren serán los afortunados».

Me fui, con vida pero sin finiquito, en 1998 y desde entonces no he podido evitar fijarme en la correlación entre el descenso de la calidad del *Independent* y el gradual e implacable recorte de la plantilla, acelerado por la letal conjunción que han sufrido los diarios en casi todo el mundo de, por un lado, la crisis económica de los últimos años y, por otro, la aparición de Internet.

Habrá más recortes que nunca ahora, se supone, pero *The Independent* seguirá en versión digital. El periódico fue un experimento cuando se fundó y es un experimento de nuevo: será el primer periódico nacional de Gran Bretaña que solo se podrá leer en pantalla. Los demás, los que trabajamos para diarios que aún se aferran a la antigua tecnología del papel, lo seguiremos con interés. Ojalá les vaya tan bien como hace 30

años. Pero lo dudo.

12 de febrero de 2016

GORILAS SIN CAUSA

«Somos una variante de la especie del mono en un pequeño planeta que da vueltas alrededor de una estrella insignificante».

WILLIAM BOYD, novelista inglés

Tres comidas al día y tres siestas, 12 horas de sueño cada noche, ejercicio diario al aire libre, ambiente familiar relajado: viendo de cerca este fin de semana cómo viven los gorilas que habitan las laderas de los volcanes de Ruanda es difícil evitar la tentación de concluir que nuestros primos peludos se lo han montado bastante mejor que nosotros desde que se bifurcaron nuestros caminos hace ocho millones de años. Han conseguido sin trabajo, sin guerras, sin banderas, sin ideologías, sin religiones, sin ambiciones, sin causas y con un mínimo de complicaciones el estilo de vida al que siempre ha aspirado, y en el mejor de los casos muy fugazmente ha logrado, el *Homo sapiens*.

Difícil también no arriesgarse a ser un poco pretencioso y citar algunas líneas de un poema que me vinieron a la mente mientras me detenía a seis metros de una familia de 12 gorilas en la selva ruandesa, observándoles fascinado mientras ellos o no me hacían ni caso o me miraban con fundado desdén.

«Creo que podría vivir con los animales / son tan plácidos y seguros de sí mismos… —escribió Walt Whitman—. No se lamentan de su destino / no se pasan la noche en vela llorando por sus pecados… / Ninguno está insatisfecho, a ninguno le enloquece la manía de poseer cosas. / Ninguno se arrodilla ante otro… / Ninguno es ni respetable ni desdichado en toda la faz de la tierra».

Ruanda es un país particularmente indicado para reflexionar sobre la quimera del progreso humano. En 1994, mientras los gorilas se echaban sus siestas en paz, abajo en los valles hordas humanas mataron a un millón de hombres, mujeres y niños con machetes, palos o martillos, en cien días. También se echan o se echaban sus siestas, plácidos y seguros de sí mismos, durante la barbarie que hoy vive Oriente Próximo, durante el genocidio de Camboya en los años setenta; la bomba de Hiroshima, el horror de los nazis, la carnicería de la Primera Guerra Mundial y las masacres que llevaron a cabo nuestros antepasados más lejanos en la Edad Media, durante el Imperio romano y desde tiempos (al menos) del antiguo testamento, casi siempre con el noble objetivo de crear un mundo mejor.

Salvo en la ciencia, seguimos sin avanzar en lo más esencial de nuestra condición humana y todas las ideas que se han propuesto (marxismo, capitalismo, catolicismo, islamismo, etcétera) para recuperar el paraíso perdido o crear el cielo en la tierra han

acabado generando más esperanza que resultados.

Durante la hora que observé a la feliz familia gorila en la montaña solo hubo un breve momento de tensión, el único que me hizo recordar nuestro parentesco común. Ocho o nueve de ellos estaban descansando o rascándose o jugando con los pequeños cuando de repente irrumpió en la escena el macho alfa, obligando a que todos dejaran de hacer lo que estaban haciendo y se apartaran de su camino. Cinco segundos después, una vez que el musculoso paterfamilias había encontrado un hueco donde reclinarse cómodamente, se recuperó la armonía y la serenidad.

Volaremos hoy a la Luna o a Marte, tendremos televisión, teléfonos móviles, Internet, Facebook y Uber, pero seguimos tan sumisos a la figura del líder como cuando vivíamos en las cavernas. Veamos el caso francés. La inauguración, ayer, de Emmanuel Macron como presidente ha generado artículos en medio mundo, o al menos en media Europa, analizando la posibilidad de que la derrota al populismo que Macron representa se pueda replicar en otros países. Columnistas y otros expertos políticos se pierden en análisis sesudos de la globalización, del elitismo, de la desigualdad como factores decisivos de cambio político. Pero olvidan la lección más importante de las recientes elecciones francesas: lo más básico, lo más primario, lo más prehumano y lo más determinante en una elección democrática es la capacidad de persuasión emocional del líder.

Se ha hablado mucho en Reino Unido en la última semana sobre la necesidad de imitar el ejemplo francés de Macron con su nuevo movimiento político, En Marche!, y crear un nuevo partido político para llenar el vacío que ha dejado el partido laborista del triste e inepto Jeremy Corbyn. Lo que pocos dicen es que no es tanto un nuevo partido con nuevas ideas lo que se necesita sino un líder carismático para sacar al país del unipartidismo al que hoy está condenado. Si tras la inevitable derrota electoral en junio ante los conservadores de Theresa May el partido laborista cambia a Corbyn por un Macron británico es altamente probable (casi una garantía, más bien, tras la inevitable debacle del Brexit) que gane las próximas elecciones generales.

Macron el personaje ha sido mucho más decisivo en la derrota del Frente Nacional de Marine Le Pen que las poco específicas políticas de «apertura» y «reforma» que Macron el ideólogo ha prometido. Donald Trump ganó a Hillary Clinton por muchos motivos, entre ellos lo raro del sistema electoral estadounidense y la ignorancia, mal gusto e infantilismo de un alto sector del electorado de su país. Pero al fin de cuentas ganó por la misma razón que ganaron todos los anteriores presidentes de Estados Unidos. Se impuso la biología. Trump transmitió una imagen de liderazgo a la altura de la de Hillary Clinton, cuya mayor debilidad frente al sector menos evolucionado pero más decisivo del electorado fue que por más alfa que fuese en sus conocimientos e

inteligencia, nunca iba a ser un macho.

Yendo más allá de las llamadas «maduras» democracias occidentales vemos cómo se impone hoy en el mundo el modelo de liderazgo del «hombre fuerte». Putin en Rusia, Erdogan en Turquía, Xi Jinping en China, Modi en la India: líderes gorilescos todos, jefes de países cuyas poblaciones cubren más o menos la mitad de la humanidad. Lo cual nos ofrece otra prueba más, por si fuera necesaria, de que hemos heredado lo peor y perdido lo mejor de la jungla, y la noción de la evolución humana hacia una forma de vida más sana, serena y feliz es, en el fondo, un espejismo.

15 de mayo de 2017

El virus más contagioso del mundo

«El fútbol: ¡joder!».

Alex Ferguson

Con tanta histeria ante el desenlace de las ligas y las finales de las competiciones europeas un viaje de cuatro días a Ruanda, en el centro geográfico de África, parecía una buena oportunidad para desintoxicarme. Pues no. Imposible huir del fútbol en este mundo.

Llego del aeropuerto al centro de Kigali, la capital ruandesa, y veo carteles por todos lados anunciando la final de la Champions y la cerveza Heineken. El protagonista, José Mourinho, observando una ciudad desde un rascacielos de noche, como si fuera Batman o el conde Drácula.

Entro en mi hotel y, sentado en un sillón, un señor de unos 40 años, evidentemente, un ruandés, luciendo una camiseta del Arsenal. Incapaz de resistir la tentación, le pregunto si cree que Arsène Wenger seguirá como entrenador de su equipo la temporada que viene. Sacude la cabeza en un gesto de desesperación y me explica por qué sospecha que sí. «Es que ese americano, Stan Kroenkeo, el que tiene la mayoría de las acciones del club: no le interesa cómo nos va con tal de que siga ganando dinero…».

Por enésima vez constato que vaya por donde uno vaya en África la gente no solo sabe los nombres de todos los jugadores de sus equipos favoritos europeos, no solo están al tanto de todo el cotilleo que les rodea, sino que están enterados de lo que está pasando dentro de las propias directivas. Este señor, que era un médico, me empezó a hablar acto seguido del otro accionista del Arsenal, el ruso Alisher Usmanov, pero solo para acabar concluyendo, con un suspiro, que el caducadísimo Wenger era el sumo pontífice del Arsenal. Él solo decidiría cuándo se iba, igual que un papa.

Me despido del fan ruandés del Arsenal, subo a mi habitación, pongo el televisor y ¿qué están pasando? El Manchester United de Mourinho (¿qué hacía en un anuncio para la final de la Champions?) y el Celta de Vigo. Era la semifinal de la Europa League. El Celta jugaba a un nivel a años luz del United, tuvo el 67 % de la posesión pese a que jugaban en Manchester, pero fue el equipo inglés el que pasó a la final. Con los equipos de Mourinho nada nuevo bajo el sol, ni el de aquí en el ecuador.

La noche siguiente, la del viernes, veo el partido entre el Chelsea y West Bromwich Albion en un bar aquí en Kigali. Si el Chelsea gana se proclama campeón de la Premier League. El Chelsea gana y un camarero, que hacía más de hora y media que no servía un trago, celebraba con casi tanta furia como Antonio Conte, el efervescente entrenador

del equipo londinense.

Salgo el sábado de madrugada en coche hacia las montañas del noroeste de Ruanda. Dos horas de carretera y me toca un conductor que es del Real Madrid. ¿Bale o Isco? ¿Isco o Bale? ¿Cuál de los dos iba a jugar de titular en la final de la Champions, el galés o el español?

El tipo, que tenía unos 35 años, estaba tan enterado de los entresijos de la cuestión como si leyera el diario *As* todos los días. «Sí, claro —me decía—, el Madrid juega mejor con Isco y un 4-4-2, domina más el centro del campo que con Bale y un 4-3-3. Pero por otro lado la final se juega en Cardiff, y Bale es galés… Y, por supuesto, es buenísimo, me encanta, y no olvidemos, además, el gol que marcó para ganarnos la final de la Champions contra el Atlético hace tres años. Ahora, eso sí, a mí me gusta más el Madrid cuando juega Isco, pero ya sabemos que Florentino Pérez está enamorado de Bale, y entonces, pues…».

Y así estuvo el forofo ruandés del Madrid, blablablá, analizando el gran tema del día, desde todos los ángulos posibles, disponiendo de la misma información o más que el típico forofo madridista de nacimiento español.

Llegamos a nuestro destino, salgo a pasear por un pueblo muy pobre en las laderas de un volcán y, como casi siempre en África, se acercan montones de niños pequeños a saludar. Dos de ellos llevan el mismo chándal con la misma palabra escrita sobre el pecho: Messi.

Y así todo. No hay manera de escaparse del fútbol. Es el virus más tenaz de la tierra. Y qué afortunados que somos los que nos hemos contagiado irremediablemente de él.

14 de mayo de 2017

De bilis a balas por la red

«A quienes los dioses quieren destruir primero los enloquecen», dijo una vez un griego. Parece que nos quieren enloquecer a todos y los demonios que están soltando para calentar nuestros cerebros viajan por internet.

No lo digo yo, lo dice Tim Cook, que sabe de estas cosas ya que es el sucesor de Steve Jobs como jefazo máximo de Apple, empresa cuyo colosal éxito depende precisamente de nuestra internetdependencia. En un discurso ante el Parlamento Europeo, Cook declaró lo siguiente: «Plataformas y algoritmos que prometen mejorar nuestras vidas pueden magnificar nuestros peores comportamientos. Actores *rogue* e incluso gobiernos se aprovechan de la confianza de las personas para profundizar divisiones, incitar a la violencia y socavar la percepción común de lo que es real y lo que es falso».

Esto lo dijo Cook el 24 de octubre, días antes de que detuvieran a Cesar Sayoc, el responsable de enviar paquetes bomba a Barack Obama, Hillary Clinton y la CNN, entre otros, y antes de que Robert Bowers entrara en una sinagoga en Pittsburgh y matara a tiros a once feligreses judíos.

¿Qué tienen en común estos dos personajes? La soledad, el fracaso, el resentimiento. ¿Cómo lo combaten? Buscando gente que padece los mismos males. ¿Dónde encontraban sus almas gemelas antes de internet? En un bar, si tenían mucha suerte, quizá en una iglesia. Pero eran pocos. ¿Dónde encuentran a miles hoy? En redes sociales como Facebook y Twitter o en foros para gente enfadada con la vida como Gab o Daily Stormer o The Right Stuff. Ahí descubren que por fin alguien les toma en serio. Sus paranoias se vuelven respetables. Sus vidas cobran dignidad. El resentimiento, un ácido que corroe por dentro, se expulsa y se convierte en algo más heroico: un deseo justificado de venganza.

Los más trastornados a veces actúan de manera consecuente con su verborrea y la bilis se convierte en balas, como en los casos de Sayoc y Bowers; o de un tal Alek Minassian, que, por falta de sexo, se subió un día en abril de este año a una camioneta y atropelló y mató a diez personas en Toronto. De la masturbación a la masacre.

Minassian encontró el consuelo que necesitaba en un foro virtual cuyo lema era «incel rebellion»: la rebelión de los «involuntariamente célibes». El canadiense tuvo al menos la virtud de la honestidad. ¿Cuántos más de estos asesinos de inocentes serían ciudadanos perfectamente apacibles si no padecieran la frustración de la inocencia carnal? Buena parte de los mártires de la yihad, para empezar. No olvidemos que el premio por matar infieles en las Torres Gemelas, en la estación de Atocha de Madrid, en el teatro Bataclan de París o en London Bridge es sexo sin fin en el cielo.

Sea cual sea el diagnóstico, crean en lo que digan creer, lo que une a la mayoría de estos terroristas solitarios es que cocinan sus sueños de muerte y destrucción en la web. Pero solo son las puntas de lanza de un fenómeno mucho más generalizado. No es casualidad que el extremismo ideológico reinante en el mundo hoy, especialmente en el mundo occidental, coincide en el tiempo con la aparición en nuestras vidas de internet. Digo «extremismo», pero me equivoco. Los otrora extremistas ocupan hoy el centro. Internet es el megáfono que ha sacado sus mensajes de las cuevas y los ha vuelto *mainstream*.

Trump sin su tuitorrea no sería hoy presidente de Estados Unidos; sin el altavoz de las redes, Jair Bolsonaro, el Trump tropical que acaba de ganar las elecciones presidenciales en Brasil, seguiría siendo lo que había sido durante treinta años, un diputado rarito, repugnante pero impotente a la hora de afectar a las vidas de la gran mayoría de brasileños. En Italia, en Polonia, en Hungría, más de lo mismo. En Alemania los neonazis salen del armario. En el Reino Unido el referéndum por el Brexit lo ganó el espíritu de Nigel Farage, líder del partido antiinmigrantes UKIP.

Criminales como Sayoc y Bowers se convierten en metáforas enfermizas de una tendencia generalizada: por lo que sea, la gente está resentida; descubren que no están solos; ven que los Trump o los Bolsonaro les dan licencia para escupir temores o prejuicios que antes se habían tragado y se suelta una avalancha de veneno que consume todo lo que aparece en su camino, empezando por la complejidad y el matiz, que es donde reside la verdad, seguido por el sentido del humor y el diálogo, donde se encuentran las soluciones civilizadas a los problemas.

Vemos algo parecido, aunque por ahora quizá más cómico que dañino, en cómo pervierten la realidad los ultras en el terreno social. Algo decente y necesario como defender los derechos de ciertas minorías se convierte demasiadas veces en una grotesca caza de brujas.

Un ejemplo entre miles: un estudiante en la Universidad de Durham (Inglaterra) fue masacrado en las redes y despedido de su puesto como director adjunto de un pequeño diario porque tuvo la audacia de escribir en Twitter que «las mujeres no tienen penes». ¿Su pecado? La transfobia; ofender a las personas transgénero.

En cuanto a la urgencia por acabar de una vez con los abusos ancestrales contra las mujeres, la frivolidad amenaza con restar fuerza a la causa. Nada atípico, al menos en los países anglosajones, fue el caso reciente de Waitrose, una importante cadena de supermercados inglesa, que puso en venta un sándwich de pollo *gourmet* con el nombre de «Gentlemen's roll». Le pusieron ese nombre porque el *roll*, el sándwich, contenía una pasta de anchoas conocida como Gentleman's Relish. ¡La que se armó en Twitter! Un sándwich «sexista», «otra atrocidad más del patriarcado» y tal. Waitrose alzó la

bandera blanca en cuestión de horas. «Nunca fue nuestra intención ofender a nadie… tenemos pensado cambiar el nombre del sándwich lo antes posible…».

De lo meramente tonto a lo cruel y sanguinario, pasando por la elección de gobiernos que antes solo hubieran llegado al poder a través de un golpe de Estado, el denominador común es internet. Además de vidas, hay valores en juego, por los que nuestros antepasados han luchado y sufrido. ¿Qué hacer? Me limito a identificar el problema, como Tim Cook, que con suerte dará un día con la solución.

«Esta es una crisis real, no es imaginaria, ni exagerada o loca —dijo el jefe de Apple en su discurso en Bruselas—. Ahora más que nunca —como líderes de gobiernos o como personas que toman decisiones en empresas o como ciudadanos— debemos hacernos una pregunta fundamental: ¿en qué mundo queremos vivir?».

4 de noviembre de 2018

La vuelta al mundo

Los secretos del éxito dependen de cómo uno defina el éxito. Pero si nos limitamos a lo convencional, al triunfo en el trabajo, tenemos a nuestra disposición un sinfín de manuales. Que si levantarse temprano, que si ser positivo, ser audaz, perseverante, competitivo, tener imaginación, curiosidad, pasión, hambre, atención al detalle o estar medio locos.

He conocido a grandes triunfadores en la empresa, en la cocina, en el fútbol, en la política. Pienso en Howard Schultz, el fundador de Starbucks. En Pep Guardiola. En Nelson Mandela. En los cocineros Ferran Adrià, José Andrés (búsquenlo en Google si no lo conocen, el protagonista de la segunda conquista española de América) y Ángel León, «el chef del mar». Poseen todas las virtudes que enumero en el primer párrafo, y muchas más, pero hay una cosa que tienen por encima de todas: una tremenda energía. El gran denominador común de la gente superexitosa es que poseen una energía muy por encima de la media común. Una fuerza primaria que les salta a los ojos, penetra la piel e inunda la mente hasta el punto que a mí al menos me provoca vértigo o, quizá más bien, agotamiento ajeno. Llevan motores adentro que operan solo a altas revoluciones; son fórmula 1 hechos carne.

El restaurante de Ángel León, Aponiente, en la provincia de Cádiz, tiene sus tres estrellas Michelín, galardón para cuya obtención y mantenimiento se requiere no solo una tremenda capacidad de invención sino además rigor, esfuerzo y concentración total todas las horas de todos los días. Es como ser el director de una orquesta sinfónica que nunca para de tocar. Pero aun así le sobra tiempo y ganas a León para querer salvar al mundo. Estuve con él la semana pasada en un encuentro que organizó de unos 150 cocineros y ecologistas para ver cómo podrían juntar fuerzas para, entre otras cosas, reducir los residuos en los mares del millón de botellas de plástico que se compran en el mundo por minuto. Admirable.

Pero si quieren hablar de energía a lo realmente grande, de audacia y de perseverancia al límite más extremo de las posibilidades humanas, quedémonos en la provincia de Cádiz. Pero rebobinemos 500 años, casi al día, para llegar al 20 de septiembre de 1519, fecha anterior a la invención del plástico en la que una expedición naval multinacional partió del puerto de Sanlúcar de Barrameda bajo el mando del portugués Magallanes y acabó dando la vuelta al mundo por primera vez, que se sepa, en la historia de la humanidad. Pero Magallanes no completó el viaje y fue uno de sus marineros, el español Juan Sebastián Elcano, el que sobreviviría para contar cómo fue «recorrer y descubrir toda la redondez del mundo». Fue terrible.

Me empezó a contar la historia un amigo en un bar de Sanlúcar esta semana y luego leí un libro de Stefan Zweig sobre lo que él describe como «la aventura más atrevida de la historia de nuestra especie». El viaje a la Luna fue un paseo en comparación. Todos recordamos al astronauta Neil Armstrong pero Elcano es un personaje extrañamente desconocido, incluso en la fragmentada España, donde vendría bien tener más figuras históricas capaces de generar sentimientos de orgullo colectivo nacional. Fueron cinco barcos los que partieron hizo 500 años el viernes con una tripulación total de 239 hombres. La expedición duró tres años y de los cinco barcos solo regresó uno a Sanlúcar, bajo el mando de Elcano; de los 239 tripulantes iniciales regresaron 18.

El objetivo declarado de la expedición fue hacer lo que Colón pretendió y no pudo, encontrar una ruta en dirección oeste al Oriente, a lo que en aquellos tiempos llamaban las Indias. Asia. El éxito de la misión dependía de encontrar lo que no existía en ningún mapa: una ruta marítima al mar del Sur, hoy el océano Pacífico, que Balboa había descubierto tres años atrás desde un monte en Panamá. Las cinco naves cruzaron el Atlántico y bordearon la costa de América del Sur, deteniéndose en las desembocaduras de un río tras otro en una búsqueda cada vez más desesperada del paso al mar mientras caía el invierno patagónico y los marineros empezaban a morirse literalmente de frío.

Finalmente encontraron lo que desde entonces se llama el estrecho de Magallanes y ahí tres de los barcos —uno se había hundido, otro se rindió y regresó a España— comenzaron una travesía a ciegas de 139 días, cuatro veces más que el primer viaje a las Américas de Colón, hasta que tocaron tierra en la que hoy llamamos la isla de Guam. Los que no murieron de hambre y sed en el camino tuvieron que comer ratas, trozos de cuero y serrín, bebiendo un vez al día mínimas cantidades de agua rancia. Una tribu indígena mató a Magallanes y al final solo quedó el barco *Victoria* con 66 hombres a bordo para el regreso en dirección oeste, rodeando África sin tocar tierra una vez más, pero esta vez durante 153 días, hasta llegar a Cabo Verde. Más ratas, más cuero, más serrín y agua tan repelente que los marineros se agarraban la nariz mientras la bebían para no tener que olerla. Continuamente lanzaban muertos al mar. Imposible imaginar tanto sufrimiento o, en el caso del capitán Elcano en particular, tanta tozudez. Cincuenta y cinco días después de salir de Cabo Verde los 18 sobrevivientes, fantasmas esqueléticos, llegaron a Sanlúcar. Zweig cuenta que la noticia de la hazaña recorrió Europa como un polvorín, causando asombro y admiración general. Sí, la Tierra era redonda. Ya no había más discusión.

El viernes en Sanlúcar se celebró el 500.º aniversario del comienzo de quizá el viaje más duro del que tenemos conocimiento. Eso sí que es energía, eso sí que es éxito. Aunque, sentado ahí en un bar, mirando la puesta del sol en el horizonte con una cerveza en la mano rodeado de hombres, mujeres y niños de todas las edades entendí

con más claridad que nunca que hay formas de medir el éxito que nada tienen que ver con el trabajo o las grandes aventuras. Sí, un brindis a Elcano y todos los demás grandes triunfadores de hoy y de siempre, pero yo creo que la gente más exitosa de toda es la que vive en el mejor lugar del mundo, la provincia de Cádiz. Aquí se concentra todo lo mejor del mundo hispano, lo que lo hace superior al anglosajón: el saber vivir, el utilizar el tiempo trabajando lo justo e invirtiendo la energía ante todo en disfrutar todo lo posible de lo mejor que ofrece nuestra breve travesía por la redonda Tierra, la simpatía, la alegría, la familia y los amigos. Salud.

22 de septiembre de 2019

Dinamita en un polvorín

Un buen amigo ha salido en las noticias últimamente, acusado de acoso sexual o algo parecido. Han contado su historia en *The New York Times*, *The Daily Mail*, NBC, Fox News, por todos lados. Michael es un veterano productor en un programa de televisión de actualidad en Estados Unidos. Puede que, tras una larga e ilustre carrera, pierda su trabajo y su reputación.

He aquí una pequeña parábola para nuestros tiempos.

En septiembre, Michael envió una foto a su hermana desde su teléfono móvil. En la foto, tomada en Johannesburgo en 1973 cuando Michael tenía 17 años, se lo veía a él y a unos amigos de colegio orinando sobre una pila de libros quemados. Los libros representaban las enseñanzas del *apartheid*. Michael y sus amigos, todos sudafricanos y blancos, estaban simbolizando su rechazo a un sistema que discriminaba a la mayoría negra de su país. No muy fino, pero en la larga crónica de imbecilidades adolescentes se han visto cosas peores, diría yo.

Bueno, resulta que 46 años después mandó la foto no solo a su hermana, sino, sin querer, a una joven periodista que trabaja en su misma empresa. La joven periodista, llamada Cassandra, se escandalizó. Se sintió víctima de una ofensa sexual. Denunció a Michael ante sus jefes por comportamiento «altamente inapropiado, antiprofesional y angustioso».

Michael pidió disculpas por lo que reconoció haber sido un craso error, y la empresa lo exoneró. Acto seguido, según Cassandra, sus compañeros y compañeras en el programa de televisión la marginaron. Ninguna sorpresa. Michael no solo es un *gentleman*, como me dijo una mujer que trabaja con él, sino que es muy querido y respetado por todos los que lo conocen, dentro y fuera del trabajo. Salvo por la joven Cassandra, que ha acudido a los tribunales para denunciarle y para reclamar compensación económica de su empresa por el daño sufrido.

Cuento la historia —hay miles similares— como ejemplo de la época frívola en la que vivimos. Y con el deseo de que en la década entrante recapacitemos un poco, tanto los ciudadanos como los dirigentes políticos. Que tengamos más generosidad, más responsabilidad y más sentido de la proporción.

Aquí en Europa como en Estados Unidos, o sea, en los países ricos y afortunados de la Tierra, nos hemos podido dar el lujo de buscar problemas donde no los hay. Tanto el absurdo drama que vive mi amigo Michael en el terreno personal como temas de mayor dimensión como el Brexit, el lío catalán o la presidencia de Donald Trump responden en buena parte a lo que parece ser la necesidad de inyectar drama en la próspera banalidad

de la vida cotidiana. Es como si aquí, en el 2020, hubiésemos entrado en la fase idiotizada y decadente del imperio romano, con Trump interpretando el papel de los emperadores Calígula o Nerón.

Mientras los asuntos que nos animan son si el presidente de Estados Unidos tuvo relaciones sexuales con la actriz porno Stormy Daniels o si va a insistir en su fantasía de construir un muro en la frontera con México o incluso si va a jugar a la diplomacia con Kim Jong Un podemos hasta cierto punto reírnos de sus absurdos discursos o de su infantil tuitorrea. El problema siempre iba a venir cuando surgiera una crisis de verdad.

La crisis ha llegado. Al autorizar el ataque que acabó con la vida del general iraní Qasem Soleimani, Trump ha puesto el mundo en vilo. Ha arrojado, como dice el exvicepresidente Joseph Biden, dinamita en un polvorín. Una guerra entre Irán y Estados Unidos, con la participación de Arabia Saudí e Israel, es de repente una posibilidad. No lo digo yo, lo dicen expertos en la región. Lo que sí sé es que Soleimani ha sido una figura mítica en Irán —algo parecido a lo que Eisenhower fue para Estados Unidos, o Churchill para Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial—. Lo que también sé es que la ola de terrorismo que ha asolado el mundo desde el 11 de septiembre del 2001 tiene sus raíces en el dinero y en el extremismo suní de Arabia Saudí, no en el chií Irán. Y que, por más represivo que sea el régimen iraní, preferiría mil veces vivir allí que en las áridas tierras gobernadas por la feudal dinastía saudí, especialmente si fuera mujer.

Todo esto no lo sabe el presidente Trump, que rompió un pacto nuclear con Irán en mayo del 2018, un año después de haber sido recibido con toda la pompa imaginable en una visita al rey saudí y a su siniestro hijo y sucesor, Mohamed bin Salman, amigo del yerno de Trump, Jared Kushner.

Trump dio la orden de aniquilar a Soleimani con poco más criterio que el de un niño matando a un malo en un videojuego. La diferencia es que en el mundo real hay consecuencias. Privado de los consejos de los generales adultos que despidió o que se despidieron de su caótica Administración, tendrá que depender de su inexistente juicio o de los inútiles chupamedias que lo rodean para ver cómo responde a las inevitables represalias iraníes.

Cuentan que cuando alguien le preguntó al primer ministro británico de los años sesenta Harold Macmillan qué era lo más difícil de gobernar, respondió: «Los acontecimientos, querido, los acontecimientos». Pues ahora sí que ha acontecido algo, algo que pondrá a prueba como nunca al tonto en la Casa Blanca y que desenmascarará lo frívolos que nos hemos vuelto en la era de las redes sociales, fenómeno que ha potenciado la noción de que las opiniones de todos valen por igual, que los expertos se desdeñen, que la desproporción sea la norma y la indignación no se mida.

Trump no es la causa, es el síntoma. Igual que Boris Johnson en Inglaterra o los Casado, Arrimadas y Torra en España. Pero están donde están no por magia o por mala suerte, sino porque la gente los ha puesto ahí, lo que delata que no solo son ellos, sino somos todos los que hemos estado jugando, sin conciencia de que las imprudencias se pagan, se trate de políticos que tienen en sus manos los destinos de millones de personas o de individuos como mi amigo Michael, cuya vida podría ser arruinada por la irresponsable maldad de una joven, a la que quizá haya que perdonar porque se crio en los tiempos que corren y no sabe distinguir entre lo que es serio y lo que no.

Empezamos mal la década. Cosechamos los frutos de demasiados años actuando a lo bobo. Esperemos que no haya guerra y que todo acabe en un susto. Pero en tal caso, que el susto nos espabile, que aprendamos a poner las cosas en su sitio y que controlemos un poco la tendencia hacia el infantilismo en la que hemos caído. Un buen comienzo, un buen propósito para el año nuevo, podría ser quemar nuestras cuentas de Twitter o Facebook, sin necesariamente orinar sobre ellas después.

5 de enero de 2020

La prostituta del odio

Hace muchos años, cuando estaba en la universidad, iba a un pub donde me encontraba de vez en cuando con un señor mayor estadounidense que me explicaba que el mundo no era como parecía, que todo lo controlaba un siniestro personaje llamado McGeorge Bundy. No recuerdo los detalles, pero sí que me impresionó. El señor tejía una telaraña compleja y para mí, a los 20 años, creíble. Hasta que un día dejó de venir al pub, se me ocurrió que era un chiflado y me olvidé de él y sus teorías.

Lo recuerdo de repente porque Facebook está en las noticias y pienso lo mucho que habría disfrutado del vasto escenario que la plataforma digital ofrece. Convencido, como todo buen conspiranoico, de que el mundo no había reconocido su brillantez, anhelaba los aplausos del público, pero se tuvo que conformar conmigo y dos o tres jovencitos más. Hoy podría haber contaminado las mentes de millones gracias a las redes sociales. Podría haber despertado el odio de las multitudes, podría haber cuestionado la legitimidad de su gobierno, podría haber iniciado un movimiento que culminaba en una invasión del Capitolio.

Facebook le hubiera ayudado, como ayuda a todos los pesados, amargados, obsesivos o locos que viven con la necesidad de pelearse con el mundo. La rabia vende bien en Facebook y ofrece a su dueño, Mark Zuckerberg, la posibilidad de sumar más millones a su insondable tesoro personal. O la ofrecía. Ya no queda tan claro. Se abren grietas en los pilares del templo al que acude la tercera parte de la humanidad. Facebook se tambalea ante la tormenta de pruebas de que es una fuerza para el mal.

Menuda racha ha tenido el cíborg Zuckerberg. El lunes se le cayeron Facebook y sus satélites asociados, Instagram y WhatsApp, durante seis horas. Uno se imagina a millones de usuarios desesperados, corriendo a mostrar textos de *fake news* o fotos de lo que acaban de desayunar a los primeros desconocidos que se encuentran en la calle, rogándoles que les respondan con un «me gusta», porque si no la vida es todo soledad. El día después del desastre ciberespacial, una penitente exempleada de Facebook, Frances Haugen, lanzó una bomba durante una presentación en el Senado estadounidense. Aportó documentos internos demostrando el cinismo con el que la gran oligarquía digital manipula los algoritmos para anteponer el bien de la empresa al de sus 2.700 millones de clientes.

«Estoy aquí —declaró Haugen—, porque creo que Facebook y sus productos causan daño a los niños, incentiva la división, debilita nuestra democracia y mucho más. Los jefes de la empresa conocen cómo hacer que Facebook e Instagram sean más seguros, pero no emprenden los cambios necesarios porque han puesto sus inmensas ganancias

por delante de las personas, han elegido los beneficios y crecer a toda costa».

Fue una repetición, pero con más credibilidad que nunca, de lo que llevan diciendo hace tiempo cantidades de académicos, expertos en tecnología digital y algunos políticos, los pocos que se toman la molestia de ver que redes sociales como Facebook representan una amenaza tan grande para el bienestar general como el coronavirus o el cambio climático. Entre otras cosas porque promueven la noción de que ninguno de los dos representa un peligro real. Como ha dicho Joseph Biden, las empresas que llevan las redes sociales «están matando a gente» a través de las mentiras que publican sobre las vacunas contra la covid. Y el presidente de Estados Unidos podría haber agregado, sobre el papel que han desempeñado en fomentar la guerra civil fría en la que se encuentra su polarizadísimo país; el suyo, y muchos más.

Vi en la televisión esta semana a Tristan Harris, especialista en informática y uno de los testigos que salen en *El dilema de las redes sociales*, el documental anti-*big tech*. Harris señaló a Birmania y también a España entre los países donde Facebook ha hecho mella. «Los algoritmos de Facebook buscan extremistas y resaltan los puntos de conflicto en las sociedades porque ahí es donde va el mayor número de usuarios —dijo Harris—. Facebook es como un gobierno paralelo irresponsable, una amenaza a la democracia y a la seguridad nacional».

Como corresponde a cualquier gobierno, tiene su artículo de fe fundacional. Lo cuenta un libro escrito por un par de periodistas de *The New York Times* titulado *An Ugly Truth* (Una verdad fea), en el que se cita un documento interno de Facebook que reza: «Creemos tan profundamente en conectar a la gente que cualquier cosa que nos permite conectar a más, más a menudo, es buena en sí».

La gran ironía del gran experimento social del siglo XXI, iniciado con tanto optimismo unificador, es que ha acabado contribuyendo a la fragmentación. Para Facebook da igual. Cuanta más rabia se genera, más tiempo la gente está en la plataforma y más oportunidad hay para minar más datos personales, la materia prima en cuya venta se basa el negocio. Scott Galloway, un profesor de la Universidad de Nueva York que lleva años haciendo campaña contra Facebook, lo explica de la siguiente manera: «Lo que han hecho es crear un modelo de negocio en el que las cosas más incendiarias, más polémicas, más dolorosas y muchas veces más falsas reciben más oxígeno del que merecen. ¿Por qué? Porque somos una especie tribal y cuando la gente nos agrede más tendemos a responder. Cuanta más rabia, más clics, y más dinero».

Galloway dice, con perdón de las trabajadoras sexuales, que Facebook «se ha convertido en la prostituta del odio más grande del mundo» y que su dueño es «la persona más peligrosa del mundo». Se especulaba hace un par de años que Zuckerberg se presentaría como candidato a presidente de Estados Unidos. ¿Pero para qué lo haría?

Ya posee un poder de alcance global sin límites. Anémico de aspecto, desalmado y obsesivo en su misión de hacer crecer el monstruo que creó, es el malo en una película de James Bond. Lo mejor que se podría decir de él es que es indiferente al daño que causa.

Hubo una época, bastante reciente, en la que Zuckerberg era un tipo admirado porque estar en Facebook era *cool*. Ya no. Es tan rancio como pagar por el sexo. Los que siguen ahí, déjenlo. Dejen el consuelo artificial del puticlub, dejen esa droga, dejen de dar de comer al monstruo, antes de que se nos coma a nosotros.

10 de octubre de 2021

El azar como liberación

Así arranca una noticia publicada el jueves en *The Daily Telegraph* de Londres: «Una mujer que se encerró durante nueve meses para protegerse del coronavirus murió el primer día que salió de casa después de que un camión la atropellara mientras buscaba una mascarilla en el bolso».

Eso es lo que se llama mala suerte. Es también una breve parábola sobre algo que nos cuesta a todos reconocer: que por más precauciones que tomemos estamos a la merced de fuerzas sobre las que no tenemos ningún control, y la más inevitable de ellas es la muerte. La verdad más grande de la vida y la que menos queremos afrontar es que desde el día en que nacemos hasta el día en que morimos nuestros destinos están atados al azar.

Alguien que lo entiende es un científico belga llamado Peter Piot. Dio fe de ello en una entrevista publicada en marzo del año pasado, cuando la pandemia empezaba a arrasar. Piot, considerado por muchos el virólogo más eminente del mundo, destiló los conocimientos acumulados en 16 libros, 500 artículos científicos y 71 años de vida en la siguiente frase: «La cosa más importante en la vida es la ausencia de la mala suerte».

La pandemia lo demuestra. No estuvo ausente la mala suerte cuando el coronavirus saltó de un animal a un humano, o cuando se escapó de un laboratorio chino, o incluso, para los que creen en las conspiraciones, cuando una persona decidió propagarlo por el mundo, ya que esa persona fácilmente podría no haber nacido y una vez que nació poco control habría tenido sobre aquellos acontecimientos de su infancia, adolescencia o adultez (¿su papá le pegó?, ¿una chica lo abandonó?, ¿su hijo murió atropellado por un camión?) que lo llevaron a semejante punto de rencor, cinismo o maldad.

Después viene el detalle. Tengo, o tenía, un par de amigos del alma en Buenos Aires. De más o menos la misma edad, tuvieron un par de hijos juntos. Ella se murió del virus hace un año; él sigue en perfecta salud. ¿Por qué ella sí y él no? ¿Porque un día ella decidió salir y él se quedó en casa, porque ella nació con determinados genes y él con otros? Lo único que se sabe es que pasó lo que pasó y no pasó lo que no pasó por mala y por buena suerte.

Cualquier persona que examina su pasado con honestidad no tiene más remedio que concluir que sucesos sobre los que tiene cero control fueron determinantes en todo lo que hace y piensa hoy. Arrinconado por los confinamientos que yo y todos hemos sufrido, obligado a reflexionar, tengo más conciencia que nunca del inmenso papel que ha tenido el azar en mi vida.

Durante la Segunda Guerra Mundial mi padre combatió en la fuerza aérea británica,

fue derribado dos veces y participó en 97 misiones cuando las estadísticas demostraban que pocos aviadores de la RAF sobrevivían a más de 30. Ocho años después de la guerra viajaba en un barco con 172 personas a bordo. El barco naufragó y 44 quedaron con vida. Él tuvo suerte. Su primera esposa, no. Murió ahogada. Mi padre conoció en un bar a mi madre, española, que por una sucesión de motivos insólitos se había mudado a Londres después de la Guerra Civil. Él se murió de un infarto que vino de la nada, siendo él flaco y deportista, cuando yo tenía 17 años, desastrosa casualidad que me condujo eventualmente a ser corresponsal, a sobrevivir otras guerras y a tener un hijo, cuya aparición en la Tierra fue igual de improbable, como todas, como la mía.

No hay nada escrito. Si un día tres años después de la muerte de mi padre no me hubiera encontrado por casualidad en la calle con una persona que me ayudó a conseguir un trabajo (temporal) limpiando la casa de una familia rica, mi vida hubiera ido por un camino totalmente diferente. Con toda seguridad usted, señor lector o señora lectora, no estaría leyendo esta columna hoy.

Cualquiera que haga un ejercicio de memoria similar reconocerá que está donde está hoy debido no a un calculado plan sino porque ciertas cosas ocurrieron, que podrían igual de fácilmente no haber ocurrido. Lo mismo para lo que uno piensa. Si uno es católico, musulmán o ateo, de izquierdas o de derechas, del Madrid o del Barça, no es una cuestión de elección libre y personal, es un atuendo impuesto por circunstancias ajenas.

En caso de haber tenido la suerte de que alguien me haya seguido leyendo hasta aquí, le ruego que aguante un poco más. Tras tanta obviedad, propongo, quiero creer, una idea liberadora.

Mucho se especula hoy sobre cómo será el mundo pospandemia. Si nuestros hábitos cambiarán respecto a cómo trabajamos, viajamos, jugamos, amamos. Ya se verá. Lo que sugiero mientras es priorizar la lección que nos debería haber enseñado el virus, que nuestras vidas son más precarias de lo que queríamos creer, que el azar manda. Si uno absorbe esta realidad y actúa y piensa en función de ella, ocurrirán, con un poco de suerte (no mucha), dos cosas. Será más generoso tanto con los demás como consigo mismo.

Con los demás, porque uno verá con más misericordia a aquellos con los que uno discrepa en cuanto a, por ejemplo, ideología o religión. Todo comprender es todo perdonar. Uno de repente dejará de ver a un «facha de mierda», o a un «rojo de mierda» o a un «moro de mierda» y mirará en su lugar a una persona que, por cuestiones que no controla, se viste de derechista, de izquierdista o de musulmán.

Uno será más generoso consigo mismo porque una vez que uno toma plena conciencia de la fragilidad de la condición humana, el paso siguiente, si uno evita la

mala suerte de verse tentado por el suicidio, es vivir en el presente con alegría, furia e intensidad.

Demasiada gente hace lo contrario. Por un lado, vivimos con miedo, que es vivir media vida. Por otro, tal es nuestra desesperación por negar nuestra caótica provisionalidad que o sucumbimos a ideologías que predican una visión de un mundo perfecto, o nos agarramos a religiones basadas en la promesa de que la muerte es superable. Ni la fe secular ni la divina han ayudado hasta la fecha a la creación de un mundo mejor. Más bien fomentan lo que hoy llamamos la polarización, el virus de origen humano que conduce al odio, al dolor y al absurdo de la guerra. Tener como guía la manifiesta y universal certeza del azar es una opción mejor. Feliz verano.

24 de julio de 2021

IDIOTAS ANÓNIMOS

Un chico de 19 años dio un ejemplo al mundo el lunes al tomar la valiente decisión de abandonar Twitter. Aguantó tres días y no pudo más. Entró en su cuenta y lanzó un sentido ataque contra… Twitter y otras redes antisociales como Facebook o Instagram. Algo así como fracasar en el intento de dejar la adicción a la droga, armarse un porro y fumarlo, todo el tiempo despotricando contra los daños que provoca la marihuana.

O una cosa o la otra, nene. Si vas a nadar en las fétidas aguas tuiteras, acepta las consecuencias. Si no las aceptas, déjalo. Búscate una diversión más digna.

El chico en cuestión juega para la selección inglesa de fútbol y se llama Bukayo Saka. Me dio una alegría, debo confesar. Falló uno de los penaltis que le dio la victoria a Italia en la final de la Eurocopa el domingo pasado. Los otros dos jugadores ingleses que tampoco marcaron en la decisiva tanda de penaltis fueron jóvenes y negros, como él. A las pocas horas empezaron a aparecer mensajes racistas contra los tres, y un cuarto jugador inglés negro, en Twitter. No fue exactamente la sorpresa del siglo. Me costaría concluir que incluso se merece el nombre de *noticia*. Más «perro muerde hombre» que «hombre muerde perro». Obviamente el sector cavernícola de la sociedad no iba a resistir la oportunidad de iluminar al resto de la humanidad con sus reflexiones.

Los diarios ingleses tampoco pudieron resistir. Recogieron los insultos y les dieron tema para las portadas y las columnas de opinión a lo largo de toda la semana. «¡Qué lacra el racismo!», «¡Pobres chicos!», «¡Qué asco que las empresas que se lucran con las redes sociales no censuren estas barbaridades!».

Hay una solución. Abandonar las redes sociales; condenarlas a los basureros de la historia. Saka dijo en su tuit del viernes que tras fallar el penalti supo «instantáneamente» el tipo de insultos que iba a recibir. No se equivocó. Vio «odio» y sintió «dolor». ¿Entonces por qué los miró? ¿Es un masoquista? Yo dejé Twitter hace unos cinco años precisamente porque no lo soy, y porque la vida es demasiado corta y la indignación demasiado corrosiva para dedicarle un minuto de mi vida a tanta estupidez.

Vale. Sí. Lo sé. Pretender que las redes sociales van a dejar de existir, que miles de millones serán capaces de superar su adicción, es ilusorio. Es seguir el ejemplo de Canuto, el rey danés de Inglaterra del siglo XI, que se sentó en una silla a la orilla del mar y ordenó a las olas que se detuvieran. No hubo manera.

Pero sospecho que es igual de inútil pretender que los genios que administran las redes sociales sean capaces de eliminar toda ofensa —sea esta racista, sexista, gordista, feísta— del inconmensurable universo digital. Aparte, ¿quiénes son estos *nerds* californianos para determinar qué opiniones o qué personas representan un daño moral

para la humanidad? Cuando me enteré de que habían borrado la cuenta de Twitter de un expresidente de Estados Unidos que consiguió los votos de 74 millones de personas, mi primera reacción fue aplaudir, pero, pensándolo mejor, veo que no es una buena cosa. Primero (y lo más importante, claro), nos priva a los periodistas de un inagotable tesoro. Segundo, si medio Estados Unidos quiere leer lo que tuitea una vaca naranja con retraso emocional, negárselo es atentar contra la libertad de expresión.

Además, a diferencia de la enorme mayoría de los suscritos a Twitter, @realDonaldTrump no se escondía. Y he aquí una solución factible, quizá, al problema de las barbaridades que se dicen en las redes. ¡Acaben de una vez por todas con el anonimato!

En los viejos tiempos antes de la era digital, los que escribían a los diarios para dar sus opiniones tenían que proporcionar sus nombres reales (verificados con su dirección y número de teléfono) antes de que se publicaran sus cartas. La tradición se mantiene aún hoy en *La Vanguardia*. Que hagan lo mismo ahora en las redes sociales y con los comentarios que publican los diarios debajo de los artículos en la web. Incluso que pongan fotos de las personas que pretenden compartir sus ideas con el gran público.

Así, de golpe, se eliminaría un altísimo porcentaje de la mierda que prolifera hoy por internet. La gran mayoría de los cobardes que se refugian en el anonimato se callarían. Los audaces más tontos, bueno, se sabría quiénes son. Harían el ridículo frente a sus familiares y vecinos, recibirían el oprobio de la sociedad y, en casos de incitación extrema al odio, se las tendrían que ver con la ley.

Al reducir drásticamente la cantidad de sandeces que dan la vuelta al mundo se mejorará también la salud social. Ganaremos perspectiva, objetivo tan deseable como inusual. Veamos el caso de los insultos racistas que sufrieron los cuatro jugadores ingleses negros. Se montó un drama nacional en Inglaterra, se creó la percepción de que el país sufría una epidemia de racismo, cuando la realidad, como se ha constatado, es que entre los cuatro recibieron no más de dos mil de estos insultos. Dos mil son dos mil demasiados, pero tomando en cuenta que Inglaterra tiene 56 millones de habitantes estamos hablando de un porcentaje minúsculo de la población.

Minimizar la exagerada histeria que las redes provocan —en todos los ámbitos— representaría un avance. Hay un poderoso argumento, eso sí, en contra de acabar con el anonimato. Que menos personas acudirían a Twitter y la empresa perdería dinero. Pero sospecho que muchos podríamos convivir con semejante tragedia, especialmente si como consecuencia se reduce el mundanal ruido y se deja de crear la percepción de que la especie se vuelve cada día más bestia cuando lo más probable, especialmente en el caso del racismo, es que lo opuesto sea verdad.

Apostaría cualquier cosa a que el mundo real que habita Bukayo Saka es mucho más

decente y civilizado que el que vislumbra cuando abre su cuenta de Twitter. Se acabe o no con los pseudónimos, el mejor favor que se podría hacer a sí mismo es abandonar las redes sociales para siempre. Sería un favor a la sociedad en general ya que cuantos más famosos abandonen el vicio, más personas normales imitarán su ejemplo y más se acercará la feliz posibilidad de que Twitter sea recordado como un aberrante fenómeno de principios del siglo XXI.

18 de julio de 2021

Al infinito y más allá

Recuerdo que en la feliz e inocente era PC (precovid) muchos ciudadanos y algunos de nuestros visionarios políticos aquí en Barcelona se quejaban de que llegaban demasiados turistas a la ciudad. Algo así deben de pensar los marcianos hoy en día.

Hace semana y media el rover Perseverance de la NASA aterrizó en la superficie de Marte. Poco antes un aparato de los Emiratos Árabes Unidos entró en órbita a su alrededor. Los chinos también andan por allá y piensan tocar tierra marciana en su propio Rover (¿*lover*?) en mayo. Ya van 49 misiones a Marte desde 1960, la primera un fracaso soviético, y habrá más. El empresario sudafricano Elon Musk, el de los coches Tesla, tiene en mente enviar un gigantesco cohete para allá en el 2026, o antes, con cien pasajeros. Esperemos que el servicio a bordo sea decente, ya que el viaje durará siete meses.

Cuestan muchísimo, es verdad, pero debemos celebrar estas misiones espaciales. En época de pandemia, con el achicharrador cambio climático a la vista y ante la velocidad exponencial con la que las redes sociales están propagando la eterna estupidez humana por el planeta azul, es el momento indicado para explorar radicales alternativas de vida. Dicho esto, que el planeta rojo las ofrezca: complicado. Parece que no hay marcianos, al menos no en Marte. Si los hay, se tienen que haber escondido bajo tierra, lo que sería una señal de admirable inteligencia.

¿Qué extraterrestre con un gramo de cerebro querría exponerse al peligro de contaminación espiritual, mental y social que representaría un contacto cercano con el *Homo* no tan *sapiens*? En el caso de un encuentro con los chinos existiría el riesgo adicional de que les contagiaran un virus, o su espantoso híbrido de capitalismo feroz y comunismo desalmado.

Un buen marciano tampoco vería mucha esperanza en el modelo de sociedad que ofrecen los Emiratos, particularmente si resultara que existiesen mujeres marcianas. ¿Para qué se han ido los de Abu Dabi para allá? Fácil. Un ejercicio de vanidad, como la compra del Manchester City. Aunque puede haber otro motivo también: el consuelo que siempre confiere descubrir que otros lo están pasando peor que tú, en este caso de constatar que existe un paisaje en el universo incluso más desolador que el suyo.

Lamentablemente, o no, los que saben de estas cosas dicen que no hay vida en Marte. Que, como mucho, lo que los científicos estadounidenses que dirigen la misión del Perseverance encontrarán no serán seres pensantes, sino residuos de microorganismos vegetales. Muy interesante, pero entonces, una pregunta: ¿por qué no se ahorraron los 2.800 millones de dólares que les ha costado el viaje y se quedaron en

casa a estudiar los sesos de Donald Trump? O si no, que crucen el Atlántico a investigar los procesos mentales de Pablo Hasél y de los jueces que lo hicieron famoso (un aplauso, sus señorías) tras condenarle a nueve meses de prisión por compartir tres o cuatro imbecilidades con los tres o cuatro *coleguis* que le seguían.

Mi tía mexicana me envió un mensaje al móvil el martes. «Hola, ¿cómo están, que hubo una bronca en Barcelona? ¿Están bien?». Mi tía conoce Barcelona. Nació aquí en 1938 y el año siguiente se exilió, no por decisión suya, sino de sus padres republicanos. Y luego se coronó Miss México 1957, pero esa es otra historia. Bueno, mi tía que vive en el DF, donde sospecho que existen problemas más graves que en Barcelona, tuvo la bondad de preocuparse por los disturbios aquí en mi vecindad. Le dije que tranquila, que a mí personalmente no me afectaron en nada, salvo por el ruido de las sirenas y de los helicópteros policiales.

Quizá la llame este fin de semana para contarle un poco más, por ejemplo para explicarle que Hasél, cuyo encarcelamiento fue el pretexto para los saqueos de tiendas, pequeños incendios y tal que hemos visto en Barcelona en los últimos días, ofrece otro motivo más para seguir invirtiendo todo el dinero del mundo en la búsqueda de un mundo mejor. Hasél es, en miniatura, la prueba de lo banal que se ha vuelto lo que podríamos llamar, estirando el lenguaje un poco, la política en el siglo XXI. Nene bien de provincia, Hasél, de 33 años, es antisistema. Antipolicía, antimonarquía, antifascista, anticapitalista, antibanquero, antilamadrequeloparió.

Está contra todo. Pero no está a favor de nada. No tiene causa, tiene enemigos. En su ensimismado *antiismo* Hasél encarna una moda que da la vuelta al mundo y a la que se apuntan la derecha y la izquierda por igual. Sean «rojos» o sean «fachas», todos están cabreados. Claman contra lo que no quieren sin proponer ideas viables de lo que quieren en su lugar. Y, hasta cierto limitado punto, funciona. Trump o Antifa en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil o Andrés Manuel López Obrador en México, Vox o Podemos, los brexiteros en el Reino Unido: con diferentes palabras pero el mismo ruido todos consiguen votos o seguidores. Pero nada mejora. Destruyen pero no construyen. Están frustrados, cada uno a su manera, pero no tienen la solución.

En otra época la juventud militante que hoy sale a la calle en nombre de Hasél tenía como ídolos a gente como el Che Guevara. Uno podía o no estar de acuerdo, pero el Che tenía un ideal optimista, una alegre noción de crear un «hombre nuevo»; proponía un plan de igualdad material basada en la abolición de la propiedad privada, algo que no parecía un sueño imposible en las condiciones revolucionarias del momento. Bonita idea, pero no funcionó. Como nos demuestran los ejemplos de China, Rusia, Cuba, Vietnam y Venezuela, está caducada.

Miren, por otro lado, a Alexéi Navalni, un héroe de verdad que no juega al

antifascismo, sino que arriesga su vida contra un fascismo de verdad. Él también es un anti: anti la mafia putinesca. Pero tiene una causa. Quiere libertad de expresión. Quiere una democracia parecida a las que los Hasél desprecian, como la estadounidense, o la británica, o —con sus deberes judiciales pendientes— la española, o incluso la de México o Brasil. El día que Hasél salga de la cárcel él y sus fieles lo celebrarán, pero nada habrá cambiado en el mundo real. Si el día que sale Navalni marca el comienzo del fin de la cleptocracia rusa, media humanidad estará de fiesta.

Habrá que esperar. Mientras tanto, vayamos a Marte, a Venus, al infinito y más allá a ver si descubrimos una civilización más avanzada. Pero como también habrá que esperar a que llegue aquel feliz día, quizá lo mejor que podemos hacer por ahora es no hacer caso a los payasos, encerrarnos dentro de lo posible en nuestras vidas personales y, como recomendaba el antisistema del siglo XVIII Voltaire, cultivar nuestros jardines aquí en el planeta Tierra.

28 de febrero de 2021

NADIE ES PERFECTO

Nelson Mandela dedicó su vida a combatir el racismo, pero hay un dato sepultado en la página 292 de su autobiografía que ofrece la oportunidad de acusarle, sí, a él, de racista. No contra los blancos. Contra los negros. En diciembre de 1961 se subió a un avión en Ghana y al ver que el piloto era negro se asustó. «Tuve que controlar el pánico que sentí —confiesa Mandela—. «¿Cómo era posible que un hombre negro pilotase un avión?».

Ofrezco esta joya a aquellos fanáticos que se dedican al estudio forense de las grandes figuras del pasado con el fin de encontrar motivos para arruinar sus reputaciones. O, como dice el léxico revisionista, para *cancelarlos*. Hay un argumento en defensa de Mandela. Como los demás supuestos *racistas* o *colonialistas* cuyo recuerdo la policía moral pretende erradicar de la historia, perteneció a otra época con otras sensibilidades. Él mismo reconoce en su libro que su reacción al piloto negro demostró que había sucumbido «al condicionamiento mental del *apartheid*». Pero los matices no cuentan para la policía moral. Pecaste una vez y no hay perdón posible.

Bueno, Mandela quizá se salve. Haber hecho lo que hizo le da cierto margen. Pero imagínense que se descubriera que un contemporáneo suyo blanco como el presidente John F. Kennedy hubiese reaccionado de la misma manera al ver a un negro al mando de un avión. Al día siguiente cambiarían el nombre del aeropuerto de Nueva York. No descartemos que un día ocurra. Nadie es perfecto, a diferencia de lo que algunos piensan, y quizá se identifique otro desliz en la vida de Kennedy, por ejemplo tras excavar en las minucias de sus famosos excesos sexuales, para condenarle a la hoguera.

En algo por el estilo están hoy con Thomas Jefferson, el principal autor de la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Las autoridades de la ciudad de Nueva York han decidido esta semana quitar una estatua de Jefferson del edificio de la alcaldía. ¿La razón? Que Jefferson fue, según cuentan sus detractores, la encarnación de «lo más vergonzoso de nuestra historia», «pedófilo y dueño de esclavos». Algo de razón tienen. Jefferson tuvo 600 esclavos y esclavas, con una de las cuales tuvo seis hijos, el primero cuando la madre era menor de edad.

Por otro lado, fue presidente dos veces de Estados Unidos, fue un gran defensor de la libertad religiosa (particularmente para los judíos, cosa no muy de moda en aquellos tiempos) y fue un erudito: arquitecto, matemático, filósofo y horticultor. Es extraordinario lo activa que una persona puede ser cuando no hay teléfonos móviles a la vista.

Jefferson representa lo peor de su país pero también lo mejor, igual que la propia

Declaración de Independencia, a la vez uno de los documentos más nobles y más hipócritas jamás compuestos. «Sostenemos como evidentes estas verdades —reza—: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Bien, salvo la pequeña omisión de los esclavos.

Jefferson fue un gran hombre, pero la cuestión es si sus defectos, por más típicos de su época que hubiesen sido, le restan todo mérito y, en tal caso, si la sentencia de la alcaldía de Nueva York se debería replicar en todo el país. Si la respuesta es que sí, un lío. Hay 29 ciudades y 3.241 calles que llevan su nombre en Estados Unidos. El monumento a Jefferson es un lugar de visita obligada en Washington, ciudad nombrada por otro de los padres fundadores de Estados Unidos. Otro lío, porque George Washington también tenía esclavos. ¿Entonces qué? ¿Además de borrar todas sus estatuas de los espacios públicos y cambiar los nombres de 5.052 calles, habría que cambiar el nombre de la capital también?

La lista de posibles candidatos a la cancelación es interminable. Winston Churchill y Charles Darwin han estado en las miras de los justicieros hace tiempo. Shakespeare tambalea. En el Globe Theatre de Londres, donde se estrenaron obras como *Hamlet* y *Romeo y Julieta* en el siglo XVI, hay un plan en marcha para *descolonizar* sus textos. Esto significa, entre otras cosas, quitar palabras que asocian la belleza con la blancura de la piel. Recientemente se han sumado a la lista Beethoven y Wagner, cuyas obras están a punto de ser eliminadas de los currículos de varias academias de música, por ejemplo la del Royal Holloway en Londres.

Un profesor de música del Holloway renunció el mes pasado en protesta. Paul Harper-Scott lamentó «la francamente demencial noción» de que negar a los estudiantes el acceso a, por ejemplo, la *Novena sinfonía* de Beethoven «de alguna manera mejoraría las condiciones materiales de vida de gente económicamente, socialmente, sexualmente, religiosamente o racialmente discriminada».

El profe da en el clavo. Si aniquilar todo rasgo de músicos, escritores, científicos o líderes políticos del pasado cuyas ideas o acciones ofenden la sensibilidad moderna fuese solo la expresión más pública de medidas concretas para combatir la discriminación entonces tal destructividad podría tener su debatible valor. Si el gesto de esconder o romper a pedazos la estatua de Jefferson no se acompaña de políticas que mejoren la escuálida condición de vida de la gente pobre de Nueva York sería tan legítimo acusar de hipócritas a los biempensantes de la alcaldía como a Thomas Jefferson. De hipócritas y también de vagos y de cínicos, ya que el postureo ofrece a los políticos la ruta más fácil a la reelección. Populismo de manual. Se apela a los corazones, a resentimientos y a sensaciones de injusticia, y se evita el trabajo duro que

se requiere para llenar estómagos.

Lo entiende bien una paisana de Mandela, una joven activista de una ciudad cerca de donde el antiguo líder del Congreso Nacional Africano (CNA) nació. Leí un artículo esta semana en el que la joven comentó el cambio de nombre hace tres años de la ciudad de Grahamstown, que conmemoraba a un coronel inglés del siglo XIX, por el de Makhanda, un histórico guerrero africano. «Los líderes locales del CNA son unos corruptos ineptos que viven bien mientras la gente pasa cada día más hambre —la joven dijo—. ¿Qué valor ha tenido cambiar el nombre de donde vivimos? Cero».

31 de octubre de 2021

Toca eliminar grasa digital

Leer esta semana que Netflix ha perdido un millón de suscriptores entre abril y julio me hace preguntar por qué sigo pagando mis cuotas mensuales a esta ya venerable empresa, y a otras similares. No sé ustedes, pero yo me detengo a pensar un momento en la cantidad de suscripciones que tengo en internet y me mareo. Vuela dinero de mi cuenta cada mes para pagar por servicios que en su día parecían útiles, pero que, en algunos casos, ya no me sirven para nada, o que incluso se han borrado de mi disco duro mental.

Hay ciertas cosas que son absolutamente elementales, imprescindibles, indispensables, por supuesto, como la necesidad que tiene el mundo —agua en el desierto— de pagar por leer *La Vanguardia*. Pero por lo demás…

El problema es hasta cierto punto generacional. La gente joven está alerta al imperativo, por ejemplo, de cancelar las suscripciones cuando los diez o catorce días de prueba gratis expiran. Yo no. Me lanzo y sigo pagando años después. Esto tendrá que ver en parte con que a mí me intimida menos soltar cinco, seis euros mensuales que a un chico de 15 años. Pero cuando los cinco, seis euros se multiplican por diez o más —perdí la cuenta hace rato—, ya no es broma. Aquí lo determinante es mi incompetencia. La curiosidad me inspira a suscribirme; la estupidez me impide cancelar.

Quizá esto tenga relación con traumas que he vivido en terrenos más convencionales, como el de la gran banca. Un poco antes de la pandemia inicié el proceso de cerrar dos cuentas que tenía con un importante banco español al que llevaba veinte años regalando intereses. Fue una pesadilla. Nunca me devolverán las horas y horas de mi vida que perdí pegado al teléfono, escuchando musiquita interminable, botado de un operario terco a otro y a otro, siempre con nuevos obstáculos que superar. Pasaron meses hasta que logré liberarme de aquel manicomio.

Te vuelven loco adrede, claro. Menos complicado debería ser cancelar la suscripción a un servicio de series y películas, o de música, o de VPN, o de higiene antivirus/anti-*hacker* para mi ordenador, o de una *newsletter* política estadounidense que últimamente no leo, o de *The New York Times*, que me aburre cada día más pero ahí sigo, menos por las noticias que por un jueguito de palabras que me ayuda a mantener las neuronas en forma. He pensado ver si puedo darme de baja del diario y pagar solo por el jueguito, pero me agota pensar lo complicado que me lo pueden llegar a poner.

Me agota porque pertenezco al sector demográfico más deseado de estas empresas. Es decir, tengo suficiente dinero para cubrir mis necesidades básicas y más, pero soy a la vez un analfabeto digital. Bueno, me sé el abecé, pero poco más. Soy carne de cañón

para Netflix y compañía. Pero hoy empieza mi particular revolución digital. Es hora de hacer una limpieza a fondo. Ha llegado el momento de decir basta, de dejar que me vean la cara de pendejo (como diría mi tía mexicana), imponer un poco de autodisciplina y lanzarme al contraataque.

Nada más terminar de escribir esta columna liquidaré la *newsletter* y *The New York Times* salvo el jueguito, si se puede. VPN, fuera también: es caro y debí de tener algún motivo para contratarlo, pero no me acuerdo qué fue. Música: es el alimento del amor, como dice Shakespeare, y no lo cancelaré, animado por la recompensa adicional de saber que estaré ayudando a pagar los sueldos de los millonarios que visten la camiseta del Barça. Antivirus, mejor quedármelo, y el protector anti-*hacker* también: los *nerds* informáticos al servicio de Putin son tan paranoicos que quizá les interese jorobar hasta a un periodista tan insignificante como yo, y en cuanto a posibles variantes de «la policía patriótica» española, ¿quién sabe? Hay quien me ve como otro peligroso *indepe* más y los Torrentes de la vida real quizá sean tan estúpidos como para creérselo.

El tema gordo: los servicios de vídeo en *streaming*. La vida de hoy es impensable sin tener cine disponible en casa 24 horas al día. También, en mi caso, sin vivir en un hogar estadio. Estoy suscrito a un par de plataformas solo para ver deportes, principalmente el fútbol, lo que me hace preguntarme para qué les pago en verano cuando no hay fútbol. Supongo que para evitar el lío de cancelarlas y tener que volver a contratarlas un par de meses después. Pero un aviso: cualquiera de las dos que contrate el tour de golf «rebelde» patrocinado por los saudíes, me voy.

Apple TV: creo que estoy suscrito aún, pese a que solo lo hice para poder ver una serie llamada *Ted Lasso*. La terminé y no hay más episodios a la vista, con lo cual: fuera Apple TV. Sí sé con seguridad que estoy suscrito a Filmin. Y sé con seguridad que no me iré. No conozco a nadie de esta empresa con sede en Barcelona ni tengo acciones en ella, lo prometo, pero si tuviera que quedarme con solo una plataforma audiovisual sería esta. Filmin tiene la más variada oferta, especialmente de películas clásicas, incluyendo muchas de los años treinta y cuarenta cuando los guiones eran más ágiles, tensos y ocurrentes que los que tenemos hoy, que los que vemos últimamente en Netflix, por ejemplo.

Tras un gran comienzo (*Homeland, House of Cards, Better Call Saul*), Netflix flojea. Poca calidad, mucho relleno, como una serie que empecé la semana pasada llamada *Capitani*, sobre los crímenes que investiga un detective luxemburgués. Increíble que una empresa seria se gaste dinero en semejante birria. Quizá por eso se van los suscriptores. O porque se acabó el último episodio de la inteligente serie danesa *Borgen*, la que postula la simpática fantasía (¡alerta, *spoiler*!) de que un político, o en este caso una política, es capaz de anteponer los principios a las ansias de poder.

Entonces, sí, creo que cometeré el sacrilegio de matar a la vaca sagrada que es Netflix, madre de la nueva religión mundial. Si le sumo VPN, NYT y otros, me ahorraré unos cien euros al mes. Se avecina en Europa una inflación de proporciones argentinas y hay que sanear cuentas. Antes de dejar de comer lucharé contra mi analfabetismo digital y acabaré con las suscripciones digitales superfluas. Me quedaré con la proteína, como la que me dan Filmin y los buenos periódicos, pero, por más esfuerzo cerebral que me cueste, eliminaré la grasa de mi dieta digital.

24 de julio de 2022

Las pastillas del amor

La ciencia avanza y vivimos más y mejor, pero seguimos siendo igual de bárbaros que hace tres mil años. Solo hay que leer a Homero para ver que en cuanto a envidias, odios, resentimientos, crueldades o locuras del amor nada ha cambiado. Progresamos en lo material —Helena de Troya no disponía de Instagram para mandar *selfies* a sus pretendientes; a Aquiles quizá le hubiera salvado la vida una dosis de penicilina en el talón—. Pero en cuanto a las emociones, cero evolución.

No hay más que ver lo que está haciendo Putin en Ucrania, o contemplar el demencial fenómeno Trump, o estudiar la relación entre Johnny Depp y Amber Heard. Queda camino por recorrer. La buena noticia, o eso parece, es que la química viene al rescate. Para empezar, pronto dispondremos de medicamentos que acabarán de una vez y por todas con las penurias del amor.

Anna Machin, antropóloga de la Universidad de Oxford, dijo en un discurso la semana pasada que se ha evolucionado lo suficiente en neuroquímica como para que «de aquí a cinco años» podamos comprar pastillas en las farmacias que nos ayuden no solo a enamorarnos, sino a lograr que el amor perdure.

Un componente de dichas pociones sería la oxitocina, que impulsa la atracción. Machin, autora de un libro llamado *Why We Love* (Por qué amamos), dijo que llegará a ser normal que antes de salir un sábado por la noche en búsqueda del amor la gente se inyecte un chorro de oxitocina en la nariz. Pero la oxitocina no solo sirve para la etapa inicial de una relación. Genera la producción de la dopamina y la betaendorfina, hormonas adictivas que, según Machin, hacen que dejar la pareja se vuelva tan complicado como abandonar la heroína.

Otro recurso para preservar el amor sería la MDMA, también conocida como éxtasis. La MDMA promueve la empatía, por tanto, sirve para que uno vea los problemas a través de los ojos del otro y ayuda a que se transmita, a los sectores más primarios del cerebro, una sensación de permanente enamoramiento.

Tras interesarme por lo que propone Machin empecé a leer más. Me he enterado en revistas como *New Scientist* y en oscuros artículos académicos de que en las fronteras de la farmacología se concibe suministrar estas drogas del amor no solo a individuos o parejas con problemas, sino a todo el mundo, sin excluir a los niños. Con lo cual entramos en la visión del futuro que el autor Aldous Huxley retrató en su novela *Un mundo feliz*, publicada en 1932.

A través del consumo universal de determinadas drogas, llamadas *soma*, se crea una utopía en la que, según la imaginación de Huxley, la guerra y la pobreza han sido

eliminadas. En el remoto caso de que uno se sintiera envidioso, enfadado o triste, la solución es fácil: consumir un gramo de soma. Si uno necesita sexo, siempre habrá alguien disponible y siempre habrá un chicle hormonado para activar el deseo mutuo. En este mundo la promiscuidad es la norma; la monogamia es inmoral. ¿Por qué? Porque la fidelidad genera conflicto y la promiscuidad conduce al objetivo más deseado, la estabilidad y la paz.

Así es el cielo en la tierra de *Un mundo feliz*, salvo en determinados rincones del planeta donde las drogas reguladoras de las emociones no han llegado. Los seres humanos que viven aquí siguen siendo «salvajes» y su papel es subrayar el mensaje irónico del libro. El punto de partida de Huxley es que un mundo perfectamente feliz es a lo que todos aspiramos, pero al final se pregunta si realmente es deseable; si la vida sin conflicto es vida. Su respuesta es que no.

El libro concluye con un debate entre dos de los protagonistas, uno de los diez todopoderosos «controladores» del mundo y un «salvaje» —o sea, un individuo como nosotros— llamado John. El salvaje empieza diciéndole al controlador que el mundo que ha construido se ha vuelto «demasiado fácil».

«Nosotros preferimos el confort», responde el controlador.

«Pero yo no quiero el confort —dice el salvaje—. Quiero Dios, quiero poesía, quiero peligro, quiero libertad, quiero bondad, quiero pecado».

«De hecho, entonces, pides el derecho a ser infeliz».

«De acuerdo —responde el salvaje—. Pido el derecho a ser infeliz… Prefiero ser infeliz a tener la falsa, mentirosa felicidad que tienen ustedes».

Se trata de la misma falsa, mentirosa felicidad que se nos avecina, según Anna Machin y otros académicos. Mis lecturas me han revelado que hay varias investigaciones científicas en camino que exploran la posibilidad de crear un mundo más amable —más «moral», dicen algunos— a través de los medicamentos. Pero, como Machin tiene la sensatez de advertir, traerá «problemas éticos», precisamente los que resalta Huxley. Por ejemplo, el que se postula en un artículo en la revista *New Scientist*. ¿En un futuro no tan lejano se podría llegar al extremo de que tengamos una sociedad en la que el consumo de las pociones del amor se vuelva obligatorio?

El artículo señala el precedente de las respuestas estatales en casi todo el mundo a la pandemia de la covid. Todos a confinarse, todos a vacunarse: si no, castigados por la ley o por el exilio social. «Tras aquellas medidas coercitivas a gran escala —dice *New Scientist*—, ¿por qué no considerar la imposición de intervenciones biomédicas destinadas al bien común, aunque vayan en contra de la voluntad del individuo?».

Llegará el día, concluye el artículo, en el que las posibilidades que ofrece la ciencia generarán un tormentoso debate. Sé de qué lado estaré yo. La vida es lucha, la vida es

incierta, es un constante enfrentamiento con el azar. Así la hemos entendido siempre. La alternativa que se nos puede presentar es un coñazo: un mundo soporífero, neutro, blando en el que no habrá poesía, como dice el salvaje John, en el que no habrá conflicto, no habrá ni bien ni mal, en el que no habrá —horrores— periodistas, ya que no habrá nada nuevo que contar.

Se podría hacer una excepción y obligar a todos los gobernantes, los «controladores», a consumir las pastillas de la empatía y el amor. No vendría mal que se las dieran cada mañana con el desayuno a Putin y a Trump, quizá también a parejas especialmente demoníacas como Depp y Heard. Pero por lo demás, diría yo —como diría Aldous Huxley—, el cielo puede esperar.

19 de junio de 2022

El primer feminista

¡Shakespeare era una mujer! Un amigo nigeriano que vive en Nueva York me mandó un largo artículo de la prestigiosa revista The Atlantic que propone que el escritor inglés era escritora. El comentario de mi amigo fue: «Sí, y Elvis no murió y vive en la Luna». Mi primera reacción fue parecida, en plan viejo cascarrabias: «¿Adónde vamos a parar?», y más aún cuando llegué al final del primer párrafo donde la periodista asocia a lady Macbeth con el movimiento #MeToo.

Esto es como decir que el presidente Trump es el estandarte mundial del respeto mutuo y la tolerancia entre los pueblos. Lady Macbeth debe de ser el personaje femenino menos vulnerable de la literatura mundial. Es verdad que se acaba suicidando, pero no porque los hombres abusaran de ella sino por la culpa que siente por haber abusado de ellos. Apelando, precisamente, a las vulnerabilidades masculinas («¿eres hombre o ratón?»), convence a su pobre marido de matar al rey de Escocia, lo que provoca un baño de sangre que ahoga a medio país. Si a Harvey Weinstein se le hubiese ocurrido bajarse los pantalones e invitarla a toquetearle en la *suite* de un hotel, no hubiera esperado diez años para denunciarlo. Le hubiera cortado los huevos en el acto.

O sea, la mujer que escribió el artículo no empezó bien. Pero quizá no se pasó tanto, tanto. Los argumentos que propone una vez que supera ese pequeño ataque inicial me ayudan a confirmar una idea que circula en mi cabeza desde hace tiempo: que Shakespeare fue el primer feminista. Sus obras cuestionan la premisa de que hasta hace apenas unos años el único papel que la sociedad atribuía a la mujer era el de la indefensa esclava cuya misión en la vida consistía en obedecer a los hombres.

Escritas a finales del siglo XVI y principios del XVII, recibidas con entusiasmo por el público de su época, las obras de teatro de Shakespeare contienen una mujer potente tras otra. Lady Macbeth es la más temible, pero en *Hamlet*, por ejemplo, está claro que en la relación entre el rey y la reina de Dinamarca la que lleva los pantalones es ella. En *El mercader de Venecia*, el personaje más sagaz, inteligente y decisivo en el desenlace es Porcia, que interpreta el papel de una abogada. En *Antonio y Cleopatra*, la reina de Egipto es una fiera al lado de su domado general romano.

Un importante crítico de la época victoriana escribió que «Shakespeare no tiene héroes, solo heroínas». Muchas de ellas se oponen a las reglas que la sociedad les exige. Diez (Julieta entre ellas) se rebelan contra sus padres; seis están al mando de ejércitos; varias de ellas expresan la angustia de estar atrapadas en matrimonios forzados o en los que no hay amor.

La poeta negra estadounidense Maya Angelou pensó, según el artículo en *The*

Atlantic, que Shakespeare debería haber sido una niña víctima de abuso sexual. «Si no, ¿cómo podría haber sabido lo que yo sé?», se preguntó Angelou tras leer uno de sus sonetos.

El error consiste en concluir que solo una mujer podría haber tenido la generosidad de dar tanto protagonismo a las mujeres o haber sido capaz de meterse con tanta fidelidad en la piel de una mujer. Eso es negar la principal razón por la que Shakespeare es un genio, su absoluta empatía con la infinita variedad de personajes que se inventó. Él es Lady Macbeth y Cleopatra y Porcia, pero también es Marco Antonio, Julio César, Otelo, Ricardo III, el rey Lear y Shylock (el usurero de *El mercader de Venecia*).

Ya que se sabe muy poco de la vida personal de Shakespeare, se podría decir con igual validez que fue judío (Shylock), o negro (Otelo), o discapacitado (Ricardo III), o ateo (Macbeth afirma al final que la vida no significa nada), o un asesino en serie (también Macbeth, entre otros), o un populista (Marco Antonio), o un nacionalista (Enrique V), o un militar (Coriolano), o italiano, ya que buena parte de sus obras tienen Roma, Verona o Venecia como escenario.

Jorge Luis Borges escribió una vez que siempre sentía que había «algo italiano, algo judío» en Shakespeare. Un número considerable de intelectuales del siglo XX lo han retratado como el primer existencialista. Algunos incluso creen que se anticipó a Marx. Se especula también con que fue católico, en una época en la que serlo conllevaba el riesgo de que te cortaran la cabeza, y más aún con que fue homosexual. Shakespeare como fundador del movimiento LGBT.

A mí me gustaría reclutarlo para mi fe personal, pero lamentablemente la única referencia que hace al fútbol, la primera por cierto en la literatura, no fue positiva. En *El rey Lear* un personaje insulta a otro llamándolo «vil jugador de fútbol».

Salvo este triste detalle, Shakespeare es de todos, siempre. La película *Ran*, realizada por el gran director japonés Akira Kurosawa, se basó en la historia de *El rey Lear*; *El rey león*, en *Hamlet*. Cualquiera se lo puede apropiar. Cualquier figura pública contemporánea, ridícula o admirable, tiene su retrato en un personaje que él se imaginó. Busquen y encontrarán a Barack Obama, a Donald Trump, a Nicolás Maduro, a Carles Puigdemont, a Boris Johnson, a Angela Merkel, a Kim Kardashian, a Cristiano Ronaldo, a Nelson Mandela. Los presos políticos en la isla donde Mandela pasó la mayor parte de sus 27 años de cárcel leían a Shakespeare religiosamente, como fuente de luz moral o inspiración política. El gran debate dentro del movimiento anti-*apartheid* era si se debía recurrir a la violencia o al diálogo. Todos los argumentos a favor y en contra existían en las páginas de *Julio César*, la obra, escrita en 1599, que los presos más leían y discutían.

¿Shakespeare fue mujer? Lo dudo. Aunque poco se sabe de él, existen pruebas

documentadas de que, entre otras cosas, estuvo casado con una mujer (bastante antes de que se aceptara el matrimonio gay) y que tuvieron hijos. Que a nadie se le hubiera ocurrido hasta el 2019 que podría haber sido mujer da para sospechar que la periodista que escribió el artículo en *The Atlantic* se intoxicó de un exceso de #metooismo. Reconozco, sin embargo, que mi reacción inicial al artículo fue prematura. Una vez leído hasta el final, me ayudó a reforzar mi tesis, que siempre se agradece. Que las semillas de feminismo que Shakespeare sembró hace más de 400 años hoy florezcan como nunca demuestra una vez más que, como bien se atreve a decir en uno de sus sonetos, su obra nunca morirá y seguirá iluminando a la humanidad hasta el final de los tiempos.

19 de mayo de 2019

Gracias a la vida

Para gente como la mayoría de los lectores de este diario que ha resuelto los problemas elementales del ser humano, que come razonablemente bien y se abriga en invierno y posee un *smartphone*, es importante inventarse otro tipo de problemas para darle chispa a la vida. Como, por ejemplo, que hay que luchar por la independencia para recuperar el control, o que hay que construir muros para que no vengan los malos, o que hay que hacer frente al *smartphone* porque produce adicción, cretinismo, depresión o patologías varias.

Últimamente veo más y más artículos ofreciendo soluciones, tipo variaciones de las recetas que proponen Alcohólicos Anónimos, a lo que ya se acepta como una verdad indiscutible: los riesgos que estos aparatitos conllevan para el bienestar físico y mental. Uno publicado por un solemne profesor universitario el fin de semana pasado en *The New York Times* sostuvo que el propio Steve Jobs, difunto fundador de Apple, se hubiera horrorizado al ver cómo el iPhone y sus variantes se han convertido en nuestros «compañeros constantes». Otros nos cuentan cómo los artesanos de estos objetos, los multimillonarios *geeks* de Silicon Valley, imponen límites a las horas que sus pequeños pueden usarlos. La medida de la preocupación que genera el tema entre estos genios es la aparición hace no mucho de una app que te dice cuántas horas a la semana estás pegado a tu pantallita.

Bueno, no dudo que, llevado al exceso, el teléfono móvil tiene sus peligros. Pero yo no solo me niego a participar en la histeria colectiva sino que me propongo salir en defensa de este gran invento del siglo XXI. Confieso que mi móvil no solo es mi compañero más constante, sino que se ha convertido casi en una extensión de mi cuerpo. Y no tengo ningún problema con esto. Ni culpa, ni ansiedad, ni nada. Más bien doy gracias por cómo ha enriquecido mi vida, incluso por lo que ha hecho para mí en cuanto a mis necesidades más básicas, como me ayudó a entender un amigo londinense hace un par de años cuando llegué tarde a un encuentro con él en un bar.

«No te preocupes —me dijo metiendo su móvil en el bolsillo—. Estaba bien acompañado. Con estas maquinitas ya nunca más te tienes que sentir solo».

Es verdad. Adiós a la soledad, adiós al desamparo, adiós al aburrimiento. Decía el novelista E. M. Forster, autor de *Una habitación con vistas* y *Pasaje a la India*, que el secreto de la vida era «only connect», solo conectar. Desde que tengo mi móvil, problema resuelto. A cualquier hora del día y en cualquier lugar estoy conectado a mis amigos en todo el mundo y, si lo necesito, a miles de desconocidos que quisieran serlo. Aún no he recurrido al móvil para obtener sexo o amor, o las dos cosas a la vez, pero es

tranquilizador saber que la opción existe en caso de gran urgencia o desesperación. He renunciado a Twitter y Facebook, pero si vuelvo a sentir la necesidad de intercambiar acaloradas idioteces sobre la condición humana o de demostrar al mundo lo bien que vivo y lo brillante que soy, ahí siguen, a mi disposición.

Me acuerdo que cuando era pequeño mi padre se preocupaba de que yo veía demasiada televisión. Seguramente su padre le dijo a él que escuchaba demasiado la radio. Y quizá el padre del padre de mi padre tenía que oír que se pasaba demasiado tiempo enterrado en sus libros. Lo que no hago yo nunca es decirle a mi hijo adolescente que deje el puto móvil en paz. Más bien, él me lo dice a mí. Si se lo dijera yo sería el colmo de la hipocresía.

Se dice que el móvil da la impresión de acercar a la gente pero en realidad lo que hace es aumentar distancias, colocar barreras, enfriar las relaciones humanas. Reconozco que si uno sale a cenar en pareja y los dos se pasan la mayor parte del tiempo mirando sus teléfonos móviles, quizá repasando las opciones que ofrece Tinder, puede que haya un problema. Pero no tanto, o no necesariamente, cuando uno se sube al metro y ve que el 90 % de la gente está inmersa en los secretos de su pantalla particular. Yo soy uno de ellos.

Me paso buena parte de la vida en trenes debajo de la tierra. Antes lo que hacía allá era leer el diario o un libro. Ahora puedo hacer las dos cosas con mayor comodidad en mi móvil, más jugar al ajedrez (mal, pero me entretiene tanto que a veces me salto mi parada), o escuchar música o escribir en un lugar seguro y de fácil acceso ideas que se me vienen inesperadamente a la cabeza para un artículo o un libro o la gran película o novela con la que un día asombraré al mundo, o babear mirando fotos de mi hijo cuando era bebé o, fuente de incluso más copioso babeo, volver a ver una de las miles de antologías disponibles en la web de los mejores pases o goles o casi goles de Leo Messi.

Lejos de ser un estorbo o una limitación, mi móvil es un aparato mágico que me facilita la vida y me ensancha la mente. Lo aprecio más que los *millennials*, seguramente, porque sé cómo era el mundo antes de que existiera. Hacer mi trabajo como periodista en aquellos no tan lejanos tiempos era infinitamente más complicado, y no para bien. Aterrizaba, por ejemplo, en la Ciudad de Guatemala para cubrir un golpe de Estado militar y mi prioridad no era hablar con las debidas fuentes, ver cómo se colocaban los tanques en la plaza de Armas y hacer todo lo que hiciera falta para conseguir la noticia; mi prioridad, mi principal preocupación, era cómo carajo iba a enviar la noticia, cómo iba a hacer para que el texto por el que sudaría sangre y lágrimas llegara —dictado por teléfono, cuando había línea— a mi diario en Londres.

Y ni hablar, claro, de Wikipedia, que Dios la bendiga, y otras fuentes de datos que me aportan en instantes información básica para mi trabajo que antes podría tardar horas

en conseguir. El poder viajar sabiendo siempre dónde estoy y cómo llegar mejor a mi destino, en coche o en bus o en avión o a pie, y poder hacerlo cargando siempre conmigo en un aparato que no pesa nada y cabe en una mano toda una biblioteca de libros o de películas o de música… bueno, todo esto y mucho más es, para mí, nada menos que una maravilla y un regalo.

Así que, OK, bien, vale, inventémonos problemas porque así somos, y donde los haya de verdad pongamos manos a la obra, pero no dejemos de celebrar también la fortuna de vivir en la época que nos ha tocado.

Y si están leyendo esto en un móvil, suerte y salud.

3 de febrero de 2019

ALEGATOS

Viaje al cerebro de la máquina

Viajar por los aeropuertos del mundo con gente famosa es un placer. O al menos esto es lo que deduzco de la única experiencia de esta naturaleza que he tenido, cuando acompañé a Rafael Nadal y su equipo en un vuelo de Doha (Catar) a Melbourne (Australia), en enero de este año. En Doha, el resto de los pasajeros tenían que subirse a un autobús para llegar al avión; a nosotros nos pusieron una limusina. Pero lo mejor fue lo del control de pasaportes en Melbourne. Sé, por experiencia previa, que los australianos son tan complicados como los estadounidenses a la hora de permitir la entrada de no residentes a su país. Nosotros pasamos rápidamente sin hacer cola alguna a un puesto donde nos esperaban seis agentes de migración, tres hombres y tres mujeres. Decir que babeaban sería una leve exageración, pero tenían los ojos como platos y emanaban la excitación palpitante de niños chicos haciendo cola para sentarse en las faldas de Papá Noel. Resultó que de los cinco en nuestro grupo, uno no había rellenado y enviado por Internet el formulario que es el requisito burocrático no negociable, en condiciones normales, para poder entrar como extranjero en Australia. El que había fallado era Rafa. Presentí que habría un drama. No me podía haber equivocado más. «Oh, no problem. Absolutely no problem, Mr. Nadal!», chorreaban los agentes uniformados, sonriendo de oreja a oreja, encantados de tener la oportunidad de tomarse la pequeña molestia que les permitiría tener al gran tenista cautivo, poder inhalar su aura, un par de minutos más.

Ya sabía, antes de emprender el proyecto de un libro con Rafael Nadal, que su rostro era reconocido en todos los rincones del mundo, pero no llegué a apreciar la dimensión de la fascinación que ejerce, la enormidad de su legión de fans, hasta que viajé con él y empecé a dedicarme a tiempo completo a observar el fenómeno planetario en el que se ha convertido el chico nacido hace 25 años en Mallorca, en la pequeña ciudad de Manacor. En Catar, señores y niños vestidos con túnicas blancas impecablemente planchadas (aunque no las mujeres, vestidas de negro) hacían cola para pedirle autógrafos o hacerse fotos con él; en Australia, chillidos cada vez que emergía de su cueva, su refugio en todos los lugares a los que viaja, la habitación de hotel donde se ve obligado a pasar la mayor parte de sus ratos libres durante los torneos, transformándole a él mismo en un cautivo, prisionero de su fama, del agobio que representa salir a la calle a la luz del día.

En Nueva York durante el US Open y en Londres durante Wimbledon, fotos de cuatro pisos de altura de su cara y su musculoso cuerpo se imponen sobre las calles principales, anunciando zapatillas deportivas o calzoncillos o automóviles coreanos. Lo

sorprendente es que el *sex appeal* de Nadal llega más allá de las grandes metrópolis o de los países ricos. El tenis, ya se sabe, no tiene el alcance del fútbol. Es un deporte de las clases medias. O eso había entendido hasta que me presenté una vez (antes de que surgiera la idea del libro) en un pueblo terriblemente pobre al norte de Sudáfrica, en la frontera con Zimbabue, donde había unos campos de fútbol donados por almas caritativas hechos de tierra roja batida. Los niños de la zona los habían bautizado como «los campos Rafa Nadal».

Está claro que el atractivo de Nadal rebasa su propio deporte, por más torneos Grand Slam que haya ganado (10) y por más que haya estado en la cima del tenis, ocupando el puesto número uno o el dos en el *ranking* mundial, desde que cumplió los 19 años. A esto se refería Boris Becker, el gran campeón alemán de los años ochenta y noventa, ganador de seis Grand Slams, cuando le preguntaron el mes pasado qué jugador actual le hubiera gustado haber sido. Respondió que una mezcla de los tres grandes: Roger Federer, Novak Djokovic y Rafael Nadal. Presionado para que eligiera uno, confesó que tendría que ser Nadal. ¿Por qué? «Porque Nadal es el más carismático. Gente a la que no necesariamente le gusta el tenis ama a Nadal».

Es verdad. Lo he comprobado con muchas personas con las que he charlado en diferentes lugares del mundo. Yo mismo dejé de seguir el tenis con mucho interés durante un largo rato tras una época, entre los 13 y los 23 años, cuando practicaba el deporte casi todos los días y me tocó durante tres campeonatos de Wimbledon seguidos trabajar como recogebasuras en el venerable recinto, lo cual me daba acceso (curioso gesto democrático en un lugar que respira aristocracia) a ver casi todos los partidos que quería en la Centre Court y en la pista número uno. Esa era la época de John McEnroe y Bjorn Borg. Los que los siguieron, Stefan Edberg, Pete Sampras, Ivan Lendl, incluso André Agassi, no me ilusionaban. Tampoco, del todo, Roger Federer, por más que no dude en reconocer que nunca he visto un tenista que practique el deporte con más belleza, elegancia y naturalidad. A mí lo que me despertó de mi sueño, incluso de mi aburrimiento, lo que me hizo volver a enamorarme del tenis fue la irrupción en escena de Rafa Nadal, y muy particularmente la final de Wimbledon 2008 en la que acabó con la larga hegemonía de Federer. Ese partido me encandiló. No solo, con diferencia, fue el mejor partido de tenis que había visto en mi vida (McEnroe, con un pelín más de autoridad que yo, dice lo mismo), sino el mejor partido que he visto en cualquier deporte nunca. Aquel día, Nadal me encandiló. A mí y a millones más. Hay un antes y un después en la trayectoria de Nadal como tenista y como personaje global, y fue esa final de Wimbledon.

¿Qué fue lo que nos impactó tanto? ¿Qué vimos en él? ¿Con qué nos identificamos? Algo debe de tener que ver con el contraste entre su identidad guerrera en la pista y su

dulce e infalible cortesía fuera de ella; su autosuficiencia casi autista cuando está compitiendo y su apego a la familia, su cálida conexión con —y dependencia de— sus padres y su hermana y sus tíos. Pero debo confesar que yo solo no di con la pista clave; me la dio un compañero periodista. Leí un breve artículo suyo en el diario *As* el año pasado que me abrió los ojos a la gran verdad del fenómeno que es Nadal. El periodista es Juanma Trueba, un brillante y perspicaz escritor, y aquí me permito reproducir algunas de sus palabras:

«Me gustaría compartir un sentimiento que me asalta cada vez que asisto a un gran partido de Nadal. Llegado el momento y al rato de iniciarse el juego, casi siempre pienso que el otro es mejor, que sus golpes son más largos y mortíferos, que su revés hace más daño y que su servicio no digamos… En cada caso percibo que Nadal tiene, además de un partido por jugar, un problema por resolver. Como si antes de derrotar al adversario tuviera que vencer su propia debilidad (el saque, la volea, los dolores crónicos…). El resultado es que cada partido de Nadal incluye, a mi modo de ver, un ejercicio de superación. Sus encuentros no están planteados desde la superioridad técnica (como hace Federer), sino desde el asalto salvaje, desde la inferioridad rebelde. De ahí que la épica sea consustancial a sus victorias, porque en esta historia David siempre mata a Goliat. Al margen de la victoria, el placer es observar cómo Nadal tuerce, en cada torneo, el destino que parecía contrario. Hay una lección moral en eso, un mensaje que cala rápido y que le distingue de otros tenistas, de otras personas. No dar una bola por perdida es un buen consejo para transitar por la vida. Sospecho que por eso nos gusta tanto Nadal. Porque en cada partido nos recuerda el camino».

¡Qué bueno que es Trueba! Da en el clavo. Y sospecho que, como en mi caso, fue aquella final de 2008 contra Federer en Wimbledon la que le iluminó. Fuera del Antiguo Testamento, esa metafórica rivalidad entre David y Goliat pocas veces se habrá visto en dimensión más épica, al menos en el terreno deportivo, que en ese partido, la columna vertebral narrativa del libro que he hecho con Rafael Nadal. Lo vimos todo juntos en vídeo y él me contó, casi punto por punto, lo que pasaba por su cabeza en cada momento, tanto a nivel emocional como a nivel analítico y racional. Fue fascinante poder casi vivirlo como lo vivió él. También lo fue oírle relatar cómo se preparó para aquel partido; su «ritual», como él lo llama; su preparación mental, su extraordinario poder de concentración, la especie de autohipnosis en la que intenta sumergir sus debilidades e inseguridades humanas con el propósito, que él mismo reconoce como imposible, de convertirse en una máquina de tenis, en un robot gladiador.

El libro arranca con Nadal relatando en primera persona sus sensaciones —lo que ve, lo que oye, lo que siente, lo que piensa— en los momentos de máxima tensión antes del inicio de la final de Wimbledon de 2008 contra Roger Federer.

El silencio de la Centre Court

Lo que llama la atención cuando juegas en la pista central de Wimbledon es el silencio. Botas la pelota contra el césped y no se oye ningún sonido; la lanzas al aire para sacar; la golpeas y escuchas el eco del golpe. Y después de eso, el eco de cada golpe posterior, los tuyos y los del contrario. Clac… clac, clac clac. La hierba bien cortada, la historia del lugar, la solera del estadio, el uniforme blanco de los jugadores, la multitud respetuosamente callada, la venerable tradición —no hay a la vista ni una sola valla publicitaria—, todo se combina para encerrarte y aislarte del mundo exterior. Esta sensación me viene bien; ese silencio de catedral que reina en la Centre Court le conviene a mi juego. Porque en un partido de tenis, la batalla más encarnizada que libro es con las voces que resuenan dentro de mi cabeza: quieres silenciarlo todo dentro de la mente, eliminarlo todo menos la competición, quieres concentrar cada átomo de tu ser en el punto que estás jugando. Si he cometido un error en el punto anterior, lo olvido; si se insinúa en el fondo de mi cabeza la idea de la victoria, la reprimo.

El silencio de la Centre Court se rompe cuando termina la lucha por el punto. Si ha sido un buen punto —los espectadores de Wimbledon conocen la diferencia—, estalla el clamor: aplausos, vítores, gente que grita tu nombre. Lo oigo, pero como si viniera de un lugar lejano. No soy consciente de que hay quince mil personas a la expectativa en el recinto, siguiendo con la mirada cada movimiento mío y de mi rival. Estoy tan concentrado que no me entero para nada —no como ahora, cuando recuerdo la final de 2008 contra Roger Federer, el partido más grande de mi vida— de que hay millones de personas de todo el mundo mirándome.

Siempre había soñado con jugar en Wimbledon. Mi tío Toni, que ha sido mi entrenador de toda la vida, me decía ya desde el principio que era la competición más importante de todas. Cuando tenía 14 años, mis amigos y yo compartíamos la fantasía de que un día jugaría aquí y ganaría. Sin embargo, hasta este momento había jugado y perdido en dos ocasiones, las dos ante Federer, en la final de 2006 y en la de 2007. La derrota de 2006 no fue tan dura. Aquella vez salí a la pista con una sensación de gratitud y cierta sorpresa por haber llegado tan lejos, ya que acababa de cumplir 20 años. Federer me venció con mucha facilidad, más que si me hubiera enfrentado a él con mayor fe. Pero la derrota de 2007, en cinco sets, me dejó totalmente hundido. Sabía que había podido hacerlo mejor, que lo que había fallado no había sido mi habilidad ni la calidad de mi juego, sino mi cabeza. Y lloré tras la derrota. Lloré sin cesar durante media hora en el vestuario. Lágrimas de decepción y autorreproche. Perder siempre duele, pero duele mucho más cuando sabes que tenías posibilidades y las has desaprovechado. Federer me había vencido, pero también yo, en no menor medida, me había derrotado a mí mismo; me había defraudado y no lo soportaba. Había flaqueado

mentalmente, me había permitido distraerme; me había apartado de mi plan de juego. Qué estúpido, qué innecesario. Era más que evidente que había hecho precisamente lo que no hay que hacer en un partido importante.

Mi tío Toni, el preparador de tenis más inflexible que existe, es por lo general la última persona del mundo en ofrecerme consuelo; me critica incluso cuando gano. Pero aquella vez me vio tan hundido, tan por los suelos, que olvidó su antigua costumbre y me dijo que no había motivos para llorar, que habría más Wimbledons y más finales de Wimbledon. Le contesté que él no lo entendía, que probablemente no volvería a aquel recinto, que se me había escapado la última oportunidad de ganar. Soy muy consciente de lo breve que es la vida de un deportista profesional y no aguanto la idea de desperdiciar una ocasión que a lo mejor no vuelve a presentarse nunca más. Sé que cuando mi carrera acabe no seré un hombre feliz y quiero aprovecharla al máximo mientras dure. Cada momento cuenta, por eso me entreno siempre con tanto rigor, pero hay momentos que cuentan más que otros y en 2007 había dejado pasar uno de los más importantes. Había dejado escapar una oportunidad que tal vez no volviese a tener en la vida; habrían bastado dos o tres puntos aquí o allí, un poco más de concentración. Porque en el tenis la victoria depende del más estrecho margen. Yo había perdido el quinto y último set por 6-2 frente a Federer, pero si hubiera tenido un poco más de lucidez cuando íbamos 4-2 o incluso 5-2; si hubiera aprovechado las cuatro ocasiones de romperle el servicio que se me habían presentado al principio del set (en vez de quedarme paralizado, como me ocurrió), o si hubiera jugado como si estuviéramos en el primer set y no en el último, habría podido ganar.

Nada podía hacer Toni para aliviar mi angustia, aunque al final resultó que tenía razón. Llegó otra oportunidad y un año después volvía a pisar la hierba de la misma pista. Había aprendido la lección de la derrota de hacía doce meses y tenía claro que no me iba a fallar la concentración; me podría fallar cualquier otra cosa, pero la cabeza no. La mejor señal de que la tenía en su sitio era la convicción de que, por muy nervioso que me pusiera, al final ganaría […].

A la una en punto, una hora antes de la señalada para el comienzo del partido, volvimos al vestuario. Algo curioso que tiene el tenis es que incluso cuando se celebra un torneo importante se comparte el vestuario con el rival. Cuando volví del comedor, Federer ya estaba allí, sentado en el banco de madera que siempre ocupa. Estamos acostumbrados a esta particularidad y no hubo incomodidad por ninguna parte, al menos no en mi caso. Un rato después estaríamos haciendo todo lo posible por machacarnos en el encuentro más importante del año, pero éramos amigos además de rivales. Otros rivales deportivos pueden odiarse a muerte fuera de la pista; nosotros no. Nos caemos bien. Cuando empiece el partido, o cuando falte muy poco para el inicio, dejaremos a un

lado la amistad. No es nada personal. Yo lo hago con todos los que me rodean, incluso con mi familia. Cuando un partido está en juego, soy otra persona. Me esfuerzo por convertirme en una máquina del tenis, aunque en última instancia es un empeño imposible. No soy un robot; la perfección en el tenis es imposible, y el desafío consiste en escalar la cumbre de las propias posibilidades. Durante un partido estamos en lucha permanente por mantener a raya las debilidades de la vida cotidiana, por contener las emociones humanas. Cuanto más contenidas estén, más posibilidades de ganar habrá, a condición de que se haya entrenado con el máximo rigor y el talento de nuestro rival no sea muy superior al propio. Existía cierta diferencia entre el talento de Federer y el mío, pero no era imposiblemente amplia. Era lo suficientemente estrecha y, aunque él jugara mejor sobre hierba, su superficie predilecta, si yo sabía acallar las dudas y temores que tenía dentro de mi cabeza, así como mis expectativas exageradas, y lo hacía mejor que él, entonces podía ganarle. Hay que encerrarse tras una armadura protectora, convertirse en un guerrero sin emociones. Es una especie de autosugestión, un juego al que juega uno solo, con seriedad absoluta, para disimular las propias debilidades ante uno mismo y ante el rival.

Bromear o charlar de fútbol con Federer en el vestuario, como habríamos hecho antes de un partido de exhibición, habría sido una jugada que el otro habría detectado enseguida e interpretado como un signo de temor. Lejos de ello, tuvimos el detalle de ser sinceros. Nos dimos la mano, nos saludamos con la cabeza, nos sonreímos ligeramente y nos dirigimos a las respectivas taquillas, separadas quizá unos diez pasos, y desde ese momento nos comportamos como si el otro no estuviera allí. No es que necesitara fingirlo: yo estaba en aquel vestuario y no estaba. Me había retirado a un lugar profundo de mi ser, y mis movimientos eran cada vez más programados, más automáticos.

Cuarenta y cinco minutos antes de la hora oficial del comienzo me di una ducha de agua fría. De agua helada. Lo hago antes de cada encuentro. Es el punto anterior al punto de inflexión; el primer paso de la última fase de lo que yo llamo el ritual anterior al juego. Bajo el agua fría entro en un espacio distinto en el que siento crecer mi fuerza y mi resistencia. Cuando salgo soy otro. Me siento activado. Estoy «en estado de flujo», o «de fluir», como los psicólogos deportivos llaman al estado de concentración y alerta en el que el cuerpo se mueve por puro instinto, como un pez en un río. En ese estado no existe nada más que la batalla que nos espera.

Y menos mal, porque lo siguiente que me tocaba hacer era algo que en circunstancias normales no aceptaría con calma. Bajé al botiquín para que mi médico de siempre, Ángel Ruiz Cotorro, me pusiera una inyección calmante en la planta del pie izquierdo. Desde la tercera ronda me había salido una ampolla y una hinchazón alrededor de un

hueso del metatarso. Tenían que dormirme esa zona, de lo contrario no podría jugar, pues el dolor hubiera sido excesivo.

Luego volví al vestuario y reanudé mi ritual. Me puse los cascos para escuchar música. Eso es algo que me agudiza la sensación de «fluir», me aísla aún más de mi entorno. Titín me vendó el pie izquierdo. Mientras lo hacía, puse los *grips*, las cintas adhesivas, a las empuñaduras de las raquetas, a las seis con que salgo a la pista. Siempre lo hago. Vienen con una cinta previa de color negro; yo pongo una cinta blanca encima de la negra, le doy vueltas y más vueltas en sentido diagonal. No necesito pensar en lo que hago, simplemente lo hago. Como si estuviera en trance.

Luego me tiendo en la camilla de masaje y Titín me pone un par de vendas en las piernas, por debajo de las rodillas. Ahí también me duele y las vendas impiden las irritaciones y calman el dolor si aparece.

Hacer deporte es saludable para las personas normales, pero el deporte a nivel profesional no es bueno para la salud. Hace que tu cuerpo alcance límites para los que los seres humanos no están, de forma natural, preparados. Ese es el motivo por el que casi todos los grandes deportistas profesionales sufren lesiones que en ocasiones acaban con su carrera. En mi trayectoria hubo un momento en que me pregunté seriamente si iba a ser capaz de seguir compitiendo al máximo nivel. La mayor parte del tiempo siento dolor cuando juego, pero creo que eso les ocurre a todos los que se dedican a los deportes de élite. A todos menos a Federer. Yo he tenido que esforzarme para acostumbrarme al dolor, para soportar la tensión muscular de carácter repetitivo que impone el tenis, pero él parece haber nacido para jugar al tenis. Su anatomía y su fisiología —su ADN— parecen estar totalmente adaptadas al deporte, lo vuelven inmune a las lesiones que los demás mortales estamos condenados a padecer. Me han contado que no entrena con la misma dureza que yo. No sé si será cierto, pero no me extrañaría. También en otros deportes se dan otros benditos fenómenos de la naturaleza. Al resto de los mortales nos toca aprender a vivir con dolor y a estar alejados del deporte durante largas temporadas, porque un pie, un hombro o una pierna han lanzado un grito de alarma al cerebro, exigiéndole que pare. Por eso es necesario que me venden tanto antes de un partido, y por eso es también una parte tan importante de mis preparativos.

Cuando Titín acaba con mis rodillas, me levanto, me visto, me acerco al lavabo y me mojo el pelo con agua. Luego me pongo el pañuelo en la frente. Es otro movimiento que no requiere ninguna clase de reflexión, pero que realizo despacio y con cuidado, hasta que me lo ato detrás de la cabeza con fuerza, lentamente. Hay una finalidad práctica en esto: impedir que el pelo me caiga sobre los ojos. Pero además es otro momento del ritual, otro momento de inflexión decisivo, como la ducha fría, para que se agudice mi

conciencia de que pronto me lanzaré a la batalla.

Ya casi era la hora de salir a la pista. La adrenalina que había estado segregando todo el día inundaba mi sistema nervioso. Respiraba con fuerza, para liberar energía, aunque aún tenía que permanecer inmóvil otro rato mientras Titín me vendaba los dedos de la mano izquierda, la mano con la que juego; sus movimientos eran tan mecánicos y silenciosos como los míos cuando refuerzo la empuñadura de las raquetas. No hay nada estético en esto. Sin las vendas, la piel de los dedos se me cortaría y desgarraría durante el juego.

Me puse de pie y realicé una serie de ejercicios violentos para activar mi explosividad, como dice Titín. Toni estaba mirándome, sin hablar apenas. No sé si también Federer me miraba. Solo sé que antes de un partido no está tan atareado como yo en el vestuario. Yo saltaba, corría *sprints* de un extremo a otro del reducido espacio, de no más de seis metros. Me detenía en seco, giraba la cabeza y las muñecas, hacía torsiones con los hombros, me agachaba, flexionaba las rodillas. Luego más saltos, más *minisprints*, como si estuviera solo, en el gimnasio de mi casa. Siempre con los cascos puestos, con la música bombardeándome la cabeza. Me fui a hacer pis (poco antes de un partido hago pis muchas veces, son reacciones nerviosas, a veces cinco o seis en esa hora final). Cuando volví, me puse a girar los brazos en sentido vertical, para adelante y para atrás, con fuerza.

Toni me hizo una señal y me quité los cascos. Dijo que se había producido un retraso por culpa de la lluvia, pero que pensaban que no serían más de quince minutos. No me inmuté. Estaba preparado para aquello. La lluvia afectaría a Federer igual que a mí. No rompería el equilibrio. Me senté y comprobé las raquetas, su peso, su estabilidad; me subí los calcetines, procurando que los dos estuvieran a la misma altura de la pierna. Toni se acercó a mí.

«No pierdas de vista el plan de juego —me recordó—. Haz lo que tienes que hacer».

Yo escuchaba y no escuchaba. En esos momentos sé lo que tengo que hacer. Mi concentración es buena. Mi aguante también. Aguantar: he ahí la clave. Aguantar físicamente, no rendirme en ningún momento, afrontar todo lo que me salga al paso, no permitir que lo bueno ni lo malo —ni los golpes maestros ni los golpes flojos, ni la buena ni la mala suerte— me desvíen de mi camino. Tengo que estar centrado, sin distracciones, hacer lo que tengo que hacer en cada momento. Si tengo que golpear la pelota 20 veces al revés de Federer, lo haré 20 veces, no 19. Si para encontrar la ocasión propicia tengo que prolongar el peloteo a 10 golpes, a 12 o a 15, lo prolongaré. Hay momentos en que aparece la ocasión de conectar una derecha ganadora, pero tienes el 70 % de probabilidades de que salga bien; esperas otros cinco golpes y entonces las probabilidades aumentan al 85 %. Hay que estar alerta, ser paciente, no precipitarse.

Si subo a la red, es para lanzársela a su revés, no a su derecha, que es su golpe más fuerte. Pierdes la concentración, por ejemplo, cuando vas a la red para enviársela a su derecha o cuando en un servicio olvidas que tienes que sacar buscando el revés del rival —siempre para forzar su revés—, o cuando vas en busca del golpe ganador cuando no toca. Estar concentrado significa hacer en todo momento lo que sabes que tienes que hacer, no cambiar nunca tu plan, a menos que las circunstancias del peloteo o del juego cambien de un modo tan excepcional que justifiquen la aparición de una sorpresa. Pero en términos generales significa disciplina, significa contenerte cuando surge la tentación de jugártela. Luchar contra esa tentación significa tener la impaciencia o la frustración bajo control.

Aun en el caso de que parezca que hay una oportunidad para presionar y hacerte con la iniciativa, hay que darle a la bola buscando el revés del contrario, porque a la larga, en el curso de todo el juego, es lo más prudente y lo que da mejores resultados. Ese es el plan. No es complicado. Ni siquiera puede llamarse táctica porque es muy sencillo. Yo he de jugar el golpe que me resulte más fácil y el que más le cueste al otro, o sea, mi golpe de derecha con la zurda contra su revés. Es cuestión de ceñirse a eso. Hay que presionar a Federer sin pausa para que devuelva de revés, obligarlo a que juegue bolas altas, lanzarle la bola a la altura del cuello, someterlo a constante presión, agotarlo. Abrir grietas en su juego y en su moral. Contrariarlo, empujarlo a la desesperación, si puedes. Y cuando le pega bien a la bola, lo que es muy probable que suceda, puesto que no puedes estar poniéndolo en problemas todo el tiempo, neutraliza cualquier intento suyo de golpe ganador, devuélvele la bola en profundidad, hazle sentir que tiene que ganar el punto dos, tres, cuatro veces para conseguir el 15-0.

En esto es en lo único que pensaba, en el caso de que pensara en algo mientras estaba allí sentado, jugando nerviosamente con las raquetas, estirándome los calcetines, ajustándome las vendas de los dedos, con la cabeza llena de música, en espera de que escampara. Hasta que vino un señor vestido con *blazer* y nos dijo que ya era la hora. Me puse en pie de un salto, sacudí los hombros, giré la cabeza a un lado y a otro, e hice otro par de carrerillas por el vestuario.

Se suponía que ahora tenía que entregar mi bolsa a un asistente de pista para que me la llevara a la silla. Forma parte del protocolo de Wimbledon el día de la final. No se hace en ningún otro sitio y no me gusta, rompe con mi rutina. Le tendí la bolsa, pero me quedé una raqueta. Salí del vestuario el primero, apretando la raqueta con fuerza, pasé por pasillos decorados con fotos de los campeones de torneos anteriores y con trofeos expuestos en vitrinas, bajé unos peldaños, doblé a la izquierda y salí al aire fresco del julio inglés y al verde mágico de la Centre Court.

Me senté, me quité la chaqueta del chándal y tomé un sorbo de agua de una botella.

Luego, otro de otra botella.

Repito siempre estos movimientos antes de que dé comienzo el partido y en cada descanso entre juego y juego, hasta que el encuentro finaliza. Un sorbo de una botella, otro sorbo de otra. Luego dejo las dos botellas a mis pies, delante de la silla, a mi izquierda, una detrás de la otra, en sentido oblicuo al lateral de la pista. Algunos lo llamarían superstición, pero no lo es. Si fuera superstición, ¿cómo se explica que haga siempre exactamente lo mismo, gane o pierda? Es una forma de situarme yo en el partido, de poner orden en mi entorno para que se corresponda con el orden que busco en mi cabeza.

Federer y el juez de silla estaban al pie de la silla del juez, esperando para el lanzamiento de la moneda. Me levanté de un salto, me acerqué a la red y me quedé en el lado opuesto al de Federer. Me puse a saltar. Federer estaba quieto, siempre relajado, mucho más que yo, al menos en apariencia.

La última parte del ritual, tan importante como los preparativos anteriores, consistía en recorrer con la vista las gradas del estadio y buscar a los miembros de mi familia entre el gentío que atestaba la pista central, para situarlos en las coordenadas que yo había trazado en mi cabeza. En la otra punta del graderío, a mi izquierda, estaban mi padre, mi madre y mi tío Toni; detrás de mi hombro derecho, en diagonal con los primeros, se encontraban mi hermana, tres abuelos, mi padrino y mi madrina, que son también tíos míos, y otro tío. No dejo que interfieran en mis pensamientos durante un partido —ni siquiera me permito sonreír durante el juego—, pero saber que están allí, como siempre, me proporciona la paz en que se apoya mi éxito como jugador. Cuando juego, levanto una muralla a mi alrededor, pero mi familia es el cemento que consolida la muralla.

También busco entre el gentío a los miembros de mi equipo, a los profesionales que empleo, grandes amigos todos. Al lado de mis padres y de Toni estaba Carlos Costa, mi agente; Benito Pérez-Barbadillo, mi jefe de prensa; Jordi Robert, a quien llamo *Tuts*, que es quien gestiona mis contratos con Nike; y Titín, que es como un hermano para mí y quien más me conoce. También veía, mentalmente al menos, a mi abuelo paterno y a mi novia, María Francisca —a quien llamo Mary aunque su nombre lo pronuncio «Meri»—, que me estarían viendo por la televisión allá en Manacor, y a otros dos miembros del equipo que tampoco estaban presentes, pero que no por eso eran menos responsables de mis triunfos: Francis Roig, mi segundo entrenador, un conocedor del tenis tan astuto como Toni pero más relajado, y mi brillante preparador físico, Joan Forcades, que, al igual que Titín, trabaja mi mente tanto como mi cuerpo.

La familia inmediata, la familia extensa y el equipo profesional (que también es mi familia) forman tres círculos concéntricos alrededor de mí. No solo me arropan y

protegen del peligroso bullicio que distrae y que siempre viene con el dinero y la fama; entre todos crean el entorno de afecto y confianza que necesito para que florezca mi talento. Cada uno complementa a los demás y todos desempeñan un papel fundamental a la hora de fortalecer mis puntos fuertes y de hacer que supere mis puntos débiles. Imaginar que hubiera podido tener tanta suerte y tanto éxito sin ellos me resulta imposible.

Se lanzó la moneda y ganó Federer. Eligió sacar. No me importó. Me gusta que mi rival saque al comienzo del partido. Si estoy bien de cabeza, si a él le asaltan los nervios, sé que tengo una buena oportunidad de romperle el servicio. Me crezco con la presión. No me hundo; me vuelvo más fuerte. Cuanto más cerca estoy del precipicio, más exaltado me siento. Naturalmente, me pongo nervioso y, por supuesto, la adrenalina fluye y la sangre me corre a tanta velocidad que la siento desde las sienes hasta los dedos de los pies. Es un estado extremo de alerta física, aunque controlable. Y lo controlé. La adrenalina derrotó a los nervios. Mis piernas no cedieron. Las sentía fuertes, dispuestas a correr todo el día. Echaba humo. Estaba encerrado en mi solitario mundo, pero jamás me había sentido más vivo.

Ocupamos nuestros puestos en la línea de fondo de la pista y empezamos a calentar. Nuevamente el retumbante silencio: clac… clac, clac… clac. En algún rincón de mi mente noté, no por primera vez, la fluidez y agilidad de los movimientos de Roger, su naturalidad. Yo soy más bien un luchador. Soy más defensivo, más recuperador, siempre voy a tope. Sé que esa es mi imagen. Me he visto de sobra en los vídeos. Y es un reflejo fiel de cómo he jugado la mayor parte de mi carrera, sobre todo cuando me he enfrentado con Federer. Pero seguía teniendo buenas sensaciones. Mis preparativos habían funcionado. Las emociones que suelen atacarme y que me habrían dominado si no hubiera llevado a cabo el ritual, si no me hubiera mentalizado ya por sistema para tener a raya el miedo que generalmente produce la Centre Court, estaban bajo control, aunque no habían desaparecido por completo. La muralla que había levantado a mi alrededor conservaba su solidez y su altura. Había conseguido el equilibrio justo entre la tensión y el dominio, entre el nerviosismo y la convicción de que podía ganar. Golpeaba las bolas con fuerza y puntería: los rebotes, las voleas, los remates y los saques con que cerramos la sesión de peloteo previa a que comenzase la verdadera batalla. Volví a mi silla, me sequé los brazos, la cara, di un par de sorbos más a las dos botellas de agua. Me vino al recuerdo una imagen de la final del año anterior, de aquel mismo momento, antes de que comenzase el partido. Me dije una vez más que estaba preparado para afrontar cualquier problema que se presentara y para resolverlo. Porque ganar este partido era el sueño de mi vida, nunca había estado tan cerca de realizarlo y podía ocurrir que no volviera a tener esa oportunidad. Podía fallarme cualquier otra cosa, la

rodilla o el pie, el revés o el saque, pero la cabeza no. Puede que sintiera miedo, que en algún momento me pudieran los nervios; pero, a la larga, la cabeza no iba a traicionarme esta vez.

«Rafa. Mi historia», *por Rafael Nadal y John Carlin*, *publicado por Indicios (Ediciones Urano)*, *sale a la venta el próximo 21 de octubre*. *La traducción es de Antonio Prometeo-Moya*.

16 de octubre de 2011

TODOS ENGAÑAN

Manuel Villafaina, dueño del chiringuito Los Manueles, en Torremolinos, tiene la mirada lejana de un veterano *sheriff* en Dodge City, *circa* 1880. Se sienta enfrente de mí, acariciando una caña en la terraza del restaurante playero donde trabaja desde hace 44 años, y me recuerda al curtido guardián de la ley que interpreta Tommy Lee Jones en *No es país para viejos*. Da la impresión de haberlo visto todo, alguien para quien el mundo dejó hace tiempo de ofrecerle sorpresas.

Le pregunto cómo siente la crisis, me contesta que «el turismo no está en crisis» y prosigue enumerando una serie de datos que cualquiera con una visión menos impasible de la vida interpretaría como una advertencia de catástrofe inminente. Al menos para los españoles. Los que veraneaban 15 días, ahora lo hacen 10; la familia que iba 12 días a comer a Los Manueles, ahora va 6; en los hoteles hay más personas que nunca con pensión completa; el turismo residencial se queda más en casa a cenar; los que salen piden más sardinas y menos boquerones; las hamacas en la playa están vacías; se ven menos españoles y más ingleses. «La gente se queja, claro —dice—, pero es que no hay dinero».

Villafaina es el presidente en la provincia de Málaga de la Asociación de Empresarios de Playa. Sabe de lo que habla. La «gente» a la que se refiere son sus compañeros de gremio. El drama que viven —ellos y sus clientes— lo resume así: «Lo típico ahora es que vienen cuatro personas y piden paella para tres. Se lo reparten con mucho cuidado y no queda ni un trocito de arroz en el plato».

Villafaina, asiduo lector de periódicos, se interesa por hablar con sus clientes alemanes. Les pregunta por qué vienen a España y siempre le dicen lo mismo. «Porque nos encanta cómo sois: la juerga, la alegría». Es decir, que vienen en búsqueda de algo que no encuentran con tanta facilidad en su país, donde, según le cuentan a Villafaina (que toma nota), el ahorro siempre se impone al despilfarro. Y donde la responsabilidad hacia la sociedad en su conjunto tiene el mismo valor que aquello que en España suele marcar los límites de la solidaridad, el amor al prójimo —al familiar o al amigo—. Villafaina me habla acto seguido, y con un leve atisbo de indignación, de la cantidad de conocidos que tiene últimamente que cobran paro y siguen trabajando en lo mismo que antes. «Llaman a los clientes de siempre y les ofrecen facturar sin IVA. Eso los alemanes no lo hacen». Nada nuevo bajo el sol, pero quizá aquí exista parte de la explicación de por qué, en el terreno económico, Alemania va bien y España mal.

Bastantes de aquellos que acusan a los políticos y banqueros de ser ladrones parecen no darse cuenta de que ellos también lo son, ya que están robando al Estado. Mucho

echar la culpa para afuera y poco mirar para adentro; poco reflexionar que si no cobrasen paro los que trabajan en negro, habría más dinero para pagar a los empleados de los hospitales. Si hay un lado bueno en tanta trampa es que, como dice Villafaina, hasta la fecha no ha habido una explosión social. «¿Cómo se explica si no con casi seis millones de parados?».

Habría menos parados si los españoles, o una mayor proporción de ellos, tuvieran una relación mejor con el trabajo. Esa es la opinión del director de un hotel de la zona, un extranjero que se tiraba de los pelos al hablarme de la actitud de muchos de sus empleados. «Son deshonestos —me dijo—. No en el sentido de que roban dinero, sino porque tienen metida en la cabeza la idea de que los jefes siempre los explotan y entonces su respuesta es negarse a dar lo mejor de sí. En vez de entender el trabajo como algo que se debe hacer con orgullo y ambición, lo ven como una pesadez que se tienen que quitar de encima antes de ir a tomarse unas cervezas con los amigos, que es lo que consideran ser el verdadero sentido de la vida».

He aquí la alegría y la juerga que anhelan los alemanes. El precio que se paga es una cultura del trabajo dañada, algo a lo que creo que se refería Villafaina cuando me dijo: «El problema es que todos intentamos engañar». El Estado engaña, ergo yo engaño al Estado; el empresario me engaña, pues yo engaño al empresario. Lo que se necesita en España es un *sheriff* que detenga este círculo vicioso, que le dé una gran sacudida a la sociedad para que la gente deje de engañar y de sentirse engañada. Si no, en un cercano futuro los cuatro clientes del chiringuito Los Manueles pedirán paella no para tres, sino para dos. Y si Villafaina se descuida, se comerán no solo el arroz, sino los platos.

12 de agosto de 2012

Las frustraciones de la perfección

«Existe en el ser humano una propensión fuerte a despreciar las ventajas y magnificar los males de la época en la que le toca vivir».

Edward Gibbon, historiador inglés

Se aproximan las elecciones españolas y los políticos de todos los partidos se esforzarán para convencer al electorado de que poseen la receta para construir el país soñado, una nación estable y próspera como Suecia o Suiza o Canadá, o quizá la más afortunada de todas —porque tiene sol, playas, buena comida y vino—, Australia.

No solo en España sino prácticamente en todo Occidente el objetivo implícito al que se aspira en los discursos políticos es algo que se parece a la utopía australiana: bajo desempleo, bajo déficit, baja criminalidad, baja corrupción, alto crecimiento, solidez financiera, igualdad social y un sistema judicial fuerte e independiente.

Y como si con todo eso no hubiera suficiente motivo de envidia, Australia es además una sociedad cuyo espíritu es refrescantemente igualitario, un lugar en el que el recepcionista no se arruga ante el jefe de la empresa. «Hola, tío», se dicen cuando se saludan por la mañana. Nada de feudalismos, de «Buenos días, señor presidente», o «licenciado», o «doctor», como suele ser la costumbre en demasiados países hispanos.

Sin embargo, acabo de pasar diez días allá y lo que sentí al subirme al avión para el vuelo de vuelta, sabiendo que lo que me esperaba era el relativo desorden de la vieja Europa, fue alivio. Por un lado, porque las preocupaciones de los australianos son tan banales; por otro, porque el paraíso aburre.

Teniendo los problemas materiales de la vida resueltos, la obsesión nacional en Australia es evitar la muerte. No pasó un día durante mis visitas a Melbourne, Brisbane y Sídney sin que me enterara de una novedosa iniciativa propuesta por el papá Estado para intentar eliminar todo riesgo y toda posibilidad de sufrimiento de la existencia del infantilizado ciudadano medio australiano.

Tuve una pista de lo que me esperaría nada más aterrizar en el aeropuerto de Sídney. Antes de pasar por migración un letrero tras otro transmitía la noción de que uno llegaba a un país ansioso por protegerse de los males que percibe en el resto del mundo. No solo existía temor por el ébola, sino por algo llamado síndrome respiratorio de Oriente Próximo. También, por razones que no llegué a entender, cualquiera que hubiera estado en América Central o del Sur en los anteriores seis días estaba obligado a rellenar un formulario especial.

Sospeché que este no iba a ser un país muy amigable con los fumadores y no me

equivoqué. Los paquetes de cigarrillos mencionan la marca de tabaco en letra diminuta y lo que asalta los ojos en todos los casos son fotos casi pornográficas de lenguas o gargantas cancerosas, de pulmones podridos, de grises bebés recién nacidos, sus caras cubiertas con máscaras de oxígeno.

En el parque central de Sídney había carteles que ponían: «Por su seguridad les advertimos que no visiten el parque después de lluvias o vientos fuertes debido al riesgo de problemas en los arboles» —es decir, de que a uno se le caiga una rama encima—. Descubrí que en los colegios se han prohibido los columpios, por los peligros que conllevan; que los profesores deben tener todos un certificado, renovable cada seis meses, que constate que están capacitados para responder a una emergencia precipitada por la alergia a los cacahuetes; que parte del trabajo del maestro consiste en enseñar a los niños a teclear de tal manera que se reduzca al mínimo la posibilidad de contraer estrés manual.

En las playas todos se visten como hace cien años, la mayor parte del cuerpo cubierto, por temor a los rayos del sol. Las multas son enormes para los conductores que superan por más de tres kilómetros por hora los bajísimos límites de velocidad, y también para aquellas personas que se arriesgan a atravesar las calles por un lugar que no sea un cruce peatonal. Los autobuses llevan letreros advirtiendo al público, inexplicablemente, que «no entren al bus por la ventana»; y cualquiera que pretenda trabajar en una obra de construcción debe superar una serie de pruebas en las que le preguntan, por ejemplo, si está enterado del correcto procedimiento para ascender por una escalera sin caerse.

Y, como medida literalmente destinada a evitar la muerte, cada australiano, cuando cumple 50 años, recibe del Gobierno como regalo un receptáculo de plástico, por decirlo de cierta manera, en el que debe enviar una deposición excremental al Ministerio de Salud. El propósito es poder detectar con antelación la posibilidad de que los susodichos señores o señoras padezcan de cáncer de intestino.

El objetivo de relatar todo esto no es ridiculizar a Australia, un país manifiestamente admirable, sino aprovechar la oportunidad para proponer un par de reflexiones sobre nuestra especie. Una, que si los seres humanos no tienen problemas se los tienen que inventar. Dos, como ya sabíamos, pero siempre vale la pena recordarlo, que los problemas de los países son relativos.

Vistas desde la perspectiva de gran parte de América Latina, África, Asia u Oriente Próximo, España o Gran Bretaña, por tomar un par de ejemplos, son naciones tan apacibles, mansas y prósperas como Australia para un español o un británico. Que en España o Gran Bretaña surjan movimientos secesionistas o nuevos partidos políticos clamando contra la injusticia y la desigualdad social parecería responder, para la

mayoría de los habitantes de la Tierra, a una necesidad de generar problemas donde no los hay.

Y no hay ningún país con menos problemas que Australia; ninguno que haya logrado una calidad de vida material mejor en la historia de nuestro planeta. Pero no han logrado ni la tranquilidad ni la complacencia porque nunca nada es suficiente para el ser humano. La lección que nos dan los australianos es que la vida sin lucha no es vida. Siempre nos sentiremos frustrados, siempre soñaremos con más y no estaremos satisfechos hasta que conquistemos la vida eterna. Y quizá entonces ni siquiera.

26 de octubre de 2015

La conquista de la felicidad

«La ignorancia es la dicha».

Thomas Gray, poeta inglés

La felicidad se ha vuelto una industria. No parece pasar un día sin que algún departamento de gobierno, o universidad, o filósofo, o economista, o bloguero proponga lo que pretende ser un análisis nuevo o un plan práctico para alcanzar el sueño que todos anhelamos. Hagan una búsqueda en Amazon: hay 14.384 libros sobre la conquista de la felicidad.

Pero, ¿qué pasa si la felicidad existe no solo en nuestras mentes o corazones sino en un lugar? ¿Y qué tal si ese lugar es Paraguay? Sí, Paraguay, un país encerrado en el centro geográfico de Sudamérica al que han acudido comunidades alemanas, irlandesas, estadounidenses, australianas, finlandesas desde hace 150 años —o más, si incluimos a los misioneros jesuitas del siglo xvii— convencidos de que aquí descubrirían la utopía; un país que durante los tres últimos años seguidos ha sido, según unas encuestas globales que hace la reputada agencia Gallup, el más feliz de la Tierra.

Viajé a Paraguay a ver si daba con el secreto y me encontré con una tierra que parecía tenerlo todo. Prácticamente vacía (siete millones de habitantes; casi dos veces el tamaño de Alemania), la tierra es tan fértil que los mangos se pudren en el suelo, dan aguacates de comer a los cerdos, exportan más carne que Argentina y el agua de sus grandes ríos es tan abundante que no solo supera todas las necesidades agrícolas y humanas sino que, gracias a la represa gigante de Itaipú, dispone de casi diez veces más electricidad renovable —y eterna— de la que requiere su población.

En la teología tradicional indígena, la guaraní, existe el concepto paradisíaco de «la tierra sin mal». Pareciera que la hubiesen encontrado. Pero rasqué un poco y vi que a los humanos les quedaba algo por hacer.

Resulta que, en la ausencia de un sistema de justicia remotamente serio, la corrupción permea las instituciones políticas y estatales de arriba abajo, de los jueces a los policías, de los ministros a los funcionarios. Resulta también que los pobres son cada día más pobres y los pocos ricos más ricos, entre ellos el actual presidente y magnate tabacalero Horacio Cartes, que, según me contó uno de sus conocidos, confesó una vez que se metió en la política en parte porque no sabía ya qué hacer con sus millones.

Pero entonces, si Paraguay es uno de los países más injustos, más corruptos y más desiguales de la Tierra, y si estamos casi todos de acuerdo que la injusticia, la corrupción y la desigualdad son los grandes males que nos azotan, ¿por qué sus

habitantes dicen que son tan felices?

En primer lugar, como escribió un columnista paraguayo hace un par de semanas, porque «una de las características más connotadas de nuestra idiosincrasia» es «la obcecación». Con la mirada puesta en la imaginaria tierra sin mal, muchos se niegan a ver el mal real que les rodea. El ejemplo más sorprendente que encontré fue el del héroe patrio, Francisco Solano López, el aniversario de cuya muerte en 1870 es el gran día de fiesta nacional. El autodenominado mariscal López fue un déspota cuyo endiosamiento y tiranía no sería superado por ninguno de los dictadores latinoamericanos que le siguieron. Durante sus ocho años en la presidencia, López ordenó la tortura y ejecución de miles, familiares cercanos incluidos, y condujo a su país a una guerra demencial contra Argentina, Brasil y Uruguay que acabó con el 85 % de la población paraguaya, dejando al país sin hombres. Hoy las avenidas principales de Asunción, la capital de Paraguay, llevan el nombre de López y su lady Macbeth, la no menos siniestra concubina irlandesa del dictador, Elisa Lynch.

La segunda razón por la que los paraguayos creen ser felices es la costumbre que tienen, relacionada con la de no examinar con mucha atención el pasado, de vivir en el momento. Me lo explicó un empresario llamado Víctor González durante un recorrido en coche por la campiña que rodea Asunción. Mientras veía con mis propios ojos la extraordinaria riqueza de la tierra y la aparente serenidad —mate en mano— con la que vivían sus habitantes, González me dijo que en guaraní, idioma que casi todos los paraguayos hablan, no existe una palabra para «mañana». La que más se aproxima al concepto es «Koera», que significa «si es que amanece». Lo cual se traduce en una actitud de no agobiarse por lo que pueda pasar en el futuro, mentalidad que González, que hoy es rico pero se crio en una chacra familiar pobre, recuerda con nostalgia.

Comentaban González y otros paraguayos con los que hablé que la infelicidad viene cuando uno genera expectativas que no puede cumplir. Esto mismo lo han demostrado estudios de la Universidad de Harvard, tesis que se demuestra en Paraguay con un dato dramático: cada día se suicida, como promedio, un joven de entre 15 y 25 años. Cada uno de ellos resuelve que mejor que el mañana no amanezca porque, en la gran mayoría de los casos, son gente de familias pobres rurales cuyos padres aspiran a más, que se mezclan —por ejemplo trasladándose a la periferia de Asunción— con jóvenes que poseen camisetas Lacoste, o zapatillas Nike, o teléfonos móviles de última generación. La felicidad de repente consiste en adquirir artefactos previamente innecesarios, ven que no pueden y, corroídos por una envidia lacerante, acaban con sus propias vidas. Está claro que Gallup no entrevistó a este particular sector de la población, como lo es que los que sí entrevistaron han preferido apartar la vista de estas desgracias.

¿Qué lecciones sacar de la experiencia paraguaya? Que la felicidad es posible si uno

cierra los ojos a los inevitables males de la vida, si uno vive en el presente, si uno se conforma con lo esencial para poder vivir y logra el enorme lujo de no tener que preocuparse por el dinero. Pero falta un ingrediente para que Paraguay sea el paraíso terrenal. Antes de que los que viven afligidos por la crisis u otras penas en el resto del mundo sigan los pasos de los soñadores utópicos de antaño sería imprescindible pedir una cosa a la minoría de ricos que gobiernan Paraguay: que instalen el *sine qua non* de una democracia, el Estado de derecho; que la justicia sea igual para todos. Cuando llegue ese día, sí, vayamos para allá. Todo lo demás lo tienen.

27 de septiembre de 2015

«YIHAD VERSUS MCMUNDO»

«El gran problema del mundo es que los tontos y
los fanáticos siempre están muy seguros de sí mismos
y los sabios están llenos de dudas».
BERTRAND RUSSELL

¿Qué tienen en común Podemos en España, el nuevo laborismo de Jeremy Corbyn en Reino Unido, el Frente Nacional en Francia, el independentismo catalán y el Estado Islámico? Bastante, si uno se basa en el análisis de Benjamin Barber, un profesor estadounidense de Ciencias Políticas. Lo definió con extraordinaria clarividencia en la feliz formulación *Yihad versus McMundo: cómo la globalización y el tribalismo están remodelando el mundo*, el título, traducido del inglés, de un libro que publicó en 1995.

Las rebeliones de la izquierda, de la derecha, de los nacionalismos y del islamismo radical que definen el mundo en 2015 se expresan de diferentes maneras pero todos comparten un impulso «yihadista» similar: su rechazo a un mundo culturalmente y económicamente globalizado («el McMundo») en el que las multinacionales, los bancos de inversión e instituciones transnacionales como el Fondo Monetario Internacional o la Unión Europea subvierten la democracia, la identidad o la tradición. «Se reúnen aislados el uno del otro», bajo diferentes banderas étnicas, religiosas o ideológicas, escribió Barber, pero en una lucha común contra «el capitalismo cosmopolita» cuyo dios es el mercado.

Dada su vigencia, el libro de Barber lo va a recuperar su editorial a fin de año. Hablé con él hace unos días.

Barber me insistió en que utiliza la palabra «yihad» en primer lugar como metáfora, aunque también se extiende bastante en su libro sobre el fenómeno real del islamismo armado. «Lo que propongo en el libro es que hay un choque entre, por un lado, el triunfo del capitalismo global y de un mundo unido alrededor de la comida rápida, los ordenadores rápidos y tal y, por otro, las fuerzas que se oponen a esta noción de la modernidad —dijo Barber—. La idea clave es que los unos necesitan a los otros, incluso que los unos crearon a los otros».

El panorama que propuso Barber en 1995 ha resultado ser especialmente profético en el caso de la yihad literal, ya que escribió su libro seis años antes de los ataques de Al Qaeda en Estados Unidos, con las secuelas devastadoras que aquello ha generado. Pero sus «profecías», me dijo, se extienden a las crisis que envuelven hoy a las democracias occidentales, particularmente en Europa.

«Esto ha ocurrido como consecuencia del cinismo que ha generado el carácter

antidemocrático de las instituciones financieras y la corrupción en las instituciones políticas. El hecho es que sí existe un déficit democrático y parte de la responsabilidad por la reacción que ha provocado la tienen que asumir las democracias europeas. Esta reacción no solo se ve bajo el rubro del nacionalismo, de gente que exige más autonomía cultural y autogobierno, sino también en los llamados partidos populistas que están en parte motivados por la ausencia de democracia en instituciones como la Unión Europea que presumen de ser grandes instituciones democráticas mundiales».

Algo que Barber no podría haber anticipado hace 20 años es el enorme impacto de Internet y las redes sociales como instrumento de persuasión política, tanto para los nuevos partidos europeos como también, con cierta ironía, para el islamismo radical, tema que tratará en un nuevo capítulo de su libro. «Un posible subtítulo para la nueva edición de mi libro podría ser *El Estado Islámico en Facebook*. Estamos ante la grotesca situación de que gente pone "me gusta" en sitios de la web donde se ven decapitaciones. ¡Estamos ante el movimiento simultáneamente más moderno y más reaccionario de la historia! Están intentando destruir Occidente en parte debido a su modernidad y su tecnología pero al mismo tiempo son creaciones de la tecnología moderna, y dependen de ella íntimamente para generar miedo y odio».

La constante en el análisis de Barber es que todas estas contradicciones se nutren mutuamente. El capitalismo desaforado nutre a partidos como Podemos o la nueva izquierda, que ha tomado el mando del partido laborista en Reino Unido; la globalización nutre al nacionalismo y a la derecha xenófoba; Internet y los teléfonos móviles de Samsung y Apple nutren a los que luchan contra la modernidad en nombre de una antigua fe.

En cuanto a los jóvenes criados en Europa occidental que se incorporan a las filas del Estado Islámico, Barber reconoce que el fenómeno es complejo. «Pero hasta cierto punto, al menos, nosotros estamos creando estos reclutas, el McMundo los está creando. La cultura en la que viven está permeada de codicia, de corrupción, de una ausencia de valores y ellos son idealistas, a su manera. Creen en una causa, como aquellos jóvenes extranjeros que fueron a luchar en la guerra civil española».

Y como aquellos que hoy se unen a las nuevas corrientes políticas que fluyen por el viejo continente, con la diferencia de que ellos no ven la necesidad de matar para lograr sus sueños. Si Barber mira una vez más en su bola de cristal, ¿cuál es el futuro que vislumbra para el enemigo que comparten tanto McDonald's, Goldman Sachs y la Unión Europea como el Frente Nacional francés, la izquierda rebelde europea y el independentismo catalán?

«El Estado Islámico se ha condenado a sí mismo. Ha cometido un profundo error. La gran lección del terrorismo moderno, de la llamada guerra asimétrica, es que no le das al

enemigo tu dirección. El problema del Estado Islámico es que al construir un califato y conquistar territorio se vuelve vulnerable a la guerra convencional. Cuando sus enemigos finalmente se organicen tomarán sus ciudades y los barrerán».

En este punto, al menos, el clásico optimismo estadounidense parece vencer al dialéctico hegeliano que Barber lleva dentro. Pero aunque el profesor tenga razón y caiga el Estado Islámico, otros lo reemplazarán y, de aquí a 20 años, podrá sacar otra versión más de su libro con la total seguridad de que seguirá habiendo conflictos entre los defensores del McMundo y los que rezan en los altares de la ideología, la patria y la religión.

14 de septiembre de 2015

ALI: EL REY DEL MUNDO

El boxeo no me interesó antes de Muhammad Ali ni me interesó después pero fue —es— el ídolo de mi vida. Recuerdo la primera vez que me enteré de su existencia como si fuera ayer. Fue en 1964, cuando yo tenía siete años, al leer un artículo de un diario argentino, el *Buenos Aires Herald,* publicado a dos columnas al lado derecho de la última página. Lo veo ahora. Veo la foto, con él mirando a la cámara, sudoroso y extasiado; veo el titular, anunciando que era el nuevo campeón mundial de los pesos pesados tras derrotar al aparentemente invencible Sonny Liston; y veo el texto, citando sus primeras palabras en el *ring* después de que Liston se negase a salir a pelear al comienzo del séptimo round tras la paliza que le había dado Ali en el sexto. «I shook up the world!» (Sacudí al mundo). «I am the prettiest!» (Soy el más guapo). «I am the greatest!» (Soy el más grande).

Se lo creí entonces y lo sigo creyendo hoy.

Desde aquel día vi todas sus peleas, deseando que ganase como jamás he deseado que nadie nunca ganara nada, pero no fue hasta que cumplí 13 años cuando descifré lo que me había pasado con este hombre de un país que no era el mío, de una raza con la que no había tenido ningún contacto personal. Mi padre había intentado convencerme que la gente más admirable era la más inteligente y erudita. Él era muy fan de Harold Wilson, el entonces primer ministro británico y gran cerebro que había sacado brillantes notas en la Universidad de Oxford.

Tuve mi momento de revelación y de rebeldía a aquellos 13 años cuando vi una larga entrevista con Ali en la BBC y entendí que Wilson era un enano junto a él. Era de noche y me quedé hipnotizado de principio a fin. Tenía un tremendo sentido del humor y tanto yo como el público que juntó la BBC para presenciar la entrevista en directo nos partíamos de la risa. Rápido e ingenioso en sus respuestas, de repente soltaba un poema que él había compuesto proclamando su propia gloria. Pero con sus ojos, con su sonrisa, con sus muecas nos hacía cómplices de su fanfarronería. Como que nos estaba diciendo: no me tomen en serio, pero tómenme en serio. Estoy interpretando el papel de Muhammad Ali, pero este es el auténtico Muhammad Ali. Me río de mí mismo pero cuando digo que soy «the greatest» también me lo creo, y más vale que os lo creáis vosotros. Era una especie de magia, una esquizofrenia consciente, una energía tan ambigua como potente, y arrolladoramente seductora.

Ali era la definición del carisma; era el carisma hecho carne —equiparable a una figura de leyenda como el Aquiles de Homero, o histórica como Napoleón, o Bolívar, o Garibaldi—. Su único rival contemporáneo, para mí, ha sido Nelson Mandela, pero lo

conocí cuando yo era ya adulto y mi visión de él pasó por un filtro cerebral. Ali me llegó a las vísceras, directo como un golpe al estómago.

¿Qué es el carisma? El carisma es una luz que se transmite a partir de una colosal confianza en uno mismo, de saber, sin la más remota duda y mucho, mucho más allá de mezquindades como la altanería o su hermana gemela, la inseguridad, que uno es grande y especial. Ali creó un grandioso personaje y, con enorme generosidad, se lo regaló al mundo.

Soy un fanático del deporte y he presenciado grandísimos partidos y extraordinarias hazañas pero nada, nada que se compare con la pelea entre Ali y George Foreman el 30 de octubre de 1974 en Kinshasa (Zaire). Yo tenía 18 años. En Londres, donde vivía, solo se podía ver la pelea en vivo yendo a las dos de la mañana a un cine en Brixton, un barrio que en aquel entonces era una especie de gueto poblado mayoritariamente por negros y que, quizá injustamente, tenía fama de ser peligroso. La entrada me costó todo el dinero que tenía ahorrado tras trabajar durante las vacaciones de verano en una fábrica. Nunca hice una mejor inversión.

Foreman, un monstruo, entró al *ring* primero. Daba miedo verle. Había aniquilado en un *round* a rivales que Ali había sufrido en 15 para derrotar. Sus bíceps eran más anchos que los muslos de Ali. Empezó la pelea y durante los cuatro primeros *rounds* Ali se atrincheró contra las cuerdas, cubriéndose la cabeza con los guantes, recibiendo un golpe brutal tras otro en el abdomen sin devolver ninguno. Todos en el cine, parecía que todos negros menos yo, estábamos desolados. Esto era una masacre. El quinto *round* empezó igual pero de repente, cuando todo parecía perdido, emergió el fénix de las cenizas. Ali empezó a boxear como solo él sabía, bailando. Flotando como una mariposa, picando como una abeja. Un golpe con la izquierda le retorció la cabeza a Foreman y una gota gruesa de sudor saltó de su rostro, salpicando el suelo. En el cine nos pusimos todos de pie. Cuando cayó Foreman a la lona en el octavo y el árbitro contó a diez, con Foreman incapaz de levantarse, el rugido en Brixton se habría oído en el Congo. No conocía a nadie a mi alrededor pero nos abrazamos todos como hermanos.

He visto jugar a Pelé y a Maradona, a Tiger Woods, a Federer y a Nadal, a Cristiano Ronaldo y a Leo Messi. Ellos pertenecen al deporte. Ali pertenece a todos. «¡Soy el rey del mundo!», clamaba, y era verdad. No solo nadie redefinió el deporte como Ali sino que nadie lo trascendió como él. Fue un gigante, una fuerza elemental de la naturaleza, un huracán humano. Falleció tras batallar en la penumbra durante tres décadas contra su enemigo más implacable, la enfermedad de Parkinson. Pero para mí, y para muchísimos más de todas las razas y todas las creencias en todos los rincones de la tierra que tuvimos la fortuna de vivir en sus años de gloria, es inmortal.

4 de junio de 2016

Declaración de fe

«Cristiano Ronaldo fue hecho para jugar al fútbol.
Messi nació para jugar al fútbol».
Joe Rutayisire (un taxista ruandés, el mes pasado)

Viajo mucho por trabajo y conozco a mucha gente nueva que después nunca volveré a ver. Siempre quieren saber a qué tribu pertenezco. Las preguntas que siempre, siempre me hacen son «¿de dónde eres?» y, una vez establecida mi locura por el fútbol, «¿de qué equipo eres?».

Las preguntas son inevitables pero cada vez que me las han hecho he tenido que respirar hondo y reprimir el impulso de huir. Para muchos, para casi todos, las respuestas serán fáciles. Para mí no. O no hasta hace muy poco, cuando por fin entendí que sí tenía tribu pero no me había dado cuenta. Ha sido un momento de liberación.

País no tengo, había tenido siempre que explicar. Nací en Londres, mi padre era escocés, mi madre es española. Viví la infancia en Argentina y los primeros años de mi vida adulta independiente en Argentina también. Mi amigo Cacho en Buenos Aires dice que soy 50 % británico, 50 % español y 50 % argentino. Algo de verdad hay en eso, pero hay más, un 50 % sudafricano. Viví varios años en Sudáfrica y no hay ningún país por cuyo destino me interese más.

Durante los partidos de las selecciones internacionales es cuando se supone que se aclaran las cosas pero lo único que se ha aclarado es que siempre quiero que Inglaterra pierda, y desde el Brexit más. Entre España, Argentina y Sudáfrica me hago un lío.

En cuanto al fútbol, fui durante tres cuartas partes de mi vida un fanático del Manchester United. Apenas un grado por debajo de lo que siente Tomás Roncero por el Real Madrid. No importaba si estuviese cubriendo guerras en Centroamérica, el *show* Mandela en Sudáfrica o Monica Lewinsky en Washington: mi estado de ánimo dependía de los resultados del United. Hasta que un día ya no. Como en una película de Woody Allen en la que el protagonista está loco por una chica, no come y no duerme, hasta que una mañana se despierta y se da cuenta de que se le pasó. No siente nada por la chica y le da igual que ella lo quiera o no, como a mí me da igual hoy si el United gana o pierde.

No sé muy bien por qué pero la verdad es que desde que dejé de tener un equipo mi vida ha perdido intensidad. Me gustan algunos equipos más que otros. Disfruté viendo al Real Madrid galáctico de Zidane y del otro Ronaldo. Me deleité, en plan más estético que pasional, con el Barcelona de Guardiola y el último año me volvió a gustar bastante

el Madrid. Pero sus triunfos o derrotas no son cuestión de vida o muerte, como lo fueron cuando era del United.

La gran revelación que he tenido hace poco es que no tengo equipo o país pero tengo algo que ocupa su lugar. La nueva libertad que siento viene de tener por fin a mano una respuesta fácil a aquellas preguntas que tanto me enredaban. Una respuesta de tres sílabas, nada más. «¿De dónde soy y de qué equipo?». De Messi. No me entusiasma ninguna nación, ni ningún partido político o ideología (ya no, demasiadas decepciones), ni ningún equipo de fútbol. Pero Lionel Messi, sí. Mucho.

No como persona. Me da igual cómo es fuera del campo. Que sea feliz, nada más. Pero cuando cruza la línea blanca y empieza a tocar el balón, o incluso cuando está esperando a tocarlo, es mi ídolo, el único que tengo. Acabo recién de tomar conciencia de ello aunque debería haber sido obvio hace rato. Veo todos los partidos que puedo del Barcelona y de la selección argentina para verle a él. Lo mismo haría si jugase para el Real Madrid, para el Chelsea, para el Guangzhou Evergrande o para el Newell's Old Boys de Rosario, donde nació.

La conexión entre su cerebro y sus pies es mágica y única. Es un genio, es una alegría en mi vida y un consuelo frente a la estupidez del mundo. El día en que se retire será un día de luto pero, mientras tanto, me siento profundamente afortunado de estar vivo en la era Messi y le agradezco que me haya dado una patria y una tribu con la cual puedo decir por fin que me siento claramente identificado.

23 de septiembre de 2017

Premios de la década

Premio Calígula al loco más loco en un puesto de poder

Candidatos: Donald Trump, Kim Jong Un, José Mourinho, Mark Zuckerberg.

Ganador: Donald Trump.

Premio Lázaro a la mejor remontada

Candidatos: Barcelona versus Paris Saint Germain, Liverpool versus Barcelona, Francisco Franco, Mick Jagger.

Ganador: Francisco Franco.

Premio Garganta Profunda al fenómeno de mayor impacto en la vida íntima de las personas

Candidatos: Tinder, #MeToo, porno en la web, príncipe Andrés.

Ganador: porno en la web.

Premio Cucaracha Fumigada a la tenaz supervivencia

Candidatos: Maradona, la reina Isabel II, el franquismo, la FIFA.

Ganador: Maradona.

Premio Albert Einstein al peor corte de pelo

Candidatos: Arturo Vidal, Donald Trump, Gareth Bale, Carles Puigdemont.

Ganador: Donald Trump.

Premio David de Miguel Ángel para famoso que luce mejor desnudo

Candidatos: Harvey Weinstein, Vladímir Putin, Cristiano Ronaldo, Stormy Daniels.

Ganador: Harvey Weinstein.

Premio Pájaro Dodo a costumbres comunes en el 2010 hoy en proceso de extinción

Candidatos: el teléfono fijo, mapas, tabaco, revistas porno.

Ganador: teléfono fijo.

Premio Iósif Stalin al muerto mejor muerto

Candidatos: Osama bin Laden, Gadafi, Robert Mugabe, Abu Bakr al Bagdadi.

Ganador: Osama bin Laden.

Premio Karl Marx al muerto que dejó la huella más duradera

Candidatos: Nelson Mandela, Neil Armstrong, Johan Cruyff, Muhammad Ali.

Ganador: Neil Armstrong.

Premio Hermanos Marx a la mejor serie

Candidatos: *Homeland*, *Juego de tronos*, la monarquía inglesa, el *procés*.

Ganador: el *procés*.

Premio Gran Cañón del Colorado a la polarización

Candidatos: Donald Trump, Twitter, baños unisex, juez Llarena.

Ganador: juez Llarena.

Premio Pavarotti al mejor artista musical muerto

Candidatos: Amy Winehouse, Paco de Lucía, Aretha Franklin, Silvio Berlusconi.

Ganador: Silvio Berlusconi (aunque podría seguir vivo).

Premio Vladímir Putin a gente que ojalá desapareciera del escenario político

Candidatos: Felipe González, Quim Torra, José María Aznar, Nicolás Maduro.

Ganador: José María Aznar.

Premio Mahatma Gandhi al fenómeno espiritual más influyente

Candidatos: papa Francisco, Dalái Lama, Messi, Facebook.

Ganador: Facebook.

Premio Primera Guerra Mundial al lío más innecesario

Candidatos: Brexit, Catalunya, el VAR, la economía argentina.

Ganador: el VAR.

Premio Unión Soviética al mayor fracaso

Candidatos: la Primavera Árabe, la revolución bolivariana, Albert Rivera, José Mourinho.

Ganador: Albert Rivera.

Premio Julian Assange al triunfo, *triunfador o triunfadora más sorprendente o inexplicable*

Candidatos: Greta Thunberg, Victoria Beckham, *Gangnam Style*, Stephen Hawking.

Ganadora: Victoria Beckham.

Premio Romeo y Julieta a la pareja de la década

Candidatos: Messi y Cristiano, Nadal y Federer, Pitt y Jolie, Barack y Michelle.
Ganadores: Messi y Cristiano.

Premio Armada Invencible a la mayor decepción

Candidatos: Aung San Suu Ky, Oscar Pistorius, Hillary Clinton, los ingleses.
Ganador: los ingleses.

Premio Lady Di al personaje más aburrido

Candidatos: Mariano Rajoy, George Clooney, Gwyneth Paltrow, Gareth Bale.
Ganador: Gareth Bale.

Premio Pinocho a la cara dura

Candidatos: Putin, Mohamed bin Salman, Boris Johnson, Beniamin Netanyahu.
Ganador: Mohamed bin Salman (MBS).

Premio Mujer de la Década

Candidatas: Angela Merkel, Taylor Swift, Melania Trump, Esperanza Aguirre.
Ganadora: Esperanza Aguirre.

Premio Hombre de la Década

Candidatos: Lionel Messi, Barack Obama, Xi Jinping, Donald Trump.
Ganador: Donald Trump (por aclamación).

29 de diciembre de 2019

MARADONA, EL INMORTAL

Entrevisté a Diego Maradona el 21 de junio de 1986 en el césped del Estadio Azteca, en la Ciudad de México, al lado de la portería donde 24 horas después marcaría los dos goles más famosos de todos los tiempos. Ese día se convirtió en un inmortal y, para muchos argentinos, en Dios.

Dios me mintió. Era un partido de cuartos de final del Mundial, el rival era Inglaterra, habían pasado cuatro años y ocho días desde la derrota argentina en la Guerra de las Malvinas. ¿Venganza? Le pregunté. «¡Noooooo!». ¿En serio? «Y noooo. Es un partido importante, no hay más». ¿De verdad? insistí, incrédulo. «¡Uuuuh, ustedes los periodistas cómo son! ¡De verdad, de verdad! Otro partido, duro, sí pero ya está».

Todo el esfuerzo que tiene haber hecho Maradona para reprimir el odio que realmente sentía hacia los «piratas ingleses» —Maradona era en aquel momento el sentimiento nacional argentino hecho carne— explotó el día siguiente en el campo. Primero, el gol con la mano, la Mano de Dios que todos los 120.000 espectadores en el Azteca vimos, todos salvo, por un milagro, el árbitro. Después, el épico, extraplanetario gol de la victoria, aquel que Maradona inició en el centro del campo y, tras regatearse a toda Inglaterra, culminó en la red.

Pero él ya era consciente, desde mucho antes, de su inmortalidad. O, lo que es lo mismo, se lo creía. Me lo explicó otro excapitán de la selección argentina, el también difunto Roberto Perfumo. «César —dijo Perfumo— siempre tenía un esclavo a su lado que le decía, "Recuerda que eres humano, recuerda que eres humano". Con Maradona es al revés. Desde que tiene 12 años todo el mundo le dice, "Recuerda que eres Dios, recuerda que eres Dios"».

Y se lo siguió creyendo después de dejar el fútbol, la droga, de todas las drogas que consumió, que le provocó la mayor adicción. La indomable energía que había exhibido con el balón en los pies se trasladó a Maradona el personaje público, el que opinaba con una convicción férrea y absoluta sobre la política, la religión, la guerra y la paz; sobre el comunismo, el capitalismo, el peronismo, el catolicismo. Para muchos hizo el payaso; para sus fieles, no solo en Argentina sino en medio planeta, todo lo que decía iba a misa.

Literalmente. Se creó la Iglesia Maradoniana en Rosario, lugar de nacimiento de la otra divinidad argentina Lionel Messi. La liturgia, celebrada semanalmente, rezaba: «Diego nuestro / que estás en las canchas, / santificada sea tu zurda, / venga a nuestros ojos tu magia, / háganse tus goles recordar, / así en la tierra como en el cielo…».

Una noche en Buenos Aires hace como 15 años puse el televisor en mi habitación de hotel y vi en la pantalla un coro que cantaba: «Y todo el pueblo cantó "Maradó,

Maradó",/ nació la mano de Dios, / "Maradó, Maradó". / Sembró alegría en el pueblo, / regó de gloria este suelo…». De repente Maradona —él mismo en traje y corbata, la manifestación corpórea del Elegido en la tierra— emergió de una nube en el escenario con un micrófono en la mano sumándose a la canción, y el coro se calló y él en solitario, cantó, sustituyendo la tercera persona por la primera: «Sembré alegría en este pueblo, / regué de gloria este suelo, / si Jesús tropezó, / por qué no habría de hacerlo yo…».

No. Nadie se rio. Maradona tampoco. La ausencia de ironía, la fe en sí mismo, era total. Una fe que ni la cocaína, ni su obesidad, ni sus enfermedades, ni sus anteriores roces con la muerte, ni sus fracasos en el campo (que los hubo) o fuera de él en ningún momento pudieron quebrar. Ahí estaba su locura y su grandeza. Pero Maradona fue más grande que ridículo. Mucho más. Por lo que hizo en el fútbol, la religión que más devotos tiene, y por su inmensa fuerza de personalidad. No era un pecho frío.

Para bien o para mal, siempre despertó emociones. Nadie se quedaba neutral ante su figura.

Maradona tenía no solo talento sino carisma. Carisma significa tener una colosal confianza en uno mismo. Maradona tenía más que cualquier otro deportista, vivo o muerto, y quizá más que nadie de su época en cualquier ámbito. Vivió la vida con una intensidad única. Incluso cuando balbuceaba, al final, mantuvo siempre un poder seductor sobre los que le rodeaban. Era, como dicen en la tierra de «los piratas», «larger than life» (más grande que la vida misma).

Si lo hubiera sido sin haber marcado esos dos goles contra la pérfida Inglaterra, ¿quién sabe? Pero esos goles, y el Mundial que ganó acto seguido en la final contra Alemania, le confirieron un aura que nunca soltó y que no dejó de fascinar en Argentina, el país con más hambre de ídolos que conozco, como en el resto del mundo, sacudido en su totalidad por la noticia de su muerte, que ha sido portada desde California a China, desde Reikiavik a Ciudad del Cabo, sin excluir los dos lugares fuera de Argentina donde se lució como jugador, Barcelona y, especialmente, Nápoles, donde triunfó y donde también será recordado siempre como una divinidad inmortal.

25 de noviembre de 2020

La prisión preventiva

Podemos cambiar de tema, por favor? ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Del Brexit, o de las elecciones presidenciales de Estados Unidos? O hablemos si no de la tan soñada independencia catalana, o de la revolución bolivariana o —acalorado debate en Inglaterra hasta hace nada— de si presos nacidos con características biológicas masculinas que de repente se identifican como mujeres deben seguir siendo admitidos/as en cárceles femeninas pese a que algunos/as de los/las susodichos/as ya han sido acusados/as de violencia sexual contra sus vecinas presas.

Todo muy interesante durante la cada día más lejana época *a.C.*, antes del coronavirus. Hoy aquello ya no interesa. Así que, no. No podemos cambiar de tema. Porque ahora todos estamos presos, porque todos los que vivimos en España y en media Europa hemos sido privados de nuestra libertad, y nuestra noción de lo que es importante se ha vuelto más fina, y ya no podemos darnos el lujo de indignarnos por cuestiones que son, demasiadas veces, cómicamente innecesarias. Tampoco podemos cambiar de tema por respeto a los fallecidos del maldito virus y a sus familiares, y a los que se debaten entre la vida y la muerte, y a los trabajadores sanitarios, y a los policías, y a los que cultivan o preparan o reparten o venden la comida, e incluso a los periodistas, a aquellos que obran más milagros de los habituales para sacar las noticias ya no cada día, sino casi cada minuto del día.

Para mí y para la gran mayoría como yo que seguimos sanos por ahora y que estamos encerrados en casa, bajo una especie de arresto domiciliario (o prisión preventiva), todos los días son iguales. ¿Qué es hoy? ¿Martes, miércoles, sábado? ¿Qué más da? Aún nos quedan muchos días de la marmota por delante.

No todo son malas noticias. Las muertes por accidentes de tráfico habrán bajado. También seguramente las que causa el aire contaminado. Celebremos también a los inventores de internet. No es mi costumbre, ya que no soporto las redes sociales. (¿Quién sabe si a la larga el Twittervirus sea más dañino para la humanidad que el corona?) Pero gracias a WhatsApp y Skype y tal hemos podido mantener el contacto virtual con la sensación suficiente de cercanía como para no añorar tanto a gente querida de la que estamos físicamente separados.

No fue el caso en otras épocas de cuarentena. O de guerra. Mi padre combatió en la fuerza aérea británica durante la Segunda Guerra Mundial de 1939 a 1945. Pienso en lo bien que le hubiera venido tener acceso constante a su madre, que murió durante la guerra de un ataque no nazi sino al corazón, en parte por la tensión que le provocaba no tener noticias de su hijo.

Algo que me legó mi padre fue la afición por la lectura. Se lo agradezco hoy especialmente, ya que no puedo estar todo el día conversando, enviando y recibiendo mensajes o intercambiando chistes a través del móvil. No veo las noticias en televisión. Las series no pueden competir con el teatro de mi propia imaginación. Pero leo. Para amenizar mi condena indefinida he optado por novelas de asesinatos (el inspector Maigret, no se lo pierdan) y crónicas de plagas. La semana pasada leí *La peste* de Camus. Esta semana he leído *El diario del año de la peste* de Daniel Defoe, experto en aislamiento involuntario que también escribió *Robinson Crusoe*.

El diario de Defoe, sobre la *gran peste* de Londres de 1665, sirve de consuelo pero también para alimentar la resignación ante la desesperante verdad de que no aprendemos nada de la historia. De consuelo, porque aquella peste fue infinitamente más cruel que la que sufrimos ahora. De resignación, porque el comportamiento humano ante la crisis de hoy es idéntico al de hace 355 años. La gente peleándose en los mercados por provisiones, negándose a mantener las distancias, huyendo de la capital para propagar la enfermedad en el campo, teorías de la conspiración sobre el origen de la plaga, cuentos chinos sobre cómo evitar el contagio, repudio a los agentes del orden, demagogos invitando al pánico y disputas mezquinas entre políticos.

El día a día, salvando las atroces diferencias en cuanto a higiene, era parecido también: las calles vacías, los enfermos obligados a no salir de casa, discrepancias científicas sobre cuándo la gente empieza o termina siendo contagiosa. El libro de Daniel Defoe es ante todo una letanía de desgracias, pero cuando se da la oportunidad celebra también la generosidad y «el coraje bruto» de mucha gente, del compromiso a veces suicida de «los médicos, cirujanos y curas».

Más un trabajo de periodismo que de literatura, el libro de Defoe llama la atención por la frecuencia con la que enumera las cifras de los muertos. Como nosotros hoy, el autor del diario está a la espera del día en el que empiecen a bajar, siempre buscando motivos para convencerse de que hay luz al final del túnel. Me recuerda un episodio de la novela *Herzog*, de Saul Bellow. El protagonista se está volviendo calvo y estudia un anuncio que promete la recuperación del pelo con «el escepticismo exagerado de un hombre cuya ansia de creer es profunda, desesperada».

Algo así fue como respondí yo a la noticia esta semana de que en la provincia china de Hubei, donde todo empezó, no se reportó ni un caso nuevo de contagio; que en Japón han utilizado una medicina contra la gripe que según las autoridades chinas frena el coronavirus; que los alemanes están ganando la carrera global para dar con la vacuna que nos salve a todos.

Alemania nos da otra razón para permitirnos un pelo de fe. El índice de mortalidad por el coronavirus está muy por debajo allá del resto de Europa. Las últimas cifras que

vi contaban que ha habido 14.290 casos de contagio pero solo 43 muertes. Digo *solo* porque a la misma hora del viernes en Italia había 41.035 infectados y 3.405 muertes; en España, 18.077 y 833 muertes. La explicación parece residir en que los alemanes han logrado hacer muchas más pruebas médicas del virus que sus vecinos.

En cualquier caso, me gusta la idea de que los alemanes nos den la solución. Están en deuda con el mundo después de la guerra en la que luchó mi padre. Están en deuda pero lo saben y, más que los herederos de Stalin y de Franco, han hecho todo lo posible por reconocer y expiar sus pecados. Se merecen el golpe de moral de poder decir que nos sacaron de esta catástrofe. Vale. De acuerdo. No sabrán vivir como los latinos, pero saben organizarse y saben solucionar problemas. Mañana ya veremos qué es más importante, pero hoy el suyo es, si se puede, el ejemplo que hay que seguir.

22 de marzo de 2020

Asunto de todos

Volví a leer *La peste* de Albert Camus esta semana para animarme un poco en tiempos de coronavirus y ver qué lecciones se podrían extraer. La novela ofrece una visión ficticia, pero basada en historia real, de una ciudad cerrada al mundo tras caer víctima de una terrible epidemia.

La primera lección me sacudió por su verosimilitud. Escribe Camus que la respuesta a las primeras señales de una enfermedad contagiosa suelen ser como ha sido la mía a la que nos aflige hoy: querer creer que no va a incidir demasiado en el flujo normal de la vida.

«La pestilencia —escribe Camus— es, de hecho, muy común, pero nos cuesta mucho creer en la pestilencia cuando desciende sobre nosotros». El protagonista de la novela, el doctor Rieux, tampoco quiere creer inicialmente en la seriedad de lo que se le viene encima. «Se encontraba dividido entre la ansiedad y la confianza. Cuando estalla la guerra la gente dice: "No durará, esto es demasiado estúpido"».

Hasta que se empiezan a acumular los muertos y llega el punto en el que ya no puede seguir todo igual y la peste, que no es opcional como las preferencias políticas, se convierte «en asunto de todos». La ciudad entra en cuarentena, el transporte y la economía se detienen, y los individuos se retiran del mundanal ruido a sus hogares, lo que Camus llama «el exilio en casa».

Este es el punto al que llegaron en China, han llegado en Italia, y al que estamos llegando aquí en España y en el resto de Europa. Ya que la nueva enfermedad ha sido declarada oficialmente una pandemia por la Organización Mundial de la Salud, habrá que suponer que el fenómeno del exilio interno se extenderá a buena parte del planeta.

Lo que ocurre a continuación en *La peste*, publicada en 1947, es lo que está ocurriendo hoy con el coronavirus. La gente deja de hacer planes. Empieza a vivir a la espera en un incierto presente. Un amigo de Londres me escribió el jueves por la noche para comentar que tenía «la extraña sensación» de que el Barcelona iba a ganar la Champions League. En condiciones normales le hubiera seguido el hilo, respondiendo algo así como: «Estás loco». Le contesté: «Estás suponiendo que la Champions seguirá… ya no podemos pensar en el futuro».

Como con el fútbol, con todo. O con mucho. Espectáculos masivos (todo tipo de actos deportivos, conciertos musicales, mítines de Donald Trump en Oklahoma) o no tan masivos (cine, teatro, museos, conferencias, encuentros culturales, bodas, primeras comuniones, misas): adiós. Las empresas, grandes y pequeñas, viven de hacer previsiones, pero ahora es imposible. La cuestión para muchas es cómo sobrevivir o si

habrá dinero para evitar despidos.

¿Cuándo cerrarán los colegios, o cuándo reabrirán los que ya están cerrados? No se sabe. ¿Estaba uno pensando en comprarse una casa o en organizar unas vacaciones? Mejor esperar. ¿Viajar en transporte público? Mejor no.

En cuanto a lo esencial para combatir la plaga, la respuesta de Camus es sencilla: «Con decencia». En el caso del coronavirus, respetando al prójimo; manteniendo las distancias. «Social distancing» es la consigna en boga en el mundo anglosajón.

Decencia hoy es seguir las recomendaciones de las autoridades. Esperemos que la cura no sea peor que la enfermedad, pero no hay más remedio que ponernos en sus manos. Pienso ejercer más cautela de la que había pensado necesaria.

Pero otra advertencia que nos ofrece el libro de Camus es no volverse locos. «La opinión pública —escribe— es sagrada: nada de pánico, ante todo nada de pánico». Un ejemplo de pánico sería la indecencia de vaciar los supermercados. Otro sería creer que contraer el coronavirus es el fin del mundo, cuando la ciencia indica que el 80 % de los contagiados sufren molestias leves.

Sigo queriendo pensar que no hay motivos para sucumbir al miedo, que si obedecemos las nuevas reglas de la distancia social el riesgo no será tan grande y la proporción de víctimas no superará la de Hubei, la provincia china donde todo empezó y donde parece que hoy se acaba. Según datos recogidos por uno de los centros médicos más reputados del mundo, la Universidad Johns Hopkins en Estados Unidos, se han reportado 67.760 personas infectadas en Hubei, cuya población total es de 59 millones. Es decir, el índice de contagio ha sido del 0,11 %. El 99,89 % de la población no fue invadida por el coronavirus. Quizá, claro, haya muchos casos no diagnosticados, pero aun así parece razonable concluir que la enorme mayoría de los ciudadanos que viven en el epicentro de la enfermedad ha quedado a salvo.

Por otro lado, hay científicos que dicen que medio mundo se va a acabar contagiando, y no hay ninguno que sepa cómo va a evolucionar todo esto o tenga idea alguna de cuántas muertes se vaya a cobrar. Sin embargo, un día esto acabará, como la peste que retrata Camus y todas las pestes que ha sufrido el mundo desde tiempos de los faraones. En el peor de los casos, aprenderemos a convivir con el coronavirus, como con tantas otras enfermedades, algunas más letales que otras.

Pero habrá un antes y un después, hasta en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Nuestros hábitos cambiarán para bien (como mínimo nos lavaremos más las manos), pero quizá en algunos casos para mal. Habrá quien dirá que es absurdo que me preocupe por esto ahora que España ha declarado el estado de alarma, pero temo la pérdida de algo que valoro de aquí y de las sociedades latinas en general. La tactilidad.

Desde Tierra del Fuego hasta Tijuana, en España Italia y Francia la gente se saluda

con más besos, abrazos, palmadas o contactos de manos que en los demás lugares de la Tierra. Perder estas costumbres significaría una diminución del tan celebrado calor humano de estas culturas y volverse más inhibido, más inglés. Bueno, más inglés o japonés. Dicho esto, que de ahora en adelante nos saludemos todos inclinando la cabeza podría tener su encanto.

Lo que no hay que perder en ninguna circunstancia, y el coronavirus nos lo pondrá a prueba, es la decencia de la que habla en su libro Camus, cuya alentadora lección final cito con frecuencia. Tras observar la miseria, la generosidad, el miedo y la nobleza que la gente exhibe durante la pestilente cuarentena, Camus concluye que «en medio de tantas aflicciones» lo que uno aprende es que «en el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio». El futuro de la humanidad es menos previsible que hace apenas un par de semanas, pero, evolucione como evolucione la peste que hoy nos aflige, por más pobres o más tristes o más tontos o más sabios que salgamos de ella, esta es un constante de la condición humana que no cambiará. O eso quiero creer.

15 de marzo de 2020

BARCELONA: EL SUEÑO EUROPEO

Iba a escribir esta semana sobre el *schadenfreude,* corta pero bonita palabra alemana que significa el placer que uno siente ante la mala suerte de los demás. El plan era celebrar la caída del valor de las acciones de Facebook y de la fortuna de su dueño, el androide Mark Zuckerberg, tras la decisión de 150 grandes empresas de dejar de poner anuncios en sus páginas.

No me gusta Facebook, con el que tuve un flirteo hace diez años del que me avergüenzo, aunque duró no más de un par de meses. No me gusta porque el hecho de que 2.600 millones de personas lo usen me entristece, me inclina a reflexionar sobre la soledad de la especie, la desesperada necesidad que tantísimos tienen de sentirse queridos o valorados, aunque sea por gente que no conoce. No me gusta porque, según leo, Facebook se enriquece publicando noticias falsas o crueles que fomentan el odio, la ignorancia y la estupidez.

Pero no voy a escribir sobre Facebook porque, ya que no estoy ahí, igual me equivoco, igual resulta que, poniéndolo todo en la balanza, contribuye a la felicidad y a la grandeza de la humanidad. Lo dudo, pero en cualquier caso no hay nada que hacer. Despotricar contra Facebook es como despotricar, a lo Mario Vargas Llosa, contra el nacionalismo: un caso de *pissing in the wind*, como decimos en inglés. De mear contra el viento. Porque igual que el viento, o el invierno, o la pobreza o los virus, Facebook ahí estará. No se va a ningún lado.

Luego, a raíz de algo que leí en la prensa argentina sobre la posible detención de periodistas por espionaje, pensé en escribir sobre los espías que conocí en mis años como corresponsal, en las comidas e incluso amistades que tuve con integrantes de los servicios de inteligencia de Estados Unidos, la Unión Soviética, Cuba, Reino Unido, Ruanda, Nicaragua, Sudáfrica e incluso Argentina. Seguramente hubo más y no me enteré. Pero mejor dejar esto para el olvido, o para un libro o, nunca digas nunca, para un *post* en Facebook el día que sienta la urgente necesidad de hacerme el interesante.

De lo que sí pienso escribir, finalmente, es sobre Barcelona. No. Del equipo de fútbol, no. Me arrepiento de haber visto el partido contra el Atlético de Madrid esta semana. Podría haber utilizado aquellos 90 minutos de mi vida para algo más útil o enriquecedor, como apuntar los números de los autobuses que transitan por la calle delante de mi piso.

Lo que quiero hacer es escribir sobre la ciudad en la que vivo. Ya toca un tema que no trate sobre la miseria humana. Basta, aunque sea solo esta, del covidiotismo, o de Trump, o del Brexit, o del lío catalán. Ya que estamos saliendo del encierro, aunque sea

solo por un rato, voy a aprovechar la oportunidad para festejar mi suerte y, aunque no todos se hayan enterado, la de mis vecinos barceloneses.

La idea me la dio un amigo columnista del *Financial Times*, Simon Kuper, en un artículo que publicó esta semana sobre las glorias de viajar por Europa. Señaló lo bueno que era para él vivir en París, entre otras cosas por poder subirse a un tren y en no mucho más de un par de horas tomarse un café con amigos en Londres, Bruselas o Ámsterdam. Kuper, que se conoce el continente de arriba abajo, ofreció una lista de ciudades «fantásticamente vivibles», entre ellas San Sebastián (*yes!*), Burdeos, Maastricht o Reggio Emilia. «Pero la ciudad más vivible de Europa —escribió— es Barcelona». ¿Por qué? Porque «ejemplifica el sueño europeo: aquella perfecta mezcla de comida, arquitectura, clima, prosperidad, amigabilidad y un ritmo de vida manejable». Simon, si te tuviera enfrente, te daría un beso.

He vivido durante más de un año en diez ciudades y ocho países. A finales del año pasado me mudé de Londres a Barcelona. Dicen en Inglaterra que si quieres que Dios se ría, cuéntale tus planes. Toda la razón. Tomando la advertencia en cuenta, reconociendo que todo puede cambiar de un momento a otro, mi plan es quedarme el resto de mis días en Barcelona, con diferencia mi ciudad favorita del mundo.

Durante marzo, abril y mayo hubiera preferido estar en Estocolmo, donde la gente pudo hacer vida normal y el virus mató a menos gente que aquí (5.666 en Catalunya hasta la fecha contra 5.420 en Suecia, que tiene tres millones de habitantes más). Pero ahora que somos libres, aquí es donde quiero estar. Primero, porque Barcelona ofrece algo imprescindible en una ciudad que aspira a ser especial: invita a pasear. En media hora uno puede peregrinar a pie del modernismo del siglo XIX a la edad media, al eterno mar. La temperatura es buena todo el año y uno se siente seguro en casi cualquier lugar: hay que estar alerta para que no te roben el bolso o el móvil, pero las posibilidades son bajas de que te den una paliza o te claven un cuchillo. Cada vez que salgo a la calle no solo estoy en paz, sino que me encuentro, infaliblemente, con algún detalle que me alegra el día. Un balcón, una puerta, una ventana, una torre, una gárgola, que me provocan sorpresa y admiración.

Como en el resto de España, se puede comer y beber muy bien por muy poco, y las diferencias sociales no te asaltan la vista como en otros países. Los ricos no se jactan de su feliz destino, como en Londres, por ejemplo. Disimulan, dentro de lo posible, que lo son. El ambiente combina, en su justa medida, la tensión de la gran ciudad con la placidez mediterránea del saber vivir. Barcelona no agobia. Es verdad que la gente no es tan efervescente como en Sevilla, por ejemplo, pero su relativa reserva se agradece cuando uno vive aquí todo el año. En cuanto a aquellos que insisten en discernir un agresivo catalanismo en las calles, en las tiendas o en los bares, yo, que no hablo

catalán, aún no lo he visto. Ni tampoco los cinco argentinos con los que cené el jueves. Cada uno de ellos ha vivido alrededor de 30 años en Barcelona y, aunque echan en falta «el asadito», no hay otro lugar de la tierra en el que se sentirían más a gusto.

Para los que hemos estado mucho tiempo en América Latina y nos agrada, esta ciudad es ideal: similar en la dinámica social a Buenos Aires o Bogotá, pero funciona, otro motivo por el cual toda la gente del norte de Europa que conozco y que conoce Barcelona disfruta de ella tanto como Simon Kuper. Él dice en su columna que en la nueva era del Zoom más europeos se mudarán a nuestra ciudad. Sospecho que tiene razón, que habrá futuro después del coronavirus. Si hubiese la posibilidad de comprar acciones tanto en Barcelona como en Facebook, sé cuál elegiría. Pero como no tengo dinero para invertir, me conformaré con celebrar la riqueza de poder vivir aquí.

5 de julio de 2020

La unión imperfecta

Sexo. Sexo, sexo, sexo. Qué lío. Bueno, siempre fue un lío. La guerra de Troya ocurrió hace más de tres mil años, se calcula. Según Homero, la causa fue la infidelidad de la esposa del rey griego, la bella Helena, con el hijo del rey troyano, el bello Paris.

Hoy en día no corre tanta sangre. ¡Pero qué confusión, y qué angustia nos provoca el impulso animal del que nuestra existencia depende! Dos noticias que leí esta semana sugieren que nunca el ser humano se ha visto en tanto enredo.

Una noticia, la más sonada, fue que la editorial de una flamante biografía del escritor estadounidense Philip Roth iba a dejar de imprimir el libro tras acusaciones de acoso sexual contra su autor. Y no solo eso: pese a que se había presagiado un gran éxito de ventas, la editorial W. W. Norton anunció que destruiría los 50.000 ejemplares ya impresos.

La otra noticia, una especie de respuesta no intencionada a la primera, fue que una mayoría de estudiantes universitarios en el Reino Unido desean que se les imponga una prueba para determinar si entienden lo que es el consentimiento sexual. Según informa la BBC, un 58 % de los mil estudiantes encuestados dijeron que necesitaban cursos con exámenes para intentar combatir lo que se percibe como una epidemia de abuso y acoso, principalmente contra mujeres jóvenes.

La biografía de Roth y la polémica que ha provocado indican que si estamos mal hoy, hace no mucho estábamos peor. Roth, que murió en el año 2018, fue uno de los grandes novelistas del siglo xx, uno de aquellos que, como Borges, debería haber ganado el premio Nobel. Roth también fue un gran maniaco sexual.

Aparte de un sinfín de infidelidades matrimoniales, una de sus conquistas fue una alumna de 19 años cuando él era un profesor universitario de 40. «Perfecto —dijo Roth, según la biografía—, justo como Dios quiso». A los 69, gracias quizá a otra intervención divina, tuvo una novia de 25.

He leído media docena de los libros de ficción de Roth y lo que revelan, aparte de un estilo de escritura exquisitamente pirotécnico, es una obsesión con el sexo que claramente fue el reflejo de una obsesión personal. Nunca se le acusó de un delito criminal, pero la biografía, autorizada y escrita por un íntimo amigo de Roth, demuestra que con las mujeres fue un animal.

El problema hoy no es tanto Roth como el biógrafo, Blake Bailey. Nadie está proponiendo que se quemen los libros de Roth, pero el de Bailey ya está en la hoguera. No por el trabajo en sí, que ha sido alabado hasta los cielos. La crítica de *The Washington Post* lo describió como «un triunfo»; la de *The New York Times* como «una

obra maestra narrativa»; la del *Times* de Londres como «superlativa». Llama la atención que las críticas del diario neoyorquino y del londinense las escribieron mujeres.

¿Cuál es, entonces, el problema? El problema es Bailey. Hasta hace apenas una semana, con su biografía a punto de aterrizar en las librerías, se encontraba al borde de la gloria. Iba a ser rico, famoso y mundialmente aclamado. De un día para otro descendió a los infiernos. Casado felizmente, se dice, con una hija, Bailey fue acusado de haber traspasado aquellos límites a los que Roth aparentemente se ajustó. Se trata, según los testimonios, de violación y de abuso de menores.

Se acusa a Bailey de haberse comportado de manera «inapropiada» con alumnas de 13 y 14 años cuando fue profesor de colegio en los años noventa, que les contaba chistes picantes y les preguntaba si aún eran vírgenes; se le acusa de haber violado después a una de ellas, Eve Peyton, cuando la chica tenía 22 años. Peyton ha declarado que en el 2003 la invitó a unas copas, la invitó a su habitación de hotel y la forzó a tener sexo. Otra mujer, una ejecutiva del mundo editorial llamada Valentina Rice, dijo que Bailey la violó en la casa de un amigo mutuo en el 2015. Rice declaró a *The New York Times* la semana pasada que ella le dijo que «no» y «para, por favor», pero que él no le hizo ningún caso.

Bailey lo ha negado todo a través de sus abogados. Insiste en que nunca se ha portado mal con ninguna mujer y que las alegaciones son «categóricamente falsas y difamatorias».

¿Qué opinar? Desde aquí en mi casa de Barcelona, poco. Me atrevería a decir que es difícil creer que Bailey siempre haya sido un perfecto caballero con las mujeres, especialmente cuando al menos un par de sus presuntas víctimas han dado sus nombres y apellidos. Agregaría, por otro lado, que ninguna de las dos lo denunció en su momento a la policía y también que, como numerosas investigaciones han demostrado, la memoria puede ser engañosa. Dejemos que la justicia lo resuelva.

Se ha abierto un debate, eso sí. Tanto hombres como mujeres del mundo literario han defendido a Bailey y han criticado a su editorial por haber reaccionado de manera tan intempestiva. Los argumentos son dos. Uno, que se debe respetar siempre el principio de inocencia hasta que se demuestre lo contrario. Dos, que se propone un siniestro precedente: cualquier escritor vivo o muerto cuyo comportamiento se considere reprobable puede sufrir la retirada de sus obras de las estanterías. Siempre se ha dicho que Charles Dickens maltrató a su esposa, por ejemplo. Existen testimonios de que durante su adolescencia George Orwell agredió a una mujer. Por fortuna no sabemos casi nada de las vidas privadas de Shakespeare o Cervantes. De Homero, menos.

Lo que no se puede cuestionar es que, por un lado, ya tocaba que las mujeres se sublevaran contra la sumisión ancestral al género masculino, lo que representa un

avance en la evolución humana. Y, por otro, que mientras se vaya asentando una nueva normalidad de convivencia sexual lo tenemos complicado, especialmente los hombres. Tanto los hombres viejos, por sus posibles pecados del pasado, como los jóvenes, porque pisan tierra movediza.

En tal circunstancia se entiende por qué los estudiantes universitarios británicos quieren que las reglas del contacto sexual se aclaren. En Estados Unidos ya están en ello. Una de las propuestas ha sido que antes de consumarse el acto sexual las dos partes firmen un documento para poder confirmar luego que existió el consentimiento.

Eso quizá sea ir demasiado lejos. Suena a balde de agua fría. Lo deseable sería lograr un término medio entre la seguridad y la espontaneidad, entre la decencia y la juerga. Difícil. Se trata de otra contienda más en la lucha eterna entre la civilización y la barbarie. Pero, como en todos los terrenos de la vida, no hay más remedio que seguir aspirando a lo que la Constitución de Estados Unidos llama «la unión perfecta». Para Blake Bailey, y para su mujer y su hija, ya es, sin embargo, demasiado tarde.

2 de mayo de 2021

La frivolidad en tiempos de plaga

El rey ha muerto, viva el rey. La corrección política ha muerto, viva su heredera. En el mundo anglosajón, donde nació el fenómeno y donde sus dogmas se aplican sin piedad, ya no se habla de *political correctness*. El término desapareció. En su lugar apareció algo más conciso, de una sílaba, la palabra *woke*. Con la posible excepción de *covid*, *woke* debe de ser el término más recurrente estos días en los medios y en las redes sociales de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Nada que ver con la cocina china, *woke* significa, literalmente, despierto. En el ámbito de moda hoy se refiere a un estado de alerta permanente ante posibles ofensas relacionadas con el racismo, el género, la homosexualidad o la historia imperial. Según el nuevo dogma, el mundo se divide entre víctimas y agresores, y para los últimos no hay perdón. El movimiento *woke* tiene cuatro artículos de fe: «todos los blancos son racistas»; «todos los hombres son violadores», «todas las feministas son transfóbicas»; «todos los imperios han sido malvados».

Al principio los castigados eran gente de cierta edad cuya generación ni estaba al tanto de las nuevas reglas ni entendía que ciertos temas no admiten bromas. El viejo profesor universitario que dijo que las mujeres lloraban más que los hombres y perdió su trabajo; la líder feminista de los años setenta cuyas conferencias fueron canceladas tras declarar que «cortarle los huevos a un hombre no significa que sea mujer»; el veterano periodista de *The New York Times* que utilizó la palabra *nigger* (*ultraverboten* para los blancos, no para los negros) en un contexto ni racista ni insultante pero la dijo y por eso su diario le despidió; y, bueno, la lista de ejemplos daría para una colección de libros más extensa que los de Harry Potter, cuya autora también ha sido crucificada por atenerse a la arcaica noción de que existe una diferencia biológica entre un hombre y una mujer.

La sombra de la muerte en estos tiempos de plaga nos debería haber dado un sentido más refinado de la proporción. Pero no. Lo más reciente es que la revolución *woke*, como casi todas las revoluciones, está devorando a los suyos. Hoy los objetivos de la nueva ira puritana son los que habitan sus propios recintos. La pureza debe ser absoluta, coherente a lo largo de toda una vida.

Tomemos el caso, muy sonado en Estados Unidos, de Alexi McCammond, una mujer de 27 años cuyas credenciales *woke* habían sido consideradas tan impecables que se la nombró directora de la revista neoyorquina *Teen Vogue*, *Vogue* para adolescentes. Poco después del nombramiento, hace un par de semanas, se desenterraron unos mensajes ofensivos de las profundidades de su cuenta de Twitter. Ofensivos a los

homosexuales: «¡Eres tan gay!», le escribió a alguien. Y a los orientales: «Temo despertarme con los ojos hinchados como los de un asiático».

De orígenes humildes, ganadora del premio a la mejor joven periodista negra del año, McCammond no envió estos tuits hace un año, ni dos, ni cinco. Los mandó hace una década. Cuando tenía 17 años.

Hoy se arrepiente. Ha pedido disculpas mil veces. Versada en el vocabulario *woke*, ha reconocido haber causado «intenso dolor» y que nunca más repetiría semejantes barbaridades contra «nuestras hermanas y nuestros hermanos asiáticos». Nada. No hubo perdón. Nadie reflexionó que a los 17 años todos hacemos o decimos torpezas de las que después nos arrepentimos. Nadie aparentemente se preguntó: «¿Qué derecho tengo yo a tirar la primera piedra?». El consenso en el despierto mundillo *Vogue*, entre jefes y empleados, fue abrumador: la chica se tenía que ir. Y se fue.

Podría haber sido peor. McCammond es demasiado inteligente y encantadora, según leo, para que se le niegue la posibilidad de redención. Si hubiera sido blanca, más difícil. Le hubiera tocado una larga época en el purgatorio. Si en vez de una mujer negra hubiera sido un hombre blanco el que envió aquellos tuits, la condena hubiera sido el infierno hasta el final de los tiempos y más allá.

Bueno, es verdad que los hombres blancos ocupamos el eslabón más vil de la nueva pirámide moral, que además de racistas somos depredadores sexuales hasta que se demuestre lo contrario, pero conozco un caso de un hombre muy blanco, y encima con antepasados imperiales, que ha logrado superar los pecados del pasado. El pelirrojo más famoso del mundo, nieto de la reina de Inglaterra y más conocido como el marido de Meghan Markle, ofrece una gloriosa excepción a la regla. Hoy Harry Windsor es el príncipe del movimiento *woke*. Ha quedado en el olvido que cuando tenía no 17 sino 20 años fue a una fiesta —existen fotos— disfrazado de nazi, con camisa marrón, esvásticas y todo.

¿Cómo logró borrar de la historia un gesto mil veces más infame que cualquier tuit que haya lanzado la pobre Alexi McCammond? Primero, no deja de emitir comunicados sobre la deseabilidad de crear un mundo menos injusto, menos racista y menos desigual, sobre lo feliz que sería el mundo si todos fuéramos como «una gota de lluvia que moja la tierra marchita». Segundo, se casó con una arpía biempensante, una maestra del «mira lo que digo, no lo que hago».

Pero si esa es la fórmula requerida para obtener la absolución el día en el que salgan a la luz las barbaridades que debo de haber dicho cuando tenía 17 años, prefiero la opción más digna del infierno. Por ahora doy gracias a que vivo en España y no en Inglaterra o Estados Unidos. Tiemblo ante la posibilidad de que el movimiento *woke* aterrice aquí.

Aunque, claro, no es que estemos exactamente sin pecado en estas tierras. La moda *woke* pasará. No sé si con el tiempo veremos solución al problema de nuestros políticos y gobernantes, cuya frivolidad en estos tiempos de pandemia pasará a la historia.

Ahí siguen como siempre, como niños chicos, centrando sus energías, sus limitadas capacidades mentales y su escaso juicio en sus riñas internas y externas, da igual que sean de derecha o de izquierda, independentistas o españolistas, da igual que Roma arda, que el virus se extienda y las vacunas no lleguen. Si el precio de convivir con el movimiento *woke* es el haber vacunado ya a la mitad de la población adulta, lo acepto. Que despidan a personas como Alexi McCammond es una ridiculez. Pero aquí en España y en otros lugares de la Unión Europea el despido no sería castigo suficiente por las muertes que se han ocasionado y se ocasionarán debido a la irresponsabilidad de demasiados de nuestros líderes. Como me decía un veterano médico esta semana, un investigador de reputación mundial, ha llegado la hora de dar ejemplo y meterles en prisión.

28 de marzo de 2021

VIAJE POR LA EMIGRACIÓN

«Esto en España de llamarme moreno o morenito… No, tío. Nada de eufemismos. Llámame negro. Soy negro. Estoy orgulloso de ser negro. Llámame negro y no pasa nada».

Albert Bitoden Yaka, camerunés, de 31 años de edad, habla español con un eco andaluz. Hace cuatro años no hablaba nada. Lo aprendió durante los ocho meses que vivió en las calles de Melilla en 1996, durmiendo a la intemperie. Con un diccionario español-francés y leyendo *¡Hola!* «y otras revistas del corazón», como él cuenta, que encontraba tiradas en los basureros de la ciudad. Albert habla también inglés. Y cuatro o cinco idiomas más. De los que se hablan en Nigeria, Costa de Marfil, Benín, Burkina Faso, Ghana, Malí: los países que atravesó, trabajando y ahorrando en cada uno de ellos para poder seguir viaje, durante la odisea de cinco años que le condujo finalmente a España. Odisea que incluyó una expedición de un mes de sur a norte, de Malí a Marruecos, a través del Sáhara. A pie.

«Se habla mucho de las pateras, pero la gente no sabe lo que está ocurriendo en el desierto. No sabe, tío. Un caminar sin cesar. Sin cesar. Día y noche. Por el camino ves a chicos de 20 años, chicos con títulos universitarios, muertos o muriéndose. Ves a mujeres jóvenes a punto de morir, desesperadas, vendiendo sus cuerpos. Se me vienen a la cabeza imágenes espantosas. Espantosas, tío».

Después de atravesar el desierto, la policía marroquí le metió en la cárcel. Durante un mes. «Entonces me fui a la ciudad de Nador. Alguien ahí me dijo: "¿Por qué no te vas a España?". Yo contesté: "¿España? ¿Qué es eso?».

España es la puerta de África hacia Europa desde tiempos inmemoriales, pero los españoles saben menos sobre los africanos que sus vecinos europeos del norte. Si aquella persona de Nador le hubiera dicho a Albert: ¿por qué no te vas a Francia, o Alemania, o Inglaterra?, Albert habría tenido una idea razonable de lo que era eso. No solo porque Albert es un hombre culto, que ha ido a la universidad, sino porque Francia, Alemania e Inglaterra rebosan de inmigrantes africanos que envían noticias a casa. Para la mayoría de los africanos, España es territorio virgen. Para la mayoría de los españoles, los africanos son criaturas extrañas y desconocidas. Pero eso está cambiando. Hasta hace 10 años, España era un lugar de tránsito hacia las naciones ricas del norte. Ahora, España es rica, así que los africanos se quedan aquí.

Durante la mayor parte de este siglo, España ha sido exportadora neta de emigrantes. Ahora es importadora neta. El mayor grupo de inmigrantes, después de los europeos occidentales, procede de África. Marroquíes sobre todo, pero también, cada vez más,

argelinos, gambianos, senegaleses, nigerianos. El número de residentes legales africanos en España está en la actualidad en torno a los 200.000, posiblemente con otros 100.000 residentes indocumentados. El Gobierno español anunció en octubre que proyecta acoger a otro millón de trabajadores extranjeros en los tres próximos años. Una vez que adquieren la legalidad, los trabajadores traen a sus familias, como hacen los inmigrantes en todo el mundo. Los inmigrantes africanos, en concreto, se reproducen a un ritmo superior al doble del promedio español.

De aquí a 10 o 20 años, las calles de las grandes ciudades españolas, que son ahora las de color blanco más homogéneo de los principales países europeos, se parecerán a las babeles multicolores y de religiones diversas de Londres, París y Fráncfort.

¿Está preparada España para afrontar el reto? ¿Se ha purgado del sistema español el gen xenófobo que alimentó la expulsión de los moros hace 500 años? ¿O quizá el choque de razas y culturas genere unas tensiones tan lamentablemente arraigadas como en Estados Unidos, donde un *apartheid* mental reduce la comunicación a un estridente diálogo de sordos? ¿En qué estado se encuentra la nación española ante los eternos problemas creados por la abundancia racial del planeta? ¿Somos, en resumen, racistas los españoles?

El País Semanal ha llevado a cabo su pequeña odisea a través de España, de sur a norte, para intentar dar respuesta a algunas de estas preguntas.

Melilla, como Ceuta, es Europa, pero también es África. Un territorio de apenas 12 kilómetros cuadrados que fue conquistado por España en 1497, y en el que se estableció una cabeza de playa para protección y como sistema de aviso en caso de invasión de los moros. Quinientos años después, las señales de alarma suenan todos los días.

A Melilla le gusta decirse la Ciudad de la Tolerancia. Porque cristianos, musulmanes y algunos judíos comparten el mismo espacio y no parece que les preocupe demasiado. La Ciudad de la Tolerancia se defiende de intrusos indeseados con una verja elevada —mejor dicho, dos verjas elevadas paralelas— rematada con alambre de espino y vigilada por vídeo, sensores electrónicos y hombres armados en torretas de vigilancia. Entrar en el perímetro del territorio, en forma de abanico, solía ser mucho más sencillo antes de que empezaran a construir el telón de acero hace un año. Cuando Albert entró en 1996, saltó por encima de la verja. Hoy necesitaría una pértiga.

Aun así, siguen llegando indocumentados, como les llaman los corteses españoles, que se muestran, por una vez, más correctos políticamente que los estadounidenses, con su designación de «extraños ilegales» para los que llegan sin invitación.

En el centro de acogida temporal, conocido como la granja, 400 hombres aguardan novedades. Esperan saber si les han concedido permiso para ir a «la Península» a buscar trabajo. Es su billete hacia la esperanza, pero sobre todo, más necesario, hacia la

libertad. Se encuentran vigilados por la policía, tras una verja, hacinados en largos edificios bajos colocados en hileras. Duermen en colchones infestados de pulgas, si tienen suerte, o sobre cartones, si no la tienen, con la misma intimidad que unos pollos de criadero. Quizá sea por eso por lo que al lugar lo llaman la granja. […]

Albert vive en Cádiz ahora. Está de visita en Melilla para impartir un curso. Un hombre negro que da clase en un aula llena de españoles. Está contratado por Andalucía Acoge, una red dedicada a ayudar a los inmigrantes. El trabajo de Albert consiste en formar a los que ingresan en la organización. Coordinador del voluntariado, se llama su puesto.

Albert tiene la constitución baja y enjuta de un hombre que bulle de energía mental. Detrás de las gafas, sus ojos son inquisitivos y escrutadores. Cuando se le pregunta qué es el racismo, tiene la respuesta preparada: «Un miedo en el subconsciente al otro diferente. Un miedo basado en la ignorancia, en la falta de información. Que resulta en una tendencia a clasificar a la gente de forma negativa». ¿Y en España hay racismo? «Creo que sí. En todo el mundo lo hay, ¿por qué no lo va a haber en España? Pero también en una búsqueda continua de información negativa. Se está clasificando al inmigrante como nada más que un ser que come, duerme y trabaja en los invernaderos».

¿Valió la pena la odisea a la soñada Península? ¿Cómo resultó ser eso de España? «No es un lugar de sueños. Yo he sido afortunado. Dos, tres, cuatro… se integran, pero con los otros cincuenta, cien, ¿qué pasa? Creo que hay que darle salida al tema. Más y más inmigrantes van a llegar de África. Documentados o no. Es un momento delicado el que vivimos en España. Porque, no lo dudes, la gente cruzará el Estrecho, siempre; cruzará las verjas, de una forma u otra, siempre».

Almería. Habiba Baih cruzó el Estrecho en lancha. El viaje duró media hora. Le costó 300.000 pesetas. La inversión no resultó ser mala. Seis años después sigue viviendo en España. Se casó con un malagueño y es residente legal, tiene trabajo, un coche, parabólica en el tejado que la mantiene en contacto televisivo con Marruecos y dos hijos que van al colegio y se están convirtiendo en andaluces.

Pero Habiba es una mujer amargada.

No tanto por el trabajo, aunque es duro trabajar en el campo ocho horas al día. No tanto porque le exigen 30.000 pesetas mensuales por el alquiler del estrecho pisito donde vive. La amargura de Habiba parte del convencimiento de que vive en un país institucionalmente racista. Se separó de su marido malagueño cuando el hijo que tuvieron, Manolito, tenía menos de cuatro meses. Un juez le dio la custodia del bebé al padre. «Es un borracho que me abandonó por la vecina, pero el juez dice que soy extranjera y no puedo criar un niño», dice Habiba. «Si fuese española, dudo mucho que le quitaran el niño», dice su abogada.

Habiba vive en Campohermoso. A doscientos metros de un bar donde se pueden oír conversaciones como esta. «No te puedes fiar de los moros», «Los moros son unos delincuentes», «Son unos hijos de puta», «Hay que matarlos a todos». […]

Antonio Ramírez y su mujer, Paciencia Obono, viven en Santa Coloma de Farners. Él es blanco y ella negra, de Guinea Ecuatorial. Viven juntos y tienen un hijo de un año. Planean casarse. […] La familia de Antonio, que procede de Jaén, ha acogido a Paciencia como a una hija, después de ciertas dudas iniciales inevitables. Sin embargo, en el pueblo, en el bar que posee Antonio y donde trabajan ambos, el peso del racismo es palpable. Nada espectacular. Nada que cause dolor físico. Es un goteo diario que mina la moral y obliga a combatir para mantener la dignidad. «La gente, a veces, viene al bar y nos mira con mal ojo», explica Paciencia.

«A mí me preguntan en el bar: "¿Está aquí tu mujer todavía?", con la idea por detrás de que ella se ha unido conmigo no por amor, sino porque quiere conseguir sus papeles —dice Antonio—. Es una falta de respeto total. Vas siempre con pies de plomo, consciente de lo que dice la gente».

Antonio tiene un trasfondo de amargura cuando habla, una ira que le empuja a hacer afirmaciones sobre sus compatriotas que quizá son un poco duras. «España es uno de los países más racistas que hay —asegura—, más racista que otros países europeos. Y si hubiera una población grande de inmigrantes aquí, como en Inglaterra, Alemania o Francia, estaríamos peor».

Es posible. Pero también podría ocurrir todo lo contrario. Tal vez el problema en España sea que la gente no ha tenido el contacto suficiente con gente de otros colores, religiones y culturas. Quizá cuando lleguen más inmigrantes, los españoles sigan el ejemplo de Antonio y Paciencia. Puede que se enamoren y tengan hijos. Que es la única solución definitiva para que la humanidad elimine el racismo de la faz de la Tierra.

No ocurrirá a corto plazo. Mientras tanto, lo que España debería hacer es intentar sentar un ejemplo para el resto de Europa, donde la inmigración seguirá siendo, probablemente, una cuestión social y política fundamental durante muchos años. España, que empieza a lidiar con un problema en el que otros han fracasado, debe plantearse un reto. Convertirse en un modelo de relaciones entre razas para el resto de Europa. Y hacer de ello un símbolo de orgullo nacional.

¿Cómo conseguirlo? Escuchemos al escritor George Orwell, que aconseja reconocer, en primer lugar, que esos sentimientos nacionalistas, o racistas, forman parte de la condición humana. Lo que hace falta es lo que Orwell denomina un «esfuerzo moral» para impedir que dichos sentimientos «contaminen nuestros procesos mentales».

Hay una manera de impedir que ocurra esa contaminación: un método muy sencillo, pero al mismo tiempo —por lo que indica el triste historial de la humanidad—

increíblemente difícil. Se trata de aplicar el principio al que ha dedicado su vida el viejo amigo de Mandela. Mostrar a la gente, a todas las personas, un respeto normal y corriente.

27 de noviembre de 2011

Este libro se terminó de imprimir en los talleres
de Romanyà Valls, en Capellades (Barcelona),
en noviembre de 2022.